



LARDILLO

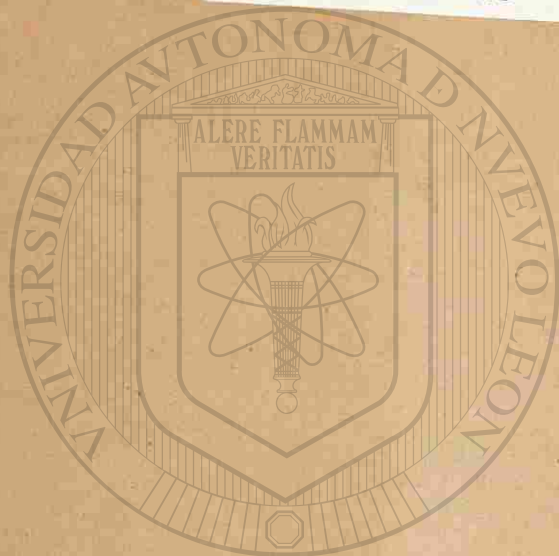
ENSAYO
IST. RIC.
POLOGICO

PQ6031
L3
v. 1
1789

R. C.



1080013765

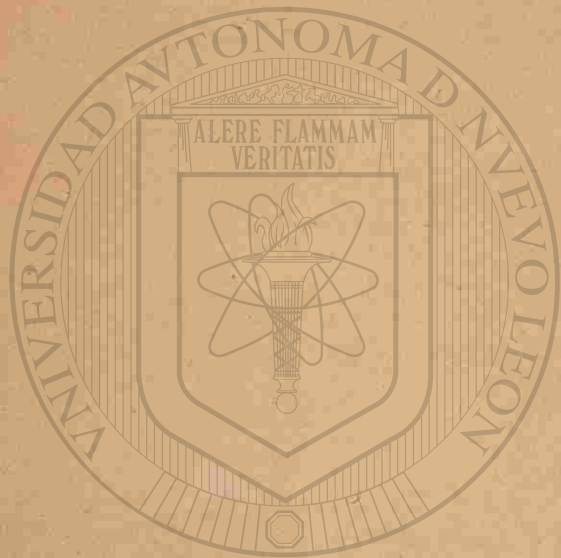


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ENSAYO
HISTORICO-APOLOGETICO
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
CONTRA LAS OPINIONES PREOCUPADAS
DE ALGUNOS ESCRITORES MODERNOS ITALIANOS.
DISERTACIONES
DEL ABATE DON XAVIER LAMPILLAS
LITERATURA ANTIGUA.

TRADUCIDO DEL ITALIANO
POR DOÑA JOSEFA AMAR, Y BORBON,
*Socia de mérito de la Real Sociedad Aragonesa, y de honor
y mérito de la Junta de Señoras, agregada á la Real
Sociedad de Madrid.*

Segunda edicion, corregida, enmendada, é ilustrada con
notas, por la misma Traductora.

CON LICENCIA:

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE DON PEDRO MARIN.

AÑO DE MDGCLXXXIX.

PQ6031

13

V. 1

Si occupati profuimus aliquid civibus nostris, proximis etiam si possumus otiosi.

Cic. lib. 1. Tusc. quæst.



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

155492

Á LA SEÑORA
DOÑA LUISA DE BORBON,
REYNA DE ESPAÑA
NUESTRA SEÑORA.

SEÑORA.

Si las primicias fueron siempre ofrenda del religioso proselito á su idolo, yo puedo lisonjearme por esta causa de que V. M. se dignará aceptar este primer fruto de la alguna aplicacion que he tenido á los libros. El que consagro á los R. P. de V. M. es un tributo legitimo por varias razones. La primera por la reverente gratitud á las singulares honras dispensadas á mi familia por

nuestros Augustos Soberanos, y por V. M. misma. Otra es, baste ser V. M. la mas ilustre, la mas elevada; en una palabra, la cabeza de las mugeres, y ser una muger la traductora. Y la última, por dirigirse su objeto á la defensa de la literatura Española, que no puede brillar de otra manera, que hallando apoyo en el Real Trono, como centro de la sabiduria, y de la felicidad de los que la cultivan.

V. M. como tan declarada protectora de las letras, y de la nacion Española, no se desdeñará de aceptar una obra que acredita que ha tenido siempre sugetos insignes, que se han distinguido por su ciencia y aplicacion.

Si es facil dar los motivos que me han movido á solicitar la soberana proteccion de V. M. para esta empresa, no lo es tanto pintar las excelentes prendas que adornan su cuerpo y alma. Esto pedia mas extension de la que permite una dedicatoria, y sobre todo otra elegancia que la mia. Pero quando las co-

sas

sas que hay que decir son sobrado sublimes, es mas enérgico el silencio que una fria oracion retórica. El retrato de V. M., y el concepto de sus prendas, está gravado en los corazones de los Españoles, que es el monumento mas digno que pueden ofrecer los vasallos á sus soberanos. La dignacion que acaba de tener V. M. en permitirme que la dedique esta obra, será otro nuevo, y convincente testimonio de la magnanimidad de su espíritu, y bondad de su corazon. Yo, Señora, lo publico, no tanto para que envidien mi fortuna, quanto para hacer patente por este medio la grande generosidad de V. M.

SEÑORA

Josefa Amar y Borbon.

Tom.

a 3

PRO-

PROLOGO DE LA TRADUCTORA.

La obra del Abate D. Xavier Lampillas, parece que reclama desde luego el derecho de ser traducida á nuestro idioma, porque tratandose, como en ella se trata, del mérito de tantos Españoles antiguos y modernos, y principalmente de la vindicacion del agravio que se les ha hecho, pueden ser convenientes estas noticias, para que se desengañen unos de estas opiniones erradas, y se estimulen á otros á continuar testimonios tan honrosos en favor de las letras.

El autor prueba, á mi parecer, el designio de su obra, y este es el mayor elogio que puede hacersele. El público juzgará, en vista de la traduccion, quan acreedor es el Abate Lampillas á los mayores elogios, por haber hecho un servicio tan recomendable á su patria, como es defenderla de sus nuevos contrarios en los dos escritores modernos Italianos.

Por mi parte no puedo alegar otro mérito, que el triste trabajo de haber traducido á nuestro idioma lo que el autor por sus motivos ha escrito en Italiano. Son infinitos en España los que entienden el segundo, pero basta que no le comprehendan otros muchos, para que pueda ser util la traduccion. La obra se distingue tambien por su moderacion, cosa que es muy poco comun en las apologeticas.

He procurado ceñirme al concepto, y casi á las palabras del original, pero no con tanta exactitud,

que le haya copiado al pie de la letra, en cuyo caso tendria aun mas defectos de los que advertirán desde luego los inteligentes. El pintor no puede sacar una copia perfecta, si á cada paso no vuelve los ojos ácia el original; mas el traductor, una vez que se entere del concepto, no ha de estar estrechamente atado al original si quiere sacar ayrosa la copia. No traducirá con gala, decia uno de los que se han empleado con mas lucimiento en este genero de trabajo, el que no se olvide de que está traduciendo. No es esto decia que yo haya sabido practicar estas mismas reglas, pero que son las que se deben tener presentes. Por lo demas, es cierto que esta traduccion no permite tantas licencias como otras, porque habiendo de repetir continuamente las palabras de los AA. impugnados, no cabe alteracion en esta materia. Si no hago escrupulo de mudar algunas voces, dejando en todo su significado, y sentido el pensamiento del autor, consiste en que soy amante de mi lengua, la que me parece tiene frases, y palabras para todo; aunque algunos Españoles, ó lisongeros ó infecundos hayan juzgado lo contrario.

Si se agradecieran los buenos pensamientos, aspiraria á solicitar la benevolencia de mis compatriotas, por solo haber tenido el de traducir esta obra, que redundará en gloria suya; pero ya veo que no es bastante para que se me disimulen todos los defectos, porque en materia de escritos, tanto traducidos como originales, lo que se desea, y es menester es que sean perfectos. Tam-

bien las mugeres tenemos algun interés en la publicacion de esta obra, porque en el tomo IV. se hace memoria de algunas Españolas ilustres en las letras. Por esta razon pudiera pretender el agrado entre las de mi sexó, y conseguido el de ambos, no hay mas que apetecer.

ADVERTENCIA DE LA TRADUCTORA.

La benignidad con que el público ha recibido la traduccion del *Ensayo Historio-Apologetico*, escrito en Italiano por el Abate Don Xavier Lampillas, empena á hacer esta segunda edicion; pero esta misma benignidad, pide de justicia que se corrijan, y se enmienden con todo cuidado los defectos, y descuidos de la primera, porque sería temeridad, ó mucha ignorancia repetirlos ahora nuevamente. En efecto, he procurado limarla, y españolizarla mas que al principio; poniendo notas á este tomo primero, que no las tenia, y traduciendo los sonetos, que antes se pusieron en Italiano como están en la obra original. En los demas tomos se añadirá igualmente lo que parezca necesario á su mayor ilustracion. Asi en éste como en todos se distinguen las notas puestas por mí con este señal (*).

PRO-

PROLOGO.

Las obras Apologeticas son por lo comun sospechosas á los inteligentes, y á la verdad con sobrada razon, si se considera que casi todas las que se han impreso de algunos años á esta parte (a), van marcadas con el sello de la enemistad, el rencor, ó el desprecio, y que el ser anónimas es para poder ensangrentarse mas á su salvo: procedimiento ruin, y baxo, no solo contrario á las leyes de la moral cristiana, sino también á la buena crianza, y atencion; y asi no extraño que lo hayan mirado siempre con horror las gentes discretas, y juiciosas, y que esté condenado por todas las leyes.

Mas no por eso se han de reprobar indistintamente todas las apologias; porque si bien se reflexiona, estas disputas literarias conducen para aclarar la verdad, como dice doctamente el céle-

(a) Hablando el Abate Francisco Antonio Zaccarias de una obra del Abate de Artigni intitulada *Historia escandalosa de los literatos*, dice: "Si en algun tiempo quisiera, nuestro autor continuar su historia, podriamos sub-
,,ministrarle materiales para muchos tomos, con solo las
,,disputas que ha habido en Italia en este siglo. Parece
,,que es innagotable el caudal de las injurias literarias,
,,quando á pesar del grande consumo que se hace de
,,ellas, hay siempre abundancia en todos los países, en
,,todas las lenguas, y sobre qualquiera materia. *Ensayo
,,de la Lit. Extrang.* tom. primero."

lebre Muratori (a). Tengase presente sí, que se guarden siempre las reglas que prescriben la urbanidad, y la buena crítica, y quien despues de esto se ofendiese de una impugnacion atenta, y fundada se haria agravio á sí propio.

Instruido con estos sabios documentos, que inspira igualmente la moral que el buen gusto, aseguro formar esta Apología contra las preocupaciones que en descredito de la literatura Española manifiestan haber adoptado los dos Señores Abates Gerónimo Tiraboschi, y Xavier Betineli, tan distante de la menor aversion contra sus personas, como lleno de aprecio por sus doctos escritos.

No creo ofender la estimacion, y mucho menos la amistad que profeso al Abate Betineli (b), por

(a) Reflex. sobre el buen gusto, part. I. pag. 135.

(b) La estimacion que hago de este insigne poeta, me estimuló á vencer las dificultades de la poesia Italiana, componiendole este soneto, con motivo de la bellissima composicion, con que baxo el nombre de Diodoro Delfico, celebró el matrimonio de la Excelentísima Señora Marquesa Valenti Gongaza, Mantuana, con el Marqués Durazzo, Ginoves.

L' ombra di Maro, che del Mincio in riva,

Armi, ed amor cantò, duci, é pastori,

Là negli elisi soto folti allori

Parlar i vati di Diodoro udiva.

Quando ecco messaggier de Manto arriva

Pregando il vate che la patria onori

Cantando di una sposa i cari amori,

Ma

por querer impugnar las dichas preocupaciones; antes bien me prometo conocida su generosidad, y rectitud de ánimo, que así este caballero como el otro, no tienen la menor oposicion á la nacion Española, ni le disputarán nunca aquella gloria que hallaren bien apoyada en razones, y autoridades sólidas. Creo firmemente, que podrian repetir con Ciceron: *Tantum abest ut scribi contra nos nollimus, ut id etiam maxime aptemus* (a). A imitacion, pues, de estos AA. esclarecidos, que han dado tanto lustre á la literatura-

Ma più che mai con voce onesta e viva:

A me la cetra, disse, che pendea

Vicina al Mincio d' una quercia ombrosa

Mà sente que Diodor tolta l' avela.

Se la mia cetra è in man tanto famosa

Disse, per me su la pendice Ascrea

Chi la cetra rapi canti la sposa.

La sombra de Virgilio, que algun dia

Cantó guerras, amor, reyes, pastores,

Sentada en los elysios sobre flores

Del poeta Diodoro hablar oia.

Mantua á este tiempo á suplicar le envia,

Que aumente de su patria los honores,

Cantando de una esposa los amores

Con suave, y nunca oida melodia.

Venga, dixo la lyra (que ácia un lado

Del Mincio estaba en una encina umbrosa)

Diclenle que Diodoro la ha robado.

Pues una vez que en mano tan famosa

Está mi lyra, respondió al enviado

Quien mi lyra robó, cante la esposa.

(a) Tuscul. quæst. I. 2.

tura Italiana, procuraré tambien yo aclarar del modo posible la literatura Española; vindicando á nuestros escritores del agravio que se les hace en virtud de algunas preocupaciones.

Sea enhorabuena un antojo pueril el querer defender por amor á la patria todos los AA., y todas las obras nacionales; como si hubiera de padecer la fama de toda una nacion, por una tragedia defectuosa, por una oracion menos elegante, ó por un soneto frio. Igualmente es reprehensible querer que todo lo nuestro sea lo mejor, y que por mantener esta necia quimera se han de suscitar frecuentes disputas, y turbar las conversaciones, si alguno la contradice; mas quando se ofende á la nacion entera; quando se quiere creer universal la ignorancia, y la barbarie; quando se atribuye á efecto de tal clima la corrupcion de las ciencias; en este caso no puede ser notado de parcial ni preocupado el que toma la defensa de la patria; antes bien lo contrario sería cobardia digna de castigo, y el silencio, una confirmacion del concepto errado en que estaban los contrarios.

La defensa de la patria, este estimulo noble de qualquiera buen patricio, ha empeñado ya á escribir sobre esta materia á dos eruditos Españoles, que son los Abates Juan Andres, y Tomás Serrano. Si estos sugetos hubieran escrito con la extension que permite el asunto, y de que que es capaz su notoria erudicion, estaria por demas mi trabajo; pero habiendo ceñido sus apologias á los estrechos limites de dos cartas, es pre-

preciso que hayan dejado sin tocar grande número de preocupaciones, que hay esparcidas en las obras de los AA. modernos ya citados. Por consiguiente, no será inutil ni de vano servicio para mi patria este escrito en que está recopilado quanto han dicho contra nuestra literatura, y rebatidas las razones en que se apoya.

No es mi ánimo formar un catálogo de escritores Españoles, y mucho menos escribir la historia literaria de España; cuya obra tienen entre manos dos eruditos Religiosos (a), que tienen dadas pruebas de su crítica, y discernimiento en los quatro tomos publicados, que no llegan aun al siglo de Augusto, sin duda por las curiosas investigaciones que han creído precisas para aclarar la civilidad, y literatura de los Españoles en los tiempos mas remotos. Mi unico designio es hacer ver la equivocacion que padecen algunos en atribuir á España la corrupcion de las letras, y del buen gusto.

Como los escritores modernos Italianos injurian igualmente la literatura antigua Española, que la moderna, dividiremos esta obra en dos partes. En la primera impugnaremos lo perteneciente á la literatura antigua, limitandonos á las épocas, y escritores ofendidos, procurando mostrar al mismo tiempo, que no solamente no fué la nacion Española la que echó á perder el buen gusto de la literatura antigua Italiana, si-

(a) Los PP. Rafael, y Pedro Rodriguez Mohedano.

sino que por el contrario, á ninguna de las extranjeras, excepto la Griega, debieron tanto como á la Española las antiguas letras Romanas. En la segunda trataremos baxo las mismas reglas de la literatura moderna; á saber, desde el siglo XV. hasta el presente, añadiendo una breve noticia de la literatura Española en este siglo, para desimpresionar á los Italianos, y entre ellos al Abate Zaccarias (a), que dice: *que aquella ilustre nacion, que produjo tantos hombres insignes en todo genero de ciencias en el siglo XVI. se entretiene ahora solamente en las formas peripateticas; y que habiendo propagado la clara luz que hoy dia brilla hasta en la Moscovia, yace sepultada entretanto (la España) en una obscura, y tenebrosa noche.*

Pues si el haber escrito el Marqués Maffei, con deseo de animar á los Italianos á los estudios clasicos, *que las imprentas de Italia, desterrados los buenos estudios, solo se ocupan de cien años á esta parte con la bella Margarita (b)*, inflamó de tal suerte el zelo del Doctór Bianchini, que creyó preciso publicar una apología por las imprentas de Italia (c): qué extraño será que nos quejemos tambien nosotros á nombre de la nacion, por el agravio que hacen á su erudicion, y crédito los Señores Italianos, ni que se dé á luz esta apo-

(a) Ensayo de la Liter. Extrang. tom. 1. pag. 116.

(b) Investig. histor. del estado antiguo de Verona.

(c) Opusc. Caluger. tom. 2.

apología, no para pretender para España lo que Bianchini para Italia, que afirma *ha sido, y es actualmente la maestra de todas las naciones en la verdadera, y perfecta inteligencia de todo genero de literatura*, sino solamente que no estuvo en los siglos pasados, y mucho menos está en éste, que se llama ilustrado, *sepultada en una obscura, y tenebrosa noche.*

Espero de la prudencia de los literatos de Italia el disimulo necesario, por los muchos errores que cometeré en el idioma Italiano. Pero si alguno mas rígido quisiere decirme lo que Catón á Alvino: *¿ Quis te perpulit ut id committeres quod prius quam faceres petires ut ignoscere-tur (a)?* desde ahora le respondo, que la principal razon que he tenido para hacerlo, habiendo de costarme mayor trabajo, es la de haber visto que las preocupaciones contra España se van extendiendo para con muchos poco aficionados al latin, de los quales escribió yá el elegantísimo Español el P. Gerónimo Lagomarsini: *Latinam linguam tanquam ætate jam grandi efætam anum, turpem, rugosam, edentulam, delirant, aver-santur, rèspuunt, derident, exhibitant, insectantur (b).* Tambien me ha hecho fuerza la moda, que tiene no poco imperio hasta en los estudios literarios, y ahora no se usa escribir en latin. Por esto el Abate Betineli, dice en boca de Ho-ra-

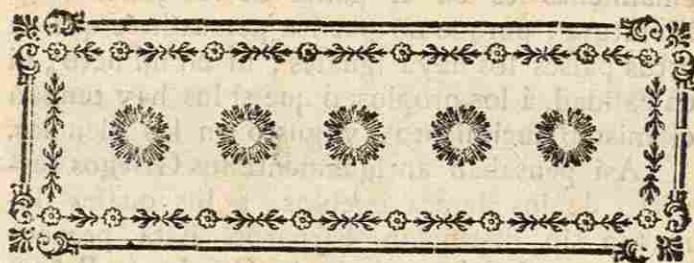
(a) Aulo Gelio lib. 11. y 8.

(b) Orat. ad Flor pro lat. ling.

racio, hablando de cierta obra latina: *Quién la ha de leer en este siglo, en que es menester traducir los latinos para que se lean* (a). Asi, pues, ya que deseo que me lean, escribo en Italiano, si no con perfeccion, á lo menos de manera que pueda ser entendido, y fio tanto de la bondad de mi causa, que no me desanima el conocimiento de quanta fuerza perderá el no saber adornar las razones con aquella elegancia que tienen mis contrarios, y que en vano se buscara en la obra Italiana de un Español, despues de tan pocos años de morada en Italia. Pero si no tuviere la dicha de merecer este disimulo, á lo menos no podrán negarme, aun los que no aprobaren todas estas fatigas, la gloria de haber sacrificado mi propia fama al amor de la patria; quedando justamente premiado el sentimiento de no haber acertado á ser buen apologista, con la satisfacion de darme á conocer por buen patricio.

(a) Carta 5. pag. 57.

(1)



DISERTACION PRIMERA.

Idea general, origen y breve impugnacion de las opiniones preocupadas contra la literatura de los Españoles.

Entre las preocupaciones mas comunes que tienen los hombres, y tambien mas dificiles de advertir, es una de ellas la del amor á la patria y á sus compatriotas. Este les ciega de tal forma, que no les deja ver los defectos de éstos, y aun menos las excelencias de los extrangeros (a). Donde mas se descubre este alucina-

(a) Muratori tratando de esta parcialidad, dice: que no permite ver las preciosidades de los otros, ocupada solamente en mirar y estimar las propias: y que si por casualidad vuelve los ojos á los campos ajenos, no descubre mas que espinas y abrojos, sin advertir las malezas que

Tom. I.

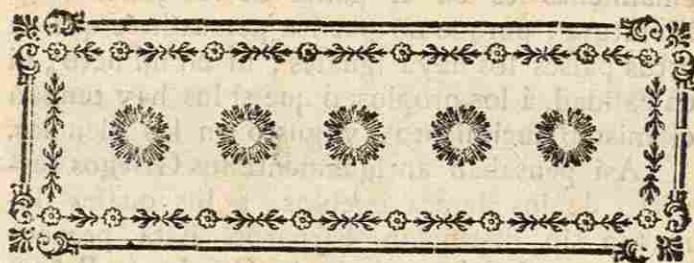
A

se

racio, hablando de cierta obra latina: *Quién la ha de leer en este siglo, en que es menester traducir los latinos para que se lean* (a). Asi, pues, ya que deseo que me lean, escribo en Italiano, si no con perfeccion, á lo menos de manera que pueda ser entendido, y fio tanto de la bondad de mi causa, que no me desanima el conocimiento de quanta fuerza perderá el no saber adornar las razones con aquella elegancia que tienen mis contrarios, y que en vano se buscara en la obra Italiana de un Español, despues de tan pocos años de morada en Italia. Pero si no tuviere la dicha de merecer este disimulo, á lo menos no podrán negarme, aun los que no aprobaren todas estas fatigas, la gloria de haber sacrificado mi propia fama al amor de la patria; quedando justamente premiado el sentimiento de no haber acertado á ser buen apologista, con la satisfacion de darme á conocer por buen patricio.

(a) Carta 5. pag. 57.

(1)



DISERTACION PRIMERA.

Idea general, origen y breve impugnacion de las opiniones preocupadas contra la literatura de los Españoles.

Entre las preocupaciones mas comunes que tienen los hombres, y tambien mas dificiles de advertir, es una de ellas la del amor á la patria y á sus compatriotas. Este les ciega de tal forma, que no les deja ver los defectos de éstos, y aun menos las excelencias de los extrangeros (a). Donde mas se descubre este alucina-

(a) Muratori tratando de esta parcialidad, dice: que no permite ver las preciosidades de los otros, ocupada solamente en mirar y estimar las propias: y que si por casualidad vuelve los ojos á los campos ajenos, no descubre mas que espinas y abrojos, sin advertir las malezas que

Tom. I.

A

se

(2)

cinamiento es en el punto de los ingenios y literatura, porque no pueden persuadirse que en otros países los haya iguales, ni en número, ni en calidad, á los propios; ó que si los hay tengan el mismo lucimiento, y gusto en las ciencias.

Así pensaban antiguamente los Griegos respecto de los demás pueblos, á los quales llamaban sin distincion barbaros. Esta preocupacion nacional pasó de la Grecia á Roma, juntamente con las artes y ciencias. Por esto Mr. Bougainville hablando de los historiadores Griegos, en la primera memoria sobre el viage, y Peripio de Henon se explica de este modo: *Los Griegos, ufanos con su superioridad en las artes, y con la que pretendian en las ciencias, reputaban por falso quanto ellos ignoraban. No se les puede negar la amenidad de ingenio y de estilo, que les era como característica; pero es preciso decir, que no hacían un juicio recto de las demás naciones, porque á la presuncion natural juntaban la ignorancia voluntaria. Así pues quando vemos despreciar á tantos lo que aquellos despreciaban injustamente, es de temer que creen que todos los talentos y ciencias quedaron reducidos dentro de los limites de la Grecia, ó de la Italia; como si estas dos naciones hubiesen sido solas en el mundo, ó no se pudiese pensar con discrecion sino en Atenas, ó en Roma (a).*

No-

se crían en su mismo terreno. Perf. Poes. lib. 1. cap. 3.

(a) Acad. de Inscript. tom. 26. pag. 26.

(3)

§. I.

Noticia de algunas de las opiniones preocupadas de los Escritores modernos Italianos, contra la literatura Española.

Qualquiera que lea atentamente la historia literaria de Italia, escrita por el Abate Tiraboschi, el libro del Entusiasmo, el de la Restauracion de Italia, y otros del Abate Betinelli, descubrirá luego la misma preocupacion nacional que reynaba en la antigua Grecia y en Roma; bien que con esta diferencia, que el desprecio que los Griegos y Romanos extendian á todas las naciones extrangeras, estos AA. lo limitan algun tanto, pretendiendo ser superior la Italia en comparacion de las demás, mas no de manera que dejen de concederlas lugar señalado en la república literaria; y solo con la Española conserban la antigua costumbre, no haciendo mencion de los Españoles sino entre los sutiles Escolásticos: gloria que les atribuyen sin envidia de los extrangeros, ni disgusto de los eruditos de Italia.

Se necesita por cierto mayor flema de la que se suele suponer en el genio Español, para escuchar sin irritarse á un crecido número de Italianos, que opinan de los Españoles como de forasteros en las letras: consecuencia pre-

A 2

ci-

(2)

cinamiento es en el punto de los ingenios y literatura, porque no pueden persuadirse que en otros países los haya iguales, ni en número, ni en calidad, á los propios; ó que si los hay tengan el mismo lucimiento, y gusto en las ciencias.

Así pensaban antiguamente los Griegos respecto de los demás pueblos, á los quales llamaban sin distincion barbaros. Esta preocupacion nacional pasó de la Grecia á Roma, juntamente con las artes y ciencias. Por esto Mr. Bougainville hablando de los historiadores Griegos, en la primera memoria sobre el viage, y Peripio de Henon se explica de este modo: *Los Griegos, ufanos con su superioridad en las artes, y con la que pretendian en las ciencias, reputaban por falso quanto ellos ignoraban. No se les puede negar la amenidad de ingenio y de estilo, que les era como característica; pero es preciso decir, que no hacían un juicio recto de las demás naciones, porque á la presuncion natural juntaban la ignorancia voluntaria. Así pues quando vemos despreciar á tantos lo que aquellos despreciaban injustamente, es de temer que creen que todos los talentos y ciencias quedaron reducidos dentro de los limites de la Grecia, ó de la Italia; como si estas dos naciones hubiesen sido solas en el mundo, ó no se pudiese pensar con discrecion sino en Atenas, ó en Roma (a).*

No-

se crían en su mismo terreno. Perf. Poes. lib. 1. cap. 3.

(a) Acad. de Inscript. tom. 26. pag. 26.

(3)

§. I.

Noticia de algunas de las opiniones preocupadas de los Escritores modernos Italianos, contra la literatura Española.

Qualquiera que lea atentamente la historia literaria de Italia, escrita por el Abate Tiraboschi, el libro del Entusiasmo, el de la Restauracion de Italia, y otros del Abate Betinelli, descubrirá luego la misma preocupacion nacional que reynaba en la antigua Grecia y en Roma; bien que con esta diferencia, que el desprecio que los Griegos y Romanos extendian á todas las naciones extrangeras, estos AA. lo limitan algun tanto, pretendiendo ser superior la Italia en comparacion de las demás, mas no de manera que dejen de concederlas lugar señalado en la república literaria; y solo con la Española conserban la antigua costumbre, no haciendo mencion de los Españoles sino entre los sutiles Escolásticos: gloria que les atribuyen sin envidia de los extrangeros, ni disgusto de los eruditos de Italia.

Se necesita por cierto mayor flema de la que se suele suponer en el genio Español, para escuchar sin irritarse á un crecido número de Italianos, que opinan de los Españoles como de forasteros en las letras: consecuencia pre-

A 2

ci-

(4)

cisa de las proposiciones injuriosas que contienen varios de los escritos de estos AA. modernos. Para prueba de ello copiaré algunas que podrán servir de bosquejo de las preocupaciones anti-Españolas. (a). *El carácter universal de los autores Españoles son las sutilezas, ó las chanzas* (b). *El gusto Español que se comunicó á Italia arruinó las letras y el buen gusto* (c). *La nacion dominante Española lleva consigo el contagio del mal gusto en punto á las letras* (d). *España es naturalmente inclinada casi por influxo del clima á las sutilezas; lo qual es causa de que haya tenido pocos poëtas, y oradores célebres; Los Españoles fueron los que despues de la muerte de Augusto hicieron mayor daño á la eloqüencia y poësía, y sin duda pudo contribuir bastante á conducirlos al mal gusto el clima en que habian nacido* (e). *La verdadera comedia nunca fue conocida de los Españoles, que ni aun reir quisieran sin gravedad* (f). *El buen gusto de la poësía se corrompió en Italia, por el frenesí de los romances Españoles* (g). *La España entera, ó por emulacion, ó envidia, ó digamos mejor, por pereza ó desidia, no tiene* aun

(a) Betin. Restaur. part. 2. pag. 58.

(b) Pag. 124.

(c) Tirab. Hist. Lit. tom. 2. Disertacion Preliminar.

(d) Tirab. Hist. Lit. tom. 2. Disert. Prelim.

(e) Betin. Cart. 2. pag. 123.

(f) Betin. Poema *La Racolta*.

(g) Cartas Inglesas, sobre la lit. Ital. Car. 10. pag. 76.

(5)

aun las cosas mas necesarias á la vida, porque deja sus campos sin cultivo. Pero mucho peor que sus campos está su literatura: con otras cien censuras injustas, que se debe decir son mas bien efecto de un juicio precipitado, que de una atenta reflexion. A vista de esto, no será de extrañar que tantos literatos Españoles como hay al presente en Italia, y que no han tenido la proporcion que yo de tratar á los mencionados AA., y conocer su buena intencion, no puedan leer sin disgusto semejantes obras, creyendo ignorancia afectada, lo que yo llamo opiniones preocupadas.

Si se hubieran contentado por lo menos estos Escritores, con notar defectos en algunos Españoles que escribieron en el siglo posterior á Augusto, y aun hubieran pretendido preferir Catulo á Marcial, Virgilio á Lucano, y Ciceron á Seneca, hubieran encontrado apoyo á su censura hasta entre los mismos Españoles; pero suponer que *Marcial es ingenioso sin naturalidad, Lucano versificador binchado, y Seneca un declamador importuno*: Si el Abate Tiraboschi se hubiera limitado á no ser del número de los pánegíristas de las prendas morales de Seneca, ni creerlo impecable, ninguno de los justos apreciadores de este Filósofo se hubiera quejado; pero tomar á su cargo el hacer la burla y la mofa, y pintarle como el hombre mas perverso del mundo: con tal que estos escritores no hubiesen querido disimular el corrompido gusto de muchos Españoles en la era de 600, y hubieran

hallado mas lento el renacimiento del bueno en el siglo presente en España, no hubieran dicho mas que lo que han escrito ya varios Españoles; pero hacerlos AA. de la corrupcion general de las ciencias en la antigua y moderna Italia; querer encontrar en sus obras el origen del mal gusto, y todo esto *por influxo del clima*, hace preciso decir, valiendose de las mismas palabras que usa Tiraboschi contra Mr. Huet (a), que estos eruditos Italianos se han dejado llevar ciegamente, ó del deseo de ensalzar la gloria de su pais, ó de una preocupacion muy siniestra contra España.

No disputo que en una historia literaria ponga el autor en el mayor lustre que pueda la literatura de su nacion; pero esto ha de ser de manera que no se oponga á la verdad, desacreditando no solo á un autor extranjero, mas á toda una nacion, que ha producido en todos tiempos ingenios eminentes, que han enriquecido á la Europa con obras muy apreciables, y cuya luz se ha difundido con mas particularidad sobre el terreno de Italia. Este defecto es mucho mas notable en los que se constituyen censores del mal gusto de los otros, puesto que no puede estar escrita con sano discernimiento una obra en que no presida la justicia y la verdad.

Al mismo tiempo que la Monarquía Española llegó á tal punto de gloria y de grandeza, que se hizo formidable al resto del mundo por el terror de sus armas, y que pudo decir á su Rey,

(a) Tom. 3. pag. 150.

Rey, *que para él no se ponía el sol* (a), llegó juntamente al mayor auge la literatura en Europa, principalmente en Italia: prueba clara de que era sábia la nacion dominante. A este modo los Romanos difundian á la vez con las armas victoriosas las artes y las ciencias por las Provincias que conquistaban: como al contrario los Bárbaros que infestaban los pueblos, causando su desolacion no menos que la de las letras.

No pretendo por esto que la literatura Española no haya tenido su tiempo de decadencia, como ha acontecido á las demas naciones, siguiendo el destino de las cosas humanas, que no pueden estar siempre en un mismo estado: pero tambien es constante que tuvo á la misma sazon sugetos insignes que gritaron contra los abusos literarios, procurando volver á los de su nacion al buen sendero. Tales fueron en los siglos XV y XVI. Luis Vives, Antonio, de Nebrija, Fernando Pinciano, Francisco Victoria, Luis de Carvajal, Melchor Cano, Antonio Agustin, Juan Perpiñá, Juan de Mariana y otros: como á los fines del XVII, el Marqués de Mondejar, Don Nicolás Antonio, y Don Manuel Marti; cuyos nombres son bastante conocidos para perpetuar la fama literaria de toda una nacion, y procurarla lugar ho-

(a) El P. D' Orleans, Historia de las revoluciones de España, tom. 1. pag. 2.

honroso en la republica de las letras. No basta para justificar las injurias que estos Escritores profieren contra España, que en el dia se haya dexado arrebatat por otros Pueblos la preeminencia en alguna parte de las bellas letras: pues tampoco bastaria para disculpar á quien con igual desprecio escribiese de la Italia, que segun dice Muratori (a) se dejó arrebatat en el siglo pasado el bello precio de la preheminencia en una parte de las letras, permitiendo impunemente que otras naciones mas afortunadas, aunque no mas ingeniosas, la pasasen adelante en el camino de la gloria.

§. II.

Critica injusta y desmesurada que hace de España otro Escritor moderno.

No es esta sola la pintura que hacen estos Escritores modernos de sus preocupaciones contra España: todavía es peor la que forma el autor de las cartas Inglesas, sobre la literatura Italiana. No puede disimular este crítico su irritacion al ver (b) que toda España por emulacion ó envidia, ó digamos mejor, pereza y des-

(a) Buen gusto, tom. 1. pag. 5.

(b) Carta 10. pag. 76.

sidia carece de las cosas mas necesarias á la vida, dejando sus campos sin cultivo, y no dando alvergue á los pasajeros; por que no quiere salir de su ignorancia á exemplo de los otros pueblos á quienes se cree superior. Dice ademas; que ha visto á los mismos labradores desdeñarse de envilecer sus manos con la azada, y por consiguiente parecer de hambre por la vanidad de llevar una espada mohosa, un sombrero con pluma, y que los traten como caballeros; pero que mucho peor que sus campos está su literatura.

En vista de una critica tan nimiamente rigurosa de los usos de España, es preciso creer que este Autor no la ha visto sino en algun mapa, ó en las relaciones de ciertos extranjeros, que habiendose enriquecido en aquel reyno, hacen despues alarde de desacreditarle con injusto desprecio; mostrándose fuera de España tan ignorantes de sus prerogativas, como se declararon aficionados á sus tesoros mientras vivieron en ella. Este mismo Autor en su obra del Entusiasmo, nos enseña con grande juicio y madurez que es menester examinar de cerca los payses, las naciones, y las costumbres de los pueblos para poder hablar con fundamento (a): pues si quando recorrió la Francia se hubiera determinado á pasar á España sin temor de pernoctar al raso, ó de morir de hambre por falta de sustento, sin otra diligencia que ésta, hu-

(a) Pag. 315.

honroso en la republica de las letras. No basta para justificar las injurias que estos Escritores profieren contra España, que en el dia se haya dexado arrebatat por otros Pueblos la preeminencia en alguna parte de las bellas letras: pues tampoco bastaria para disculpar á quien con igual desprecio escribiese de la Italia, que segun dice Muratori (a) se dejó arrebatat en el siglo pasado el bello precio de la preheminencia en una parte de las letras, permitiendo impunemente que otras naciones mas afortunadas, aunque no mas ingeniosas, la pasasen adelante en el camino de la gloria.

§. II.

Critica injusta y desmesurada que hace de España otro Escritor moderno.

No es esta sola la pintura que hacen estos Escritores modernos de sus preocupaciones contra España: todavía es peor la que forma el autor de las cartas Inglesas, sobre la literatura Italiana. No puede disimular este crítico su irritacion al ver (b) que toda España por emulacion ó envidia, ó digamos mejor, pereza y des-

(a) Buen gusto, tom. 1. pag. 5.

(b) Carta 10. pag. 76.

sidia carece de las cosas mas necesarias á la vida, dejando sus campos sin cultivo, y no dando alvergue á los pasajeros; por que no quiere salir de su ignorancia á exemplo de los otros pueblos á quienes se cree superior. Dice ademas; que ha visto á los mismos labradores desdeñarse de envilecer sus manos con la azada, y por consiguiente parecer de hambre por la vanidad de llevar una espada mohosa, un sombrero con pluma, y que los traten como caballeros; pero que mucho peor que sus campos está su literatura.

En vista de una critica tan nimiamente rigurosa de los usos de España, es preciso creer que este Autor no la ha visto sino en algun mapa, ó en las relaciones de ciertos extranjeros, que habiendose enriquecido en aquel reyno, hacen despues alarde de desacreditarle con injusto desprecio; mostrándose fuera de España tan ignorantes de sus prerogativas, como se declararon aficionados á sus tesoros mientras vivieron en ella. Este mismo Autor en su obra del Entusiasmo, nos enseña con grande juicio y madurez que es menester examinar de cerca los payses, las naciones, y las costumbres de los pueblos para poder hablar con fundamento (a): pues si quando recorrió la Francia se hubiera determinado á pasar á España sin temor de pernoctar al raso, ó de morir de hambre por falta de sustento, sin otra diligencia que ésta, hu-

(a) Pag. 315.

hubiera podido hablar con mas fundamento del citado Reyno (*).

Bastaba haber examinado de cerca las Provincias de España confinantes con Francia, para hallar en el término de algunas leguas no solo las cosas necesarias á la vida, sino tambien las que sirven al regalo de las mesas mas delicadas. Hubiera visto cultivadas las dilatadas campiñas, y hasta las cimas de los montes, fatigandose los labradores desde la mañana hasta la tarde en manejar la azada y el arado, en lugar de llevar ociosos aquella soñada espada mohosa al costado. Los hubiera visto contar felices sus dias en medio de la abundancia, prefiriendo la vida rustica al título de Caballeros: y asimismo hubiera observado que con el caudal de aquellos labradores en otros paises se harian muchos dar *excelencia*.

Si hubiera examinado de cerca la primera capital de la Provincia, Barcelona, bien lejos de encontrarla con gente abandonada á la pereza y á la desidia, hubiera hallado moradores

(*) El honrado carácter de este ilustre Escritor me persuade que no le hubiera permitido imitar la falta de sinceridad del Monge Lombardo, el P. Noberto Caymo, quien despues de haber corrido toda España imprimió unas Cartas con el nombre de *Viaggio Italiano*, en las que habla de las cosas de España con poco honor de este Reyno. Vease el Viage de España de D. Antonio Ponz, impreso en Madrid año de 1776.

res industriosos y aplicados, emulos, es verdad de las Provincias comarcanas, pero emulos en la industria, en el comercio, en las artes, en las fábricas. No menos cultivadas que los campos, y las artes, habria hallado las ciencias, no ya unicamente de la Filosofía Aristotélica, sino de aquellas que hacen el dia de hoy las delicias de las naciones cultas: como son Escuelas de Matemática, y de Nautica, Academias Reales de bellas letras, y de Física experimental, competidoras de las de Historia, de la Lengua, y de las bellas artes que florecen en la Corte, y en otras Ciudades de España. Estas Academias no se ocupan en tratar de los grandes negocios del amor, ni en ciertas vagatelas sonoras, como de las de Italia dice Muratori (a), sino en materias mas sólidas, y mas útiles al público.

En lugar de aquellos Cirujanos de Italia, que llama nuestro Autor con sobrado desprecio Alveitares y Barberos (b), hubiera encontrado una célebre escuela de cirujia, provista de maestros habiles, y un grande concurso de discípulos. Entre estos, varios pasan desde la vecina Francia á ser instruidos por aquella miserable nacion, que no quiere salir de su ignorancia á exemplo de sus vecinos. Si hubiera entrado en el famoso teatro anatómico, le hubiera visto igual, si no superior, á los mas nombrados

(a) Reflexiones sobre el buen gusto, part. 1. pag. 2.

(b) Carta 1. pag. 75.

brados de la Europa, lleno de esquisita prevencion de los instrumentos mas finos, trabajados la mayor parte por aquella nacion perezosa é indolente, que carece de las cosas mas necesarias á la vida.

No es esto decir, que en todas las Provincias de España se cultiven con igual empeño los campos, las artes y las ciencias; pero si digo, que la desidia de alguna provincia, á vista de otras en que estan florecientes la agricultura, las artes, las fábricas y las ciencias, no puede disculpar al referido escritor, que excediendo los límites de una justa crítica, quiere persuadir que es universal en toda la Peninsula la ociosidad, la holgazanería, y la barbarie. Perdonésemle esta corta digresion que me ha parecido conveniente para dar á entender al dicho autor, quanto mas razonable juicio habria formado de España si la hubiese examinado de cerca; respecto de que solo en la primera Provincia se halla á un mucho mas de lo que he apuntado aqui por mayor: y ya que no hablamos de la China, ó de la Tartaria, facil es averiguar si el amor á la patria me ha hecho exceder los límites de la verdad.

Otra de las preocupaciones graciosas de este autor, es la de publicar que España se se cree superior á las demas naciones, y amante por naturaleza de precedencia (a). Qué bien ve-

(a) Betin. part. 1. pag. 122.

venia aqui lo de: *Quis tulerit graccos de seditione quærentes!* Por cierto es digno de reparo, que imputen á los Españoles una presuncion desordenada que les hace despreciar á todos los extranjeros. ¿Y que esto se estampe en unos libros, en que á cada pagina se descubre la propension de anteponer la Italia á los pueblos mas cultos de la Europa? ¿no se pretende acaso que ha sido la privilegiada de la naturaleza para las artes y ciencias, atribuyendole la gloria de ser como modelo, y maestra del buen gusto, y como la que ha dictado leyes de sabiduría á todo el mundo? No le disputo sus prerogativas, ni el justo aprecio que merece: solo digo, que no son los escritores Italianos tan imparciales que puedan hacerse censores de la parcialidad de los Españoles. El mismo Abate Betin confiesa este defecto de sus paisanos, hablando de los Historiadores. Encuentro, dice, tanto en los antiguos, como en los modernos, el defecto de la parcialidad, que es el mayor contrario de la verdad, alma de la historia: mas los primeros son dignos de alguna disculpa porque escribian casi solamente para su patria: no asi los segundos, que saben de positivo que los han de leer todas las naciones por la comunicacion que se ha hecho universal en nuestros dias. A este defecto atribuyo que no tengamos en Italia muchas historias dignas de alabanza (a).

Con-

(a) Betin, tom. 1. pag. 23.

Conforme á esta regla debia esperarse mayor imparcialidad en los escritores modernos Italianos, así en no ensalzar su nacion, como en no obscurecer el mérito de las otras, sabiendo que los han de leer, no tan solo sus paisanos, mas tambien los muchos Españoles que hay en la actualidad domiciliados en Italia. Y supuesto que otro escritor quiso atribuir á los Españoles el ser amantes por naturaleza de precedencia, debia explicarse de manera, que no se le pudiera reconvenir fundadamente de una propension aun mas viciosa de asignar esta precedencia á la Italia sobre las demas naciones, aun en aquellos siglos en que fue menos digna de esta gloria.

El Abate Betin quiere pintarnos el estado de la Italia en los siglos XII y XIII (a), y apoyado en la autoridad del Abate Urspergense, pretende que *los Italianos solos eran los protegidos por leyes escritas*; y añade, *prueba clara de que las otras naciones vivian y se gobernaban por el derecho del mas fuerte, ó por leyes bárbaras, fundadas mas en las tradiciones, que en códigos aprobados*. Déjo al cuidado de otros eruditos quán conforme sea á la verdad esta pretendida superioridad de la Italia sobre sus respectivos países; mas por lo tocante á España la tengo por falsa é injusta.

Vamos á la prueba. Dejando aparte el Código de leyes Góticas (no bárbaras, sino muy pru-

(a) Restaur. tom. 1. pag. 123.

prudentes), recopiladas por Alarico desde el año 506, con las cuales se gobernó España por algunos siglos, tenia ya el Reyno de Aragon Código particular de leyes escritas desde el 900 (*), á las que despues se añadieron otras en el siglo XI. En este mismo tiempo se regia el Reyno de Castilla por leyes escritas, llamadas *Liber Judicum*, y el Conde de Barcelona Don Ramon hizo recopilar por entonces un código de leyes para Cataluña, que fueron examinadas y confirmadas por el Concilio que se congregó en dicha Ciudad, en el qual se reconoció á Alexandro II por legítimo Pontífice (*). A mitad del siglo XIII el San-

(*) Los fueros de Sobrarbe traen su origen de los años primeros de la conquista, y son anteriores al de 900. El P. Moret en sus investigaciones, pag. 354, exhibe una Carta de Carlos III. el noble, Rey de Navarra, del año 1412, despachada á favor de los Roncaleses, en que confirma varios de sus privilegios antiguos, y entre ellos uno de Don Sancho Garcia de la era 860, ó año de Christo 822, por el qual dicho Valle de Roncal fue aforado á los fueros de Jaca y Sobrarbe, pues en la pag. 356 copia el mismo autor una clausula del tenor siguiente: *Otro sí, por razon de los dichos privilegios antiguos, los dichos Valle Roncal son aforados á los fueros de Jaca y Sobrarbe, &c.*

(*) Es digno de reflexion que en aquellos tiempos se decidian en Italia las contiendas entre personas privadas, ó las de jurisdiccion, entre los poderosos, por medio de las pruebas de la agua y del fuego, de poner

Santo Rey de Castilla, Don Fernando, hizo nueva coleccion de leyes, cometida al cuidado de los mejores jurisconsultos de su tiempo (*) (*). Don Jayme el I de Aragon, llamado el Conquistador, despues de haber ganado á Valencia en el año de 1238, dió á este Reyno un código de leyes particulares, escrito en lengua

ner los brazos en cruz, y de los desafios. Betin Restaur. tom. 2. pag. 304.

De este modo aquella nacion protegida por leyes escritas, obligaba al que robaba un perro de caza á llevarlo en la espalda, y despues besarle el rabo: y al que hurtaba un gavilan se le condenaba á dejarse arrancar unas onzas de carne de la parte posterior del cuerpo por el mismo animal, pag. 405.

(*) Este código se llama aun al presente las *siete partidas*, que es un cuerpo de derecho nacional, si no superior, á lo menos igual á los mejores de otros países, como dice Don Nicolás Antonio.

(*) Es muy verosimil que en la formacion de las leyes de las partidas haya tenido mucha parte Diego Pagan, cuyo sepulcro existe hoy día en la Iglesia mayor de Murcia, y encima de él se conserva su estatua, que aunque maltratado, representa harto bien el traje de un Doctor. En la misma Iglesia se celebra un Aniversario por una hija suya que se conoce todavia con el nombre de Juana de las leyes.

Tambien se llamó Diego de las leyes el compilador de las Partidas, y de él se conserva una obra inedita en latin, intitulada *Flores Juris*, dedicada al Infante Don Alonso, en la Biblioteca del Escorial.

gua Catalana, y en el de 1250 (**), precedidos los dictámenes de los letrados mas sabios, formó nuevo código para el Reyno de Aragon, añadiendo prudentes reglas á fin de impedir las interpretaciones siniestras que alargaban el despacho de los procesos.

Pregunto ahora: ¿será lícito que por dar la preferencia á Italia se procure dar á entender que todos estos Reynos se gobernaban en aquellos siglos al arbitrio del mas fuerte, y por leyes bárbaras, que no estaban apoyadas en códigos formales, y aprobados? Ha llegado á este punto en algun tiempo el decantado amor de precedencia, que por naturaleza cree peculiar este amor en los Españoles? y no era acaso la misma Italia la que se gobernaba por leyes bárbaras, y al arbitrio del mas fuerte, quando *olvidados todos los respetos del bien público, solo los feudatarios ó tiranos se creían hombres? quando, sepultados los estudios y los libros, se ignoraban las leyes christianas y civiles, y se distinguían en poco los vicios de las virtudes, juzgan-*

(**) La coleccion de fueros de Aragon se hizo en las Cortes de Huesca de 1247, y no en 1250. No se escribió en Catalan, sino en latin, como yá lo dejó advertido Don Juan Luis Lopez en su excelente obra *M. S. Bibliotheca Scriptorum ad leges seu foros regni Aragonum*: la qual se conserva en la Biblioteca de la Ciudad de Hamburgo, adonde pasó con todo el tesoro literario del insigne Christoval Wolff.

gandose los mas graves excesos; como por exemplo, los adulterios, homicidios, é incestos, fragilidades que se debian disimular al rico, y perdonar al poderoso: justificando este desorden las mismas leyes, y los magistrados? (a).

No obstante lo dicho, esta misma Italia, por un extremo de parcialidad, la antepone el autor á todas las naciones; y no contento con esto, intenta persuadirnos *que ya en aquel tiempo excitaba la admiracion de los estraños por un gobierno propio y privativo de una legislacion firme y establecida (b).* Mejor diria la abominacion por aquel genio duro y feroz que se descubre en los Italianos antiguos, que parece distintivo de las gentes bárbaras (c). En efecto, por los años de 1135 llama San Bernardo á los Lombardos gentes bárbaras, inquietas y sediciosas.

Siempre que éste crítico nos haga demostrable que algun escritor Español de nota pretenda dar la preferencia á su nacion sobre las otras, con parcialidad tan injusta, como aparece la suya ácia Italia, no tendremos dificultad de concederle *que los Españoles son amantes por naturaleza de precedencia.*

Los Españoles (dice un autor moderno) estiman sus cosas, pero al mismo tiempo hacen el aprecio debido de las extrangeras (d). Esta sí que es-

(a) Betin tom. 2. pag. 372.

(b) Tom. 1. pag. 123.

(c) Tom. 2. pag. 369.

(d) Mr. Langler de Fresnoy. *Metodo para estudiar la historia* tit. 2. cap. 32.

es la noble propension que tienen, y no la que se les imputa. En fuerza de ella hacen la estimacion que deben de los Italianos sabios, leen sus obras, y las citan con aprecio; quando éstos (segun acreditan los dos AA. referidos) desprecian por regla general los escritos de los Españoles, y no se dignan citarlos sin ridiculizar sus proposiciones.

Sin embargo del amor de preferencia que se les supone, confiesan que su literatura antigua debió mucho al gobierno de los Romanos, haciendo honrosa mencion de aquellos literatos insignes, que habiendo pasado de Roma á España, influyeron bastante en la cultura de este Reyno (a). ¿Qué diversa conducta observan los Italianos, que parece se olvidan de muchos escritores célebres y maestros Españoles, de quienes fueron conocidamente instruidos! De éstos apenas se saben sus nombres, ó por lo menos se finge no saberlos; y las obras famosas de que recibieron tanta claridad, asi sus estudios sagrados, como profanos, se sepultan como despreciables antiguallas. ¿Cuál diremos pues, que es la nacion amante por naturaleza de precedencia; la Española, ó la Italiana?

Las guerras entre España y Francia en los tiempos de los Reyes Don Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II. dieron motivo á los Franceses (a) Hist. Liter. de España tom. 32.

gandose los mas graves excesos; como por exemplo, los adulterios, homicidios, é incestos, fragilidades que se debian disimular al rico, y perdonar al poderoso: justificando este desorden las mismas leyes, y los magistrados? (a).

No obstante lo dicho, esta misma Italia, por un extremo de parcialidad, la antepone el autor á todas las naciones; y no contento con esto, intenta persuadirnos *que ya en aquel tiempo excitaba la admiracion de los estraños por un gobierno propio y privativo de una legislacion firme y establecida (b).* Mejor diria la abominacion por aquel genio duro y feroz que se descubre en los Italianos antiguos, que parece distintivo de las gentes bárbaras (c). En efecto, por los años de 1135 llama San Bernardo á los Lombardos gentes bárbaras, inquietas y sediciosas.

Siempre que éste crítico nos haga demostrable que algun escritor Español de nota pretenda dar la preferencia á su nacion sobre las otras, con parcialidad tan injusta, como aparece la suya ácia Italia, no tendremos dificultad de concederle *que los Españoles son amantes por naturaleza de precedencia.*

Los Españoles (dice un autor moderno) estiman sus cosas, pero al mismo tiempo hacen el aprecio debido de las extrangeras (d). Esta sí que

(a) Betin tom. 2. pag. 372.

(b) Tom. 1. pag. 123.

(c) Tom. 2. pag. 369.

(d) Mr. Langler de Fresnoy. *Metodo para estudiar la historia* tit. 2. cap. 32.

es la noble propension que tienen, y no la que se les imputa. En fuerza de ella hacen la estimacion que deben de los Italianos sabios, leen sus obras, y las citan con aprecio; quando éstos (segun acreditan los dos AA. referidos) desprecian por regla general los escritos de los Españoles, y no se dignan citarlos sin ridiculizar sus proposiciones.

Sin embargo del amor de preferencia que se les supone, confiesan que su literatura antigua debió mucho al gobierno de los Romanos, haciendo honrosa mencion de aquellos literatos insignes, que habiendo pasado de Roma á España, influyeron bastante en la cultura de este Reyno (a). ¿Qué diversa conducta observan los Italianos, que parece se olvidan de muchos escritores célebres y maestros Españoles, de quienes fueron conocidamente instruidos! De éstos apenas se saben sus nombres, ó por lo menos se finge no saberlos; y las obras famosas de que recibieron tanta claridad, asi sus estudios sagrados, como profanos, se sepultan como despreciables antiguallas. ¿Cuál diremos pues, que es la nacion amante por naturaleza de precedencia; la Española, ó la Italiana?

Las guerras entre España y Francia en los tiempos de los Reyes Don Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, dieron motivo á los Franceses

(a) Hist. Liter. de España tom. 32.

Primer origen de estas preocupaciones; el exemplo de otros autores que han escrito poco ventajosamente de España.

Se muy bien que no solo los referidos autores Italianos escriben de esta manera de la literatura Española, y éstos tengo por cierto que se han impresionado de estas preocupaciones en las obras de otros extranjeros. Pero esta no es suficiente disculpa, teniendo por otra parte la crítica, y juicio que se requiere para discernir la verdad. Muchos de los que han escrito contra los Españoles son Alemanes, Holandeses y Franceses, que estamparon sus obras en el siglo XVI; es decir quando España estaba en vivísima guerra contra estas mismas naciones; y así, no es de maravillar que el furor que derramaba tanta sangre en los campos de Flandes y de Olanda, gobernase tambien la pluma de aquellos escritores, y que pretendiesen ofuscar con libelos infames la gloria de una nacion triunfante, que era el terror de Europa.

Las guerras entre España y Francia en los tiempos de los Reyes Don Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, dieron motivo á los Franceses para procurar el descrédito de la

la nacion competidora. De aqui dimanaron en tantas historias los millares de fabulas de las costumbres, y bárbarie de aquellos tres Monarcas que excedieron la fama de los primeros Emperadores Romanos.

Otro origen de los escritos contra España, fue la heregia que dominaba en aquel siglo en casi todas las Provincias de Europa, excepto la de España, para gloria inmortal de esta nacion, segun el docto Lagomarsini (a), el qual atribuye á esto quanto dice Thuano en sus Anales contra España. Lo mismo observó Andres Escoto, como se lee en su Carta al P. Juan de Mariana, añadiendo: *digam quanto quisieren los hereges: Pænes Hispanos ea laus fuit, eritque semper, ut summi hic Philosophi, ac Theologi veræ, ac Catholicæ fidei propugnatores præstantissimi reperiantur.* Me ha parecido que debia decir alguna cosa de esta clase de escritores anti-Españoles, para que se vea que no es tal su autoridad que puedan apoyar en ella sus preocupaciones los AA. modernos.

¿Pero hallarán tambien en Italia apoyo á su preocupacion en algunos escritores de aquel siglo? no lo niego: una parte de éstos serán afectos á los Franceses, que fueron echados de Italia por los Españoles, y otra de los mal contentos con el gobierno Español. Por estas razones escribian unos y otros poco ventajosamente de nuestra nacion: porque no pudiendo

obs.

(a) Cartas de Pog. tom. 1. Carta 67.

obscurer la gloria de sus armas, pretendian quitarles la de las ciencias. Esto dió motivo al famoso Antonio de Nebrija para escribir al Rey Don Fernando el Católico en la divination previa á los diez libros de *rebus gestis Regum Catholicorum: Non tamen opinor satis tuto peregrinis hominibus historiae fides concederetur, Italis maxime, nullius rei magis quam gloriae avaris. Invident nobis laudem; indignantur quod illis imperitemus, nosque barbaros, opicosque vocantes infami apellatione fœdant.*

Tampoco en este siglo faltan autores Franceses que á imitacion de los antiguos intentan desacreditar los progresos de los Españoles en orden á las ciencias. Tales son Mr. de la Martiniere en su Diccionario, y el autor del teatro Español, impreso en París en 1738: pero el erudito Fernandez Navarrete ha hecho ver claramente la impostura grosera del primero, en la disertacion sobre el carácter de los Españoles, que se halla en el tomo 1. de las Actas de la Academia de la Historia, y Montiano ha convencido la ignorancia del segundo en su discurso sobre las tragedias Españolas.

Las obras de estos escritores antiguos y modernos, injuriosas al credito de la nacion Española, son un manantial abundante de tantas opiniones erradas sobre sus costumbres y literatura. ¿Pero servirá esto de disculpa á los dos mencionados escritores Italianos? sería hacer agravio á su ciencia é instruccion, si se creyese que piensan como se pensaba antiguamente;

te;

te; esto es, que para asegurar qualquiera opinion ó hecho basta el testimonio de muchos AA. que asi lo escriban, sin pararse á considerar que se merece su autoridad. Y para que se vea que se merecen algunos Franceses que han escrito en nuestros tiempos de las cosas de España, citaré dos ó tres pasages. Mr. Fournier en su *Manual Tipografico* estampado en París en 1766, dice: *en España no hay gravadores de letras; solo se hallan dos fundiciones, ambas en Madrid, la una perteneciente á los Jesuitas, que les vale 500, ó 600 libras: la otra se compró en París en 1748, por la cantidad de 30 2 libras: y era de Mr. Cottin fundidor de letras (a).* Precisamente habian ya pasado ocho ó nueve años, quando escribia esto, que el famoso Barcelones Eudaldo Paradell, se habia hecho célebre dentro y fuera de España, con la abundante provision de todo género de letras abiertas por él mismo, con los punzones, y contra punzones para formar las matrices: mérito que le ganó la proteccion de nuestro Augusto Monarca, haciendole ir á la Corte con una crecida pension, donde prosigue enriqueciendo á España con bellisimos caracteres, que no ceden á los mejores de Europa. No son inferiores los que abrieron Don Antonio Espinosa, y Don Geronimo Gil. Luego quando el dicho autor escribia que no habia sino dos fundiciones, y éstas en Madrid, se contaban quatro

(a) Tom. 2. pag. 42.

tro en la Corte, una en Sevilla, otra en Toledo, en Valladolid, en Zaragoza y en Barcelona.

Mr. Freron en su *Año Literario* de 1772, declama contra la inmundicia de las calles de Madrid, ignorando que hacia siete, ú ocho años que estaban mas limpias y aseadas que las de París. El mismo autor acusa á los Españoles de poco inclinados á la hospitalidad con los extrangeros, pagando con esta descortés ingratitud el buen acogimiento que hace España á tantos millares de Franceses, como disfrutaban en este Reyno de las riquezas y de los honores, no habiendo otro país en Europa que sea tan liberal de unos y otros bienes.

Tambien Mr. Lubersac se explica con tanta ignorancia, como injusto desprecio de la nacion Española, en la obra que dedicó á Luis XVI, publicada en París en 1775, con el título *Discursos sobre los monumentos públicos de todas las edades, y de todos los pueblos conocidos*. En el capítulo en que trata de España, entre muchas falsedades, é injurias políticas (nada correspondientes á la urbanidad Francesa), dice, que no se encontrará un Español que no esté persuadido de hacer un servicio á Dios en destruir los monumentos mas célebres de la antigüedad Romana. ¿Será posible que un autor que toma á su cargo escribir de todos los pueblos conocidos, se muestre tan ignorante del que está confinante con el suyo? acaso no le ha llegado la noticia de tantos Españoles eruditos como en este siglo han hecho esquisitas in-

investigaciones de los monumentos Romanos existentes en España, y colecciones muy apreciables de medallas antiguas, y ilustrado uno y otro con sabios escritos, de que se hablará en otra parte? pero esto es nada para los otros errores que contiene la dicha obra en punto á geografia, y á los monumentos antiguos hallados en España (a). ¡Tan inficionados son los manantiales de donde se comunican á Europa los siniestros informes contra nuestra nacion! ¡Y tan ignorantes se manifiestan los que mas gritan contra su atraso (x)!.

Po-

(a) Vease el Viage de España de D. Antonio Ponz, tom. 5. pag. 342.

(x) En las memorias de Trevoux del año 1742, art. 22. pag. 470. se dice, que en España no se publicaba obra alguna que mereciese el cuidado de informarse de ella. Esto dió motivo á que D. Ignacio Luzan, disfrazado con el nombre de *Ignacio Philaethes*, escribiese una elegante carta latina á los PP. de Trevoux, vindicando la nacion. En ella se queja con razon de que los mismos Españoles, desafectos á la patria, han sido los que mas han desacreditado su literatura, como Mayans, el Dean Marti; este muy hinchado por su erudicion Griega y Latina, á lo que se limitaba todo su saber. Los AA. de las Aftas de Leipsick, del año de 1738, pag. 406. afearon en Marti tan desenfrenada é injusta crítica. La carta de Luzan se estampó en Zaragoza en 1743 en octavo, y es muy poco conocida.

¿Qué diremos de Pedro Bayle? en su diccionario, ha-

Podrá quizás decirse que si son tantos los que han escrito contra la literatura Española ¿por qué me dirijo solamente contra los Señores Tiraboschi y Betinelli? es acaso por creerlos mas débiles, y por consiguiénte mas fáciles de convencer? Al contrario, conozco su relevante mérito, y el aprecio que han tenido sus obras, y por lo mismo quisiera desimpresionar á sujetos tan recomendables por todas razones, no haciendo caso de otros AA. que no logran de tanta aceptacion en el público, y cuyos escritos no pueden causar grande estrago, porque se leen poco. A esto se añade el tiempo en que han publicado sus obras en Italia, que es quando hay en ella quatro mil Españoles á lo menos, *iniciados en las ciencias*. A decir la verdad ¿quién podrá condenar de injusto su dolor al ver que unos AA. de tanto crédito, estampán á su presencia censuras tan injustas contra una nacion que por mil razones merece ocupar un alto lugar entre las mas cultas? como afirma el docto Padre D' Orleans (a). Siendo tanto mas sensible este agravio, quanto aun los mismos Españoles pueden lisonjearse de no haber dado motivo á los Italianos para juzgar con tan poco aprecio de sus ingenios y erudicion.

No hablando de Gonzalo Ponce de Leon, donde añade: *Il écrit bien le Latin pour un Spagnol*.

(a) Hist. de las Revoluciones de España tom. 10. pag. 2.

No bien llegaron á Italia despues de tantos viages molestos, privados en gran parte de los libros preciosos, y de aquella quietud y comodidad que requiere una aplicacion seria, quando los jóvenes Españoles dirigidos por maestros de su misma nacion, dieron pruebas convincentes de su buen gusto en la Teología, Filosofía y estudios amenos. Ferrara, Bolonia y otras Ciudades del estado Pontificio, fueron el teatro de los primeros rasgos de literatura, llevada de España, no aprendida en Italia. Allí se vió lucir una Teología, no reducida á las sutilezas escolásticas, sino adornada de sólida erudicion sagrada, de los dogmas, de los Cánones, de las santas Escrituras, de escogida crítica, acompañado todo de buena locucion Latina y Griega: una Filosofía asi moral, como fisica, que lexos de las aridezes que se nos imputan, tenia toda la amenidad que apetece este siglo ilustrado. Aplaudieron los sábios Italianos los ingenios y cultura de aquella instruida juventud; y entre otros el célebre Andrés Barotti dió tales testimonios de elogio, que bastarian para confundir las preocupaciones contra la literatura Española, si un prudente reparo no me impidiese publicarlos. Pero los libros que se expusieron á las citadas defensas, y que acreditan la literatura que entonces llevaron los Españoles, están impresos, y podrán servir de perpetuo documento de que no estaban inficionados del contagio del mal gusto.

En vista de unas pruebas tan irrefragables

ni podían, ni debían esperar los Españoles que se renovasen al presente en Italia las preocupaciones antiguas contra sus escuelas y letras, y mucho menos que unos escritores tan famosos olvidasen enteramente á España, quando hablan de las naciones cultas y sábias (*); ó que si acaso hacen mencion de ella sea con el borron infame de corrompedora de las ciencias. Lo que debían esperar era que los testimonios tan plausibles de su literatura que habían dado á los Italianos, los desengañase de los siniestros informes de otros extrangeros: porque siempre debe prevalecer la experiencia contra la autoridad, ó juicio de qualesquiera escritor.

§. IV.

(*) Betinelli habla frecuentemente del siglo de oro de la Italia, en tiempo de Leon X, y del de Francia, en el Reynado de Francisco Primero; pero nunca hace mencion del de España que en la misma era, es decir, en la de Carlos V. y Felipe II, tuvo su siglo de oro, no menos fecundo de literatos célebres, que fueron maestros en Italia, Francia, Flandes, Inglaterra, que de Soldados valerosos que causaban terror á la Europa.

§. IV.

La ignorancia culpable de las noticias literarias de España es otro origen de las preocupaciones referidas.

Se lamenta el Abate Tiraboschi, y con él casi todos los escritores modernos Italianos, que es desgracia muy comun en los ultramontanos, que en quiriendo meterse á escribir de las cosas de Italia, se extravían miserablemente (a). Pero aun es acaso mayor desgracia la de algunos de estos mismos AA., que en metiendose á escribir de la literatura Española se acreditan (con su licencia) de muy forasteros en ella. El Abate Betinelli en la introduccion á su obra de la Restauracion, nos asegura; que no ha perdonado fatiga ni diligencia alguna por imponerse en la materia que trata; pudiendo afirmar que ha leído y releído quantos libros ha hallado de dentro y fuera de Italia, sin reparar en lo desagradable de muchos de ellos, por su poca crítica y estilo tosco. Por consiguiente es preciso decir, que no halló dentro ni fuera de Italia libros que pudieran ilustrarle sobre la literatura Española.

Pero valga la verdad: quando no hubiera en-
(a) Tom. 2. pag. 5.

ni podían, ni debían esperar los Españoles que se renovasen al presente en Italia las preocupaciones antiguas contra sus escuelas y letras, y mucho menos que unos escritores tan famosos olvidasen enteramente á España, quando hablan de las naciones cultas y sábias (*); ó que si acaso hacen mencion de ella sea con el borron infame de corrompedora de las ciencias. Lo que debían esperar era que los testimonios tan plausibles de su literatura que habían dado á los Italianos, los desengañase de los siniestros informes de otros extrangeros: porque siempre debe prevalecer la experiencia contra la autoridad, ó juicio de qualesquiera escritor.

§. IV.

(*) Betinelli habla frecuentemente del siglo de oro de la Italia, en tiempo de Leon X, y del de Francia, en el Reynado de Francisco Primero; pero nunca hace mencion del de España que en la misma era, es decir, en la de Carlos V. y Felipe II, tuvo su siglo de oro, no menos fecundo de literatos célebres, que fueron maestros en Italia, Francia, Flandes, Inglaterra, que de Soldados valerosos que causaban terror á la Europa.

§. IV.

La ignorancia culpable de las noticias literarias de España es otro origen de las preocupaciones referidas.

Se lamenta el Abate Tiraboschi, y con él casi todos los escritores modernos Italianos, que es desgracia muy comun en los ultramontanos, que en quiriendo meterse á escribir de las cosas de Italia, se extravían miserablemente (a). Pero aun es acaso mayor desgracia la de algunos de estos mismos AA., que en metiendose á escribir de la literatura Española se acreditan (con su licencia) de muy forasteros en ella. El Abate Betinelli en la introduccion á su obra de la Restauracion, nos asegura; que no ha perdonado fatiga ni diligencia alguna por imponerse en la materia que trata; pudiendo afirmar que ha leído y releído quantos libros ha hallado de dentro y fuera de Italia, sin reparar en lo desagradable de muchos de ellos, por su poca crítica y estilo tosco. Por consiguiente es preciso decir, que no halló dentro ni fuera de Italia libros que pudieran ilustrarle sobre la literatura Española.

Pero valga la verdad: quando no hubiera en-
(a) Tom. 2. pag. 5.

encontrado otro que la *Biblioteca Hispana* de D. Nicolás Antonio, impreso en Roma, no en España; escrita, no sin crítica y con tosco estilo, si no con mucho discernimiento y elegancia, y hubiera leído y releído en ésta el copioso catálogo de hombres insignes que ha tenido España en todo genero de letras, que han escrito con elegancia, solidéz, crítica y erudicion, que han purgado la Teología de las sutilezas escolásticas; con sola esta obra hubiera visto lo suficiente para no proferir que el Español no sabe escribir sino *sutilezas ó jocosidades*: si hubiera leído que con el dominio de la nacion Española en Italia mejoraron la literatura Italiana doctísimos Españoles Teólogos, Filósofos, Oradores, é Ilustradores de las antigüedades Romanas, tanto que puede decirse resucitaron los estudios sagrados, no hubiera afirmado que corrompieron el buen gusto en las ciencias. Todas estas noticias podrá hallarlas con poco trabajo, no precisamente en la Biblioteca de D. Nicolás Antonio, mas tambien en la de Fabricio, en Moroffio, en Baillet, en la España ilustrada de Andrés Scotto, y en otras varias obras, que aunque forastero, he encontrado en Italia.

Si hubiera visto ademas el pequeño, pero precioso libro de D. Luis Velazquez, sobre el origen de la Poesía Castellana, y leído quantas comedias tenemos en nuestra lengua arregladas á las leyes poéticas mas estrechas, compuestas en un tiempo en que el Autor critica

con

con demasiado rigor los que echaron á perder el teatro Español, no hubiera escrito, fundado en la autoridad de Quadrio, *que los Españoles no han conocido nunca la verdadera comedia*. En este mismo libro hubiera hallado que desde el siglo XII, se escribió en Portugués el Poema, *Pérdida de España*, parte del qual insertó Manuel de Faria y Sousa, en la *Europa Portuguesa* (a). A mediados del siglo XIII. D. Alonso el Sábio, Rey de Castilla, escribió en castellano el Poema Epico la *Alexandriada*; y á principios del siguiente compuso el Marqués de Villena el suyo intitulado, *el Hercules* (*). Todos estos se pueden decir los Ennios de España, habiendo sido muy anteriores al Morgante del Pulci, conocido por el Ennio de Italia. Asimismo hubiera sabido que el suspirado Virgilio, amaneció antes en España en la persona de Luis Camoens, que en Italia con la de Torquato Taso (b). Ilustrado Betinelli con

(a) Tom. 3. pag. 4. cap. 9.

(*) Entre los Poemas didascálicos se puede contar tambien uno que hay en el Escorial, que tiene por objeto la historia de España, escrito por un anónimo que floreció en tiempo de D. Alonso X. y empieza:

Señor

Rey de grant altura
de los Christianos espejo.

(b) Luis Camoens, nació en 1512, y la Lusida se imprimió en 1572. El Taso nació en 1544, y la Jerusalen se imprimió en 1580.

con estas noticias, no es de creer que hubiera asentado: los primeros Poetas Epicos, despues de los antiguos, fueron los Italianos, dando en esto el exemplo á toda la Europa. Pulci abrió el camino (a): ni hubiera atribuido á Bocaccio la no merecida gloria de inventora de la Octava Rima (b), si por fortuna hubiera hallado la Biblioteca Valentina, impresa en 1749 (*), pues en ella hubiera visto que en el año de 1281, escribió en este mismo metro el célebre Poëta Jayme Febrer (*), la relacion de la borrasca que padeció en las costas de Mallorca la armada de D. Jayme I. Rey de Aragon.

Mucho menos se hubiera empeñado este Autor en desacreditar el teatro trágico-Español, ni hubiera dicho, siguiendo á Mr. D' Voltaire, que los Españoles no tienen aun una verdadera tragedia, pudiendo hallar en Italia ó fuera de ella los discursos sobre la tragedia, con las dos tragedias Españolas la Virginia, y el Ataulfo de Don Agustin Montiano, impreso to-

(a) Restaur. part. 2. pag. 111.

(b) Tom. 2. pag. 85.

(*) Esta Biblioteca escrita por D. Vicente Ximeno la alaban mucho los PP. de Trevoux, año de 1750. Abril art. 44. Mayo art. 55.

(*) Existe un códice de sus Trovas, que puede pasar por un Nobiliario de Valencia, en la Real Biblioteca. Perteneció al P. Andres Burriel, que con otros los cedió á S. M.

todo en 1750, y traducido en Frances dos años despues por Mr. D' Mermilli (**). Y si quisiera seguir el dictamen de los Franceses sobre esta materia, no hay mas que leer el juicio que hacen de las mencionadas tragedias los PP. de Trevoux (a), el Mercurio de Francia (b), el Diario de los Sabios (c), Mr. Freron (d), y Mr. Recine (e).

Tambien la docta obra de la Crusca Provenzal, impresa en Roma en 1726, escrita en

(**) En 1575, Francisco Ximenez Roman, natural de Monzon, compuso una tragedia intitulada, *Frangiro y Belisana*, dedicada á D. Matias de Moncayo. Esta noticia la debo al erúdito D. Feliz la Tasa, Racionero de Mensa de esta Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza: sugeto muy instruido en las memorias de España, principalmente del Reyno de Aragon, y que está siempre ocupado en descubrir noticias apreciabilisimas, como veria el público con grande satisfaccion y utilidad, si diese á luz la Biblioteca Aragonesa que tiene casi concluida: obra importante, y en que hay erudicion muy exquisita y rara.

Geronimo de Mora, célebre Pintor y Poëta Zaragozano, escribió una buena Tragedia intitulada *Pilades y Orestes*, que vió el Cronista Andrés, como lo dice en su Museo de escritores Aragoneses.

(a) Diciembre 1751.

(b) Mayo 1751.

(c) Febrero 1751.

(d) Carta XIV.

(e) Advertencias sobre las Tragedias tom. 3. cap. 7.

en Italiano por el célebre Español Antonio Bastero, podría subministrar muchas luces para haber contado entre los buenos Poëtas Provenzales á varios Españoles; como asimismo para ensalzar la gloria que merece el gobierno Español en la Provenza, respecto de que en su tiempo fué en el que mas floreció allí la Poësía. Pero á pesar de estos documentos, no ha hallado el Abate Betinelli entre los libros que ha leído y releído, Poëtas Lemosinos Españoles (a), como halla Franceses, é Italianos, quando habla de éstos, y no de aquellos.

No obstante de haberse impreso en Roma el año 1756, la crítica disertacion del erúdito Español Don Francisco Perez Bayer, en que acredita que San Dámaso nació en España, sin duda no consiguió verla el referido Abate, pues vemos que con indudable seguridad, cuenta entre los escritores Italianos á este sábio y Santo Pontífice (b).

Esta falta de noticias acerca de las memorias literarias de España, es la causa de que estos escritores modernos hallen trágicos historiadores romancistas en Francia, en Inglaterra, y en otras partes, al paso que de España se contentan con decir que *quizá se hallarán* (c). Por la misma razon no citan nunca en sus

(a) Restaur. part 2. pag. 91.

(b) Id. part. 1. cap. 1. pag. 5.

(c) Bet. Entus. pag. 301.

sus obras AA. Españoles, siendo así que en muchas materias de sus tratados pudieran pretender lugar mas distinguido que el que ocupan otros extrangeros, de quienes hacen memoria honrosa.

Queriendo algunos disculpar á los Italianos de esta referida ignorancia, echan la culpa á los mismos Españoles, suponiendo que no tienen tanto cuidado de comunicar á los extrangeros sus libros, ni sus noticias literarias, como las preciosidades de la América. ¿Pero en qué consiste que los Franceses, que no son de los últimos á publicar sus propias glorias, ni la ventaja que llevan á la demas naciones en las ciencias, están tan instruidos en las obras literarias de España? Registrense los Diarios literarios, en particular el de Trevoux, y se verán los extractos y elogios de las que ha producido España en este siglo. No contento con esto han traducido los AA. modernos Españoles, como por exemplo, las Reflexiones Militares del Marqués de Santa Cruz, la historia de España de Ferreras, la historia de los celebres Pintores, y Escultores Españoles de D. Antonio Palomino, el libro del Comercio de Uztariz, el Discurso sobre la tragedia de Montiano, y la Virgina del mismo autor. Muy al contrario procede el Italiano que ha escrito el ensayo de literatura extrangera, pues éste se lamenta de que no le es permitido dar extracto de alguna obra insigne Española, por falta de libro: con lo qual deja á sus paisanos en la falsa persua-

sion de que España no se ocupa aun sino en la Filosofía Aristotélica.

Pero vamos claros: ¿esperan por ventura los literatos Españoles á que los AA. Italianos les remitan á sus casas los libros y noticias literarias de Italia? No por cierto: antes bien ellos mismos escriben á Roma, Venecia, Napoles, Genova para adquirir las obras que merecen la estimacion pública, y esto sin embargo de que la nacion Española *por su desidia no quiere salir de la ignorancia*. ¿Por qué no hacen otro tanto los Italianos? esto es, ¿por qué no solicitan con la misma ansia las noticias literarias de España, que otros frutos ricos y esquisitos que produce? Asi lo harian sin duda si no hubieran adoptado ciertas preocupaciones contra nuestra literatura, y si imitasen á un Italiano de los mas ilustres é imparciales, qual es el Marqués Maffei. Este teniendo entre manos la excelente obra de la antigüedad, escribió á los literatos de España, pidiéndoles le comunicasen algunas noticias importantes de las antigüedades Romanas. En efecto, no fueron inútiles sus diligencias, pues solo el erudito Marti le remitió quatrocientas inscripciones antiguas, que en vano hubiera buscado en los famosos antiquarios Gruttero, Reynesio, y Fabretto. Respondió Maffei lleno de complacencia, asegurando que mas estimaba aquel regalo literario, que todos los tesoros de la América: *Hoc ego munus amplissimum thesauris Arabum, & divitiis Indiæ procuidubio præferam*

Iis

Iis ergo tanquam gemmis nitidissimis commentarios distinguam meos (a).

Si todos los literatos Italianos pensasen de este modo, no conocerian ni estimarian menos la erudicion de los Españoles, que el cacao de Caracas, el tabáco de Sevilla, los vinos de España, y el oro y la plata de la América. Siguiendo el exemplo del citado Marqués, hubiera evitado el Abate Quadrio los muchos errores que ha impreso sobre nuestra poesía: como tambien el Abate Betinelli, que se conoce muy bien que no ha leído lo que escribió Velazquez acerca del origen de ésta.

Quizá habrá algunos de los que lean las obras de estos escritores, que no podrán persuadirse que por ignorancia callan las glorias de nuestros literatos: porque ¿cómo es posible, dirán, que un hombre tan instruido como el Autor de la historia literaria, ignore que el célebre Tajon, Obispo de Zaragoza, que floreció á mediados del siglo septimo, fue el primero que empezó á tratar la Teología por el método que abrazó despues Pedro Lombardo? En prueba de ello, oigase á Mabillon: *Este Obispo sábio y tan versado en las santas Escrituras fue el Autor de la coleccion de sentencias teológicas, sacadas de los Santos Padres; que si no me engaño ha sido la primera, y á cuya imitacion han formado las suyas, asi Lombardo*

(a) Emm. Marti Ep. lib. 1.1. Ep. 3.

bardo como los otros (a). Del mismo sentir es Estevan Baluzio (b): y Fabricio escribe: *Adeo-que Tajo primus fuit qui sententias collegit, & Petro Lombardo in hoc ipso laboris genere præluxit* (c). No obstante todo esto, el Historiografo Italiano, quando llega á hablar de Pedro Lombardo (d) dice, que algunos han pretendido que tomó los libros de las sentencias de un tal Bandini, que otros son de sentir, que se aprovechó mucho de las obras de Pedro Abelard, pero sin citar nunca al Obispo Tajon.

Menos creible es que ignorase que por los años 1000, aprendieron los Italianos de los Arabes Españoles la Filosofía, Matemática y Medicina, que estaban ya florecientes entre estos dos siglos habia. El expresado Autor habla de aquella época sin mencionar á los Españoles maestros de la Italia; y al contrario, asegura que dichas ciencias resucitaron en Italia, y que desde allí se comunicaron á las Provincias cercanas y remotas (e). Mucha fuerza tiene este argumento, y mas si se añade la observacion siguiente:

§. V.

(a) Ver. Analect. pag. 64.

(b) Misc. tom. 4.

(c) Tom. 6. pag. 217.

(d) Tom. 3. pag. 239.

(e) Tom. 3. lib. 4. cap. 5.

§. V.

Los escritores modernos Italianos abrazan las opiniones poco ventajosas de los otros extrangeros en orden á España, y omiten las favorables. Conducta opuesta de los Españoles con los Italianos.

Supuesto que estos señores escritores modernos no se cuidan de las noticias literarias de España, y que creen prontamente quanto dicen nuestros mayores contrarios, pudieran escuchar de la misma manera á los extrangeros imparciales que nos hacen la justicia debida; pero esto no hay que esperar. La fuerza de la opinion hace que se tenga por lisonja ó adulacion quanto dicen los extrangeros en elogio de los sabios Españoles. Escriba el célebre Montfaucon, *que no hay nacion mas idónea para todo genero de ciencias, que la Española* (a); digan los críticos de Trevoux que los ingenios Españoles son propios para lo sólido, lo verdadero y lo bello: y que merecen ocupar los primeros lugares en la república de las letras (b): Confie-

se

(a) Emm. Marti Ep. lib. 18. Ep. 2.

(b) Año 1750. Mayo artic. 55.

bardo como los otros (a). Del mismo sentir es Estevan Baluzio (b): y Fabricio escribe: *Adeo-que Tajo primus fuit qui sententias collegit, & Petro Lombardo in hoc ipso laboris genere præluxit* (c). No obstante todo esto, el Historiografo Italiano, quando llega á hablar de Pedro Lombardo (d) dice, que algunos han pretendido que tomó los libros de las sentencias de un tal Bandini, que otros son de sentir, que se aprovechó mucho de las obras de Pedro Abelard, pero sin citar nunca al Obispo Tajon.

Menos creible es que ignorase que por los años 1000, aprendieron los Italianos de los Arabes Españoles la Filosofía, Matemática y Medicina, que estaban ya florecientes entre estos dos siglos habia. El expresado Autor habla de aquella época sin mencionar á los Españoles maestros de la Italia; y al contrario, asegura que dichas ciencias resucitaron en Italia, y que desde allí se comunicaron á las Provincias cercanas y remotas (e). Mucha fuerza tiene este argumento, y mas si se añade la observacion siguiente:

§. V.

(a) Ver. Analect. pag. 64.

(b) Misc. tom. 4.

(c) Tom. 6. pag. 217.

(d) Tom. 3. pag. 239.

(e) Tom. 3. lib. 4. cap. 5.

§. V.

Los escritores modernos Italianos abrazan las opiniones poco ventajosas de los otros extrangeros en orden á España, y omiten las favorables. Conducta opuesta de los Españoles con los Italianos.

Supuesto que estos señores escritores modernos no se cuidan de las noticias literarias de España, y que creen prontamente quanto dicen nuestros mayores contrarios, pudieran escuchar de la misma manera á los extrangeros imparciales que nos hacen la justicia debida; pero esto no hay que esperar. La fuerza de la opinion hace que se tenga por lisonja ó adulacion quanto dicen los extrangeros en elogio de los sabios Españoles. Escriba el célebre Montfaucon, *que no hay nacion mas idónea para todo genero de ciencias, que la Española* (a); digan los críticos de Trevoux que los ingenios Españoles son propios para lo sólido, lo verdadero y lo bello: y que merecen ocupar los primeros lugares en la república de las letras (b): Confie-

se

(a) Emm. Marti Ep. lib. 18. Ep. 2.

(b) Año 1750. Mayo artic. 55.

se Mr. D' Saint Euremont, que los ingenios Españoles son mas fecundos de invencion que los Franceses (a): afirma el P. D' Orleans que hecho el cotejo entre los defectos que se atribuyen á los Españoles y sus buenas qualidades, se les debe hacer justicia y decir, que es una nacion que merece alto grado en el mundo (b), los escritores modernos Italianos, ó no ven estos testimonios, ó no quieren suscribir á ellos. Son de poca autoridad el juicio decisivo y las protextas solemnes de los imparciales; porque en su balanza ha de inclinar mas siempre la opinion de que los Españoles son propensos por influjo del clima á las sutilezas, á las chanzas, al mal gusto.

Ms. si por el contrario hallan un Autor, aunque desconocido, que forme idéa poco favorable de la literatura Española, dictada por ignorancia, ó acaso por odio ó emulacion, luego se recibe con los brazos abiertos, y se mira como un tesoro digno de enriquecer sus obras. La prueba clara de esto se ve en el libro del Entusiasmo, cuyo Autor gobernado por sus preocupaciones, ha creído poder aumentar gracia á su obra, recomendable por otros títulos, adoptando una Anedocta muy necia y grosera. El Autor, pues de la *Psican-tropia* ó nueva teoría del hombre, impresa en Avi-

(a) Obras, tom. 4. pag. 151.

(b) Hist. de las revoluc. de España pag. 2.

Aviñon en 1748; obra poco conocida, pero en concepto del escritor del Entusiasmo, muy digna de aprecio, por la descripcion que hace de España en el mapa Geografico del espíritu humano: *Esta region*, dice el Psicantrópista, *no produce sino monstruos; tierra inhabitable, pais inutil: sus habitantes son Filo-sofastros.* ¿Se podria hablar peor de los Tártaros ó Iroqueses? El mismo Autor lo ha conocido, y por tanto ha añadido esta nota: *No ignoramos que España tiene Teólogos insignes, y Metafísicos muy sutiles. Suarez y Molina bastarian para ilustrar una nacion entera; pero al fin es preciso confesar que ha producido pocos Filósofos y Matematicos, y sugetos ilustres en la carrera de las bellas artes.* Hasta aqui la nota, que segun parece no la vió el Autor del Entusiasmo, pues para nuestra mayor desgracia reimprimió sin ella la referida descripcion, para que esta quedase en toda su fuerza y vigor: y el unico favor que hace, es que ha suprimido el nombre de España.

No están preocupados así los Españoles contra la literatura Italiana, ni repiten en sus libros las proposiciones injuriosas, que de sus literatos han dicho muchos extrangeros. No les faltarian, si quisieran, AA. Franceses en quienes apoyar su crítica rigorosa contra la Italia, supuesto que Maffei, y á su exemplo casi todos los Italianos modernos, se quejan de que sin estudiar sus libros, ni entender su lengua, se meten los Franceses á censurar su literatu-

ra. Saben muy bien como hablan de los Poetas Italianos, Bauhours, Rapin, Boileau, Fontenelle, Bayllet, Saint Euremont, y otros que cita Muratori (a): la crítica que hacen otros Franceses de la barbarie de Roma la antigua: sobre todo la explicacion que hace Mr. Beaufort (b) en la Disertacion tocante á la incertidumbre de la historia Romana, pues atribuye la obscuridad de la antigua historia á la poca cultura de los Romanos, exagerandola con la oposicion de Caton á las ciencias; todo lo qual confirma con la autoridad de Levio, que supone que hasta el siglo V. ignoraron los Romanos el arte de escribir. Saben que Mr. Pevilli (c) pinta igualmente bárbaros y rudos á los Romanos, que á los naturales del Lacio y de la Toscana: que el autor Ingles del Ensayo de la literatura de los Romanos (d), habla con poca estimacion de la literatura Romana hasta el siglo VI. de Roma, representando á aquella nacion llena de ferocidad, enemiga de toda cultura, y sin el menor conocimiento de las ciencias. A vista de unos juicios tan ignominiosos de la Italia antigua y moderna ¿qué conducta observan los escritores Españoles? los adoptan, los reimprimen, los

(a) Perf. Poes. lib. 1. cap. 3.

(b) Part. 1. cap. 2.

(c) Acad. de Inscip. tom. 6. pag. 2.

(d) Mem. de Trevoux, Enero 1751. tom. 2. art. 16.

los comentan, los exageran? nunca ha sido de este temple el genio de los literatos de España, antes todo lo contrario; el aprecio que hacen de los Italianos, los mueve á tomar su defensa con el mayor empeño, formando apologías, en que refutan los argumentos de los Franceses con razones nerviosas y erudicion nada vulgar; como se ve en la historia literaria de España (a), y esto al tiempo mismo en que los Italianos están desacreditando nuestra literatura, é imputandonos la corrupcion del buen gusto en las ciencias.

Uno de los mas respetables contrarios que tiene la gloria literaria de Italia, es el Marqués D' Argens (b), que le disputa aun la palma de haber vencido á las demas naciones en la pintura, reprehendiendo *la afectacion de los Italianos, en despreciar los pintores Franceses, y en hablar de los suyos con exageracion, sin perdonar los superlativos de que se valen siempre que se trata de alabar alguna cosa que tiene relacion con su pais.* Quanto no debe en esta parte Italia al ilustre pintor Don Antonio Palomino; quien en su historia de los célebres Pintores Españoles (*), hace honrosa memoria de muchos

(a) Tom. 3. pag. 45. impreso en 1770.

(b) Reflex. critiques sur les differentes Ecoles de Peint.

(*) Josef Martinez, célebre Pintor de Zaragoza, que floreció á fines del siglo pasado, escribió un libro intitulado: *Discursos practicables del noble arte de la pin-*

chos Italianos, con cuyas noticias cree el Abate Francisco Antonio Zaccarias, que se pueden mejorar y añadir las obras de Vasari, de Baldinucci, y de otros que han tratado de esta materia. Por último, Palomino hace un elogio muy digno de la excelencia de los Italianos en la pintura (a). Este elogio, dice Zaccarias, hecho por un Pintor tan esclarecido, nos puede recompensar en algún modo de los agravios que hemos recibido del Marqués D' Argens (b). Asi corresponden los Españoles el injusto desprecio con que los tratan muchos Italianos.

También experimentó igual favor el celebre Vicente Gravina, quando insultado de las sátira

tura, que se conserva mans. en la Cartuja de Aula Dei: en el qual trata de varios insignes Pintores y estatuarios que florecieron en Aragon, y fueron desconocidos á Palomino. Tales son Juan Morlanes, que hizo el Portico de Santa Engracia á principios del 1500; á quien sucedió su hijo Diego Tudelilla, que hizo el trascoro de la Seo. Geronimo Vallejo, buen Pintor, que empleó en sus obras D. Fernando de Aragon, Arzobispo de Zaragoza.

(a) Añádese á Palomino el otro insigne Pintor Español Vicente Vitoria, que en el año de 1703. imprimió en Roma siete Cartas eruditas con el título: *Observaciones sobre el libro de la Felsina Pintora*, en que defiende al divino Rafael, de los agravios que le hizo Malvasia.

(b) Ensayo sobre la Literatura extrangera tom. 2. pag. 55.

tiras mordaces de Quinto Settano, que se llevaba los aplausos de Roma, no halló otro defensor, sin embargo de sus grandes méritos para con la literatura Italiana, que al insigne Español Manuel Marti; el qual dió á luz su *Satyromastix*, que fué tan celebrada en Italia. Agradecido á esto Gravina escribió al muy elegante Manuel Miñana: *usus rerum & meis non semel casibus expertus, nihil in vita posse Hispani hominis amicitia inveniri generosiùs, nihil validiùs, beatiùs, denique nihil* (a). Pero los dos AA. modernos piensan tan distintamente, que al paso que muestran la mayor veneracion ácia los Franceses, por mas que sean enemigos declarados de la gloria de Italia en su literatura; parece están empeñados en obscurecer el mérito de los Españoles; los que en el mismo tiempo se manifiestan justos apreciadores, y defensores del mérito literario de los Italianos (*).

§. VI.

(a) Lib. 2. Epist. 64.

(*) Ultimamente, el Abate D. Joaquin Millas Zaragoza, en un método de enseñar las humanidades que estampó en Mantua, año de 1786, defiende al Tasso de las injustas acusaciones de Boileau, y singularmente contra aquella expresion: *Le cliquant du Tasse*.

*Testimonios honrosos que han dado de
la literatura Española algunos
sábios Italianos.*

Sin embargo de lo dicho hasta aquí, se ha de confesar tambien, que no todos los literatos Italianos discurren como los dos referidos. Hay otros que hacen la justicia debida á los Españoles. Uno de los mas ilustres es el Abate Zaccarias, que hace tantos años está honrando á Italia con sus escritos, así científicos, como sagrados. Este, pues, en el ensayo de la literatura extrangera (a), quando llega á hablar del tratado de la nueva Teoría del hombre, arriba citado, añade al artículo de España esta anotacion, que vendría muy bien en varios pasages de los dos escritores modernos Italianos: el autor, de la referida Teoría, que tan juicioso se muestra en el elogio que hace de Suarez, y Molina, me parece por lo demas (seame lícito decirlo) muy poco práctico en la historia literaria, quando ignora que este Reyno ha producido un Antonio Agustín, un Mariana, un Perpiñá, y cien escritores mas en todo genero de filología. Su historia de los pintores Españoles desmintió

(a) Part. 1. tom. 2. pag. 323.

luego la parte que corresponde á las bellas artes. Tampoco las Matemáticas son terreno desconocido á los Españoles, como acreditan las Bibliothecas Españolas ó de esta facultad. En quanto á la Filosofía, tiene razon el autor: pero tambien se ha de decir, que no hay al presente todo el farrago que imagina, siendo buena prueba de esto algun libro de que hemos hablado en la primera parte de este tomo segundo. Quán correspondiente era una nota como esta en el libro del Entusiasmo!

No es menos honorífico á la literatura Española el testimonio del famoso jurisconsulto Gravina, que dice que *España ha sido siempre tan ilustre por la gloria de las letras, como la de las armas* (a). El incomparable Maffei en la supplica que hizo á los literatos Españoles, manifiesta el concepto que tiene de España en este primer periodo: *Ab eruditis Hispaniæ viris, quibus quin etiam num amplissimum Regnum florebat, ut omni ævo floruit, ambigendum non est subsequentes expetuntur notitiæ* (b). Y para que no se crea que baxo el título de eruditos entiende aquí Maffei escolásticos insignes, ó metafísicos sutiles, conviene saber, que las noticias que pide son críticas, y relativas á las antigüedades Romanas, que inutilmente se buscarian entre las sutilezas escolásticas. El célebre Muratori, que merece fama inmortal en los anales literarios de Italia, con-

(a) Ep. Em. Marti lib. 2. Ep. 64.

(b) Idem. lib. 11. Ep. 1.

cede tambien á los literatos Españoles el buen gusto: pues tratando de los impostores que atribuyen falsamente éstos ó los otros libros á AA. de nota, dice, que buena prueba de ello es la España, con los libros apócrifos de Havio Dextro, Máximo, y Braulio, añadiendo: *Estoy cierto que ha combatido valerosamente contra esta solemne impostura el buen gusto de los mismos Españoles (a)*. Efectivamente combatieron contra aquellos el Marqués de Mondejar, Don Nicolás Antonio (✕), el Cardenal de Aguirre, Don Manuel Martí, y en nuestros dias el erudito Abate Aymerich en su docta obra intitulada *Episcopologium Barcinonense*.

No

(a) Reflexion sobre el buen gusto part. 1. pag. 252.

(✕) Mucho antes de D. Nicolás Antonio, impugnaron las historias fabulosas D. Antonio Agustin en 1580, quando el P. Ramon de la Higuera, le empezó á comunicar fragmentos de dichos Cronicones, y Geronimo Blancas. Las Cartas de estos eruditos Aragonese, en que se opinan á la introduccion de tales ficciones, comunicó D. Josef Pellicer á D. Nicolás Antonio, como lo refiere en su Carta á D. Luis de Toledo, estampada por Mayans á continuacion de la censura de historias fabulosas de D. Nicolás Antonio. El Licenciado Juan Arruego, en el cap. 6. de su *Catedra Episcopal*, impugna con sólidas razones al fingido Máximo, y acerca de lo mismo dejó un papel inedito el Abad D. Juan Briz Martinez. Estos dos Aragonese fueron tambien anteriores á D. Nicolás Antonio, y al Marqués de Mondejar.

No es de admirar que Muratori halle el buen gusto en los Españoles, puesto que segun dice Bernardo Trevisano, son los que han enseñado á las demas naciones á expresarle. Hablando del buen gusto, se explica asi: *Unos llamaron á este, sentimiento bien ajustado y dispuesto, harmonia del ingenio; otros juicio, aunque ordenado por el arte: varios, delicadeza de genio; pero los Españoles que exceden á todos en la metáfora y perspicacia, lo supieron expresar con este laconismo: Buen gusto (a)*. Digo esto para que entiendan los Españoles en vista de unos testimonios tan autorizados, que no son universales á la nacion Italiana las preocupaciones contra la Española: como asimismo para confirmar que por grande crédito que tengan los dos Señores Abates, no puede exceder de ningun modo al de Gravina, Maffei, Muratori, y Zaccarias.

Con todo eso no pretendo formar la apología de los Españoles con sola la autoridad de estos hombres insignes, ni la de otros que se podrian agregar: pues no ignoro que ni la fama, ni el nombre, ni los elogios desnudos de muchos AA. es suficiente para que se adopten sus dictámenes, si no están por otra parte apoyados en argumentos sólidos y razones convincentes. Entremos pues á examinar por menor las preocupaciones de los Escritores modernos Italianos, contra la literatura de los Españoles, dan-

(a) Introduccion á la Teoria del buen gusto.

Tom. I.

D

dando principio por el concepto que forma de nuestros sábios antiguos el autor de la historia literaria de Italia. Pero ante todas cosas, se me hace preciso decir, que la impugnacion de ciertas opiniones de estos insignes escritores, no me impide conocer su mérito; antes protexto que me reconozco muy inferior de todas maneras (a), y que si espero vencer, es unicamente por aquella confianza que se tiene quando se pelea con mejores armas.

DI-

(b) Quan distante esté yo de pretender superioridad de ingenio, respecto de los mencionados escritores, lo acredita el testimonio auténtico que di al Abate Betinelli, quando por su favor me estimulaba á probar las Musas Italianas para divertir con la poesia el ocio, tan necesario como ingrato, á que nos obligaba nuestra situacion: respondí á sus instancias con este soneto:

*Cantai, é ver, nel mio più verde Aprile
Il Regnator dell' Indo, é dell' Ibero,
E col suo nome andò il mio nome altero
Fin alla sponda dell' estrema Tile.
La cara cetra, Betinel gentile,
Dalle mani mi svolse un turbin fiero:
Or la vede, é compiangi il passeggero
Appesa ad un cipresso infranta umile.
E mi consigli tu che all' Elicon
Torni à poggjar alla tua cetra appreso
Cetra cui d' allor cinge alma corona?
Ah! no, resta, ó mia cetra, in quel cipresso
Che se á cantar il Betinel mi sprona
Mi fa tacer il Betinel istesso.*

Can-

DISERTACION SEGUNDA.

Si fueron los Españoles los que causaron el mayor daño á la eloqüencia Romana despues de la muerte de Augusto?

Desde que el Abate Tiraboschi, fiado en la autoridad de un escritor culto (a), tuvo la fortuna de descubrir en la nacion Española el origen de la corrupcion de la literatura Italiana, á fines del siglo XVI., no reparó ya en decir que el mismo origen habria tenido tambien la decadencia de la literatura Romana, despues de la muerte de Augusto: *Españoles ciertamente fueron los que conducidos al mal gusto*

por

(a) Entus pag. 304.

Canté en los años de mi lozanía
El Rey del Indo y del Ibero Hispano;
Y con su nombre anduvo el mio ufano
Hasta las playas de la Tile fria.
Mas un fiero uracan la Lyra mia
Me arrancó, Betineli de la mano:
Y así la mira el pasagero humano
Pendiente de un Cyprés desde aquel día.
¿Y quieres tú, que á la Elicon amada
Vuelva á subir al lado de tu Lira
Lyra que de laureles se guarnece?
No Lira mia: quedate colgada;
Que Betineli, si á cantar te inspira,
El mismo con su canto te enmudece.

dando principio por el concepto que forma de nuestros sábios antiguos el autor de la historia literaria de Italia. Pero ante todas cosas, se me hace preciso decir, que la impugnacion de ciertas opiniones de estos insignes escritores, no me impide conocer su mérito; antes protexto que me reconozco muy inferior de todas maneras (a), y que si espero vencer, es unicamente por aquella confianza que se tiene quando se pelea con mejores armas.

DI-

(b) Quan distante esté yo de pretender superioridad de ingenio, respecto de los mencionados escritores, lo acredita el testimonio auténtico que di al Abate Betinelli, quando por su favor me estimulaba á probar las Musas Italianas para divertir con la poesia el ocio, tan necesario como ingrato, á que nos obligaba nuestra situacion: respondí á sus instancias con este soneto:

*Cantai, é ver, nel mio più verde Aprile
Il Regnator dell' Indo, é dell' Ibero,
E col suo nome andò il mio nome altero
Fin alla sponda dell' estrema Tile.
La cara cetra, Betinel gentile,
Dalle mani mi svolse un turbin fiero:
Or la vede, é compiangi il passeggero
Appesa ad un cipresso infranta umile.
E mi consigli tu che all' Elicon
Torni à poggjar alla tua cetra appreso
Cetra cui d' allor cinge alma corona?
Ah! no, resta, ó mia cetra, in quel cipresso
Che se á cantar il Betinel mi sprona
Mi fa tacer il Betinel istesso.*

Can-

DISERTACION SEGUNDA.

Si fueron los Españoles los que causaron el mayor daño á la eloqüencia Romana despues de la muerte de Augusto?

Desde que el Abate Tiraboschi, fiado en la autoridad de un escritor culto (a), tuvo la fortuna de descubrir en la nacion Española el origen de la corrupcion de la literatura Italiana, á fines del siglo XVI., no reparó ya en decir que el mismo origen habria tenido tambien la decadencia de la literatura Romana, despues de la muerte de Augusto: *Españoles ciertamente fueron los que conducidos al mal gusto*

por

(a) Entus pag. 304.

Canté en los años de mi lozanía
El Rey del Indo y del Ibero Hispano;
Y con su nombre anduvo el mio ufano
Hasta las playas de la Tile fria.
Mas un fiero uracan la Lyra mia
Me arrancó, Betineli de la mano:
Y así la mira el pasagero humano
Pendiente de un Cyprés desde aquel día.
¿Y quieres tú, que á la Elicon amada
Vuelva á subir al lado de tu Lira
Lyra que de laureles se guarnece?
No Lira mia: quedate colgada;
Que Betineli, si á cantar te inspira,
El mismo con su canto te enmudece.

por el influxo del clima en que habian nacido, causaron en estos tiempos mayor daño á la eloqüencia y poesia (a). Asi discurre este autor en su docta disertacion; pero con su permiso, estoy por decir lo mismo que él dice del juicio de Escaligero, sobre las tragedias de Seneca, y es, que no se ha escrito jamas una heregia historico-literario, como la de atribuir la causa de la decadencia de la literatura Romana, á una nacion que fue su mayor apoyo en aquel siglo. Por fortuna, permanecen aun las obras inmortales de los sábios Españoles, que florecieron entonces, y son precisamente los monumentos mas preciosos que han quedado de la literatura Romana de aquella misma era.

Bien lo ha visto Tiraboschi, y asi ha dado lugar, en su historia literaria, á los escritores Españoles de aquel siglo, sin reparar en que no eran Italianos, como ha reparado despues con otros Españoles y Franceses, de quienes asegura *no hará mencion por no incurrir en el defecto que ha reprehendido en otros de usurparse lo que no les pertenece* (b). Pero no tienen nuestros AA. que estar agradecidos á su memoria, ni á la distincion que han logrado sobre otros extrangeros, pues la mencion que de ellos se hace, es solo para acriminarlos y despreciarles; como se comprueba en los tratados que hablan de Seneca, de Lucano y de Marcial.

Por

(a) Tom. 2. disert. Prelim.

(b) Tom. 2. lib. 2. pag. 231.

Por consiguiente; antes de declararnos sequaces del sisétma de dicho autor, sobre la pretendida causa de la corrupcion de la literatura Romana, conviene exâminar las razones y fundamentos en que estriba, ya que no estamos en tiempo de que se crea qualquiera cosa porque muchos la digan; mayormente quando la dicen despues de pasados bastantes siglos de haber sucedido.

§. I.

Exâgeracion de la decadencia de la literatura despues de la muerte de Augusto.

Adoptado por el Abate Tiraboschi el concepto poco ventajoso ácia los sabios Españoles que florecieron en Roma despues de la muerte de Augusto, le era preciso pintar con muy negros coloridos la decadencia de la literatura Romana en aquella época. En efecto, este es el quadro que nos presentó. Quando murió Adriano, habia pasado poco mas de un siglo de la muerte de Augusto, y sin embargo ya estaba transformada la literatura Romana. ¿Si este Emperador hubiera resucitado para ver á Roma, la hubiera conocido? ¿Qué diferencia en el modo de pensar y de escribir! Habia nuevas ideas en punto á poesia, y eloqüencia: nuevo estílo, que acaso no hubiera entendido: en una palabra; el estado de la

Tom. I.

D 3

li-

por el influxo del clima en que habian nacido, causaron en estos tiempos mayor daño á la eloqüencia y poesia (a). Asi discurre este autor en su docta disertacion; pero con su permiso, estoy por decir lo mismo que él dice del juicio de Escaligero, sobre las tragedias de Seneca, y es, que no se ha escrito jamas una heregia historico-literario, como la de atribuir la causa de la decadencia de la literatura Romana, á una nacion que fue su mayor apoyo en aquel siglo. Por fortuna, permanecen aun las obras inmortales de los sábios Españoles, que florecieron entonces, y son precisamente los monumentos mas preciosos que han quedado de la literatura Romana de aquella misma era.

Bien lo ha visto Tiraboschi, y asi ha dado lugar, en su historia literaria, á los escritores Españoles de aquel siglo, sin reparar en que no eran Italianos, como ha reparado despues con otros Españoles y Franceses, de quienes asegura *no hará mencion por no incurrir en el defecto que ha reprehendido en otros de usurparse lo que no les pertenece* (b). Pero no tienen nuestros AA. que estar agradecidos á su memoria, ni á la distincion que han logrado sobre otros extrangeros, pues la mencion que de ellos se hace, es solo para acriminarlos y despreciarles; como se comprueba en los tratados que hablan de Seneca, de Lucano y de Marcial.

Por

(a) Tom. 2. disert. Prelim.

(b) Tom. 2. lib. 2. pag. 231.

Por consiguiente; antes de declararnos sequaces del sisétma de dicho autor, sobre la pretendida causa de la corrupcion de la literatura Romana, conviene exâminar las razones y fundamentos en que estriba, ya que no estamos en tiempo de que se crea qualquiera cosa porque muchos la digan; mayormente quando la dicen despues de pasados bastantes siglos de haber sucedido.

§. I.

Exâgeracion de la decadencia de la literatura despues de la muerte de Augusto.

Adoptado por el Abate Tiraboschi el concepto poco ventajoso ácia los sabios Españoles que florecieron en Roma despues de la muerte de Augusto, le era preciso pintar con muy negros coloridos la decadencia de la literatura Romana en aquella época. En efecto, este es el quadro que nos presentó. Quando murió Adriano, habia pasado poco mas de un siglo de la muerte de Augusto, y sin embargo ya estaba transformada la literatura Romana. ¿Si este Emperador hubiera resucitado para ver á Roma, la hubiera conocido? ¿Qué diferencia en el modo de pensar y de escribir! Habia nuevas ideas en punto á poesia, y eloqüencia: nuevo estílo, que acaso no hubiera entendido: en una palabra; el estado de la

Tom. I.

D 3

li-

literatura se habia mudado enteramente (a). ¿Quién no pensaria, viendo este elegante retrato de la literatura Romana, que en los tiempos de que hablamos, habia inundado á Italia el torrente de los bárbaros septentrionales, y que por un efecto de esta inundacion, hasta la misma Roma estaba sepultada en la mas funesta ignorancia?

¡Pero cuán distinta era Roma en aquel siglo de lo que aquí se pinta! es verdad que la poesía Romana no tuvo un Virgilio, ni un Horacio, ni la historia un Tito Livio. Mas ¿se podrá decir por esto que la literatura de aquel siglo perdió su antigua dignidad, y lustre? Acaso vió la Grecia otro segundo Homero, ni otro Tucydides? La Italia conoció otro Maron ni otro Livio? Y se dirá por esto, que el mismo golpe que redujo á polvo estos ingenios, convirtió á Italia, y á Grecia en naciones bárbaras? O que tuvieron desde entonces nuevas ideas, pero muy inferiores, de la poesía y de la historia? No pensaba así Seneca, quando dixo á este proposito: *Non statim pusillum est si quid maximo minus est* (b).

La poesía y la historia son puntualmente las únicas de que puede gloriarse la era de Augusto sobre ésta de que hablamos; porque en las demas ciencias no solo no fue superior, mas ni igual. Es constante que no se trataron con mas delicadeza durante su imperio, que despues

(a) Tom. 2. pag. 219.

(b) Epist. 100.

la Filosofía moral, la Física, la Historia natural, la Geografía, la Agricultura y la Crítica. Si este Emperador pudiera resucitar, ya nos sosegaria sobre este punto; pero lo hará en su lugar el Abate Tiraboschi, diciendonos, si en los 43 años que Augusto dominó en Roma, hubo filósofo que tratase mejor lo moral y la física, que Lucio Seneca, la historia natural, que Plinio, la geografía, que Pomponio Mela, la agricultura, que Columela, la oratoria, que Quintiliano, y la crítica de los retóricos de aquel tiempo, que Marco Seneca. ¿Por ventura, no fue Lucio Seneca el unico filósofo de esclarecido nombre que habia en Roma? Bien lo acredita el concurso de extrangeros que acudian entonces de todas partes á cultivar su ingenio, ó á ganar fama.

Pretende ademas de esto Tiraboschi, que el citado Emperador habria hallado nuevo modo de pensar y de escribir. ¿Y cuál era en sustancia en su tiempo el modo de pensar y de escribir en orden á las ciencias mencionadas, que mereciese la preferencia sobre el que se introduxo en el siglo siguiente? No hay duda que habria encontrado nuevo modo de escribir; esto es, menos afectado que el de su Mecenas, Tiberio, y Galion: menos rústico que el de Polion, y no tanta sutileza como la de sus retóricos. Si hubiera oido nuevo estilo que quizá no comprehenderia, no tendria que culpar á los escritores de aquellos tiempos, sino antes bien compadecer la pobreza de la lengua Latina, que expresó Quintiliano en esta forma; *paupertate*

sermonis laboramus (a).

¿Querrá despues de esto persuadirnos el Abate Tiraboschi, que si Augusto hubiese resucitado, no hubiera conocido á Roma? Si no la hubiera conocido, no sería tanto por la decadencia de la literatura, quanto por ver que con vergüenza de Roma debian sus letras el lustre y apoyo que gozaban á los sabios Españoles, que hacian todos sus esfuerzos por volver á los Romanos á las buenas sendas, de que se habían extraviado. No la hubiera conocido viéndola oprimida de la ferocidad y barbaridad de los Emperadores Tiberio, Caligula, Claudio, y Neron, que fueron peste de las letras, no menos que de la humanidad. Pero podria conocerla en el Imperio del Español Trajano; que hizo renacer los claros dias de Augusto, así por la magnificencia de los edificios, y ereccion de suntuosas Bibliotecas, como por la proteccion de las artes y ciencias, que volvieron á Roma en brillante carroza, quando llevó á ella al Filósofo Dion Crisóstomo.

Tal fue despues de la muerte de Augusto el esplendor de Roma, debido á los literatos y Emperadores Españoles. Literatos dignos, en verdad, de mejor suerte que la que tuvieron bajo la continuada barbarie de tantos Emperadores Romanos. No niego que Augusto habria tenido dificultad en creer que la misma Roma que habia aplaudido y remunerado tan largamente á

(a) Instit. lib. 8. cap. 3.

á Virgilio, á Horacio, y á otros hombres insignes, obligó despues á quitarse la vida á Seneca, y á Lucano: pero no concederé nunca que la habria desconocido, por ver mudada enteramente la literatura.

Este modo de pensar y de escribir del Abate Tiraboschi, se funda, si no me engaño, en una falsa inteligencia que dan estos escritores modernos á la palabra *literatura*, limitandola solamente á significar la poesia y la eloqüencia. De aqui es, que llaman entera decadencia de la literatura á la corrupcion del language: como si los estudios graves, que son la parte mas noble de aquella, no pudieran cultivarse con buen gusto, al tiempo mismo en que esté extragado el de la eloqüencia. Si es que el citado autor nota defectos en el estilo de Quintiliano, al paso que confiesa por otra parte que es el hombre de mejor gusto que se ha conocido. Pues lo mismo digo de los dos Senecas: sea su estilo tan extragado como se quiera: ¿quién podrá negar el buen gusto de Seneca, el Orador, en la justa crítica que hace de los declamadores? ni el de Seneca, el Filósofo, en las quëstiones naturales que trata? De otro modo, es preciso formar una nueva idea del buen gusto, distinta enteramente de la que nos dan los autores que han escrito de él.

Entre estos, el insigne Muratori, que en sus sábias reflexiones nos ha dejado la recta idea del buen gusto, lo define así: *tanto en las obras propias, como en las ajenas, se debe observar si se*
di-

dice, enseña y defiende lo verdadero, ó si se impugna, y destruye lo falso: y si esto se hace con un modo de razonar sutil y magestuoso, y no sofistic. Finalmente, lo verdadero y lo bueno, que son los fines principales del estudioso, han de llevar consigo la recomendacion poderosa de lo bello, ya sea por la novedad de las cosas, facilidad y claridad del método, ya sea por la sabia eloquencia mas de las materias que de las voces (a).

Me ha parecido preciso tocar el punto de la idea general de la literatura para manifestar, que aunque el siglo inmediato á Augusto sea muy inferior al tiempo de Ciceron en la eloquencia, y al de éste Emperador en la poesia, no se puede inferir de aqui, que estuvieran en suma decadencia todas las letras, como quiere deducir Tiraboschi en la Disertacion preliminar al tomo 2 de su historia literaria. Pretende averiguar las causas de la decadencia de la literatura despues de Augusto, y entre otras muchas cree descubrir la principal en los Españoles que florecieron entonces en Roma; y sin hacer menor cuenta de los que promovieron alli los estudios graves y sólidos, los acusa de depravadores de la eloquencia y poesia: como si todas las ciencias estuviesen ligadas con un vinculo tan apretado, que no pudiera caer una sin llevar tras sí las otras: lo qual es contrario á lo que tiene dicho el mismo Abate, fundado en la autoridad del Conde Al-

(a) Tom. 2. pag. 343.

garotti. En efecto, la eloquencia desmereció en tiempo de Augusto, y en el mismo llegó la poesia á su mayor perfeccion: y si damos crédito al Abate Tiraboschi, el siglo XVII, que fue tan fecundo en Italia de filósofos y matemáticos, no lo fue de oradores ni poetas célebres.

Pero de este modo de pensar acerca de la literatura, tendremos proporcion de hablar mas de propósito en la segunda parte de esta apologia, que comprenderá la memorable época del siglo XVI; pudiendo bastar lo dicho hasta aquí, para insinuar quán exágerada está la decadencia de las ciencias despues de la muerte de Augusto. Y puesto que Tiraboschi asegura que los Españoles de aquel siglo fueron la causa principal de la corrupcion de la eloquencia, y poesia, ceñirémos tambien la defensa á estos dos capítulos, procurando demostrar que se hace agravio á aquellos ilustres Españoles en atribuirles semejante corrupcion: siendo mucho mas culpables los mismos Romanos, que despues de haber arruinado la eloquencia y poesia, perjudicaron en esta parte á los ingenios prodigiosos que envió España á Roma, capaces de ofuscar la gloria de los primeros talentos del siglo de oro.

*Corrupcion de la eloquencia Romana
en el Imperio de Augusto, y qué-
les fueron las causas.*

Confiesa el Abate Tiraboschi, y no puede negarlo, que mucho antes de Seneca habia padecido un grande trastorno la eloquencia Romana; pero pretende que fueron los Senecas los que mas daño le hicieron (a). Para convencer la falsedad de esta acusacion, será muy oportuno manifestar, que todos los vicios de la eloquencia que se les atribuyen, los introduxeron 50 años antes otros autores, que por su credito, y la autoridad que gozaban en Roma, pudieron pervertir á muchos con su exemplo, comunicando su gusto y modo de escribir á la mayor parte de los escritores de aquel tiempo.

Mas para aclarar la verdad de este pasage de historia, convendrá prevenir, siguiendo las reglas del mismo Abate, que no se debe dar sobre este punto mas crédito á los escritores modernos, que á los que vivieron en los tiempos de que hablamos, ó poco despues (b). Te-

(a) Disert. prelim. tom. 2.

(b) Las reglas que me he propuesto son valermé en este punto, ó bien de los AA. contemporaneos, ó de los menos distantes de los tiempos de que tuviere que hablar. Tirab. Pref. pag. 14.

nemos un Dialogo antiguo, intitulado: *de Causis corruptæ eloquentiæ*, que se cree con bastante fundamento ser de Quintiliano. Sea quien fuere el autor, que por ahora no hace al caso, lo cierto es, que el tal Dialogo se compuso en tiempo de Vespasiano, y que en él se advierte mucha elegancia y sólida crítica. En él se disputa cuál puede ser la causa de que la eloquencia estuviese tan arruinada, y se apuntan algunos de los autores de esta corrupcion.

Es de notar desde luego la diferencia que hay entre el modo de pensar de este autor, y los escritores modernos Italianos. Estos, por una viciosa parcialidad ácia la Italia, siempre que se trata de corrupcion de literatura, la atribuyen á los extrangeros, buscando fuera de su país, así la causa, como los AA. de esta ruina: porque segun vemos en una de sus obras, *la Italia tiene un cierto privilegio para que no pueda dimanar de ella semejante corrupcion* (a). El autor del Dialogo, que estuvo tan cercano al principio de donde venia la ruina de la eloquencia, que ya se notó en tiempo de Augusto, nos asegura, que en Roma tuvo su origen, y que de Roma se comunicó á las Provincias extrangeras: *Quis enim ignorat, & eloquentiam, & cæteras artes descivisse ab ista vetere gloria, non inopia hominum, sed desidia juventutis, & negligentia parentum, & inscientia præcipientium, & oblivione moris antiqui: quæ mala primum in urbe*

(a) Entus. pag. 304.

nata, mox per Italiam fusa, jam in Provincias manant (a). Con que pudo muy bien nacer la corrupcion de la literatura en el país privilegiado: *Que el Apenino divide, y circundan el mar, y los Alpes.*

Pero antes que el autor del Dialogo trataron de la ruina de la eloquencia los dos Senecas, Marco Seneca, el Retórico, en el proemio á las controversias, y Lucio en algunas de sus epistolas. Estos escritores antiguos son los que pueden instruirnos, así de las causas, como de los autores de la expresada corrupcion, y mas hallandolos tan conformes en el modo de discurrir, que las mismas causas y AA., que señala el Dialogo, los apuntan tambien los dos Senecas.

Por tanto, será muy cierto, que desde los ultimos años de Ciceron comenzó ya á obscurarse el oro, y á perder su bello lustre la eloquencia Romana, como refiere el mismo Ciceron: *la gloria de los oradores, dice, ha subido de tal manera desde lo infimo hasta lo maximo, que segun el curso natural de las cosas, comienza ya á perder, y dentro de poco quedará en nada* (b). De igual sentir es M. Seneca: *todo quanto pudo competir, y aun disputar la eloquencia Romana á la soberbia Grecia, todo se halló en tiempo de Ciceron. Quantos ingenios ilustraron nuestros estudios florecieron entonces. Despues acá siempre*

(a) Dial. de causis corrup. eloq.

(b) Cic. Tusc. lib. 2.

hemos ido perdiendo (a). Y es evidente, si se repara que Salustio es ya muy inferior á Ciceron en la eloquencia; de suerte, que segun dice Seneca, las oraciones de Salustio se leían unicamente por el merito de sus historias (b). Messala Corvino, no igualó á éste: de lo qual tomó ocasion San Gerónimo para burlarse chistosamente hablando de Terencia, muger repudiada de Ciceron. *Illa interim conjux egregia, & quæ de fontibus Tullianis hauserat sapientiam, nupsit Sallustio inimico ejus, & tertio Messalæ Corvino, & quasi per quosdam eloquentiæ gradus devoluta est* (c).

Establecida esta primera época, en que conviene tambien hasta el mismo Abate Tiraboschi, hagamos alguna reflexion en favor de los dos Senecas, y veamos en qué grado de debilidad era menester que estuviera la eloquencia antes que estos pudieran influir, ni en su daño, ni en su provecho. Ciceron pronostica, que dentro de poco se reducirá á nada: Seneca, que pudo ser testigo del cumplimiento de este pronóstico, dice, que desde el tiempo de Ciceron fue empeorando la eloquencia. Ciceron murió el año 710, ó 711 de Roma, en el Consulado de Hircio, y Panza: los Senecas (en particular el filósofo, creído reo de la corrupcion) no tuvieron credito en Roma hasta los fines del

(a) Seneca controuv. præf.

(b) Sen. præf. lib. 3. excerpt.

(c) Lib. 1. adv. jovin.

del Imperio de Tiberio; es decir ácia el año 786 de Roma, ni antes de este tiempo escribió Seneca, el Orador, sus libros, en que hace mencion (a), de Atalo, filósofo, á quien desterró Seyano, siendo Consul, el año 784 de Roma.

En este supuesto, desde la muerte de Ciceron hasta la época de la fama de Seneca, pasaron 74 ó 76 años, en los que fue siempre perdiendo la eloqüencia, sin que en este intermedio se sepa que se atreviese alguno (si acaso no fue el Español Porcio Latron) á conducir á los oradores Romanos al buen sendero que habian abandonado; antes vemos por el contrario, que Tiberio hizo ostension de una extraña eloqüencia aun dentro del Palacio de Augusto; que sus grandes favoritos Mecenas y Polion, fueron los AA. y propagadores del mal gusto; que todos los oradores y declamadores, esparcian por todas partes un estilo afectado, frio y pueril. ¿Pues cómo nos ha de persuadir el Abate Tiraboschi, que los Senecas ocasionaron mayor daño á la eloqüencia que el que ya habia sufrido en aquellos 74 años de ruina? ó que sean mas culpados los que escribieron con los defectos que se habian hecho entonces universales, que los autores y propagadores de estos mismos defectos por mas de 70 años? Es menester cerrar los ojos para suscribir á su dictámen.

(a) Suas. 2.

Para evitar la fuerza de este argumento, pretende dicho autor fixar permanente en Roma á M. Seneca desde los primeros años de Augusto; pero esto no puede ser, como vamos á probar. Dice así Tiraboschi: *Seneca el Retórico dice, que oyó á Asinio Polion, quando estaba en la flor de su edad, y tambien quando era viejo. Asinio Polion, segun la Crónica Eusebiana, murió de setenta años, y nueve antes que Augusto; con que es probable que Seneca vendria treinta años antes. Desde entonces se mantuvo siempre en Roma hasta su muerte (a).* Mas yo quisiera preguntar, si Seneca el padre vivió constantemente en Roma, desde el tiempo que se supone (esto es, treinta y nueve años antes del fallecimiento de Augusto) ¿cómo podrá componerse que su hijo Seneca el filósofo naciese en Córdoba de España, siendo así que el mismo Abate dice, que pasaron 24 años hasta el nacimiento de éste; esto es, que no sucedió sino quince años antes de la muerte de aquel Emperador?

Para acomodar todas estas fechas es necesario decir, que la madre de Seneca, llevada de un amor excesivo á su patria, partió de Roma embarazada, y se fue á parir á Córdoba; lo que siendo cierto, empeñaria la gratitud de los Españoles á la ilustre Elvia por el singular honor que procuró á España; pero si su hijo volviera al mundo, se quexaria de que por este amor á la patria le ha privado del

(a) Tom. 2. pag. 95.

del mas elegante panegyrista, en la persona de su nuevo acusador. Lo mismo habia de haber acontecido en el nacimiento de Novato, y de Mela, hijos tambien de Marco Seneca, y naturales de España; mas todo esto es inverosímil, y no hay precision de recurrir á estas congeturas para ajustar quanto escribe de sí Seneca.

Este cuenta, que podria haber oido á Ciceron, si las guerras civiles no le hubieran detenido en su patria; por esto es de creer, que una vez terminadas, y puesto Augusto en pacífica posesion de Roma, partiria á allí Seneca, y se detendria algunos años; en los quales pudo oir á Polion quando estaba en la flor de su edad. Lo es asimismo, que en esta ocasion oyera á algunos de los Retóricos que florecieron en el principio del Imperio de Augusto; de cuya eloquencia nos ha dexado bastantes trozos en los libros de las controversias. Despues de algunos años de mansion en Roma, pudo volver á su patria, en la que casó con Elvia, de quien tuvo tres hijos en Córdoba, Novato, Lucio, y Mela. Antes de la muerte de Polion, y doce ó quince años antes de la de Augusto, se restituiria otra vez de Roma con su familia, y pudo oir á Polion, ya viejo, permaneciendo allí hasta su muerte. Mucho mas verosímil, si no me engaño, me parece este modo de discurrir, que el que sigue el Abate Tiraboschi.

Mas volviendo á nuestro proposito, veamos brevemente las causas de la ruina de la eloquencia. El autor del Dialogo las señala succe-

cesivamente por este orden: el ocio, y falta de aplicacion de la juventud: la nueva educacion que se daba á los muchachos, contraria á la antigua; el exemplo pernicioso de los padres, que en lugar de inspirar en sus tiernos animos el amor á la virtud y á la modestia, les enseñaban el luxo, la libertad, y vida regalada: de donde se seguia, que los jóvenes no se ocupaban sino en juegos, en los teatros, y en el manejo de los caballos, mirando con aversion el estudio de letras; porque solamente pensaban en sus diversiones, y era regular, que los mismos objetos que les llevaban la atencion en las plazas, fuesen el asunto de sus conversaciones en las escuelas. Las de retórica eran otro manantial de corrupcion, porque en ellas no podian aprender los estudios graves de filosofia, leyes, ni antigüedad, tan importantes á un perfecto orador, supuesto que los mismos maestros carecian de esta instruccion, como de la buena cultura, y eloquencia.

No se diferencian mucho de estas las causas que apuntan los dos Senecas. El Retórico trae por primera, el luxo introducido en Roma, la delicadez y afeminacion de la juventud. En verdad es sobrado difícil que tenga genio para las ciencias un ánimo entregado totalmente á *cantare, saltare, capillum frangere, ad muliebres blanditias vocem extenuare, mollitie corporis certare cum fæminis* (a). A esto añade la falta de es-

(a) Sen. controv. lib. 1. præf.

estímulos, de premios, y ultimamente aquel principio secreto que hace que todas las cosas humanas, en llegando á cierta altura, parece que están precisadas á descender.

Iguales razones viene casi á señalar Lucio Seneca en la epístola 114, y en prueba de que el lujo, y afeminación de costumbres son origen de la corrupción de la eloquencia, cita el proverbio común entre los Griegos: *talis hominibus fuit oratio qualis vita* (a). Además de esto, culpan al amor de la novedad, manifestando que no tiene menor imperio sobre la eloquencia, que sobre las costumbres: *cum assuevit animus fastidire, quæ ex more sunt, & illi pro sordidis solita sunt, etiam in oratione quod novum est, quærit*. Esta última razón la aprueba también Tiraboschi. Este nuevo y vicioso género de eloquencia, que consistía principalmente en un afectado refinamiento de conceptos, y de sutilezas, adoptado, y recomendado por sujetos de crédito, y que el público no desaprobaba, agradó por su misma novedad, y todos quisieron seguir, como suele suceder, la nueva senda (b).

No contribuyó poco á todo esto la mudanza total de gobierno. La eloquencia Romana llegó á lo sumo, juntamente con la república; y con la caída de ésta en tiempo de Augusto, cayó también aquella. Mientras duró la república estuvieron en la mayor estimación los oradores: en

(a) Epist. 114.

(b) Tom. 2. pag. 87.

en su mano se depositaba muchas veces el mando de los ejércitos, y los honores del Consulado; reprimían á los poderosos, y protegían las Provincias oprimidas; en una palabra, el ejercicio del Foro era el camino mas seguro para las primeras dignidades. Pero desde que toda la autoridad residió en una persona sola, ¿qué maravilla puede ser que se enflaqueciese el estudio de la eloquencia? De aquí se siguió, que el deseo de adular á Augusto y á su Corte apartó á los oradores de la imitación de Cicerón: y aun parece (como advierte Tiraboschi) que los escritores de aquel tiempo, casi no se atrevían á alabar á éste orador, por ser lo mismo que reprehender á Augusto; y así se fue olvidando la dorada eloquencia Ciceroniana.

Estas causas que mencionan los antiguos, y aprueban los modernos, hicieron decaer la eloquencia desde la muerte de Cicerón. Ahora bien; ¿estas causas procedieron de España, ó de Roma? ruina de la república, delicadez de vida, libertinage, crianza afeminada de la juventud, olvido de la eloquencia Ciceroniana, ignorancia, y gusto depravado de los oradores, amor á la novedad: ¿provino todo esto de los Españoles ú de los Romanos? era menester estar poseído de una indirecta parcialidad ácia la Italia, para buscar en otra parte el principio de las causas sobredichas. Sin embargo, para desimpresionar mejor al que pueda pensar en contra de los Españoles, una vez explicado el

origen de la lamentable decadencia, pasemos á ver quiénes fueron los primeros AA.

§. III.

Autores y propagadores de la corrompida eloquencia, desde la muerte de Ciceron hasta los Senecas.

Pretende el Abate Tiraboschi hacer autor de la destruccion de la eloquencia á Asinio Polion, por estas palabras: *la ambicion conduce á los bombres á querer superar á los que les han precedido. Asinio Polion reprehendió la eloquencia de Ciceron, como lánguida, débil, y desaliñada, é introduxo otra nueva, pero tan árida y seca, y de un estilo tan afectado, que parece pretendia renovar la rusticidad de los pasados siglos. Siendo Polion hombre de grande sabiduría, y que tenia mucho aplauso en Roma, no es de admirar que inficionase á otros con su exemplo, ni que hiciera olvidar la dorada eloquencia de Ciceron (a).* No tengo dificultad en conceder al Abate, que Polion, guiado de la ambicion, fuese el primero, que por la aversion manifesta que tenia á la eloquencia de Ciceron, apartase á muchos del camino recto, trillado por éste. En efecto, no habian pasado muchos años de su muerte, quando un Poëta Español, llamado Sextilio Hena, se

(a) Tom. 2. disertac. prelim.

se puso á recitar en casa de Mesala, donde á la sazón estaba Polion, un Poema que habia compuesto á la muerte de aquel orador: *Sextilio empezó así: Deflendus Cicero est, latineque silentia lingue*; lo que apenas oyó Polion, que irritado fuertemente dixo á Mesala: *piensa lo que debes hacer en tu casa: pero por lo que á mí toca, no tengo sufrimiento para oír á éste, que le debe de parecer que soy mudo.* Asi refiere el hecho Seneca (a). Es muy digno de observacion, que el que lleno de respeto por Ciceron llora el daño de la eloquencia Romana con su muerte, es un Español; y que al contrario Polion, que era de los primeros literatos de Roma, pretende poder sustituir con grande ventaja al estilo y fuerza de aquel, su seca y árida eloquencia. Asinio Galo, hijo de Polion, imitó en esto á su padre, y escribió un libro, en que comparandole con Ciceron, daba la preferencia al primero (b). Sea, pues, culpable Asinio Polion por haber apartado á los Romanos de la imitacion de este célebre orador, aunque contribuyó bastante para ello la adulacion á Augusto; mas no por eso concederé á Tiraboschi, que haya sido el autor de aquel estilo afectado, compuesto de dichos sentenciosos, de antitesis, de sutilezas, y de una cierta afeminacion de palabras; porque todos estos vicios se introdujeron en la eloquencia desde los primeros años del

(a) Suas. 2.

(b) Plin. lib. 7. ep. 4.

origen de la lamentable decadencia, pasemos á ver quiénes fueron los primeros AA.

§. III.

Autores y propagadores de la corrompida eloquencia, desde la muerte de Ciceron hasta los Senecas.

Pretende el Abate Tiraboschi hacer autor de la destruccion de la eloquencia á Asinio Polion, por estas palabras: *la ambicion conduce á los bombres á querer superar á los que les han precedido. Asinio Polion reprehendió la eloquencia de Ciceron, como lánguida, débil, y desaliñada, é introduxo otra nueva, pero tan árida y seca, y de un estilo tan afectado, que parece pretendia renovar la rusticidad de los pasados siglos. Siendo Polion hombre de grande sabiduría, y que tenia mucho aplauso en Roma, no es de admirar que inficionase á otros con su exemplo, ni que hiciera olvidar la dorada eloquencia de Ciceron (a).* No tengo dificultad en conceder al Abate, que Polion, guiado de la ambicion, fuese el primero, que por la aversion manifesta que tenia á la eloquencia de Ciceron, apartase á muchos del camino recto, trillado por éste. En efecto, no habian pasado muchos años de su muerte, quando un Poëta Español, llamado Sextilio Hena, se

(a) Tom. 2. disertac. prelim.

se puso á recitar en casa de Mesala, donde á la sazón estaba Polion, un Poema que habia compuesto á la muerte de aquel orador: *Sextilio empezó así: Deflendus Cicero est, latineque silentia lingue*; lo que apenas oyó Polion, que irritado fuertemente dixo á Mesala: *piensa lo que debes hacer en tu casa: pero por lo que á mí toca, no tengo sufrimiento para oír á éste, que le debe de parecer que soy mudo.* Asi refiere el hecho Seneca (a). Es muy digno de observacion, que el que lleno de respeto por Ciceron llora el daño de la eloquencia Romana con su muerte, es un Español; y que al contrario Polion, que era de los primeros literatos de Roma, pretende poder sustituir con grande ventaja al estilo y fuerza de aquel, su seca y árida eloquencia. Asinio Galo, hijo de Polion, imitó en esto á su padre, y escribió un libro, en que comparandole con Ciceron, daba la preferencia al primero (b). Sea, pues, culpable Asinio Polion por haber apartado á los Romanos de la imitacion de este célebre orador, aunque contribuyó bastante para ello la adulacion á Augusto; mas no por eso concederé á Tiraboschi, que haya sido el autor de aquel estilo afectado, compuesto de dichos sentenciosos, de antitesis, de sutilezas, y de una cierta afeminacion de palabras; porque todos estos vicios se introdujeron en la eloquencia desde los primeros años del

(a) Suas. 2.

(b) Plin. lib. 7. ep. 4.

del citado Emperador: y si hemos de seguir la prudente regla que establece en su historia, no llevará á mal que nos apartemos en este punto de su dictamen, por preferir el de los autores mas próximos al hecho. El autor del Dialogo arriba mencionado, supone que el mayor vicio, introducido en la eloquencia, fue la afectacion y afeminacion; por lo que asegura, que mas quisiera volver á la antigua severidad de C. Gracco, y de L. Crasso, que abrazar la afectada blándura de Mecenas, y de Galion.

Es cierto que el estilo de Polion era tan seco y estéril, que parecia renovar la rusticidad de los siglos pasados, como dice Tiraboschi; cuyo juicio conforma con el que hace Apro en el Dialogo, pues hablando de aquel orador, dice que su estilo era tan seco, y duro, que queria imitar el de los Pacuvios, y los Accios. Pero este estilo no era el que reprehendia el autor del Dialogo; antes parece que lo preferia al blando y afectado, que se habia introducido. Asi vemos que no culpa á Asinio Polion por autor de la estragada eloquencia: al contrario, cita algunas oraciones suyas entre las buenas que se leian entonces en Roma. El primero que señala, como introductor del estilo afectado y corrompido, es Mecenas. Del mismo modo opina el Abate Geydoyn, en el prefacio á la traduccion Francesa de Quintiliano; pero no conviene con este sentir Tiraboschi, porque Mecenas no fue orador, y era preciso buscar entre éstos el reo de la tal

tal corrupcion. Es cierto que no fue orador, pero tenia créditos de sábio, como se infiere de lo que dice de él Horacio; *docte sermones utriusque linguae*: no fue orador, pero alababa el estilo lánguido, pedantesco, y afeminado: no fue orador, pero fue el valido de Augusto, y el que tenia el principal influxo en los premios que se daban á los poetas, y oradores: y por tanto le adulaban infinito todos los literatos, y solicitaban á porfia su aprobacion, diciendo con Horacio: *Magnum hoc ego duco quod placuit tibi* (a). Vease si un hombre como este podria tener mas parte que el orador mas resuelto en fomentar el género de estilo que le gustase. Lucio Seneca nos dice qual era el que usaba Mecenas, que en sustancia viene á ser el que corresponde á un sugeto entregado como él á los placeres y á la vida ociosa: *Oratio ejus æque soluta est, quam ipse discinctus: videbis eloquentiam ebrui hominis involutam, & errantem, & licentiae plenam*: y para muestra presenta este breve rasgo: *quid turgius amne, silvisque ripa comantibus? vide ut alveum lintribus arent, versoque vado remittant ortos, &c.* (b). Si asi era el estilo de Mecenas, ¿qué mucho que los retóricos de su tiempo procurasen imitar á un hombre de quien dependia su fortuna? mayormente, quando el mismo Augusto, que por otra parte tenia fino discernimiento en ma-

(a) Lib. 1. sat. 4.

(b) Sen. ep. 114.

teria de letras, no se avergonzaba, escribiendo á éste su favorito de seguir la afeminacion de palabras, como refiere Macrobio (a). Tambien Tiberio, acomodandose al gusto introducido entonces por Mecenas, usaba de un estilo afectado, y demasiado singular, tanto que á veces pecaba en obscuro; por lo que hubo ocasiones que Augusto se burlaba de él (b).

Galion ocupa el segundo lugar entre los corruptores de la eloquencia, nombrados por el autor del Dialogo, quien reprehende igualmente *Calamistros*, *Mæcenatis*, & *Tinnitus Gallionis*. ¿Y quién fue este Galion? segun el Abate Tiraboschi, fue Novato Galion, hermano de Seneca el Filósofo. Pero quisiera saber de dónde ha sacado esta noticia, no siendo posible persuadir con verisimilitud, que el autor del Dialogo juntase á Mecenas con Galion, hermano de Seneca, y no con Junio Galion, declamador célebre, coetaneo, y grande amigo de aquél.

Se infiere facilmente quanto deseaba Tiraboschi hallar en el Catalogo de los malos oradores alguno de la familia de Seneca: mas el autor del Dialogo, que no pensó así, trató de buscarlos en el siglo de Augusto, donde correspondia con toda propiedad. Por tanto, el citado Galion, no fue otro que Junio, compañero de Mecenas en la corrupcion del estilo. De este sentir son los comentadores de Seneca,

(b) Saturn. lib. 2.

(a) Suetonio in Tiber. cap. 70.

ca, quando llegan á hablar de dicho orador. Tambien Andres Escoto hace esta explicacion: *ejusdem (Junni Gallionis) tinnitus una cum Mæcenatis calamistris reprehendit auctor Dialogi* (a). A éstas autoridades se pueden añadir la de Lipsio, y la de Osopco en el prefacio á las controversias.

No son éstos dos los únicos que echaron á perder en Roma la eloquencia en el Reynado de Augusto, pues el autor del Dialogo nombra tambien á Casio Severo. No le niega que comparado con los que se siguieron despues, merece concepto de orador; pero no por eso deja de decir que fue el primero que se desvió del camino recto de la oratoria. Mas esto no conforma con el designio de Tiraboschi, que no quisiera ver á su privilegiado siglo de Augusto tan fecundo de corrompedores de la eloquencia; y así despues de pretender que Mecenas no pudo ser causa de ello, y de haber hecho hermano de Seneca á Galion, de quien habla el autor del Dialogo, intenta tambien que Casio Severo no floreció hasta el fin del Reinado de dicho Emperador (b). ¿Y sobre qué fundamento estriba esta opinion? leamoslo. La Crónica Eusebiana fixa la muerte de Casio Severo en el año de 784 de Roma, y pasados 25 años de destierro; con que no floreció hasta los fines del imperio de Augusto. ¿Pero es po-

si-

(a) D. Clar. apud Senec. Rethor.

(b) Tom. 2. pag. 208.

sible que en la lógica del señor Abate se siga de aquel antecedente esta consecuencia? A mí me parece, que sale la contraria; esto es, que Casio Severo floreció muchos años antes de finalizarse el imperio de Augusto: y daré la prueba, que si no me equivoco es evidente. Casio Severo murió el año de 784; es decir, 18 años después de este Emperador, que según Tiraboschi falleció el año 766: murió después de 25 años de destierro; con que por esta cuenta fue desterrado 7 años antes del fin del imperio de Augusto. Hasta aquí creo que no hay error en el cómputo. Los años en que floreció Casio, no fueron ciertamente en los que mediaron durante su destierro, sino en los que fue célebre orador en Roma, como cuenta el autor del Dialogo; en los que le oyó Seneca, quando estuvo la primera vez en Roma; en los que reprehendió á Eestio, en los que tuvo grande intimidad con Lavierno (a), retóricos ambos, que florecieron en el principio del gobierno de Augusto; y por último en los que pudo ser contado entre los oradores Romanos, juntamente con Mesala, y Polion. Luego siendo esta la época en que floreció Severo, se infiere que fue muy anterior al fin del imperio de Augusto; y si su destierro precedió 7 años á la muerte de éste, mejor se dirá que habia sido desterrado ácia el fin de su imperio. Mas quando faltasen estos testimonios con-

(a) Sen. contr. lib. 5. præf. .802 .pag .2 .mot (a)

tra la opinion del Abate Tiraboschi, ¿tendría por eso mayor fuerza su argumento? No por cierto, si se considera que pudo muy bien haber muerto Casio Severo el año 784 de Roma, y haber florecido desde el principio del dominio de Augusto. Esta es la prueba. Augusto fue declamado Señor absoluto de Roma el año 726 (a). Si Casio tenia entonces 20 años, en el de 784 le correspondian 78; edad nada inverosímil, y que el referido autor no se atreverá á probar que no llegó á ella. Supuesta la hipótesi de que aquel fue famoso en Roma por espacio de 38 años del Imperio de Augusto, que faltó de Roma siete años antes del fallecimiento de éste, y que permaneció en el destierro mientras vivió: resulta, pues, que el daño que causó á la eloquencia, pertenece, conforme al autor del Dialogo, al siglo de Augusto, y no á los posteriores.

De todo lo dicho hasta aquí se conoce claramente la fatiga que ha costado á Tiraboschi suprimir los AA. de la corrompida eloquencia que mediaron entre Polion, y los dos Senecas. No la ha padecido menor en transferir hasta el tiempo de Seneca á los propagadores de la referida corruptela. Tales fueron los retóricos y declamadores, que vivieron en Roma por la larga série de mas de 20 años, desde la muerte de Ciceron, hasta el fin del imperio de Augusto. Los mas famosos de estos retó-

ri-

(a) Petav. Rat. p. 1. lib. 4. cap. 21.

ricos florecieron en tiempo de Tiberio; pero no ha parecido bien al docto historiador obscurecer la gloria literaria de aquel siglo con los vicios de estos escritores, y por esta razon ha callado hasta poder agregarlos con los dos Senecas, pretendidos AA. de la ruina de la eloquencia. ¿Será suficiente causa para retrasarlos medio siglo, el decir, que Seneca escribió la historia de estos retóricos? Lo cierto es, que solo habla de ellos con ocasion de tratar de M. Seneca.

Aun es menos extraño que de los vicios de éstos quiera inferir el mencionado autor la estragada y corrompida eloquencia que entonces reynaba (a); es decir, en el tiempo que Seneca escribió los libros de las controversias. Yo diria al contrario, que en los trozos de estos retóricos tenemos una verdadera muestra de la mala eloquencia que reynaba desde los primeros años del dominio de Augusto. En consecuencia de esto, colocaremos en el lugar que corresponde á los mencionados declamadores, hablaremos de los vicios que se fueron propagando desde ellos hasta los Senecas, ya que ha omitido estos puntos el Autor de la historia literaria; bien, que antes es preciso sosegar un escrúpulo que tiene sobre sí; los trozos que cita M. Seneca, son ó no verdaderamente de los AA. á quienes los atribuye. ¿Mas de qué otros podrán ser? ¿Acaso del mis-

(a) Tom. 2. pag. 96.

mismo Seneca? Asi parece sospecharlo Tiraboschi, por la semejanza del estilo entre éste y aquellos. ¿Es posible que tan presto ha olvidado lo que dice pocas lineas mas arriba, y es, *que los libros de las controversias, excepto los proemios, y algunas reflexiones que hay esparcidas, no son obra verdaderamente de Seneca?* (a) No dice tambien que el mismo Seneca asegura, que no hizo otra cosa que recoger lo que ya se habia escrito en la materia? Y con qué fundamento mueve dudas en este punto un escritor tan escrupuloso, que establece que no debe haber derecho (b) para mover dudas sobre un hecho referido por qualquiera historiador, siempre que no se pueda demostrar, ó que es inverosímil, ó que otros mas dignos de fe han dicho lo contrario? Nos ha citado por ventura otros de mas crédito que lo refieran distintamente? No afirma que es el primero que excitó estas dudas? (c) Ha manifestado ser inverosímil lo que aquel expresa? Esto sería difícil tratandose de un hombre como M. Seneca, que tenia una memoria tan prodigiosa, que llegó á recitar hasta dos mil nombres, por el mismo orden con que los habia oido, y repetir á mas de esto doscientos versos dichos por diversas personas, empezando por el último, y saltando hasta el

(a) Tom. 2. lib. 1. pag. 96.

(b) Tom. 2. Prefacion.

(c) Tom. 2. lib. 1. pag. 97.

el primero. Este es pues el caso; mas en hablando de AA. Españoles, se olvidan pronto las reglas mas sólidas de crítica.

Y á decir la verdad, ¿quien podrá negar que sean de los antiguos retóricos los pasages citados por Seneca, teniendo presente que Quintiliano, en ocasion de hablar de los libros de las controversias, dice: *Similes commentariis puerorum in quos ea, quæ aliis declamantibus laudata sunt, regerunt?* Lo mismo opinan Nicolás Fabro, Andrés Escoto, Mureto, Lipsio, Pinciano, y quantos hombres insignes han ilustrado las obras de Seneca. No obstante, ni el dicho de éste, ni el testimonio de Quintiliano, ni la autoridad respetable de estos AA., bastan al Abate Tiraboschi para resolver sobre este punto. Bastale sí una leve conjetura para dudar de la veracidad de Seneca. Sin embargo, es digno de compasion, si se altera al ver en los libros de éste tanta multitud de Italianos corrompedores de la eloquencia, y un ilustre Español descubridor, y censor de sus defectos.

El famoso Nicolás Fabro, en el prefacio á los libros de las controversias, habla así de Seneca: *quanti autem fuerit acuminis, & quam acris iudicii, satis superque hoc scriptum indicat, in quo plus centum Auctorum tam Græcorum quam Latinorum, qui Augusti sæculum illustrarant acute in declamando, inventa, & dicta congresserat, congesta inter se contulerat, & de singulis severissime iudicavit.* Sabemos, pues, que los retóricos cuyos pasages cita, ilustraron el

si-

siglo de Augusto. Por eso el mismo Seneca hablando á sus tres hijos, á quienes dirigia aquellos libros, les dice: *que ha tomado con gusto esta fatiga, ya que ellos no han podido oír declamar á los tales retóricos* (a). Con todo, en la historia literaria no han tenido lugar en el siglo de Augusto; pero es suya la culpa por haber estado inficionados de ciertos vicios, con los quales no convenia obscurecer el esplendor del siglo de oro.

Mas á pesar de todos los esfuerzos de Tiraboschi, la afectacion del estilo, los dichos sentenciosos, antitesis, y sutilezas que en su concepto fueron el principal ornamento de los declamadores contemporaneos de Seneca (b), fueron tambien antes el principal ornamento de los retóricos desde el tiempo de Augusto: siendo muy difícil mostrar tantos exemplos de esta corrompida eloquencia, en la epoca de los Senecas, quantos vemos en las suasorias y controversias pertenecientes al siglo del famoso Emperador. Para prueba de ello, citaré dos ó tres. Arelio Fusco fue célebre retórico en los primeros años del imperio de Augusto, maestro de Ovidio, segun Seneca (c), y uno de los propagadores de la eloquencia, quien por adular á Mecenas, afectaba imitar en sus oracio-

(a) Controv. lib. 1. Præf.

(b) Tom. 2. pag. 201.

(c) Controv. 10.

Tom. I.

ciones algunos pasajes de Virgilio (a). El estilo de Fusco era conforme á esta pintura de Seneca: *Erat Arelii Fusci cultus nimis exquisitas, compositio verborum mollior, summa inæqualitas orationis, quæ modo exilis erat modo nimia licentia vaga, & effusa. In descriptionibus, omnibus verbis, dummodo niterent, permissa libertas. Nihil acre, nihil solidum. Splendida oratio, & magis lasciva quam læta* (b). Qualquiera echará de ver en este retórico un verdadero imitador de la afectación y molicie de Mecenas.

En todo fue semejante á Arelio su discípulo Ovidio, que en sentir del Abate Gedoyn, debe entrar en el número de los AA. de la pervertida eloquencia; mas á esto se opone Tiraboschi, fundado en que Ovidio fue poeta célebre, y no orador de fama. Está bien, no sea autor, pero ayudó á propagar el vicio de que se habla. Además, que no solo fue poeta célebre, sino que tambien estuvo en concepto de orador, como atestigüa Seneca (c), que le oyó declamar, y añade que Scauro llamaba á Ovidio, *montanum inter oratores, quia sententias repetendo corrumpebat*, y Seneca da idéa de su estilo en pocas palabras: *Oratio ejus jam tunc nihil aliud poterat videri quam solutum carmen*. Agradezca pues Ovidio á las musas que han

(a) Sen. Suas. 3.

(b) Controv. lib. 2. Præf.

(c) Controv. 10.

han conseguido de Tiraboschi la gracia de un asiento en el siglo de oro, sin cuya circunstancia hubiera quedado excluido como su maestro Fusco.

Floreció tambien en el principio del reinado de Augusto el insigne retórico Cestio, enemigo declarado de Ciceron, á quien tuvo la osadia de llamar ignorante (a); pero le costó caro el arrojo, segun refiere Seneca, porque estando en la Asia, y en la mesa de Marco, hijo de Ciceron, que mandaba allí, no sabiendo este quien era, lo preguntó á uno de sus criados, el qual le dijo que era Cestio, el mismo que habia llamado ignorante á su padre: irritado Marco le mandó dar de palos; á esto dice Seneca; *Ciceroni, ut potuit de corio Cestii satisfecit*. Asimismo sabemos por Seneca, que habiendo entrado Casio Severo en la escuela de Cestio, halló á este ilustre orador que empezaba una oracion contra Milon, en respuesta á la defensa que habia hecho Ciceron. Las primeras palabras de aquel fueron estas: *Si thrax essem, fusius essem, si pantomimus essem, Battillus essem; si equus Melisso*. Perdió la paciencia Craso y dijo, *& si cloaca esses, magna esses*. Concluyó muy luego el orador, no sin risa del auditorio.

El mal gusto se fue propagando por casi todos los escritores de aquella epoca, hasta los

(a) Suas. 7.

los Senecas, bien que sus obras fueron tales que apenas ha quedado memoria. Donde pueden verse los defectos que prevalecian entonces, es en los escritos de Valerio Máximo, de quien dice Erasmo, que era tan parecido á Ciceron, como un macho á un hombre (a). Aunque este juicio de Erasmo parezca sobrado rígido, lo cierto es, que así Tiraboschi, como quantos tienen buen gusto en la latinidad, gradúan el estilo de Valerio de duro é inculto, y que no estuvo libre de los defectos que se notan en los demas escritores de aquellos tiempos, quales son la afectacion viciosa en el uso de las sentencias y conceptos, y un estudio forzado en ostentar ingenio por medio de frases intrincadas, y obscuras (b).

A este punto de decadencia habia llegado la oratoria desde la época de Augusto, por los infinitos propagadores del mal gusto, que precedieron bastantes años á los Senecas; y de la escoria de tales escritores purgó Tiraboschi el siglo de oro: De aqui tomé motivo para chancearme en un soneto que envié á Betineli; en el que hablando con aquel, le doy las gracias por el nuevo esplendor que ha dado á dicho siglo, haciendole al mismo tiempo una amistosa reconvencion, porque no ha colocado en él á Betineli, supuesto que tiene la facultad

(a) Dial. Cicer.

(b) Tom. 2. pag. 114.

de dar ó quitar los asientos á los escritores segun le parece (a).

§. IV.

(a) *Spander vidi d' interno nuovi rai
Purgato il secol d' oro d' ogni scoria,
Mercè, penna gentil, tua dotta storia,
Di cui nobil soggetto un di sarai.
Ma di, del Bettinelli parchè mai?
Involasti à quel secol la memoria?
Presentalo ad' Augusto, è nuova gloria
Alle Cesaree muse accrescerai.
Tu ridi, è mi rispondi: non è giusto
Per adular Augusto il perder noi
Un divin vate di tai pregi onusto.
Anzi cantando lui i nostri eroi,
Cederà il vanto il secolo d' Augusto
Al secol nostro per i carmi suoi.*

Con nueva luz se vió purificado
El grande siglo de oro de su escoria:
Gracias, sublime pluma, á esa tu historia,
Que hará siempre tu nombre celebrado.
Mas di, ¿por qué de Betineli amado
A aquel siglo robaste la memoria?
Presentársle á Augusto, y nuevas glorias
A las cesareas musas habrás dado.
Con risa me respondes: no, no es justo
Por lisongear á Augusto, que perdamos
El Poëta mayor, y de mas gusto.
Si á cantar nuestros heroes le obligamos
Por sus versos dará el siglo de Augusto
Toda su gloria al siglo que llevamos.

Los Senecas no fueron AA. ni propagadores, sino antes bien Censores de la corrompida eloquencia.

Me ha parecido señalar con alguna mas extension de la que gustará, á todos los AA., y propagadores de la corrompida eloquencia, para hacer ver que no tiene fundamento la acusacion del Abate Tiraboschi, contra los dos Senecas, creyendolos reos de este delito. Despues de haber declarado autor de la corrompida eloquencia á Asinio Polion, da un salto de mas de 50 años, para llegar á los dos Senecas, y dice: *Los dos Senecas, el Retórico, y el Filósofo, se le siguieron inmediatamente; los quales procurando refinar mas y mas el discurso y el estilo, echaron á perder la eloquencia. Como eran sugetos de grande concepto, se tenia por cosa honrosa seguir sus huellas; de consiguiente su gusto, su modo de pensar, y su estilo se hicieron comunes á la mayor parte de los escritores (a).*

Qualquiera que lea este pasage de la historia literaria de Italia, sin reflexionar en las fechas de los AA. aqui nombrados, creará que Po-

(a) Tirab. tom. 2. Disert. Prelim.

Polion, y los dos Senecas formaron una série no interrumpida de corrompedores de la eloquencia: mas ya habemos mostrado, que desde el tiempo en que el primero comenzó á reprehender la eloquencia de Ciceron, hasta el de la fama de los segundos, pasaron mas de 50 años, en los que iba siempre perdiendo grados este arte. ¿Por qué no dirá el Señor Abate: inmediatos á Polion se siguieron Mecenas, Tiberio, Galion, Casio Severo, y una multitud de retóricos, que alambicando el discurso acabaron de debilitar la eloquencia? Acaso se tendria por menos honroso, durante la vida de Augusto, el seguir las huellas de Mecenas, y de Tiberio, que en la de Neron, las de Seneca? Y sobre qué fundamento asegura, que el estilo de éste fuese peor que el que se usaba en Roma muchos años antes? Se hallará en sus escritos mayor afectacion, y refinamiento que en los de Mecenas, Galion, y Fusco? Se descubrirá en sus expresiones tanta hinchazon como en las de Musa, tanta obscuridad como en Cestio, ni agudezas tan insipidas como en Osco? todos estos retóricos se siguieron inmediatamente á Polion, y á todos ellos los reprehende Seneca por los expresados vicios. Añádese; que si fue menos defectuosa la eloquencia de éstos, ¿cómo se descuidaron tanto los Romanos en conservar sus obras, que ya en tiempo de Seneca eran muy raras (a)? Asi lo dice el

(a) Præf. lib. 1. in Controv.

el mismo á sus hijos. Pero de que no haya memoria de semejantes obras no le pesará á Tiraboschi, y sí de que permanezcan las de Seneca, que forman un testimonio demasiado auténtico del mal estilo de estos AA. Romanos.

Es de advertir que ninguna de las causas de la decadencia puede atribuirse á los Senecas, ni como AA., ni como propagadores. La primera fue la ambicion que conduxo á Asinio á querer aventajarse á Ciceron, por lo que motejó su dorada eloquencia. ¿Podrá decir nuestro historiador que los Senecas hayan creído cosa honorífica el seguir en este punto las huellas de Polion? Por lo menos desea que se entienda así quando escribe: *que se siguieron inmediatamente al ambicioso Polion, refinando mas el estilo*: y en consecuencia de esto mismo, donde trata de los escritores antiguos, que muerto Augusto, hablaron de Ciceron con expresiones de mucho aprecio, nombrar á Velleo Patérculo, Quintiliano, y Plinio, sin tomar en boca á los Senecas; no obstante, que les correspondia mejor aquello de que parece que se enagenan, y salen fuera de sí por elogiar el mérito de Ciceron, que no á los sujetos citados.

Refiriendo M. Seneca, que habian sido condenadas á las llamas las obras de Labieno, exclama de repente, y como enloquecido: *¡Bona hercule publico ista in pœnas ingeniosa crudelitas post Ciceronem inventa est! Quid enim futurum fuit si ingenium Ciceronis triumviris licuisset pros-*

proscribere? (a). Habla en otra parte á sus tres hijos, y doliendose de la decaída eloquencia, les da á entender, *que solo en tiempo de Ciceron tuvo la eloquencia Romana que poder oponer ó preferir á la soberbia Grecia* (b). En otra ocasion parece que le faltan expresiones para significar la veneracion que tenia á este hombre insigne, y dice: *que no tuvo Roma cosa igual á su vasto imperio, sino el grande ingenio de Ciceron* (c). Sirvase ahora el Señor Abate de decirnos, si alguno de los AA. que nos ha nombrado, habla con mayor entusiasmo que éste, del mérito de Ciceron.

No le fue menos apasionado L. Seneca, por mas que diga Tiraboschi, con el pretendido testimonio de Quintiliano. Lo que acredita nuestra proposicion es el cotejo que hace L. Seneca, de la eloquencia de Asinio, con la de Ciceron, en que concede á éste la preferencia: *Lege Ciceronem*, escribe á Lucillo, *compositio ejus una est, pedem servat, curata, lenta, & sine infamia mollis: at contra, Pollionis Asinii salebrosa, & exiliens, & ubi minime expectes, relictura. Denique apud Ciceronem omnia desinunt, apud Pollionem cadunt, exceptis paucissimis* (d). En esta misma carta llama á Ciceron el máximo en la

(a) Controv. lib. 5. præf.

(b) Lib. 1. Controv. præf.

(c) Ibid.

(d) Epist. 100.

la elegancia: en otra (a), autor, y padre de la eloquencia Romana. Su autoridad y exemplo son segura defensa á Seneca contra los temidos cargos, ya en el uso de ciertas palabras, como se ve en la epistola 58, ó ya por traducir en latin algunos versos griegos, como dice en la 107.

En vista de unos testimonios tan concluyentes de la alta estimacion, que hicieron los dos Senecas de la eloquencia de Ciceron: ¿cómo podrá tolerar la equidad, y la justicia que se hable de ellos como de hombres ambiciosos, que quisieron anteponerse á este orador, y qué reprehendieron su estilo? Pues por tales se presentaron en la historia literaria de Italia. Es verdad, que los dos Senecas siguieron inmediatamente á Polion, pero no tomando el camino de éste, sino facilitando el contrario. Procuró Polion hacer olvidar la adorada eloquencia de Ciceron, y consiguió pervertir con su exemplo á todos los oradores Romanos: al contrario los Españoles Senecas, quienes á la frente de la preocupacion pública levantaron el grito contra este ambicioso: rindieron la debida veneracion al Príncipe de los oradores, y descubrieron á los Romanos los defectos que no conocian en la eloquencia de Polion, acordando los singulares tesoros de que se olvidaban en la facundia Ciceroniana. ¿Dirémos que este

(a) Epist. 40.

este modo de pensar y de escribir era el medio de echar á perder la eloquencia, y no mas presto que era el camino seguro de volver á los Romanos á la buena senda que guiaba á ella; esto es, la imitacion de Ciceron?

Mas pasemos adelante para exâminar si los dos Senecas resultan reos en las otras causas de la corrupcion. Entre las principales señaladas por el autor del Dialogo, es una la educacion de la juventud Romana en las escuelas de los retóricos. Es muy difícil que Tiraboschi pruebe que fueron reos de ella nuestros dos Españoles, puesto que confiesa no hay fundamento para decir que M. Seneca tuviera en Roma escuela pública de eloquencia, L. Seneca es constante que no la tuvo. Esto bastaba ciertamente para ponerlos á cubierto en esta parte de las acusaciones de su contrario: pero á nosotros no nos es suficiente, para probar como hemos dicho anteriormente, que fueron censores de la viciada eloquencia, siendo preciso acreditar, que se valieron de todos los medios posibles para impedir la corrupcion, que de las escuelas de los retóricos se difundia á la juventud Romana.

No podia haber medio mas eficaz, que el de abrir las ojos á los que los tenian ofuscados, poniendoles patentes los defectos de oratoria en aquellos declamadores, que hacia tanto tiempo dominaban como oráculos en sus escuelas. Pues esto es, segun hemos visto, lo que con grande tino, y crítica practicaron los

Senecas. Reynaron pacíficamente en la eloquencia Romana, por mas de 50 años, la afectacion, la molicie, la afeminacion, el estilo duro y conciso, las sutilezas y frialdades, sin que entre tanta multitud de literatos como habia en aquella capital, se atreviese ninguno á hacer guerra á este tropel de defectos, hasta que fueron de España, primero los Senecas, y despues Quintiliano, que trabajaron por encastrarlos de nuevo á la eloquencia Tuliana. En prueba de ello ¿quién se aventajó á L. Seneca en manifestar los defectos del estilo de Asinio, comparado con las excelencias oratorias de Ciceron? Quién se burló primero de la afectacion extraordinaria de Mecenas en su modo de escribir? Quién se adelantó á M. Seneca en su justa crítica, de la pervertida eloquencia de Fusco, Cestio, Musa, Osco, Senocion, y de otros muchos Romanos? Habia medio mas oportuno para reparar los daños que causaban aquellas malas escuelas? Sin embargo se pretende, que asi el padre como el hijo contribuyeron á empeorar la eloquencia.

En la ruina de ésta influyó notablemente el luxo, el libertinage, y la corrupcion universal de costumbres, que se introdujo en Roma desde el tiempo de Augusto: como tambien la crueldad de los monstruos que le sucedieron. ¿Pero qué tuvieron que ver los Senecas con los AA. ó propagadores de estos desordenes? Vuelva Augusto al mundo, y escuche lleno de rubor al Filósofo Seneca, declamar

contra la afeminacion de costumbres, con que contagiaron la juventud Romana sus mas ilustres válidos. No tuvo el paganismo antes ni despues de Seneca quien se opusiera con mas vigor y energia al torrente de los vicios públicos, que inundaban el Imperio Romano; pudiendo decirse con vergüenza de los escritores cristianos, que este filósofo gentil hasta en los tratados de fisica, de eloquencia, y de historia no pierde ocasion de inspirar á los leyentes las máximas mas importantes y sólidas de una moral digna de un cristiano. Lean sus libros los mas preocupados enemigos que tubiere, y asi en las questões naturales, como en las epistolas, hallarán esparcidas las mas fuertes inectivas contra los placeres sensuales, contra el luxo de los trages, contra los banquetes, los teatros, y los juegos: hallarán igualmente los mas dulces incitativos á la virtud, á la mortificacion de los apetitos, y al desprendimiento de los bienes terrenos, con la frecuente memoria de la muerte. No consiguió, es verdad, reformar las costumbres estragadas de Roma, porque era muy débil la filosofía pagana para tan alto designio, cuyo triunfo estaba reservado á la poderosa gracia de nuestro Salvador; pero por eso no merece menos alabanza Seneca, habiendo hecho todos los esfuerzos que pudo por reformar aquellos desordenes, que aun para la literatura Romana servian de obstaculo.

Tambien trabajó con igual zelo en refrenar

nar la crueldad de los Emperadores Romanos, que era una de las causas de la ruina de la eloquencia. Conoció muy bien Seneca en Neron, quando era muchacho, ciertas señales de un genio cruel y sangriento: por cuyo motivo le compuso los dos libros de la Clemencia, en los que demuestra con razones muy nobles la excelencia de esta virtud, y la utilidad y provecho que redundaba al soberano de gobernar sus súbditos con benignidad, y dulzura: representando por el contrario el horror y desastres de los tiranos, que han querido usar de rigor en el mando. Es bien notorio, que no fué del todo inútil esta fatiga en los primeros años de su imperio, en que se gobernó por las instrucciones de Seneca, pues en ellos fué Neron uno de los mejores Príncipes, como lo confirma este dicho de Trajano: *procul distare omnes Principes à Neronis quinquenio* (a).

De esta forma se esforzaron los dos Senecas en destruir las principales causas que habian motivado la ruina de la eloquencia; prueba bien patente, de que ni causaron, ni propagaron la corrupcion. Pero quando faltasen estos convencimientos, bastaria el silencio del autor del Dialogo para no creerlos culpados en esta materia. ¿Porqué, cómo prodremos entender que habiendo escrito su obra despues de la muerte de los Senecas, y inquiriendo con finisima crítica las

(a) Lipsio in lib. de Lem.

las causas de que procedia la veloz ruina de la eloquencia, señalase el mal gusto de los AA. que habian abandonado el antiguo, pero buen camino, y no hiciese la misma mencion de aquellos, si hubiesen sido el origen principal de este estrago? No estarian entonces mas recientes los defectos de los dos Españoles, que los de Mecenas, Galion, y Casio Severo? Sin embargo, á éstos culpa, y á los otros ni los nombra. Mas: si el autor del Dialogo fué, como se presume con harto fundamento, Quintiliano, siendo enemigo de Seneca, y que no disimuló ninguno de sus defectos, se hace muy creible, que si hubiera podido alistarlos entre los corrompedores de la eloquencia, no lo hubiera omitido.

¿Y á quién daremos mas fé, á los que escribieron en la época próxima á los Senecas, ó á los que escriben 17 siglos despues? ¡Oh, esto esperaba el Abate Tiraboschi, para triunfar contra Seneca el Filósofo en la autoridad de Quintiliano. Será preciso que nos detengamos algun tanto, para defender á nuestro supuesto reo de tan respetable enemigo.

Critica del juicio de Quintiliano, sobre la eloquencia de Seneca.

Para dar á conocer la honradez de carácter, y finura de gusto de Quintiliano (a), copia el Señor Abate muy por extenso el juicio que forma éste de Seneca. Mas yo quisiera preguntar si se compone bien la honradez de carácter, y finura de gusto, con una adulacion descarada como la que se advierte en Quintiliano, quando no tuvo reparo de decir, que Domiciano era el maximo entre los Poetas, añadiendo que no habia cosa mas sublime, mas docta, y perfecta que sus obras: sin contar otros vanos elogios (b): lo qual reprueba Tiraboschi, como una conducta agena de la hombría de bien. Pero no sucede asi quando censura á Seneca, que entonces lo pinta como muy honrado. Y si Quintiliano deseaba hacer ostension de tal, ¿por qué no habla de Seneca con la estimacion debida? esto era preciso siquiera por desmentir la fama que corria en Roma, de que era enemigo suyo (*);

(a) Tom. 2. pag. 102.

(b) Tirab. tom. 2. pag. 101.

(*) Quintiliano es sospechoso donde critica á Seneca, porque él mismo confiesa que era tenido por emulo suyo.

y no se decia sin motivo, ni es nuevo entre los sábios el criticarse unos ni otros, ni que haya recíproca envidia; pues el autor del Dialogo, hablando de los oradores antiguos, dice: *nam quod invicem se obtreclaverunt, non est oratorum vitium, sed hominum* (a). Es muy posible que Quintiliano, á pesar de las prendas que se le atribuyen, no estuviese enteramente libre de ciertos vicios, de que tampoco careció Ciceron en sentir del mismo Dialoguista: *nam & Calvum, & Asinium, & ipsum Ciceronem credo solitos & invidere, & libere, & cæteris humane infirmitatis vitiis affici* (b). En consecuencia de esto me presumo que Quintiliano trató á Seneca, como Asinio habia tratado á Ciceron: Siguióse á éste aquel, halló al pueblo de Roma asombrado de su eloquencia, y movido de una grande ambicion de orador, creyó necesario para adquirirla desacreditar primero la de Ciceron, y á esto se aplicó. Sucedió Quintiliano á Seneca, y vió que todo Roma hacia suma estimacion de este insigne Filósofo, cuyos escritos se habian hecho universales: oyóle celebrar como á un hombre, no solo superior á su siglo, mas á los pasados, segun confiesa Dion (c), y desconfiado de lo-

En el lib. 10. *Ex industria Senecam in omni genere eloquentiæ versatum distuli, propter vulgatam falso de me opinionem, qua damnare eum, & invisum quoque habere sum creditas.*

(a) De Causis corrupt. eloq. (b) Ibid. (c) Lib. 59. Tom. I.

grar la fama que pretendia, si antes no derribaba la del otro, comenzó á hablar de él, como de un despreciador de los antiguos, mal orador, y poco diligente Filósofo. Pero encontró muy bien establecido el justo aprecio de Seneca, para conseguir su proyecto, de suerte, que solo alcanzó darse á conocer por enemigo de un sugeto de tanto mérito. Así que es sobrada desgracia de Tiraboschi, que no pueda apoyar sus acusaciones morales, ó críticas contra el dicho, sino en documentos suministrados por sus mayores contrarios.

Pasemos ya á examinar el juicio de Quintiliano, que creo no le hallaremos tan ventajoso á las ideas del Señor Abate como piensa. Acusa Quintiliano á Seneca por haber motejado siempre á los mejores oradores; *porque persuadido del poco mérito de su propia eloquencia, desconfiaba gustar á los que aplaudian á los otros.* Mas vamos á la prueba de este cargo. Leanse con reflexion los libros de Seneca, y vean así Quintiliano, como Tiraboschi, qué oradores son los que reprehende de continuo; esto es, si los mejores, ó los dignos verdaderamente de ser censurados. No negará Quintiliano, que Ciceron es el mejor orador Romano, y menos podrá justificar que Seneca le moteje á vista de llamarle el príncipe, el padre, y el modelo de la eloquencia Romana. Volvamos el quadro, y vease quienes en concepto de Tiraboschi, el autor de la corrompida eloquencia? Asinio Polion. Y en el del autor del Dialogo? Mec-

enas. Pues éstos dos puntualmente son los que reprehende siempre Seneca. Con que si estaba tan persuadido de que su eloquencia era muy distinta de la de Ciceron, mal podria celebrar tanto la de éste, desconfiado de gustar á los muchos admiradores que tenia este orador. Asimismo es incompatible, que imitando el mal estilo de Polion, y Mecenas hiciese de ellos una crítica tan severa; debiendo persuadirse, que tendria por enemigos á los apasionados de entrambos.

Adelante. Reprehende tambien Quintiliano á Seneca de *poco diligente en tratar las materias filosóficas.* Era menester saber primero de qué materias filosóficas habla, si de las físicas, ó de las morales? si de aquellas, convendria señalar otro Filósofo que haya tratado con mas conocimiento que éste la Filosofía natural. Con mas razón que el siglo de Quintiliano puede formar opinion el nuestro, y confesar abiertamente que raro, ó ninguno de los Filósofos antiguos, escribieron la verdad, ó lo mas próximo á ella, como Seneca en las questões naturales. Si se habla de filosofía moral, será muy ignorante en ella, ó muy contrario de Seneca, el que no reconozca su mérito en esta parte.

De distinto modo pensaba Plutarco (a), cuyo dictamen en el asunto debe ser de mas peso que el de Quintiliano. Haciendo este sábio Gri-

go

(a) Epist. ad An. Sen. apud Petrarch.

go el paralelo de la docta Grecia con Roma, oponia al Romano M. Varron su Platon, y Aristoteles, á Virgilio Homero, á Ciceron Demosthenes; pero llegando á Seneca, profiere con exemplo singular en un Griego, que no tiene la Grecia un Filósofo moral, que pueda competir con éste. Alvierto de paso á los preocupados censores de nuestros sábios antiguos, que si Roma tuvo por sí talentos que igualaron con los de la Grecia, debió á España uno que excedió á todos los de esta soberbia nacion.

Hasta aquí no nos ha dado pruebas Quintiliano de la honradez de su caracter, ni de su finura de gusto. Uno y otro se acredita de este pasage, que *no podia sufrir que antepusieran á Seneca á los mejores; y que tuviera tantos apasionados solamente por sus defectos.* Pero de esto ninguna culpa tiene Seneca, que no es regular pretendiera la preferencia sobre Ciceron, habiendo dado en sus obras tantos testimonios de la superioridad que reconocia en este orador. Asi lo entiende el ilustre Mureto; pues hablando de este juicio de Quintiliano, asegura que ni Seneca mismo hubiera querido ser antepuesto á Ciceron: *Neque ulla magis alia res Quintilianum, gravem alioquin, & sapientem scriptorem, adduxisse videtur, ut de Seneca minus honorificum judicium faceret, quam quod iniquo animo ferebat, plerisque, quod ne Seneca quidem voluisset jam præ eo sordere Ciceronem* (a). Con que tales-

(a) Orat. 15. in lib. 3. Tacit.

testimonio de Quintiliano nada concluye contra Seneca en esta parte.

Mucho menos pudo escribirse en agravio de nuestro Filósofo la viciosa imitacion de los Romanos, ó el imitarle solamente en sus defectos. El estilo de Seneca tiene los que eran comunes en el tiempo que escribió; pero no dejan de resplandecer en medio de eso ciertos primores que reconoce el mismo Quintiliano. Si los Romanos, desestimando éstos abrazaron aquellos; cuya será la culpa? No será una prueba convincente del mal gusto que reinaba entonces en Italia? Tiraboschi confiesa que en el estilo de Quintiliano hay vicios que corresponden á su tiempo, y que no se parece en nada al de Ciceron: dice igualmente que fué uno de los hombres de mejor gusto que se ha conocido, porque *en su concepto no habia otro modelo que seguir que el de Ciceron: enemigo de los sequaces del mal gusto que se habia introducido: el atento estudio sobre los buenos AA., y la norma sobre la que establece sus preceptos.* No deja de hallarse este modo de pensar en Seneca, no obstante los defectos de su estilo, como hemos dicho anteriormente, y con todo se celebra al primero por hombre de gusto delicadísimo, mientras se reprehende al segundo como estragador de la eloquencia.

Si los admiradores de Quintiliano, olvidados del buen dechado que les propuso, y de los preceptos juiciosos de eloquencia que les dejó en sus instituciones, se aplicaran solamente

te á imitar los defectos que se advierten en su estilo, y perdieran de vista á Ciceron, serian justamente censurados; pero injustamente se haria cargo á Quintiliano de que habia ocasionado grave perjuicio á la eloquencia Romana. Pues ninguna diferencia habria de este manejo, al que usa Tiraboschi para reprehender á Seneca con el testimonio de Quintiliano. Paremos un poco la consideracion en el exemplo de uno de los discipulos mas celebres que éste tuvo, que fué Plinio, quien se crió en su escuela, y tuvo tanta veneracion á su maestro, que aun despues de muerto dotó á sus hijas que habian quedado pobres. Siendo Plinio de grande ingenio, muy prudente y juicioso, ya se deja conocer la estimacion en que tendria los sábios preceptos de Quintiliano. Es regular que entre otras lecciones, le diera la de que el único modelo sobre que debia formarse era Ciceron; que debia evitar con sumo cuidado la afectacion de novedades extraordinarias, y el aparato de agudezas, antitesis, y conceptos opuestos; pero sobre todo, lo que hace mas á nuestro intento, es suponer quanto desprecio de Seneca, y de su estilo inspiraria á éste su amado discipulo. Mas; la diligencia que ponia Plinio en sus escritos, es la misma que acostumbran las gentes discretas: Yo, dice, *no busco la aprobacion de los que me oyen, sino de los que leen mis obras. Por esto no perdono ningun trabajo por mejorarlas, y corregirlas* (a). Y despues de todo esto,

(a) Lib. 7. Ep. 17.

¿quál fué la eloquencia de Plinio? responda por nosotros Tiraboschi, que en una parte de su historia dice lo siguiente: *Plinio quiere revestir todas las cosas con ayre de novedad, y de prodigio: quiere ostentar á cada paso agudeza de ingenio: quiere hallar á todo objeto comparaciones, antitesis, conceptos opuestos: con lo qual no solo se hace ininteligible, sino fastidioso al lector* (a).

No cabia censura mas grave, si Plinio hubiese sido discipulo, apreciador, ó imitador de Seneca. Mas no lo fué de éste sino de Quintiliano, que parece le gustaba por sus defectos, y no por sus instituciones: asi es censurado con razon por su mala eloquencia, al mismo tiempo que se alaba justamente á su maestro, porque en lo tocante al buen gusto, no se dejó llevar de la corriente: al contrario, procuró detenerla, y volver á los Romanos al buen camino de que se habian extraviado.

Igual desgracia acaeció á Seneca con sus imitadores. Alaba á Ciceron como dechado de la perfecta eloquencia: declama contra los corruptores del buen gusto: condena la afectacion en el estilo, las agudezas, y el uso excesivo de los conceptos; pero con los Romanos tuvo mas atractivo el estilo viciado de Seneca, que sus sanos preceptos; pues una de dos, ó no le reprehenda por esto Quintiliano, ni le acuse de haber contribuido á la ruina de la eloquencia,

(a) Tom. 2. pag. 107.

cia, ó confiesese reo del mismo delito. Mas ni uno ni otro han causado el abuso. Yo entiendo que son dignos de suma alabanza estos dos ilustres Españoles, por el calor con que procuraron restablecer en Roma la plausible eloquencia. Toda la culpa se debe atribuir á los Romanos, sin embargo de que habian nacido en aquel país privilegiado, donde nunca tuvo origen semejante corrupcion.

§. VI.

Otros cargos contra el estilo de Seneca.

No es mi intento entrar en una apología del estilo de Seneca, sino solamente descubrir, é impugnar las preocupaciones de algunos, contra un escritor de tanto renombre. Por esta razon omitiré las acusaciones fingidas ó soñadas de Aulo Gelio, que tambien quiere hacerse juez contra Seneca, contentadome con repetir lo que dice Mureto, que no merecen otra respuesta que el silencio, y el desprecio, y aun añade, que *hace agravio á Seneca, el que se aplica á responder á tan débiles censores* (a). Pero la estimacion que hago del Abate Tiraboschi, no me permite confundirlo en este número, antes juzgo una

(a) Orat. 15.

una obligacion precisa satisfacer á algunas de sus objeciones.

Qual sea, asi se explica, el estilo de Seneca, lo advertirá qualquiera que lea sus obras: cortado y centelleante; jamas despliega las velas á una eloquencia fluida, y numerosa (a). Muy semejante á ésta es la censura que hizo Lucio, del estilo de Fabiano Papirio, á la que responde Seneca en estos términos: *oblitus de Philosopho agi, compositionem ejus accusas; sed ita ut vis esse credamus; mores ille, non verba composuit, & animis scripsit ista, non auribus* (b). Lo mismo digo de Seneca; parece que Tiraboschi se olvida de que habla de un filósofo, y no de un orador. Porque ¿qué otras obras son las que han quedado de L. Seneca, que las epistolas y tratados de física, y de moral? Y en estas se pretende hallar una eloquencia fluida, y numerosa? Por otra parte el mismo filósofo nos pinta el estilo de sus Epistolas: *qualis sermo meus esset, si una sederemus, aut ambularemus, illaboratus, & facilis; talis esse Epistolas meas volo* (c). ¿Se querrá deducir de éstas, qual era su eloquencia? No ignoró ciertamente la fluida, y numerosa en las oraciones que compuso, y celebra Tacito (d). Y aun

Quin-

(a) Tom. 2. pag. 153.

(b) Epist. 100.

(c) Epist. 75.

(d) Lib. 13.

cia, ó confiesese reo del mismo delito. Mas ni uno ni otro han causado el abuso. Yo entiendo que son dignos de suma alabanza estos dos ilustres Españoles, por el calor con que procuraron restablecer en Roma la plausible eloquencia. Toda la culpa se debe atribuir á los Romanos, sin embargo de que habian nacido en aquel país privilegiado, donde nunca tuvo origen semejante corrupcion.

§. VI.

Otros cargos contra el estilo de Seneca.

No es mi intento entrar en una apología del estilo de Seneca, sino solamente descubrir, é impugnar las preocupaciones de algunos, contra un escritor de tanto renombre. Por esta razon omitiré las acusaciones fingidas ó soñadas de Aulo Gelio, que tambien quiere hacerse juez contra Seneca, contentadome con repetir lo que dice Mureto, que no merecen otra respuesta que el silencio, y el desprecio, y aun añade, que *hace agravio á Seneca, el que se aplica á responder á tan débiles censores* (a). Pero la estimacion que hago del Abate Tiraboschi, no me permite confundirlo en este número, antes juzgo una

(a) Orat. 15.

una obligacion precisa satisfacer á algunas de sus objeciones.

Qual sea, asi se explica, el estilo de Seneca, lo advertirá qualquiera que lea sus obras: cortado y centelleante; jamas despliega las velas á una eloquencia fluida, y numerosa (a). Muy semejante á ésta es la censura que hizo Lucio, del estilo de Fabiano Papirio, á la que responde Seneca en estos términos: *oblitus de Philosopho agi, compositionem ejus accusas; sed ita ut vis esse credamus; mores ille, non verba composuit, & animis scripsit ista, non auribus* (b). Lo mismo digo de Seneca; parece que Tiraboschi se olvida de que habla de un filósofo, y no de un orador. Porque ¿qué otras obras son las que han quedado de L. Seneca, que las epistolas y tratados de física, y de moral? Y en estas se pretende hallar una eloquencia fluida, y numerosa? Por otra parte el mismo filósofo nos pinta el estilo de sus Epistolas: *qualis sermo meus esset, si una sederemus, aut ambularemus, illaboratus, & facilis; talis esse Epistolas meas volo* (c). ¿Se querrá deducir de éstas, qual era su eloquencia? No ignoró ciertamente la fluida, y numerosa en las oraciones que compuso, y celebra Tacito (d). Y aun

Quin-

(a) Tom. 2. pag. 153.

(b) Epist. 100.

(c) Epist. 75.

(d) Lib. 13.

Quintiliano entre las grandes excelencias de Seneca, recuerda la de un *ingenio claro y abundante*; contando en otro lugar entre las prendas propias de un orador como singulares, *copiam Senecæ, vires Africani, maturitatem Afri* (a).

Otro defecto del estilo de Seneca, es segun Tiraboschi; *que qualquiera pensamiento que quiere expresar por facil, y trivial que sea, lo reviste de un nuevo ayre* (b). Mejor diria, que ésta es una habilidad no pequeña del estilo de este filósofo. Su intento no es formar oradores, sino hombres de bien, y juiciosos: sus máximas, sus pensamientos son á las veces triviales, y comunes, pero contrarios á las inclinaciones depravadas, y á las pasiones dominantes. Se requiere tanta discrecion como primor para adornar estos pensamientos, dándoles un nuevo semblante, que disfrace la amargura de la verdad, que se lleve la atencion y agrado; de tal forma, que los hombres atraídos de la dulzura, se impresionen sin sentirlo de lo que les conviene. Esto hizo Seneca, y consiguió el fruto que deseaba. Entre las máximas cristianas, no hay otras mas comunes, y triviales, que las consideraciones de la muerte, del juicio, del infierno, y de la eternidad; y sin embargo, vemos que los mejores Predicadores hacen estudio de revestirlas con un ayre de

(a) Lib. 12. cap. 12.

(b) Tom. 2. pag. 153.

de novedad, que sorprenda eficazmente á los oyentes, para que despierten en sus almas vivos propositos que no sea facil borrar.

Si esto es defecto, habremos de decir que es uno de aquellos defectos recomendables, que nota Quintiliano en el estilo de Seneca, y que en las obras de un Filósofo moral pueden pasar por virtudes. Quería oponerse á los vicios que tenían infestada á Roma, con la mas sólida moral, y no pudiendo lisonjearse que sus libros los leyesen aquellos libertinos, cuyas maldades hacia patentes, y reprehendia con extraordinaria valentia, y vehemencia, por eso adornaba sus instrucciones con la posible novedad, y con un language suave y alhagueño, para que el gusto de leerlo, excitara á escuchar verdades desagradables.

Così all' egro fanciul porgiamo aspersi

Di soave licor gli orli del vaso:

Succhi amari ingannato in tanto ei beve

E dall' inganno suo vita riceve (a).

Asi la madre al niño enfermo sabe

Orlar el vaso de licor suave:

Con que engañado, suco amargo bebe,

Y á este engaño feliz su vida debe.

La experiencia acreditó la oportunidad del pen-

(a) Jerusal. Liber. Canto 1.

pensamiento, ya que costó tanto trabajo á Quintiliano arrancar los libros de Seneca, de manos de la juventud Romana. ¡Pluguiera á Dios que sucediese otro tanto en nuestros dias con los libros de los escritores cristianos, que tratan de las verdades de la Religion, y de la reforma de costumbres, porque su estilo fuese tal, que convidase á leerlos con aficion! Pero hay la desgracia de que esta última circunstancia se halla mas frecuentemente en otros, cuyo fin es muy distinto, qual es enseñar la irreligion, y libertad de que se siguen tan perniciosas consecuencias.

Mas grave me parece la otra acusacion con que Tiraboschi nos pinta á Seneca, como un insigne impostor, dice asi: *me parece que veo un quinquillero impostor, que presenta á la vista sus alhajas; á la primer ojeada se tienen por preciosas, porque todas brillan. Un muchacho simple, ó un rustico, se embelesa, compra alguna con grande ansia, y se va tan contento como si llevase un tesoro; pero el que sabe discernir, conoce que entre todo aquel brillo hay mucho de falso, y desechando las cosas aparentes busca unicamente las pocas verdaderas, que se encuentran* (a). Era menester por cierto la clara luz que brilla en nuestro siglo para descubrir á este impostor, que como otros tantos muchachos simples, ó hombres rusticos no conocieron por tal, los

San-

(a) Tom. 2. pag. 153.

Santos Padres (*), ni los hombres mas sábios del siglo XVI, pues vemos que llenos de admiracion por la doctrina de Seneca, unos buscaron sus obras, y las colocaron entre las de los escritores eclesiásticos, otros se valieron de sus sentencias para citarlas en sus obras, otros hicieron guerra al paganismo con estas mismas armas, otros comentaron é ilustraron sus escritos, y todos generalmente hicieron aprecio de este tesoro.

No pretendo persuadir con ésto, que Seneca esté libre de errores, y que no haya en sus libros máximas falsas; esto sería demasiado pedir en un filósofo á quien faltó del todo, ó solo tuvo un ligero vislumbre de la luz Evangelica. Mas si digo, que el mérito literario de Seneca no le hubiera asegurado una perpetua memoria en la posteridad, ni hubiera conseguido la admiracion de los sujetos mas doctos, asi gentiles, como cristianos; si hubiese sido un impostor, que entre unas quantas verdades hubiera sembrado muchos engaños. ¿Podian acaso algunas máximas juiciosas, que no han faltado á otros filósofos, arrebatár la atencion á favor de Seneca, en un S. Gerónimo, S. Agustin, Tertuliano, y Lactancio? De éstos, unos le creyeron cristiano, otros muy próximo al conocimiento de la verdad, sin mas mo-

(*) S. Agustin de Civitate Dei, lib. 6. cap. 10. celebra la erudicion, y copia con que impugnó la teología Gentilica.

tivo, como dice Nicolás Fabro (a), que la importancia de las materias que trata, la gravedad de sus sentencias, y la uniformidad de sus máximas con las cristianas. ¿Será creíble que un impostor llene de asombro á Mureto, á Lipsio, Pinciano, Escoto, y Fabro, tanto, que digan que de todas las obras de la antigüedad, ningunas son tan dignas de conservarse como las de este sábio filósofo? (b) Pues en tanto que no se citen otras personas mas condecoradas para discernir lo cierto de lo falso en materia de Filosofía Moral, que los referidos PP., y estos AA. ultimamente nombrados, se nos habrá de permitir que sigamos su opinion, como hace Tiraboschi con la de Mr. Buffon, tocante al mérito de C. Plinio.

Pretende tambien el mismo, que deba ser preferido Plinio á Seneca fundado en igual razon; esto es, *porque en Plinio se ve comunmente lo grande, y lo verdadero, quando en las máximas de Seneca no se halla por lo regular sino una sombra ó apariencia engañosa* (c). Bueno sería señalar las grandes verdades contenidas en las obras de Plinio, que excediesen á las que hemos especificado en las de Seneca, para que de este modo pudieramos convencernos de la solidez de este juicio. Pero si se trata de la

(a) Præf. in Epist. Sen.

(b) Nicol. Fab. Præf. in Oper. Sen.

(c) Tom. 2. pag. 108.

latinidad de aquél, en comparacion de éste, suscribirémos, con licencia del Señor Abate, al dictamen de Francisco Sanchez de las Brozas (llamado comunmente el Brocense), que forma texto en la materia. Este en su Minerva (a) dice, que se hallan bastantes defectos en la latinidad de Seneca, pero mas, y mayores en los dos Plinios. Ya hemos visto el concepto, que del estilo del menor tiene Tiraboschi: no obstante, añade inmediatamente el lenitivo, de que es mejor que el de Seneca. En el estilo de Plinio el historiador nota una extension, y obscuridad fastidiosa á los lectores, la qual quiere que atribuyamos en gran parte á los codices viciados, y llenos de errores que han insertado despues en la prensa (b). De este modo encuentra razones para disculpar á sus nacionales: bien al contrario quando se trata de los defectos de los Españoles, que entonces nada se perdona, se disculpa, ni se disimula, sino que busca colores horribles para hacer mas feo su retrato. ¿Es ésta la imparcialidad que conviene á un historiador? ó en qué regla cabe tolerar los defectos de los unos, y crimir los de los otros?

Mas el disimulo que no ha encontrado Seneca en Tiraboschi, lo ha encontrado en uno de los críticos mas rigurosos. Erasmo, en el

(a) Lib. 3.

(b) Tom. 2. pag. 50.

juicio riguroso que hace del estilo de Seneca, halla algunas palabras que no son *tulliani candoris*; pero añade, que lo mismo se advierte en Quintiliano, en Plinio, y en todos los escritores de aquel tiempo. Dice tambien, que entre las grandes excelencias que reconoce Quintiliano en las obras de Seneca, es la principal aquella expresion dulce, admirable, y enérgica con que sabe excitar en sus lectores el amor á la virtud, y la fuga de los placeres carnales; *cuya importantísima empresa, no quiere decir nada que se consiga con estas ó las otras frases. Además, que el estilo de Seneca, no es tal en realidad que pueda desdeñarlo nuestro siglo, siendo este escritor de los mas elegantes de su tiempo tan sábio (a).* Pregunto, si el estilo de Seneca no merecia ser desdeñado en el siglo de Erasmo, que fue de los mas delicados, y aun digamos superticioso en el gusto de la latinidad, ¿por qué deberá desecharlo el nuestro, tan poco apreciador de la lengua latina, que es menester traducir sus AA. para que se lean? El elegantísimo Mureto, no hace menos aprecio del estilo de Seneca: *quanto halló de bueno Seneca en los filósofos antiguos, de cuyas obras tenia un conocimiento completo, que sirviera para adornar el estilo, para la explicacion de las questões obscuras é intrincadas, ó para la reforma de costumbres; de todo se aprovechó en*

(a) Jud. de Op. Sen.

en sus obras con mucha habilidad, y elegancia (a). Fabricio celebra á Mureto por haber dicho, *que Seneca es muy superior en la elegancia de sus escritos á todos sus censores (b).* Vuelvo á repetir, que mientras no se citen sugetos mas versados en la latinidad que Erasmo, y Mureto, contrarios á esta opinion, estaremos por la suya.

No se contenta el Señor Abate con ser inexorable, quando halla algun motivo para reprehender á este filósofo, sino que pretende aun encontrar defectos en donde mas resplandecen sus excelencias. El fino gusto de Seneca en materia de literatura, se conoce principalmente en la crítica que hace en varios lugares, de las questões inútiles y ridiculas de los gramáticos, y filósofos, procurando apartar á los Romanos del estudio de las cosas vanas y pueriles, é inclinarlos á los estudios útiles, y serios. Ninguno de los críticos modernos, que con tanto ruido han escrito contra la Filosofía Aristotélica, y la Teología Escolástica, puede gloriarse de haber igualado al tino con que aquel declama contra las questões inútiles, y la inclinacion dominante de los Romanos á saber cosas frívolas, y de ninguna importancia. Empresa tanto mas laudable, quanto era mas opuesta á las questões sofísticas,

y

(a) Orat. 15.

(b) Lib. 2. pag. 9.

Tom. I.

y cavilosas, que eran tan comunes entre los Estoicos. Vease el libro de Brev. vitæ, cap. 13. en las Epist. 48. 85. 88., y 113.

Sin embargo de esto, Tiraboschi solicita hallar inficionado del mismo vicio á nuestro Filósofo. Despues de citar algunos exemplos de la justa crítica que hace Seneca de las questões inútiles, añade: *no obstante no se desdeñó el mismo Seneca de tratar ciertas questões, que no pueden leerse sin risa; como quando examina, si el bien es corporeo (Ep. 106.), y si las virtudes son animales (113) sobre cuyas materias importantísimas disputó el grave Seneca con admirable formalidad. Así se esparce por todas partes el mal gusto, y se comunica aun á aquellos que parece debian estar libres (a).* Si no tuvieramos entre manos la historia literaria de Italia, y las Epistolas de Seneca, no sabriamos determinarnos á creer, ó que éste no hubiera escrito del modo que se refiere, ó que el docto historiador fuera capaz de imputarle un defecto de que estuvo muy remoto. Examinemos con reflexión las dos Epistolas citadas. En la 106 trata brevemente, si el bien es corporeo, haciendolo por condescender con las ardientes instancias de Lucilo. Al fin le dice: *quoniam ut voluisti, morem gessi tibi, nunc ipse dicam mihi quod dicturum esse te video: latrunculis ludimus, in supervacuis subtilitas teritur;*

(a) Tom. 2. pag. 137.

tur; quemadmodum omnium rerum, sic litterarum quoque intemperantia laboramus: non vitæ, sed scholæ discimus. De lo que se infiere, que el grave Seneca emplea su admirable formalidad, no ya en tratar la dicha cuestión, mas en quejarse del tiempo que perdió en tratarla.

En la Epistola 113 discurre mas difusamente sobre si las virtudes son animales: pero no será cierto, que el grave Seneca trata semejantes questões con admirable formalidad. A petición de Lucilo se aplica á refutar esta necia opinion de los filósofos antiguos; el medio de que se vale para tratar de ella, es ridiculizarla, y sacar unas conseqüencias absurdas, que no pueden leerse sin risa; la qual no la causa Seneca, sino los filósofos que así opinaron. El mismo dice á Lucilo, *no podría leer sin reirme las necias conseqüencias de esta opinion:* entre otras no es la menos extravagante esta hilacion; *ergo hic versus; arma virumque cano, animal est.* Despues se mofa de los Estoicos diciendo, ¿y qué casta de animal será éste con seis pies? Prosigue con la misma graciosidad, y dice: *dissilio risu, cum mihi propono solæcismum animal esse, & barbarismum, & syllogismum, & aptas illis facies tamquam pictor assigno.* ¿Podrá tener aquí cabida la acostumbrada ironía con que Tiraboschi llama grave á Seneca? Es este modo de tratar con admirable formalidad si las virtudes son animales?

Quando se reviste de seriedad este grave filósofo, es despues de haberse burlado de esta

opinion, como se ve en lo que sigue: *hæc disputamus attractis superciliis, fronte rugosa? Non possum hoc loco dicere illud Cæcilianum. O tristes ineptias! ridiculæ sunt. Quin itaque potius aliquid utile, & salutare tractamus? quomodo ad virtutes venire possimus.* He aquí como Seneca sabe usar en lugar y tiempo, unas veces de las chanzas festivas, y otras de la formalidad, pero siempre con igual finura de gusto. No pretendo que se me dé credito á mí, sino al doctísimo Mureto, que seguramente examinó con mas cuidado que Tiraboschi la expresada Epistola. *Si no hicieran fé, dice, los testimonios mas autenticos de los antiguos, apenas se creeria que la extraña opinion impugnada, y ridiculizada por Seneca, que acabamos de ver, hubiera podido pasar por la imaginacion, aun á la mas simple y fatua viejezuela: sin embargo, la trataron muy de proposito aquellos severos Principes de la secta Estoica, y los maestros barbados. Seneca ridiculiza en esta Epistola la necesidad de dicha opinion, añadiendo el prudente Consejo, de que no se pierda el tiempo en semejantes fruslerias.*

De todo lo dicho se puede inferir la fé que merece quien intenta persuadirnos, que en la mencionada Epistola disputa Seneca con admirable formalidad sobre aquella ridicula opinion, pretendiendo inferir, que de esta manera se esparce por todas partes el mal gusto, y llega á comunicarse el contagio, aun á los que parece debian estar mas libres. Mejor dicho estaria, que con

con este método de dar distinta idéa de ciertos escritores de la que verdaderamente se muestra en sus obras, se esparcen por todas partes preocupaciones nada favorables contra los hombres mas famosos, y se comunican estos errores aun á los que parece debian estar mas libres. ¡Ojalá pudiera lisongearme por lo menos, de que quanto llevo escrito en esta disertacion á favor de los dos Senecas, fuera bastante para impedir el descrédito que puede ocasionarles la historia literaria de Italia, y desengañar á quien tubiere ya preocupado en contrario, de que no fueron los que causaron el mayor perjuicio á la eloquencia Romana!

DISERTACION TERCERA.

Se vindica el carácter moral de Lucio Anneo Seneca de las acusaciones que contra él se acumulan, y exageran en la historia literaria de Italia.

Lucio Anneo Seneca (dice el Abate Tiraboschi) es un hombre, á quien la singularidad del carácter moral, no menos que el literario, ha asegurado una eterna memoria en la posteridad (a).

(a) Tom. 2. pag. 147.

opinion, como se ve en lo que sigue: *hæc disputamus attractis superciliis, fronte rugosa? Non possum hoc loco dicere illud Cæcilianum. O tristes ineptias! ridiculæ sunt. Quin itaque potius aliquid utile, & salutare tractamus? quomodo ad virtutes venire possimus.* He aquí como Seneca sabe usar en lugar y tiempo, unas veces de las chanzas festivas, y otras de la formalidad, pero siempre con igual finura de gusto. No pretendo que se me dé credito á mí, sino al doctísimo Mureto, que seguramente examinó con mas cuidado que Tiraboschi la expresada Epistola. *Si no hicieran fé, dice, los testimonios mas autenticos de los antiguos, apenas se creeria que la extraña opinion impugnada, y ridiculizada por Seneca, que acabamos de ver, hubiera podido pasar por la imaginacion, aun á la mas simple y fatua viejezuela: sin embargo, la trataron muy de proposito aquellos severos Principes de la secta Estoica, y los maestros barbados. Seneca ridiculiza en esta Epistola la necesidad de dicha opinion, añadiendo el prudente Consejo, de que no se pierda el tiempo en semejantes fruslerias.*

De todo lo dicho se puede inferir la fé que merece quien intenta persuadirnos, que en la mencionada Epistola disputa Seneca con admirable formalidad sobre aquella ridicula opinion, pretendiendo inferir, que de esta manera se esparce por todas partes el mal gusto, y llega á comunicarse el contagio, aun á los que parece debian estar mas libres. Mejor dicho estaria, que con

con este método de dar distinta idéa de ciertos escritores de la que verdaderamente se muestra en sus obras, se esparcen por todas partes preocupaciones nada favorables contra los hombres mas famosos, y se comunican estos errores aun á los que parece debian estar mas libres. ¡Ojalá pudiera lisongearme por lo menos, de que quanto llevo escrito en esta disertacion á favor de los dos Senecas, fuera bastante para impedir el descrédito que puede ocasionarles la historia literaria de Italia, y desengañar á quien tubiere ya preocupado en contrario, de que no fueron los que causaron el mayor perjuicio á la eloquencia Romana!

DISERTACION TERCERA.

Se vindica el carácter moral de Lucio Anneo Seneca de las acusaciones que contra él se acumulan, y exageran en la historia literaria de Italia.

Lucio Anneo Seneca (dice el Abate Tiraboschi) es un hombre, á quien la singularidad del carácter moral, no menos que el literario, ha asegurado una eterna memoria en la posteridad (a).

(a) Tom. 2. pag. 147.

Pero este carácter moral y literario, no será ciertamente el que nos pinta este autor en su historia literaria, respecto de que el carácter literario de un hombre *corrompedor de la eloquencia, impostor, en quien solo se halla por lo comun una sombra vana, ó una apariencia engañosa*, no es carácter proporcionado para asegurar una memoria eterna en la posteridad. Mucho menos el carácter moral de un hombre adúltero, ingrato, aváro, ladron, hipócrita, y charlatan. La verdad es, que el carácter que ha asegurado á Seneca una eterna memoria en la posteridad, es el que nos han pintado los sugetos mas insignes por espacio de 17 siglos, y el que han expresado con la idéa sublime que ha acompañado siempre al nombre de Seneca.

Pero en fin, el Señor Abate ha descubierto con habilidad, y mostrado con elegancia, que no es el grande Seneca lo que habíamos creído hasta aquí, ni su carácter el que han retratado los primeros PP. de la Iglesia, y los escritores mas graves de los siglos pasados, sino qual le pintan con muy negros coloridos, el atrevido Suilo, y el malvado calumniador Dion. En prueba de esto, el primer bosquejo que hace del retrato moral de este filósofo, es copia del diseño de los dos calumniadores citados, no obstante que pretexto no querer hacer caso de ellos, y si exâminar el carácter de Seneca en sus mismas obras, y en los tes-

ti-

timonios de Tacito (a). ¿Quién se persuadiria, que despues de esta protexta se determinase á comenzar el proceso de aquel con la autoridad de Dion? Pues asi es la verdad. Es cierto que añade, *no se crea á Dion (b)*: pero luego pasa adelante en sus acusaciones, y no hallando el menor apoyo en Tacito, lo busca en Dion y Suilo, con esta bella ocurrencia: *si es verdad lo que dice Dion: Tacito refiere, que Suilo reconvinó á Seneca en su cara, &c. (c)*. Lindo modo de exâminar el carácter de Seneca, en el testimonio de Tacito, y sin hacer cuenta de Suilo, ni de Dion.

§. I.

Se prueba ser fuera de lugar y tiempo el riguroso exâmen del carácter moral de Seneca, hecho por el autor de la historia literaria de Italia.

Los testimonios de los escritores arriba citados, con algunas reflexiones que hace Tiraboschi, sobre los escritos de Seneca, no le permitieron

(a) Tom. 2. pag. 148.

(b) Idem.

(c) Pag. 150.

Pero este carácter moral y literario, no será ciertamente el que nos pinta este autor en su historia literaria, respecto de que el carácter literario de un hombre *corrompedor de la eloquencia, impostor, en quien solo se halla por lo comun una sombra vana, ó una apariencia engañosa*, no es carácter proporcionado para asegurar una memoria eterna en la posteridad. Mucho menos el carácter moral de un hombre adúltero, ingrato, aváro, ladron, hipócrita, y charlatan. La verdad es, que el carácter que ha asegurado á Seneca una eterna memoria en la posteridad, es el que nos han pintado los sugetos mas insignes por espacio de 17 siglos, y el que han expresado con la idéa sublime que ha acompañado siempre al nombre de Seneca.

Pero en fin, el Señor Abate ha descubierto con habilidad, y mostrado con elegancia, que no es el grande Seneca lo que habíamos creído hasta aquí, ni su carácter el que han retratado los primeros PP. de la Iglesia, y los escritores mas graves de los siglos pasados, sino qual le pintan con muy negros coloridos, el atrevido Suilo, y el malvado calumniador Dion. En prueba de esto, el primer bosquejo que hace del retrato moral de este filósofo, es copia del diseño de los dos calumniadores citados, no obstante que pretexto no querer hacer caso de ellos, y si exâminar el carácter de Seneca en sus mismas obras, y en los tes-

ti-

timonios de Tacito (a). ¿Quién se persuadiria, que despues de esta proexta se determinase á comenzar el proceso de aquel con la autoridad de Dion? Pues asi es la verdad. Es cierto que añade, *no se crea á Dion (b)*: pero luego pasa adelante en sus acusaciones, y no hallando el menor apoyo en Tacito, lo busca en Dion y Suilo, con esta bella ocurrencia: *si es verdad lo que dice Dion: Tacito refiere, que Suilo reconvinó á Seneca en su cara, &c. (c)*. Lindo modo de exâminar el carácter de Seneca, en el testimonio de Tacito, y sin hacer cuenta de Suilo, ni de Dion.

§. I.

Se prueba ser fuera de lugar y tiempo el riguroso exâmen del carácter moral de Seneca, hecho por el autor de la historia literaria de Italia.

Los testimonios de los escritores arriba citados, con algunas reflexiones que hace Tiraboschi, sobre los escritos de Seneca, no le permitieron

(a) Tom. 2. pag. 148.

(b) Idem.

(c) Pag. 150.

miten entrar en el número de los panegiristas de este filósofo. En horabuena: carezca Seneca de la honra de tener un panegirista tan eloquente, y contentese con los elogios de San Gerónimo, de San Agustín, de Lactancio, de Tertuliano, de Lipsio, de Escoto, de Fabro, de Causino, y de otros ciento mas, todos respetables. ¿Pero será preciso, por no entrar en el número de los panegiristas, agregarse al de los acusadores, y motejadores? Una cosa es no creerlo santo, y otra suponerlo manchado con todos los vicios.

Fuera de que si Tiraboschi no queria acrescentar el número de los elogiadores de Seneca, tampoco tenia ninguna obligacion de examinar su caracter moral. Para nada conducia esto á la historia literaria de Italia, y aun añadido que es intempestivo este exámen en semejante obra; porque ya se sabe, que en las de esta clase solo se habla de los sugetos con relacion á las letras. En confirmacion de ésto, el mismo autor de quien hablamos, se excusa de tratar del caracter moral del Emperador Constantino, contra los injustos cargos de Mr. de Voltaire, diciendo: *nosotros no debemos buscar en Constantino, sino lo que pertenece á la literatura Italiana* (a). A este modo, hablando de Dion, y confesando que en lo que toca á fidelidad de historiador, quisieran muchos que fue-

(a) Tom. 2. pag. 309.

fuera mayor, y que las acusaciones con que ha procurado obscurecer la fama de Ciceron, de Casio, y de Seneca, parece que le convencen de infame calumniador, ó de escritor poco exácto, añade: *no es este lugar de examinar, si los referidos personajes fueron reos de los delitos que Dion les imputa* (a). Con mas razon podia tener lugar en la historia literaria el exámen de la vida, y costumbres de dichos personajes, para poder hacer juicio del aprecio en que deben tenerse las relaciones de Dion.

En suma: el Señor Abate ha creído ser este lugar oportuno para manifestar que Seneca no era por cierto *aquel hombre santísimo que han creído algunos*. No sé porque razon no ha hecho lo mismo con Ciceron, examinando su caracter moral, para que distinguiesemos si fué aquel hombre santísimo que han creído algunos, ó qual le pintan Salustio y Dion. A esto responde, *que qualquiera sabe que se merece en tal asunto un historiador, que parece se proponia obscurecer todo lo posible la fama de tan grande hombre* (b). Pues ahora bien: ¿no es igualmente notorio á todos, que Dion tiraba á disminuir la fama del grande Seneca? Eso no: *lo dicen solo los defensores de éste* (c): y para demostrar quan injustos sean contra Dion en esta par-

(a) Tom. 2. pag. 257.

(b) Tom. 1. pag. 253.

(c) Tom. 2. pag. 148.

parte, era preciso demostrar, que no fué Seneca *aquél* hombre santísimo que algunos creyeron, y acreditarlo esto con testimonio del mismo Dion.

Mas dejando esto á parte, veamos si puede haber alguna otra causa, para que solo tenga lugar en la historia literaria de Italia el carácter moral de Seneca; y si acaso lo será el haber sido un filósofo moral, rígido censor de los vicios de los otros: pero tambien Ciceron lo fué, y reprehendió aun á los mismos filósofos (a). ¿Será por desimpresionar á las gentes de la antigua opinion en que estaban de las virtudes morales de Seneca? Pero qué necesidad tenían de este desengaño, los que hubiesen de leer la historia literaria? Mucho mas útil hubiera sido, que su autor en lugar de empeñarse en probar que aquel era un adúltero, ingrato, avaro, ladrón, hipócrita, y charlatan, hubiera manifestado como pensó, y escribió acerca del Sér Supremo, de la providencia, de la inmortalidad del alma, de los premios y castigos de la vida futura, de la caducidad de los bienes terrenos, de la ignominia de los placeres sensuales, y de otras varias maximas morales, todas muy sólidas. Esta idéa de la teología natural, y de la filosofía moral, venia muy bien en la historia literaria por la relacion que tiene con la parte mas digna

(a) Tuscul. quæst. Lib. 2.

na de la literatura, y no el proceso de las costumbres de Seneca, que nada tienen que ver con su carácter literario.

Convengo en que en una historia literaria, será correspondiente que el autor, poseido de zelo verdadero por la religion Christiana, haga patentes los vicios morales de algunos escritores, maestros de la impiedad, ó de la incontinenencia, para que procediendo los lectores con esta cautela, no crean que pueden apoyar su libre modo de obrar, y de pensar en hombres de vida estragada. Por esta razon sería laudable, que en dicha historia se desacreditase el carácter moral de Catulo, de Lucrecio, de Ovidio, de Petronio Arbitro, de Bocacio, y de otros escritores desenfrenados, de quienes pudiera decirse lo que de los espectaculos de su tiempo refiere Tertuliano: *quorum summa gratia de spurcitia plurimum concinnata est* (a); ó lo que de Petronio escribe Huet, *que debió la mayor parte de su fama á sus obscenidades, y que no se hubieran leído ni estimado tanto sus obras, si hubiera sido mas modesto* (b). En este caso es permitido, como se ha dicho, expresar tales vicios para que se conozca quan cierto es que

*Raro moribus exprimit Catonem
Quisquis versibus exprimit Catullum.*

Por-

(a) Lib. de Spect. cap. 71.

(b) Huetiana Párrafo 86.

Porque de este modo se aparta á la incauta juventud del peligroso estudio, de semejantes libros, y principalmente de imitarlos con composiciones obscenas, persuadida de que en vano pretenderá disculparse con aquel efugio tan cacareado de

Lasciva est nobis pagina, vita proba.

Pero no podrá decir Tiraboschi, que ha tenido éste justo motivo para desacreditar, y burlarse de las costumbres de Seneca, quando sus máximas en orden á estas, y á la religion, no son de tal naturaleza que se haga preciso infamar al autor para que no se lean, ni se abracen. El mismo Señor Abate confiesa, que las obras morales de este Filósofo abundan de sabias, y útiles instrucciones. ¿Mas cuánto perderán de su estimacion y eficacia, si se consideran dictadas por un hombre de tan mala conducta?

Hallará por exemplo reprehendido en Seneca su desarreglado tenor de vida, aquel joven insensato que se deja llevar de ciertos objetos que le encantan la vista, y le arrebatan el corazon: Oirá que le dice: *No sabes donde puede cogerte la muerte; esperala en todo lugar (a)*, y lejos de atemorizarse por estas advertencias, se echará á reir considerando que quien se las hace es un adúltero. Leerá otro: *que la verdadera paz, y felicidad, nace de la buena conciencia (b)*: que es

(a) Ep. 26.

(b) Ep. 23.

menester obrar siempre con el conocimiento de que Dios vé todas nuestras acciones (a): que es cosa muy indigna dejarse dominar de la cólera (b)::: que en lugar de perder el tiempo y viciar las costumbres en los teatros y en las plazas, conviene retirarse á aquellos parages en donde se enseña el camino de la virtud (c)::: con otros muchos documentos cristianos. Pero es desatino esperar que hagan impresion util en el ánimo de quien cree al mismo tiempo, que su amonestador fué instrumento de que se cometieran delitos muy atroces, adherido á sus intereses, y lleno de fausto, y de altaneria.

De todo lo dicho se infiere claramente, que el Autor de la historia literaria no tenía ninguna razon justa para zumbarse de Seneca, en una obra en que es enteramente intempestivo el examen de su carácter moral. No lo es menos atendida la ocasion, en que esto se ha escrito; pues todos saben quan general se ha hecho en estos tiempos la irreligion, y la impiedad en la república de las letras. El nombre de filósofo, tan venerable en su origen, ha llegado á ser como una insignia, baxo la qual se congregan los enemigos declarados de la religion, y buenas costumbres. Gravísimos escritores, igualmente zelosos de la religion, que de

(a) Ep. 10.

(b) Lib. de Ira.

(c) Ep. 76.

la moral, han quitado la mascara á esta especie de filosofía, y han convencido, que es un abuso intolerable, é injusticia declarada, que quiera abrogarse este nombre divino, una doctrina que atropella lo mas sagrado que hay en el Universo: una doctrina agradable á los sentidos, que ofusca la imaginacion, y fomenta la ignorancia, y favorece las pasiones desordenadas. Unos han manifestado claramente, que el manantial mas comun de la impiedad es la corrupcion del corazon; y otros, que la incredulidad es fuente de toda maldad y vicio.

Esto supuesto, habiendo sido Seneca un filósofo gentil que (con verguenza de estos filósofos modernos, que se glorian del nombre de Cristianos) veneró una divinidad suprema hacedora del universo; que reconoció una providencia soberana, que arreglando todas las cosas, vela sobre las acciones del hombre para premiarlas ó castigarlas: un filósofo que confesó la espiritualidad, é inmortalidad del alma: que ha mostrado la diferencia entre lo justo, é injusto, entre la virtud, y el vicio; que exhorta á la mortificacion de las pasiones, al desprendimiento de los bienes terrenos, á la fuga de los vicios placenteros: máximas que admiran en un hombre que adelantó tanto con la luz obscura de una razon cercada de las espesas nieblas del paganismo. Habiendo sido tal, vuelvo á decir, su conducta y sus escritos, quanto mas conveniente sería para confundir á los pretendidos filósofos, hacerles ver que estas máximas

mas sólidas, de que ellos se burlan, tuvieron fuerza aun en un gentil para formarle honesto y virtuoso (qual le han creído todos los siglos) que no el método de pintarle manchado con todos los vicios, á pesar de una creencia firme, y de una moral pura.

Es de notar, que despues de haber retratado Tiraboschi á Seneca con tan feos colores, pasa á hablar de C. Plinio, llamado el Anciano, y dice: *muy diverso fué el carácter, y tenor de vida de C. Plinio el segundo, á quien llamaron el Anciano (a).* Que es lo mismo que decir, un carácter honesto, y virtuoso opuesto al de Seneca. Si queremos saber quien fué este hombre honesto, oigamos á Francisco Budeo (b), que siguiendo la autoridad de otros escritores, le cuenta en el número de los Ateístas; hombre que por confesion de Tiraboschi, niega, y aun se burla de la providencia con que Dios vela sobre las cosas humanas: negando, y combatiendo hasta la inmortalidad del alma (c).

Pregunto ahora: ¿se podrá graduar de util, y oportuno en nuestros dias el buscar todas las conjeturas para persuadir que estuvo manchado de todos los vicios, un filósofo que escribió juiciosamente de la Divinidad, de la providencia, de la inmortalidad del alma, y proponer en

(a) Tom. 2. pag. 154.

(b) De Ateísmo, lib. 1. §. 22.

(c) Tom. 2. pag. 160.

en su comparacion, como de un carácter honesto, y virtuoso, á otro que se burló de la Providencia divina, que impugnó la inmortalidad del alma, y que fué Ateista? Esto es puntualmente lo que intentan probar los partidarios de la incredulidad, diciendo no ser esta la causa de la corrupcion de costumbres. Toda su eficacia pone Bayle en obligarnos á creer, que lexos de ser los Ateistas los mas estragados, hay muchos entre ellos honestos y virtuosos. Estas son sus palabras: *Epicuro, que negaba la Providencia, y la inmortalidad del alma, es uno de los filósofos antiguos que vivió mas exemplarmente* (a).

Sé muy bien la veneracion que merece el Abate Tiraboschi, la religion, y la sana moral; que es enemigo declarado de los pretendidos filósofos, y por tanto incapaz de querer añadir nueva fuerza al partido de los incredulos; pero veo por otra parte, que el conato de ensalzar á su nacion, y la idéa poco favorable que tiene de los escritores Españoles, le ciega de manera, que no le deja reflexionar en estos inconvenientes. Le era preciso pasar desde un filósofo Español, á un historiador Italiano, y á consecuencia del método que ha adoptado, debia ser ensalzado el segundo en competencia del primero; sin que le sirva á éste haber sido el filósofo mas religioso de que puede jactarse el paganismo, ni tampoco el que lo hayan contado entre

(a) Pensamientos varios, §. 174.

tre los escritores Cristianos muchos AA. graves desde los primeros siglos de la Iglesia. El Español ha de comparecer el hombre mas malvado del mundo, aunque diga lo que quiera San Gerónimo, que le llama *hombre de vida muy continente*: y en su parangon ha de ser el Italiano, aunque ateista, de un carácter, y tenor de vida muy distinto, y de consiguiente por extremo juicioso, como se deja presumir.

Fundado en estas razones, he dicho que era fuera de lugar, y tiempo el proceso fulminado contra el carácter moral de Seneca, en la historia literaria de Italia, y que el autor no habia tenido justa causa para este procedimiento; á no ser que se haya alterado por los elogios de los panegyristas de este Filósofo; que segun dice, *han excedido sobre manera los límites de la justa moderacion; en particular, Justo Lipsio que afirma, que exceptuando la Sagrada Escritura, los libros de Seneca son los mejores y mas útiles* (a): haciendo tales alabanzas de su carácter moral, que creo que si estuviera en su mano lo veriamos colocado sobre los altares (b). Por esto juzgó necesario sin duda el Señor Abate, hacer ver que no fue Seneca aquel hombre tan santo que se quiere suponer. Bien está: pero porque Lipsio pasó los límites de la moderacion en alabar á aquél, no debia Tiraboschi to-

(a) Pag. 152.

(b) Pag. 147.

tomar el extremo contrario de abatirlo.

¿Y acaso no han pasado los límites de la justa moderacion, muchos de los que han aplaudido á Ciceron? No puede ignorar el Señor Abate, que ha habido quien ha dado el nombre de Evangelio de la ley natural á los libros de los Oficios (a); que Erasmo nos pinta por santa la vida de Ciceron (b), disculpando sus vicios, con decir que ni Job, ni Melchisedech estuvieron libres de culpa, por lo que no carece de fundamento que aquel pudo salvarse; que segun Vosio, escribió sacrilegamente Lato, que Abraham no tuvo otra fé que Ciceron: pues sabiendo todo esto, no le podia parecer tan enorme el exceso de los panegyristas de Seneca. En verdad que no tienen mas potestad los protestantes de Lipsck, para canonizar con nombre de evangelio las obras de Ciceron, que Lipsio para dar el primer lugar á los libros de Seneca, despues de la Escritura: ni mayor infalibilidad Erasmo que Lipsio, para hacer decretos de santificacion.

Sin embargo, no ha creido preciso Tiraboschi, persuadir á las gentes que Ciceron no fué tan santo como han pensado algunos: ni ha empleado tres ó quatro paginas de su historia literaria, con las acusaciones contra el carácter moral de éste mismo, hechas por Salustio, y

Dion:

(a) Act. Lips. 1727. pag. 48.

(b) Præf. in Tuscul.

Dion: mucho menos excitar dudas, congeturas, ó reflexiones, para que comparezca aváro, ladron, adúltero, incontinente, y charlatan, formando un proceso como el que hemos visto de Seneca. Luego no han sido las alabanzas excesivas dadas á este filósofo, las que obligaron á nuestro autor á hacer zumba, y á desacreditarlo, no nombrandolo nunca sin algun epíteto irónico. ¿Pues á qué atribuiremos este proceder? no puede ser otra la causa en mi dictámen, sino haber sido Seneca Español, y haber excedido en ciencia, segun dice un émulo suyo, á todos los Romanos (a).

No sería tan culpable la conducta del Señor Abate, si hubiera fundado sus graves cargos contra Seneca, en monumentos dignos de crédito; pero valerse de las calumnias de escritores de mala fé, y de débiles congeturas, tiene menos excusa en un autor, que no puede sufrir á ciertos escritores modernos, porque abrazan con sobrada voluntariedad la menor ocasion de obscurecer la fama de sugetos muy célebres (b). En un autor que nos enseña, que quando se trata de quitar la fama, ó de acusar de un delito atroz á un hombre que ha estado siempre en concepto de sábio, y juicioso, no basta decir, que no se prueba que lo sea, puesto que tenemos justísimo derecho de creerlo inocente, mien-

(a) Dion lib. 59.

(b) Tom. 3. pag. 16.

tras no se prueba claramente que fue reo (a). Reglas muy sólidas, y dignas de observarse no menos quando se trata de los Españoles, que de los Italianos. Mas ya es tiempo que veamos si el Abate Tiraboschi prueba claramente que Seneca es reo de los delitos que le acusa.

§. II.

Primer cargo contra Seneca, haber tenido parte en la muerte de Agripina.

Empieza Tiraboschi el proceso contra el carácter moral de Seneca (b), dando el primer lugar á las negras calumnias que profirió contra él, uno de los hombres mas perversos, lleno de despecho y desesperacion, por verse citado en juicio á responder de sus enormes excesos, por los que fui desterrado. Este era Suilo; que si leemos lo que dice Tacito, tanto en el imperio de Claudio, como de Neron, conoceremos que credito merecen sus acusaciones, y cuán indignas son de trasladarse á la historia literaria. A estas siguen otras ficciones acumuladas por Dion, de quien refiere Tiraboschi, que es el primer historiador antiguo que ha hablado de Seneca, como de uno de los hom-

(c) Tom. 3. pag. 17.

(b) Tom. 2. pag. 147.

hombres peores que ha habido. Mejor diria que era el unico de los historiadores antiguos que habla de esta manera, y añadir, que Dion es un perverso calumniador, y que sus relaciones no pueden ni deben hacer fé. No lo niega; mas con todo, tiene por preciso enterar á sus lectores de que *Seneca fué, segun Dion, adúltero con Agripina, y con Julia, maestro de tiranía, adulador de la gente mas infame, y hombre lleno de luxo, y de codicia (a).* En seguida (notese qué exemplo tan singular de moderacion y de modestia) en seguida, dice que tiene por conveniente ocultar otros delitos infames que señala Dion. Bueno sería haber ocultado éstos tambien, que por cierto son harto infames; pero á lo menos hubierase contentado con esto, sin volver á manchar su historia con nuevas calumnias sacadas de la misma fuente, aumentando, que Dion asegura, que *Seneca exortó á Neron á que matase á su madre: que segun el mismo Dion, fué insaciable la codicia de Seneca; que sus usuras fueron causa de que se sublevase la Bretaña contra Neron: lo qual costó la vida á ochenta mil Romanos.* Asi queda al arbitrio de los lectores, el juzgar qué tales serian los otros delitos que se callan, si los expresados son tan graves. ¡Bello modo de obscurecer la fama de un personage tan ilustre!

Pero ya que protesta Tiraboschi, que no quie-

(a) Tom. 2. pag. 147.

tras no se pruebe claramente que fue reo (a). Reglas muy sólidas, y dignas de observarse no menos quando se trata de los Españoles, que de los Italianos. Mas ya es tiempo que veamos si el Abate Tiraboschi prueba claramente que Seneca es reo de los delitos que le acusa.

§. II.

Primer cargo contra Seneca, haber tenido parte en la muerte de Agripina.

Empieza Tiraboschi el proceso contra el carácter moral de Seneca (b), dando el primer lugar á las negras calumnias que profirió contra él, uno de los hombres mas perversos, lleno de despecho y desesperacion, por verse citado en juicio á responder de sus enormes excesos, por los que fui desterrado. Este era Suilo; que si leemos lo que dice Tacito, tanto en el imperio de Claudio, como de Neron, conoceremos que credito merecen sus acusaciones, y cuán indignas son de trasladarse á la historia literaria. A estas siguen otras ficciones acumuladas por Dion, de quien refiere Tiraboschi, que es el primer historiador antiguo que ha hablado de Seneca, como de uno de los hom-

(c) Tom. 3. pag. 17.

(b) Tom. 2. pag. 147.

hombres peores que ha habido. Mejor diria que era el unico de los historiadores antiguos que habla de esta manera, y añadir, que Dion es un perverso calumniador, y que sus relaciones no pueden ni deben hacer fé. No lo niega; mas con todo, tiene por preciso enterar á sus lectores de que *Seneca fué, segun Dion, adúltero con Agripina, y con Julia, maestro de tiranía, adulador de la gente mas infame, y hombre lleno de luxo, y de codicia (a).* En seguida (notese qué exemplo tan singular de moderacion y de modestia) en seguida, dice que tiene por conveniente ocultar otros delitos infames que señala Dion. Bueno sería haber ocultado éstos tambien, que por cierto son harto infames; pero á lo menos hubierase contentado con esto, sin volver á manchar su historia con nuevas calumnias sacadas de la misma fuente, aumentando, que Dion asegura, que *Seneca exortó á Neron á que matase á su madre: que segun el mismo Dion, fué insaciable la codicia de Seneca; que sus usuras fueron causa de que se sublevase la Bretaña contra Neron: lo qual costó la vida á ochenta mil Romanos.* Asi queda al arbitrio de los lectores, el juzgar qué tales serian los otros delitos que se callan, si los expresados son tan graves. ¡Bello modo de obscurecer la fama de un personaje tan ilustre!

Pero ya que protesta Tiraboschi, que no quie-

(a) Tom. 2. pag. 147.

quiere valerse de la autoridad de Dion, y que para examinar el carácter de Seneca solo atenderá á Tacito, ó mas bien á las obras del mismo filósofo, tambien nosotros tendremos presentes estos documentos para vindicar su carácter moral. El primer delito enorme de que segun el historiador no es facil disculpar á Seneca, es haber cooperado en el hecho mas horrible que cometió el cruel Neron, qual fué la muerte de su madre Agripina. ¿Y qué pruebas nos presenta? Empieza con el testimonio de Dion, que dice positivamente que Seneca exórtó á Neron á este atentado: *pero no se crea á Dion, añade con fino artificio, el mismo Tacito cuenta, &c. (a).* Quién no creará que Tacito cuenta, ó que Seneca exortó al Emperador, ó que á lo menos cooperó en la muerte? pues ni uno, ni otro dice. No quiero se me crea sobre mi palabra; sino referir las mismas palabras de este historiador, para que puedan juzgar mejor los lectores.

El bárbaro Neron habia concebido la resolución detestable de matar á su madre Agripina; pero temiendo el odio universal por tan horrendo parricidio, determinó hacerla perecer en el mar, valiendose para esto del auxilio del pérfido Aniceto, que dispuso de tal suerte la nave en que debía embarcarse esta Princesa, que por un oculto artificio se desunieran las

(a) Tom. 2. pag. 148.

las tablas de aquella parte en donde debia ir, y de esta manera quedase sumergida. Todo esto se executó conforme estaba prevenido; mas no lograron su intento los conjurados, porque se salvó á nado por medio de uno de los que ignoraban la trama urdida. Esperaba su hijo á cada momento el suceso de esta empresa, y quedó atonito y como fuera de sí, quando oyó que su madre se habia salvado. Esta infeliz despachó inmediatamente á un liberto suyo, para dar aviso á Neron, de que se habia escapado de un riesgo muy inminente. Tomó de esto motivo el parricida, para fingir que aquel mensagero era un asesino enviado por su madre, á fin de quitarle la vida. Agitado de mil furias, lleno de susto y de horror, despierta á Seneca, y á Burro, y les refiere el peligro en que se hallaba, si antes no prevenia el golpe con la muerte de su madre. Quedaron asombrados al oir tal propuesta, y su silencio fué la señal evidente de su turbacion. Veian por una parte, que sería ya inútil pretender desviar á aquel monstruo del intentado parricidio: y sabian por otra el humor de la malvada Agripina, que estaba ya manchada con la muerte de su marido y soberano, el Emperador Claudio: recelando prudentemente, que si descubria las exécrables intenciones de su hijo, procuraría el modo de anticiparse. A causa de ésto, perplexos, y confusos enmudecieron; pues temian igualmente aprobar un parricidio, que poner en riesgo la vida de su Soberano.

Seneca, que hasta entonces habia sido el mas pronto en aconsejar, se volvió sin hablar palabra á Burro, y fijó la vista en él, casi preguntándole si se debería mandar á los soldados que la quitasen la vida (a). A esto se reduce lo que de Seneca cuenta Tacito, respectivo á la muerte de Agripina: es decir, un perfecto silencio, y un fijar la vista en Burro. No una palabra, una señal, ni una mirada á Neron que pueda interpretarse como exortacion al parricidio. Y quando aquella mirada á Burro quisiera significar lo que Tacito pretende inferir, ¿era por ventura otra cosa, que preguntar virtualmente á Burro qué se debería hacer en aquel apuro? Pero que Seneca quisiera mas presto decir lo que Tacito imagina, que manifestar á Burro su horror con aquella confusa mirada, su embarazo y perplexidad, no tenemos fundamento para afirmarlo. Es de advertir tambien, que la opinion comun, y en que conviene hasta el mismo Tiraboschi, es, que Tacito se figura muchas veces los fines é intenciones que no tuvieron nunca las gentes, deseoso de ostentarse profundo indagador de los animos, y pensamientos (b).

Pero sea como quiera, la intencion de Seneca en volver la vista á Burro, no por eso debe interpretarse por una exortacion hecha á Neron para el parricidio. Y no diciendo Tacito otra

(a) Tacito lib. 14.

(b) Tom. 2. pag. 125.

otra cosa que el silencio, y la mirada, muy mal se prueba con su testimonio, que Seneca cooperó en la muerte de Agripina. No se debía esperar este proceder en un sugeto como el Abate Tiraboschi, que se manifiesta tan delicado y escrupuloso, quando se trata de quitar la fama á alguno ó de acusarlo de un delito atroz, que aun teniendo delante los instrumentos que lo confirman, nos aconseja: *reflexionar que se escriben muchas cosas, se divulgan, y llegan á creerse, siendo en la realidad falsas* (a). ¿Es posible que quien pretende tanta cautela en dar asenso á los delitos ajenos, siempre que se habla de acusaciones hechas á algun Italiano, ha de ser tan facil en creer lo malo quando se trata de algun Español, que no solo dé crédito, sino que suponga ó se presuma lo que no han dicho los AA.?

A lo menos dice Tiraboschi, Seneca aprobó con su silencio un delito tan grave: mas yo digo lo contrario, que su silencio en las expresadas circunstancias lejos, de ser aprobacion, fue una clara, aunque tacita desaprobacion del intento de aquel Príncipe. Este monstruo de la humanidad, á pesar de sus maldades, debia Seneca considerarlo como su legitimo Soberano. Esto supuesto, respondase á esta proposicion. Un Monarca que se presenta á un ministro, y consejero suyo, y lleno de

(a) Tom. 3. pag. 15.

turbacion le dice; que su vida está en peligro cierto; que ha sido acometido de un asesino, enviado por orden de otro: que no halla medio de salvarse sino previniendo el golpe, y dando la muerte á quien acecha su vida; y sobre todo, que busca en él consejo para la seguridad de su persona. Si el ministro se mostrase sorprendido de la resolucion tomada por su Soberano; si guardara un profundo silencio, y sin contextarle volviera la vista á otro lado, ¿se persuadiría el Príncipe que aprobaba su determinacion? el hombre menos advertido que estuviera en aquella junta, diria, que el silencio misterioso del ministro, la desaprobaba y aun reprehendia.

No esperaba por cierto Neron este silencio en Seneca, ni en Burro, ni hubiera quedado muy satisfecho de estos consejeros, si el segundo hubiera callado con tanto teson como el primero; pero despues de haberse excusado de mandar la execucion de la muerte de Agripina á sus soldados, por demasiado afectos á la sangre de los Césares, dijo, *que supuesto que Aniceto habia comenzado la obra, podria concluir la, y executar lo que habia ofrecido.* Inmediatamente tomó Aniceto á su cargo la exécrable empresa; y Neron, aquel mismo Neron que quedó mudo y turbado á vista del silencio de Seneca, mostró luego la alegría en su rostro, y cobrando nuevo aliento con las palabras de Burro, y de Aniceto, exclamó; *¡Hoy me haceis de nuevo Emperador de Roma! Vé, Aniceto, perfecciona la obra, y serás remunerado largamente* (a). Luego no fué el silencio de Seneca el que interpretó Neron como aprobacion de su maldad, sino el consejo de Burro de valerse de la persona del perverso Aniceto. Con todo eso, no se le reconviene á Burro de haber faltado á la severidad de sus costumbres, ni por esto fué menos íntegro; asegurando Tacito (b), que lloró su muerte todo Roma, á causa de la memoria de sus virtudes.

Podrá replicar Tiraboschi, que no bastó el no aprobar con el silencio, el feo atentado de Neron; pues la gratitud debida á Agripina, pedia una desaprobacion expresa, y eficaz: *Seneca, despues que Neron dió el decreto fatal, no dixo palabra para separarle de tan bárbaro designio* (c). Concedo que no habló palabra para impedir el hecho: sin embargo que no hay mas fundamento para esto, que el silencio de los historiadores; lo qual no debe bastar, segun el Señor Abate, quando se trata de infamar á alguno: pero creo firmemente, que la gratitud debida á Agripina, no le obligaba á una desaprobacion manifesta con prudente peligro de su desgracia, y aun de su vida. No es menester considerar otra cosa, que el genio de Neron, y sobre qué asunto consultaba á sus consejeros

(a) Tacito lib. 14.

(b) Annal. lib. 14.

(c) Tirab. tom. 2. pag. 148.

para juzgar por muy prudente este temor en nuestro filósofo.

Quien consultaba era un Príncipe, que llevaba en la frente con la autoridad de soberano, la ferocidad de un monstruo, y las señales de un intentado parricidio; salpicadas las manos con la sangre mas ilustre de Roma, y aun con la Imperial. Hombre por extremo receloso, que sospechaba siempre conjuraciones contra su vida, en los que tenia mas inmediatos á su persona, y á quien bastaba una ligera sombra para condenar á muerte al mas inocente. La consulta es sobre la muerte de su madre, á la que cree conspirada contra su propia vida; y la juzga capaz de este depravado intento, como ya lo habia executado en su marido, y soberano Claudio.

Podia temer prudentemente Seneca, que el desaprobador con resolucion la muerte de Agripina, y procurar la seguridad de ésta, á quien el mismo Neron acusa de conjuracion contra su vida, le haria sospechoso de cómplice en la misma conjuracion, y le expondria á un riesgo manifesto de perderse él, y no salvar á la Emperatriz. Mas leve sospecha bastó despues para quitar la vida á nuestro filósofo. Para esto no hubo otro delito, como refiere Tacito, que haber sido falsamente acusado, de que se interesaba con empeño por la vida de Pison, que se decia conspirar igualmente que Agripina, contra su Príncipe. Esto fué bastante para reputar á Seneca cómplice en la conjuracion Pisoniana.

Jus-

Justamente pues debia temer, si á presencia del Emperador hubiera mostrado á las claras su deseo de salvar á Agripina, acusada por su mismo hijo.

¿Y podrá pretenderse que la gratitud obligara á Seneca á sacrificar su propia vida aun sin esperanza de librar la de aquella Princesa, pues como dice Tacito *ne irriti dissuaderent* (a)? Es constante, que Seneca estaba obligado á Agripina; pero lo estaba tambien á Neron, no solo por reconocimiento como á su generoso bienhechor, sino mucho mas como á su legítimo Príncipe: título que le hacia mirar por sagrada su vida, no obstante todas las crueldades de su ferocidad. Y acaso no fué prudente el temor de Seneca, y de Burro en sentir de Tacito, hallandose ya las cosas en un estado, en que el salvar á Agripina fuera lo mismo que perder á Neron? Ninguno penetraba mejor que los dos hasta donde podia llegar la indole perversa de aquella Princesa. Sabian muy bien quanto les habia costado contener la inhumanidad de esta atrevida muger; por lo que dice Tacito: *Certamen utrique unum erat contra ferociam Agrippinae* (b). Diremos despues de esto, que por haber escrito Seneca sobre la gratitud, en sus preciosos libros de los beneficios (con lo qual le reconviene el autor de la historia li-

(a) Tacito lib. 14.

(b) Lib. 13.

teraria) estaba en precision de mostrarse reconocido á Agripina, aun á costa de la vida de su Soberano? No crea que se encuentre tal doctrina en los dichos libros.

Pero permitamos que Seneca debió hablar abiertamente con peligro de su vida, para separar á Neron de su cruel intento. Asi lo pedía la gratitud á Agripina: faltó en ello; fué un ingrato: es cierto. Sin embargo, afirmo que no por eso dejó de ser un filósofo gentil de muy honrado proceder. Para que lo sea así un gentil, no es menester elevar su virtud hasta el heroismo, propio del espíritu de nuestra religion Cristiana. Si una filosofía pagana pudiera inspirar tal virtud en el ánimo del hombre, que le hiciera capaz de resistir cara á cara á los mas crueles tiranos; de mostrarse intrepido delante de los Neronés, y desaprobar sus determinaciones iniquas, despreciando su misma vida, por no faltar á la virtud del agradecimiento. Si esto hiciera, ¿en qué se distinguiria de la gracia triunfadora de Christo? Sola esta es la que puede infundir aquella fortaleza celestial, con que sus heroes se presentaron delante de los mas fieros tiranos, les reprehendieron sus crueldades, y expusieron llenos de gozo su vida por mostrarse gratos á aquel Dios, que sacrificó antes la suya por ellos. Este mismo Dios pelea en su ayuda, y les promete darles palabras para responder á los tiranos. ¿Querrémos hallar esta constancia, esta fortaleza, esta intrepidez en un pagano? ó del defecto de ella concluiremos, que

que no fué de honrado caracter? Estas objeciones serán muy buenas, quando se quiera formar el proceso para la beatificacion de Seneca, mas no quando se trata de suponerlo un pagano honrado.

Las mismas pueden disculparle, de haber dictado la carta que Neron escribió al Senado, para justificarse de la muerte de Agripina, en la que imputa á ésta sus graves delitos. En primer lugar: es natural que Seneca, así como no aprobó el intentado parricidio, procurase tambien excusarse de componer esta carta; pero no le era facil conseguirlo sin exponerse mucho á la furia de Neron. Este malvado no era capaz en dictamen de Tacito (a), como otros Emperadores, de componer por sí las oraciones que recitaba en el senado, ni las cartas que escribia, y así se valia de la habilidad de su maestro: por tanto, es muy verosimil, que en esta ocasion, en que mas que nunca le importaba escribir al senado, de forma, que se mantuviese en el trono, hiciese todos los esfuerzos de su autoridad soberana, para obligar á Seneca á componer la dicha carta. Con que debemos suponer, que se vió en el estrecho, ó de dictar aquella defensa de su Principe, ó de resignarse á toda la indignacion de su furia. Entonces ya no se trataba de salvar á Agripina; pero salvó en lo que pudo su estimacion, porque nada dixo de ella en nombre de

(a) Annal. lib. 13.

de Neron, que no supiesen todos los de Roma. Tuvo la prudencia de omitir varias cosas que eran demasiado públicas. Ni parecía razon abandonar á su soberano al furor del pueblo, y á la indignacion del senado, hasta el punto de verlo arrojado del trono, y arrastrado por las calles, por mostrarse agradecido á Agripina, y á este mismo tiempo ingrato á Neron, á quien no estaba menos obligado. Tampoco basta, para decir que aprobó, y defendió un parricidio, el haber dictado á su Príncipe el modo de disculparse despues de haberlo cometido. Quizá podria mas bien hacersele cargo porque puso en boca de éste una confesion de su crimen, puesto que por tal fué reputada, segun dice Tacito la expresada carta : *quod oratione tali confessionem scripsisset* (a).

En vista de esto no es tan difícil, como le parece á Tiraboschi, disculpar á Seneca de haber tenido parte en el hecho mas horrible que cometió Neron, qual fué el de quitar la vida á su madre. Mas facil le hubiera sido la defensa que á mí, si hubiera querido emplear su admirable eloquencia en favor de este filósofo Español, como la ha empleado en defender á Casiodoro de una acusacion semejante: no siendo peor la causa de aquél, que la de éste, aunque lleve al otro la ventaja de haber logrado un apologista mas valiente.

§. III.

(a) Annal. lib. 14.

§. III.

*Parangon de Seneca con Casiodoro,
pretendido reo de un delito semejante,
y de los dos acusadores de en-
trambos personajes
célebres.*

El mismo autor de la historia literaria de Italia, que tan solícito se ha mostrado en pintar á Seneca reo en la muerte de Agripina, defiende con igual teson á Casiodoro, pretendido reo en la muerte de la Reyna Amalasunta. No repruebo en esto su conducta, antes la tengo por muy laudable, tratandose de una persona á quien tanto deben las letras Italianas. Por la misma razon puedo esperar, que no seré censurado del docto autor, si á su exemplo he tomado la pluma por un hombre á quien le son deudoras la literatura Española, y la Italiana. Ciertamente se admirará qualquiera que lea con atencion la referida historia, al ver que siendo bastante parecidas las causas de estos dos grandes hombres, sea el uno declarado inocente por el mismo autor, por quien es condenado como reo el otro; y que se quieran imputar al acusador de Casiodoro ciertos defectos, no leves, en que el mismo escritor incurre quando se hace acusador

Tom. I.

K

de

de Neron, que no supiesen todos los de Roma. Tuvo la prudencia de omitir varias cosas que eran demasiado públicas. Ni parecía razon abandonar á su soberano al furor del pueblo, y á la indignacion del senado, hasta el punto de verlo arrojado del trono, y arrastrado por las calles, por mostrarse agradecido á Agripina, y á este mismo tiempo ingrato á Neron, á quien no estaba menos obligado. Tampoco basta, para decir que aprobó, y defendió un parricidio, el haber dictado á su Príncipe el modo de disculparse despues de haberlo cometido. Quizá podria mas bien hacersele cargo porque puso en boca de éste una confesion de su crimen, puesto que por tal fué reputada, segun dice Tacito la expresada carta : *quod oratione tali confessionem scripsisset* (a).

En vista de esto no es tan difícil, como le parece á Tiraboschi, disculpar á Seneca de haber tenido parte en el hecho mas horrible que cometió Neron, qual fué el de quitar la vida á su madre. Mas facil le hubiera sido la defensa que á mí, si hubiera querido emplear su admirable eloquencia en favor de este filósofo Español, como la ha empleado en defender á Casiodoro de una acusacion semejante: no siendo peor la causa de aquél, que la de éste, aunque lleve al otro la ventaja de haber logrado un apologista mas valiente.

§. III.

(a) Annal. lib. 14.

§. III.

*Parangon de Seneca con Casiodoro,
pretendido reo de un delito semejante,
y de los dos acusadores de en-
trambos personajes
célebres.*

El mismo autor de la historia literaria de Italia, que tan solícito se ha mostrado en pintar á Seneca reo en la muerte de Agripina, defiende con igual teson á Casiodoro, pretendido reo en la muerte de la Reyna Amalasunta. No repruebo en esto su conducta, antes la tengo por muy laudable, tratandose de una persona á quien tanto deben las letras Italianas. Por la misma razon puedo esperar, que no seré censurado del docto autor, si á su exemplo he tomado la pluma por un hombre á quien le son deudoras la literatura Española, y la Italiana. Ciertamente se admirará qualquiera que lea con atencion la referida historia, al ver que siendo bastante parecidas las causas de estos dos grandes hombres, sea el uno declarado inocente por el mismo autor, por quien es condenado como reo el otro; y que se quieran imputar al acusador de Casiodoro ciertos defectos, no leves, en que el mismo escritor incurre quando se hace acusador

Tom. I.

K

de

de Seneca. Ya hemos visto las sospechas en que se funda la acusación contra el Español; veamos ahora si son menores las que hieren la fama del Italiano.

Fue Casiodoro distinguido del Rey Teodorico con los empleos mas eminentes; como son el de secretario, y maestro de los oficios del sacro Palacio, que al presente llamamos gran Chambelán. Muerto Teodorico, sucedió á la corona su nieto Alarico, hijo de Amalasunta. Esta ilustre Princesa tomó las riendas del gobierno en la menor edad de su hijo, y gobernó por algunos años con suma prudencia el dilatado imperio de los Godos. Conservó tambien cerca de su persona á Casiodoro, con el empleo de secretario, y fué nombrado Prefecto del Pretorio. Habiendo muerto pocos años despues Alarico, entró á reynar por manejo de Amalasunta Teodato, que era de la Real extirpe de Teodorico, y hacia una vida privada en la Toscana. Este malvado, olvidando que debia el trono á Amalasunta, en el primer año de su reynado, la desterró á una Isleta del Lago de Bolsena, donde pereció á poco tiempo. El dicho Príncipe tuvo desde el principio de su imperio á su lado al grande Casiodoro, con el mismo empleo de secretario, y el de Prefecto.

Tenemos, pues, aquí un monarca inhumano, que destierra primero, y despues hace quitar la vida á una Princesa que le habia elevado al trono. Tenemos un primer ministro, que

que goza de la principal autoridad cerca de este soberano, y del qual no consta que tomase medidas oportunas para impedir la desgracia de una Reyna, á quien estaba sumamente obligado. Antes vemos, que muerta ésta, continúa con el mismo favor, confianza, y autoridad. ¿Quién no advertirá en estos tres sugetos un Neron, una Agripina, y un Seneca? excepto alguna diversidad de carácter que favorece mas la causa de Seneca, que la de Casiodoro.

Porque Teodato era un Príncipe pusilánime, que ignoraba del todo el exercicio de las armas, con un corazón afeminado, y que solo amaba el reposo (a), y por esta razon mas facil de intimidarse con la autoridad de Casiodoro, especialmente luego que entró á reynar. Por el contrario, Neron era un Príncipe feroz, sanguiento, receloso en extremo, y manchado ya con la sangre Real y la mas ilustre, y con la atrocidad del meditado parricidio; y de consiguiente capaz de atemorizar á qualquiera ministro que no cooperase á sus detestables resoluciones.

Amalasunta era una Persona Real, digna por su valor de compararse con las Reynas mas insignes (b): incapaz del menor atentado contra el Rey; merecedora por todas sus prendas

(a) Murat. Annal.

(b) Tirab. tom. 3. pag. 11.

das de que la defendiese un ministro á quien su padre, y ella misma habian ensalzado al alto grado que gozaba en la corte; siendo tanto mas facil defenderla quanto era mas inocente. Agripina, lejos de ésto, fué la muger peor que vió Roma; entregada á todo genero de vicios: de un espíritu inquieto, y feroz; contaminada con el horrendo crimen de la muerte de su marido y soberano, Claudio; capaz de renovarle en su propio hijo; y por tanto, menos digna de que la amparase un hombre amante de la virtud, y mas difícil el salvarla de la indignacion de su hijo.

Casiodoro era un ministro, que tenia el primer lugar con Teodato, y el mayor poder en todo el Reyno. Ministro sucesivamente de tres Reyes, y prefecto del Pretorio; cargos que lo ponian en disposicion de penetrar las graves determinaciones de su Monarca, y de poderle desviar, ó hacerle revocar qualquiera decreto injusto. Casiodoro no era un mero filósofo, sino un cristiano, *dotado de una probidad incorrupta, de una sábia prudencia, y de una religion sólida, y verdadera* (a); circunstancias todas, que le imponian la obligacion de hablar á su soberano con intrépida libertad, representandole el horror de aquella accion, y defendiendo á qualquiera precio la inocente Princesa, que habia sido su Reyna, y bienhechora.

(a) Tirab. tom. 3. pag. 14.

Seneca era un ministro estimado, y respetado de Neron, mientras que éste se gobernó por las máximas prudentes y justas, que le inspiró como preceptor; pero enfadoso y aborrecido del tirano, desde que se dejó llevar de todas las maldades, porque entonces no escuchó otros consejos, que los de los perversos, y malvados. En el tiempo de la muerte de Agripina no podia ya Seneca lisonjearse de que Neron escuchase sus sanos consejos. Era un hombre juicioso, y arreglado, pero *no un cristiano*; de probidad, y justificacion, pero *no de una religion sólida, y verdadera*. Asi que era menos culpable si carecia de aquella fortaleza que inspira la virtud cristiana.

Siendo esto asi, tanto Seneca, como Casiodoro, se presentan ingratos, el uno respecto de Agripina, y el otro de Amalasunta, por no haber desaprobado á sus soberanos la detestable muerte de estas dos Princesas. No es decir que mancharon sus manos haciendose cómplices de ese horroroso crimen, sino que no procuraron impedirlo, ó no se opusieron á él, pudiendo, y debiendo hacerlo. Solo el no saberse que hubieran tomado las medidas oportunas para salvar á aquellas infelices Princesas, ácia quienes tenian tantos motivos de reconocimiento, ha dado ocasion para sospecharlos reos de ingratitud. Mas yo pretendo, que no es suficiente este fundamento para tales sospechas; como tambien, que faltando á entrambos el valor necesario para oponerse á

sus respectivos soberanos, es mas culpable Casiodoro, que Seneca, en fuerza de los diversos genios y circunstancias de los personajes de uno y otro suceso que he pintado fielmente.

De distinto parecer es Tiraboschi, una vez que insiste tanto en acusar, y condenar á Seneca; y en verdad, que pudiera haber templado su acrimonia, teniendo presente el juicio que hace de Casiodoro Mr. de Saint Marc, de que se hace mencion en la historia literaria. *Casiodoro, que era Ministro de estado tanto tiempo habia, tenia verdaderamente mas crédito, que no un Príncipe despreciado, y recién colocado sobre el trono. ¿No debería, pues, tomar las medidas convenientes para impedir la desgracia, y la muerte de la hija de Teodorico, su bienhechor, y amigo? de Amalasunta su protectora, y favorecedora tambien? La muerte de esta desgraciada Reyna, obscurece de tal suerte la gloria de Casiodoro, que me causa pena. No quisiera verlo ministro del homicida despues de muerte aquella. Entonces venia bien que se hubiese retirado al Monasterio Vivariense: pero no se retira hasta que Justiniano quiere vengar la muerte (a).*

Es facil de notar, con quanta mayor moderacion se explica contra Casiodoro Mr. de Saint Marc, que el Señor Abate contra Seneca. Sin embargo, veamos como reconviene éste á

(a) Tom. 3. pag. 5.

á aquél. Lo primero que dice de Mr. de Saint Marc, es, *que ha hecho mal uso en algunas ocasiones de su ingenio, por disminuir la fama de los sugetos mas célebres, suscitando dudas ó ocasionando sospechas, sin mas fundamento (si me es permitido decirlo) que una intencion mal dispuesta, y sobrado facil en creer lo malo, porque tendria gusto de hablarlo (a).* No me atrevo á decir otro tanto del acusador de Seneca, no obstante que las dudas que suscita, y sospechas que ocasiona contra este ilustre filósofo, no tienen mayor fundamento que las de aquél.

Pasa adelante Tiraboschi, y añade, que dicho autor *con esta fingida moderacion nos pinta con muy negros coloridos á Casiodoro como un hipócrita, ingrato, maquinador, y sugeridor de los delitos mas atroces.* Pero si no le ha pintado así en otro lienzo, en este que tenemos presente no descubro tales colores. Por ventura, el no tomar medidas oportunas para impedir la muerte de Amalasunta, es lo mismo que maquinar, y sugerir la muerte de esta Princesa? Por ventura, el decir que Casiodoro pudo temer que el vengador de aquel crimen quisiera tambien castigar al primer ministro del matador, que no lo estorvó, es lo mismo que afirmar que este ministro fué el maquinador, y sugeridor de la muerte? Si el ilustre Frances se hubiese valido para retratar á Casiodoro,

(a) Tom. 3. pag. 15.

de los negros colores con que se nos pinta á Seneca, sería mas digno de esta reprehension.

Aun le parece poco lo dicho al Señor Abate, y por esto aumenta que el impugnador de Casiodoro *sueña, y finge à su fantasia* (a): expresion mucho mas ofensiva, quando se trata de obscurecer la fama de algun personage insigne, y quando no hay autor, ni documento en que fundar la acusacion. Pero pregunto, en qué documento ha fundado el Señor Abate su acusacion contra Seneca? Hay algun autor que la apoye? si exceptuamos á Dion, que no merece fé alguna, no queda otro que Tacito. Mas sobre su autoridad, ya hemos visto que no puede fundarse. Qué diremos pues del acusador de Seneca? Lo mismo que él dice del de Casiodoro, que ésta es una nueva ley de crítica.

Prosigue: *modo gracioso por cierto de pensar y de escribir. Hablar ahora de sucesos que acaecieron doce siglos há, y de los que no sabemos sino lo mas substancial, y con todo eso arguir, decidir, y sentenciar casi con seguridad de juez* (b). Mucho mas gracioso será hacer otro tanto con sucesos que han acaecido hace diez y siete siglos, de los que no sabemos mas que lo substancial. Mr. de Saint Marc, no decide con seguridad de juez como hace Tiraboschi: es cierto que suscita dudas y sospechas, que podría ex-

(a) Pag. 15.

(b) Pag. 16.

excusar, pero no sentencia: al paso que éste, sin otro fundamento que unas débiles congeturas, decide que Seneca aprobó, y defendió un parricidio.

Se me podrá replicar, que Tiraboschi decide así en virtud de la carta que escribió Seneca al senado en nombre de Neron para disculpar el delito, lo que no hizo Casiodoro. Respondiendo en primer lugar, ser cosa muy distinta el componer una carta á su Príncipe, para disculpar el atentado, que apoyarle y defenderle: y en segundo, que tambien los defensores de Casiodoro deben excusarle de igual circunstancia, sino en orden á la muerte de Amalasunta, sí en lo tocante á la de Teodato.

Witiza, General del Rey Teodato, se reveló contra éste, y se apoderó de la corona por medio de la sublevacion de los soldados. El infeliz Teodato huyó ácia Revana por salvarse; pero el cruel Witiza despachó en su seguimiento á un tal Orari (a) que lo mató, y no contento con esto, puso preso á Teodegiselo, hijo de Teodato. Entre tanto Casiodoro, en quien siempre se manifiesta al virtuoso caracter de un ministro solícito por el honor de sus Soberanos, continuó en ser Secretario de este usurpador, y regicida, y en su nombre escribió una carta á todo el Reyno de los Godos, en la que quiere persuadir que Dios habia sido el autor de

(a) Murat. Annal.

de su extaltacion (a): y otra al Emperador Justiniano, en la que Witiza no solamente no disculpa su regicidio, sino que se jacta, y reputa como mérito para el Emperador, haber vengado de este modo la muerte de Amalasunta.

Si Mr. de Saint Marc, en vista de estas cartas del famoso Casiodoro, hubiese declamado contra él, conforme hace Tiraboschi contra Seneca, y hubiese dicho: Casiodoro, tan ajustado en su conducta, habia de olvidarse totalmente de los muchos beneficios que recibió de Teodato? un sugeto tan zeloso del honor de sus soberanos, habia de aprobar, y defender un regicidio? si así se hubiere explicado, ¿qué no se diría contra tal invectiva? pues hablemos claro: no hay mayor culpa en Seneca por la susodicha carta, que en Casiodoro por ésta, y aun es menor la de aquél, si se considera que la escribió por mandato, y en defensa de su legítimo soberano, en lugar que la de éste fué escrita por orden, y en defensa de un usurpador de la corona.

En fin, lo que hay de cierto es, que á los dos les faltó la resolución necesaria para oponerse al que se hallaba con la fuerza en las manos, ó que no creyeron estar obligados en virtud del agradecimiento á abandonar su honroso puesto. En efecto, parece que hasta que Casiodoro vió próxima su caída, jun-

(a) Lib. 10. Epist. 31.

tamente con la de Witiza, no se desengañó de la vanidad de las grandezas humanas: por lo menos así lo dá á entender Muratori: *Casiodoro despues de la caída del Rey Witiza, desengañado mas que nunca de la vanidad de las grandezas humanas, dejó el mundo, y se retiró á lo interior de la Calabria, donde profesó la vida Monástica (a).*

No se entienda lo dicho con intencion de obscurecer el mérito singular de Casiodoro, ni su virtuosa conducta, que resplandeció particularmente en los 23 años que vivió retirado. Mi unico designio es hacer ver con quanta parcialidad se trata en la historia literaria de Italia la causa de Seneca, y la de Casiodoro, y qué facil le hubiera sido al erudito historiador disculpar á nuestro filósofo de la muerte de Agripina, como lo ha hecho con su heroe en la de Amalasunta, sino estuviera tan preocupado contra este sábio Español, como acreditan los otros cargos con que ha procurado desacreditarle.

(a) Mutat. Annal. §. IV.

Segunda acusacion. Seneca fué un adulador baxo y vil de Claudio, y de Neron.

Todos saben, y no lo niega el Abate Tiraboschi, que el espíritu infame de adulacion, que esparció en todas las clases de Roma el imperio tiranico de los primeros Césares, se comunicó tambien á casi todos los escritores de aquella edad. Un temor vil gobernaba las plumas mas doctas, y las obligaba á derramar elogios, aun á aquellos á quienes aborrecian en su interior. Creyó el citado, que este vicio feo de la adulacion manifesta, podia perdonarse á un poëta, á un orador, á un historiador, mas no á un verdadero filósofo; y en consecuencia de ello, acrimina á Seneca la corrompida adulacion con que escribió tantas alabanzas de Claudio, y de Neron.

Pero qué es lo que desea Tiraboschi de la filosofía pagana? es acaso algun don de impercabilidad, que haga al hombre incapaz de ciertos defectos que vemos tan frecuentes, aun en muchos filósofos cristianos? quando el espíritu de adulacion se habia hecho general, pretenderá que un filósofo, hombre al mismo tiempo de corte, sea delinquente de una culpa irremisible, si sigue en esto el exemplo de todas las clases del

del Imperio? en ocasion que hasta la magestad del Senado Romano erigia altares, ordenaba sacrificios anuales, y honraba con los dictados de piadosísimos, clementísimos á unos monstruos fieros, ¿será reputado inexcusable Seneca, por no haber sido mas puro, y recto que aquellos venerables magistrados, adulando por su parte á sus soberanos con alabanzas que no merecian?

Mas si examinamos las adulaciones que tanto se acriminan, no serán, á mi parecer, tan infames, y tan corrompidas como se pintan. Veamos primero las que dirigió al Emperador Claudio, en los libros de *Consolatione*, escritos á Polibio, uno de los libertos de este Monarca. Hallabase Seneca desterrado en la Isla de Córcega, y á pesar de su filosofía, vivia bastante afligido entre aquellos inaccesibles escollos, y en medio de unas gentes bárbaras é incultas, á que se añadía el dolor de estar separado de una madre que amaba tiernamente, y de sus hermanos, á quienes queria por extremo. En esta miserable situacion, escribió á Polibio, consolándole en la muerte de su hermano, mezclando en sus escritos algunos elogios del Emperador, á fin de suavizar su ánimo, y moverle á levantarle el destierro.

Este es el grande delito de que no le parece facil á Tiraboschi disculpar á Seneca; pero si hubiera experimentado qué cosa es estar desterrado en Córcega, sería mas blando de corazon, y excusaria á un filósofo pagano, que á costa de

de algunas lisonjas, estudia en librarse de su destierro. Es menester, Señor Abate, mayor auxilio que el de una filosofía natural, para que un hombre criado en la sociedad de una culta Metropoli, entre las delicias de los parientes, y los amigos, y con el crédito y aplauso de sábio, viva contento, y tranquilo en aquellas espantosas, y solitarias montañas de la Córcega. Qual fuera esta en tiempo de Seneca, él mismo nos dá testimonio en este epigrama:

*Barbara præruptio inclusa est Corsica sapis,
Horrida desertis, undique vasta locis.
Non poma Autumnus, segetes non educat Æstas,
Canaque Palladio munere Bruma caret.
Umbrarum nullo ver est lætabile Fætu,
Nullaque in infusto nascitur herba solo.
Nen panis, non haustus aquæ, non ultimus ignis:
Hic sola hæc duo sunt, exul, & exilium.*

Quánto mas disculpable debería ser Seneca, por haber adulado á Claudio, con el fin de librarse de su destierro é infelicidad, que no los demas escritores, que en medio de las delicias de Roma, eran profusos de alabanzas de unas acciones muy detestables de sus Emperadores. Sin embargo, pondera Tiraboschi la vil adulacion que no puede sufrir en Seneca. ¡Tanta es la fuerza de una preocupacion! Asi es preciso hacer ver á éste acusador del filósofo Español, que no son tan viles, y feas estas adulaciones, como pretende persuadir á sus lectores,

res, diciendo que Seneca ensalza la maravillosa piedad de Claudio: que dice de Neron, que podía gloriarse de la inocencia, y de ser un Príncipe dotado particularmente de una clemencia admirable. Mas ya que no expresa á sus lectores en qué tiempo, y circunstancias alabó Seneca á estos dos Emperadores, será justo que nosotros lo hagamos; con lo qual se conocerá tambien el artificio de que se vale para acusarlo: artificio, si me es permitido decirlo, muy impropio de quien toma á su cargo reprehender la poca ingenuidad de un escritor.

Seneca, pues, dice Tiraboschi, llevado de una adulacion vil é infame, habla de Claudio como de un Dios que baxó del cielo para la felicidad de Roma: ensalza su maravillosa piedad, formando un panegírico que no podría ser mayor del Príncipe mas sábio, y justo que se haya conocido (a). Pero qualquiera que lea atentamente el mencionado libro de Seneca, verá que hay bastante habilidad en el modo de alabar á Claudio, y que nada tiene de vil, ni de infame. Comienza diciendo á Polibio, cuántos motivos hallará en el Emperador para consolarse de su desgracia por la grande afabilidad que le mostraba; cosa muy cierta, por ser Polibio uno de los mas queridos de Claudio. Prosigue despues con ruegos y deseos, por la prosperidad de este Príncipe, y son los siguientes: que las

(a) Tirab. tom. 2. pag. 149.

potestades celestiales, dice, le conserven largo tiempo en la tierra, para sobrepasar la vida, y los hechos de Augusto: que engendre un hijo para darle al Imperio, despues de tener bien probada su fidelidad. Continúa, y hablando con la fortuna la dice: *Guardate bien, ó fortuna, de no tocarle, ni de mostrar en su persona otros esfuerzos de tu poder, que los que se dirijan á su felicidad. Permitele que restaure todo lo que ha consumido, y destruido la furia de su Predecesor.* Añade otros deseos y súplicas todas justas, y laudables, por pertenecer á la salud del Soberano, y á su dichoso gobierno en utilidad comun: lo qual no se debe llamar ruindad ni vileza.

Alaba en otro lugar la clemencia de Claudio, como la primera de sus virtudes, y produce para prueba la propia experiencia, *me ha sostenido en el momento, que por desgracia mia iba á caer; y quando querian precipitarme en el suelo, entonces me ha alargado sus divinos brazos, para impedir que la caída no fuese tan violenta. Ha intercedido por mí al senado, y no contento con darme la vida, ha procurado que otros me la diesen, para que yo la disfrutase con mas seguridad.* Asi se explica, y quanto dice es positivo. La furiosa Mesalina, y otros enemigos de Seneca, no intentaban menos que la muerte de este grande hombre: pero no pudiendo vencer á Claudio á una accion tan cruel como injusta, le hicieron consentir unicamente en su destierro á Córcega; y esto fué por ponerle en

en salvo contra las persecuciones de sus enemigos. No fue, pues, detestable adulacion el celebrar esta clemencia, y habria sido ingratitud el no publicarla, y agradecerla.

Mucho mas, que este Príncipe no era tan indigno de los referidos elogios, como nos da á entender Tiraboschi, si se considera el tiempo en que Seneca los escribió á Polibio. Esto fue, segun las congeturas de Tilemont (a), al principio del año tercero de su Imperio; y si se compara su gobierno con el de su antecesor Caligula, podia llamarse excelente; y lo fue en realidad mientras Claudio se gobernó por sí. Despues se trocó enteramente desde que se dejó llevar ciegamente, primero de Mesalina, y luego, de Agripina, como dice Suetonio: *Uxori addictus, non Principem se, sed ministrum gessit* (b).

De consiguiente, quando Seneca habla con elogio de Claudio, es quando éste era conforme le pinta Tilemont, fundado en las autoridades de Suetonio, Dion, y Aurelio Victor: *que mientras se gobernó por sí, hizo cosas utilissimas á Roma, y correspondientes á la obligacion de buen Príncipe: enemigo de fausto, y de ambicion, lleno de bondad, y sin la hiel de la venganza. Abolió el juicio de lesa magestad, y perdonó á quantos estaban desterrados de Roma por* es-

(a) Notes sur Neron.

(b) Sueton. in Claud.

este motivo. Reusó toda especie de donativo, y prohibió el ser instituido heredero de aquellos que tenían parientes, aunque remotos. Restituyó á sus dueños todos los bienes que habian usurpado injustamente Tiberio, y Cayo. Persiguió á los acusadores falsos, que en tiempo de su antecesor hicieron derramar mucha sangre de la mas ilustre de Roma. Obligó á los Senadores al cumplimiento de sus empleos; pero fuera de esto, los trató con grande afabilidad, visitandolos, si estaban enfermos, y concurriendo á sus combites. Otras muchas cosas hizo llenas de justicia y bondad por las que fue extremadamente amado.

Tal era Claudio, quando Seneca lo alababa: veremos ahora qué retrato forma el Señor Abate de su predecesor Caligula: que no pueden leerse sin error sus sangrientas crueldades. Culpados, é inocentes, patricios, y plebeyos, todos eran barbaramente asesinados sin forma de proceso, y para esto se elegian los tormentos mas crueles, y mas largos, para tener la complacencia de verlos padecer mas tiempo (a). Compárese, pues, la pintura de Claudio que hace Tilemont, con la de éste monstruo, retratado por Tiraboschi, y se verá si aquel es indigno de las alabanzas que le dirige Seneca. No será razon, que siendo tan fundadas como estas las que se dicen de un Soberano, se quieran presentar como infames y viles adulaciones. Dése este nombre á las del

(b) Tirab. tom. 2. pag. 34.

del senado, quando ordenaba sacrificios anuales á la clemencia de Caligula, y honraba á ésta fiera con los dictados de veracísimo, y piadosísimo: pero no á las de nuestro filósofo, que por no haber sido infame adulator, no quiso abatirse á celebrar á la perversa Mesalina, constandole que mas dependia de ésta que de Claudio su regreso á Roma: y sin embargo, no juzgó conveniente á su generoso caracter el comprar la libertad adulando á una muger tan licenciosa (*). Mas aun asi el nuevo acusador de Seneca está tan opuesto, que no satisfecho con llamarle infame, y vil adulator de Claudio, le llama tambien osado: Seneca mismo, (dice) el severísimo Seneca ¿no habló de Claudio con mas osada adulacion, que la que advertimos en Curcio (a)?

Con la misma ingenuidad y justicia con que se supone á Seneca vil, infame, y osado adulator de Claudio, se dice tambien que fue un descarado adulator de Neron. He aquí los elogios que el sincero Seneca hace de Neron: Prín-

ci-

(*) Que no fue adulator, se infiere de estas mismas palabras suyas en el lib. 2. de Clemencia, *Maluerim veros offendere quam placere adulando*. Y sobre todo, del testimonio de Tácito lib. 15. Anal. *Non sibi promptum in adulationes ingenium; idque nulli magis ignarum quam Neroni, qui sapius libertatem Senecae, quam servitium aspertus esset.*

(a) Tom. 2. pag. 170.

cipe que podía gloriarse de una circunstancia que no habia tenido ningun otro Emperador; á saber, la inocencia, por la qual borraba la memoria de los tiempos gloriosos de Augusto: Príncipe dotado particularmente del don de la clemencia (a). Yo digo, que este es el arte con que este escritor sincero muestra á nuestro filósofo declarado adulador, poniendo delante de sus lectores, que junta los titulos de inocente y de clemente al nombre de Neron, Príncipe el mas cruel y perverso.

Pero se debe observar si éste merecia los elogios quando se los dió Seneca. No ignora Tiraboschi, que entonces era muy distinto aquel Príncipe de lo que fue despues, aunque no da esta instruccion á sus lectores. Los dichos elogios están en los dos libros de la clemencia, como puede verse por las citas. Reflexionemos, pues, qual era Neron en el tiempo en que escribió esta obra nuestro filósofo. La compuso quando el Príncipe apenas habia entrado en los 19 años de su edad: lo dice el mismo Seneca hablando de Augusto: *cum hoc ætatis esset, quod tu nunc es duodevicesimum egressus annum* (b). Neron fue coronado Emperador á los 17 años (c), los libros se escribieron al principio del tercer año de su Imperio; es decir,

(a) Pag. 149.

(b) De Clem. lib. 1. cap. 9.

(c) Sueton, cap. 8.

cir, en un tiempo en que era un Emperador excelente, adornado de inocencia y de clemencia. Esta es la opinion general de quantos hablan de los primeros años de su gobierno. Asi es, como dice Tilemont, que en aquellos primeros años no dejó pasar ocasion alguna de manifestar su clemencia, su bondad, y liberalidad. Quando Seneca le dedicó los citados libros, no habia hecho derramar ni una sola gota de sangre. ¿Qué mayor prueba de su clemencia, que el suceso que cuenta Seneca al principio del segundo libro? y es, que instaba Burro á Neron, para que firmase la sentencia de muerte contra dos ladrones; mas penetrado de compasion el joven Príncipe, lo dilataba de dia en dia; al fin obligado á hacerlo, exclamó: ¡No quisiera saber escribir! con razon prorrumpe nuestro filósofo, como arrebatado de entusiasmo: ¡O dignam vocem quam audirent omnes gentes, quæ Romanum Imperium incolunt! O vocem in concionem omnium mortalium mittendam, in cujus verba Príncipes, regesque jurent (a)!

No cause maravilla que Trajano dixese: *Procul distare omnes Príncipes à Neronis quinquenio*. Tal ha sido el sentir comun de todos los que tratan de los primeros años de Neron. Suetonio refiere, que en ellos fue tanto el amor del pueblo Romano, que habiendo corrido la voz de que le habian muerto en la calle de Ostia, hubo un alboroto contra el Senado, y los solda-

(a) De Clem. lib. 2. cap. 1.

dos creídos AA. del regicidio. De la clemencia de dicho Príncipe escribe Mureto: *nemo sub initio imperii Nerone clementior* (a); y Petavio: *Imperium sic gessit ut inter optimos Principes haberi potuerit; quamdiu scilicet Senecæ Præceptoris monitis obtemperavit* (b).

Este es Neron, á quien el sincero Seneca llama inocente, y clemente: es decir, quando no perdía sazón de mostrar su clemencia, benignidad, y liberalidad; quando no solo inmune de la efusion de sangre inocente, aun por no derramar la de los delinquentes, quisiera no saber escribir: quando era el amor, y las delicias de Roma; en una palabra, el escogido. ¿Y será adulador atrevido el que le llame clemente? ó estará bien empleado el dictado irónico del sincero Seneca, porque hace elogios á Neron en tiempo que era digno de ellos? será acaso mayor sinceridad la de este escritor, que intenta persuadirnos que se le llama inocente y clemente despues que cometió tantas crueldades, y acciones abominables?

Estos son los argumentos que han movido á Tiraboschi para no tener á Seneca en concepto de honradísimo. Pero yo pretendo que segun su mismo modo de pensar, pudo Seneca ser hombre honradísimo, tener todas las virtudes que enseña el buen uso de la razon natural.

(a) In Comment. lib. de Clem.

(b) Rat. temp. part. 1. lib. 5. cap. 11.

tural, y esto aun concedido que fuese un declarado adulador; y lo pruebo de esta manera. Tiraboschi dice: *Quintiliano fue de honrados procederes, y dotado de todas las virtudes que puede enseñar el buen uso de la razon natural* (a). Y de este mismo Quintiliano asegura: *Que fue un osado adulador de Domiciano, á quien dió infinitas alabanzas, siendo asi que este Emperador era la execracion y el odio de todo el Imperio* (b). Luego no es impedimento una adulacion osada, para obtener el decreto de todas las virtudes que enseña el buen uso de la razon natural, y por consiguiente, no se le debe negar á Seneca, porque celebra á un Emperador no odiado, sino amado de todos sus vasallos.

§. V.

Tercera acusacion. Las grandes riquezas de Seneca.

Es muy digno de admiracion, que algunos Españoles, que por su merito singular se hicieron ricos en Roma, fueran por esto envidiados, calumniados y perseguidos. Asi le sucedió á Balbo, segun dice Ciceron (c): así á Seneca, y así á

Quin-

(a) Tom. 2. pag. 100.

(b) Pag. 100

(c) Orat. pro Balbo.

dos creídos AA. del regicidio. De la clemencia de dicho Príncipe escribe Mureto: *nemo sub initio imperii Nerone clementior* (a); y Petavio: *Imperium sic gessit ut inter optimos Principes haberi potuerit; quamdiu scilicet Senecæ Præceptoris monitis obtemperavit* (b).

Este es Neron, á quien el sincero Seneca llama inocente, y clemente: es decir, quando no perdía sazón de mostrar su clemencia, benignidad, y liberalidad; quando no solo inmune de la efusion de sangre inocente, aun por no derramar la de los delinquentes, quisiera no saber escribir: quando era el amor, y las delicias de Roma; en una palabra, el escogido. ¿Y será adulador atrevido el que le llame clemente? ó estará bien empleado el dictado irónico del sincero Seneca, porque hace elogios á Neron en tiempo que era digno de ellos? será acaso mayor sinceridad la de este escritor, que intenta persuadirnos que se le llama inocente y clemente despues que cometió tantas crueldades, y acciones abominables?

Estos son los argumentos que han movido á Tiraboschi para no tener á Seneca en concepto de honradísimo. Pero yo pretendo que segun su mismo modo de pensar, pudo Seneca ser hombre honradísimo, tener todas las virtudes que enseña el buen uso de la razon natural.

(a) In Comment. lib. de Clem.

(b) Rat. temp. part. 1. lib. 5. cap. 11.

tural, y esto aun concedido que fuese un declarado adulador; y lo pruebo de esta manera. Tiraboschi dice: *Quintiliano fue de honrados procederes, y dotado de todas las virtudes que puede enseñar el buen uso de la razon natural* (a). Y de este mismo Quintiliano asegura: *Que fue un osado adulador de Domiciano, á quien dió infinitas alabanzas, siendo asi que este Emperador era la execracion y el odio de todo el Imperio* (b). Luego no es impedimento una adulacion osada, para obtener el decreto de todas las virtudes que enseña el buen uso de la razon natural, y por consiguiente, no se le debe negar á Seneca, porque celebra á un Emperador no odiado, sino amado de todos sus vasallos.

§. V.

Tercera acusacion. Las grandes riquezas de Seneca.

Es muy digno de admiracion, que algunos Españoles, que por su merito singular se hicieron ricos en Roma, fueran por esto envidiados, calumniados y perseguidos. Asi le sucedió á Balbo, segun dice Ciceron (c): así á Seneca, y así á

Quin-

(a) Tom. 2. pag. 100.

(b) Pag. 100

(c) Orat. pro Balbo.

Quintiliano, de quien escribe Juvenal: *Unde igitur tot Quintilianus habet saltus?* (a); y con todo, las riquezas de éste fueron tan cortas, que sus hijas debieron á la liberalidad de Plinio el dote para casarse. Los Romanos llenaban el erario de la república con los tesoros que sacaban de España: con los mismos saciaban la codicia de los Pretores, y Questores. De sola una mina de Cartagena (b) extrahian al dia 250 dracmas de plata: y no obstante eso, no podian sufrir que hubiese en Roma unos pocos Españoles mas acomodados que otros. Tan antigua es la mala correspondencia é ingratitud que experimentan los Españoles en muchos de quienes podian esperar un verdadero reconocimiento.

Las grandes riquezas (*) son otro crimen imputado á Seneca, que Tiraboschi abulta con la expresion de *enormes*. He aqui la prueba de esta enormidad. *Tu hemos visto, dice, á qué suma lle-*

(a) Satir. 7.

(b) Estrabon lib. 3.

(*) Mucha parte de sus riquezas fueron hereditarias. Hallandose en Córcega, escribia á su madre. *Tu filia familias locupletibus filiis ultro contulisti*. Esto escribia antes de experimentar la prodigalidad de Nerón. Ad Helvidiam cap. 14. Por tanto, dice muy bien en el cap. 23 de Vita beata: *Habebit Philosophus amplas opes, sed nulli detractas, nec alieno sanguine cruentas, sine cujusquam injuria partas, sine sordidis questibus.*

llegaron segun Dion. Tácito refiere tambien, que Suilo le reconvinó con ellas, y juntamente con sus usuras, y otras ganancias ilicitas. Grande prueba es de la insaciable codicia de Seneca lo que cuenta Dion &c. (a). Notese que el sincero acusador de nuestro filósofo, que protexta diferentes veces no hacer caso de las calumnias de Dion, y Suilo, sin embargo funda su opinion de las enormes riquezas de Seneca, y lo mal adquiridas, en el testimonio de estos dos enemigos suyos: pero todo se compone con decir luego: *En otra parte hemos afirmado ya, que no se puede fiar de la autoridad de Dion*. Tengo por cierto, que si se tratára de causa propia del Señor Abate, ó de algun amigo suyo, no gustaria que se formára el proceso diciendo, *si es verdad lo que N. ó N. dicen*; siguiendose á esto un cúmulo de calumnias atroces, de que sea capaz la mas declarada malicia.

Pero si no le hace fuerza la autoridad de Dion, apelará sin duda á la de Tácito. ¿Y cómo se podrá hallar en este historiador el menor apoyo, para probar la ganancia rapaz, las usuras, y la codicia de Seneca? de este modo: *Tácito refiere tambien, que Suilo le echó en cara, &c.* con lo qual aparece Tácito entre los acusadores de Seneca, y se dá á entender, que cumpliendo con lo que tiene prometido, solo se vale del testimonio de escritores de nota, ó de las

(a) Tom. 2. pag. 150.

las obras del mismo Seneca, para acusarle. ¡Raro modo de citar á Tácito contra éste filósofo! Como si el decir, por exemplo, el mismo Evangelista refiere, que los Judios dijeron á Christo en su cara, que era sublevador de los pueblos, fuera confirmar esta impía acusacion con la autoridad del Evangelista. Pues en substancia, éste es el único testimonio de Tácito que hay en el asunto.

Podia presentarnos los testimonios de éste historiador en defensa de Seneca; podia decir: Tácito refiere que Suilo era un perverso calumniador, *que viendose convencido en juicio, profirió contra Seneca aquellas infames calumnias: y aun añade, que despues de la muerte de Burro, perdian mucha fuerza en Neron los buenos consejos de Seneca, porque este Emperador se adheria á los malos, y estos le formaron varias calumnias, entre otras la de que no cesaba de amontonar riquezas, &c (a).* Estos son los testimonios de Tácito con que Tiraboschi podia probar que fueron calumnias de hombres malvados, las exâgeradas riquezas de Seneca, pudiendo aplicarse éste illustre filósofo lo que pone en boca de un Sabio: *mibi jam, quod argumentum est recti, contigit, malis displicere (b).*

Como no puede Tiraboschi hallar apoyo en Tácito, para convencer á Seneca de estos delitos, se

(a) Anal. lib. 14.

(b) De Vita beata cap. 24.

se esfuerza á encontrarle en las obras de éste: *Seneca mismo parece que no se atreve á negar que tenia fondos en las Provincias ultramarinas (a).* Pero se atreve á negar, que fuesen adquiridos con usuras, con monopolios, y con codicia insaciable, como suponian sus calumniadores. No solamente rebate esta acusacion, confesando que no es perfecto, sino que pasa á decir, que no es indigno de un filósofo el ser rico, y que ninguno hasta ahora ha condenado la filosofía á perpetua pobreza, bastando que las riquezas hayan sido adquiridas lícitamente. Esta es su explicacion. *Habebit Philosophus amplas opes, sed nulli detractas, nec alieno sanguine cruentas, sine cujusquam injuria partas, sine sordidis quæstibus, quibus nemo ingemiscat, nisi malignus. In quantum vis exagerat illas, honestæ sunt: in quibus cum multa sint, quæ quisque sua dici velit, nihil est quod quisquam suum possit dicere (b).*

Sea así, replica Tiraboschi: *Seneca nos asegura que nada tenia que fuese de otro, y que sus grandes riquezas todas eran dádiva del Emperador Neron. No me atreveré á decir si confiesa la verdad (c).* Bueno: éste es aquel escritor, que poco antes se muestra tan escrupuloso, que dice, que siempre que se trate de quitar á otro la fama, es menester por lo menos que haya do-

(a) Tom. 2. pag. 150.

(b) De Vita beata cap. 23.

(c) Tom. 2. pag. 150.

cumento autorizado en que fundar la acusacion. Si Mr. de Saint Marc, hablando de Casiodoro, hubiera dudado de su verdad, sin mas fundamento que el que tiene el Señor Abate para dudar de Seneca, con razon se hubiese dicho aquello *de que excitaba dudas, y ocasionaba sospechas, sin mas fundamento que una intencion preocupada, y sobrado facil en creer lo malo que gustaria ballar.*

No me parece creible, prosigue el mismo autor, que Neron fuese tan pródigo con un hombre á quien temia mas que amaba (a). ¿Y qué motivo tiene para afirmar ni lo uno ni lo otro? En Suetonio vemos un claro testimonio de la profusion extraordinaria de Neron: *divitiarum, & pecuniae fructum*, dice este autor, *non alium putabat quam profusionem::: quare nec largiendi, nec absumendi modum tenuit* (b). No seria extraño que un Príncipe de genio tan liberal, lo fuera tambien con su Maestro, y primer Ministro Seneca. Ni sabemos quien ha dicho á Tiraboschi que en los primeros cinco ó seis años del imperio de Neron, en que se acreditó de buen Emperador, y seguia en todo las lecciones de Seneca: en que veia tan generalmente aplaudidos los decretos de éste, que llegaron á esculpirse en láminas de plata sobre el Capitolio, que entonces, digo, fuese mas temido que amado del Monarca.

(a) Tom. 1. pag. 150.

(b) Sueton. in Ner.

Tenemos pruebas mas concluyentes á favor de Seneca en una confesion que él mismo hace á Neron, y trae Tácito (a). Noticioso de las acusaciones de sus calumniadores en orden á sus riquezas, se presentó al Emperador, y le habla de esta manera. *Yo no diré otra cosa, sino que no debia resistirme á tus liberalidades: mas cada uno de nosotros dos ha colmado sus medidas. Tú, dando quanto puede un Príncipe á un amigo; yo, recibiendo quanto puede un amigo de un Príncipe. Por esto te ruego que me despojes de estos bienes, y los repartas á tus agentes como bienes tuyos.* La respuesta de Neron fue esta. *Los huertos, los censos, y lugares que tienes míos, están expuestos á mil contingencias; y aunque parezcan grandes dones, muchos que no valen lo que tú, han obtenido aun mayores. Me avergüenzo de nombrar aquellos libertos que son mucho mas ricos que tú, y me causa rubor de que siendo tú el que yo amo mas, no seas tambien el mas remunerado.*

Pregunto, si un hombre acusado de que posee injustamente una alhaja de otro, y que no es creído, quando aseguró haberla recibido en donacion del dueño legitimo, comparece en juicio, y reconviniendo á éste de su liberalidad, repite que le ha hecho donacion voluntaria de la expresada alhaja, y aun añade, que está corrido de no haberle dado mas. ¿Qué tribunal habrá que no lo declare por legitimo poseedor, y

(a) Tácit. lib. 14.

y si por usurpador injusto de ella? Y si el tal dueño fuera el mismo Soberano, que públicamente declarase haberle recompensado con aquellos bienes los servicios importantes de éste sugeto, quedaría lugar á la duda de si dijo verdad, quando aseguró haberlos recibido de su Soberano? Pues este es el caso de Seneca, y no obstante en el tribunal de Tiraboschi no se atreve á decir si Seneca confiesa la verdad.

Tampoco es creído quando confiesa su desprendimiento de las riquezas, porque no se vé que haya hecho de ellas uso laudable, y ventajoso á otros. No encuentro, dice, nada de esto en el opulentísimo Seneca. Los historiadores contemporáneos no expresan que empleara parte alguna de sus inmensas riquezas en alivio de las miserias públicas, ó privadas (a). Esto es querer que los historiadores cuenten las limosnas secretas que Seneca hizo en alivio de las necesidades ocultas. Basta el que por los AA. antiguos se le alista entre los sugetos mas bizarros: y ya que éste escritor quiere hacer el cotejo de la avaricia de Seneca con la liberalidad de Plinio, yo afirmo por el contrario, que los autores antiguos citan al primero como exemplar de extraordinaria liberalidad, juntamente con los Pisones, los Memmios, y los Crispos, al paso que nada dicen del segundo. Hablando Marcial á Labulo, que estaba muy ufano con al-

(a) Tom. 2. pag. 150.

algunas cortas expresiones que hacia á sus amigos, le dice, que considere la liberalidad de Seneca, y de otros, y verá quan poco monta la suya:

*Pisones, Senecasque, Memmiosque,
Et Crispos mihi redde, sed priores:
Fies protinus ultimus bonorum (a).*

Reprehendiendo Juvenal á los que gastaban mucho en sus propias comodidades, y poco en socorro de las miserias del próximo, dice, que no pretende que sean tan bizarros como lo era Seneca, hasta con sus menores amigos.

*Nemo petit, modicis quæ mittebantur amicis
A Seneca, quæ Piso bonus, quæ Cotta solebat
Largiri (b).*

Y en la edicion hecha en Leon el año de 1564 de las obras de este poeta, se añade esta explicacion: *non petimus ut sis alter Seneca, aut Piso, viri liberalissimi.* Con que, si el opulentísimo Seneca no empleó parte alguna de sus inmensas riquezas en alivio de las necesidades públicas, ó privadas, ¿por qué le cuentan entre los hombres mas liberales? ó por qué no es nombrado en su lugar, el bizarro Plinio? Pero ya

(a) Lib. 12. epigram. 32.

(b) Juven. sat. 5.

ya que los escritores antiguos le negaron este honor, se le procuró él mismo, contando en sus cartas las limosnas hechas á Marcial, y á las hijas de Quintiliano. Si Seneca hubiera hecho otro tanto, se le diría, como vamos á oír ahora: *que el contar sus propias virtudes, no es ciertamente el testimonio mas auténtico para confirmar la virtud de alguno (a)*. Pues de las mismas cartas de Plinio sacó el Señor Abate la noticia de sus limosnas.

Los Malignos eran solamente los que propalaban que Seneca era avaro, usurero, y ladrón, y á esto responde con mucha elegancia en el libro de *Vita beata*, donde dice por fin en boca de Sócrates: *Objicite Platoni, quod petierit pecuniam: Aristoteli, quod acceperit: Democrito, quod neglexerit. O vos usu maxime felices, cum primum vobis imitari vitia nostra contigerit! Quin potius mala vestra circumspectis, quæ vos omni parte confodiunt! Non eo loco res humanæ sunt, etiamsi statum vestrum parum nostis, ut vobis tantum otii supersit, ut in probra meliorum agitare linguam vacet (b)*.

§. VI.

(b) Tom. 2. pag. 151.

(a) Cap. 27.

§. VI.

Quarta acusacion: Fausto, y orgullo.

Hemos visto ya quanto desagradan á Tiraboschi la ingratitud, la adulacion, y las riquezas de Seneca. Con todo, lo que mas le irrita es una especie de presuncion, que se advierte en todos sus escritos, que parece quiere proponersenos como modelo, y dechado de todas las virtudes. En todos sus libros, y hasta en sus Epistolas reprehende siempre con tanta altanería, y orgullo, que es difícil se haga lugar con los lectores (a). No sería en verdad un crimen peculiar de Seneca, si se encontrase en él aquel fausto, y deseo de gloria comun á todos los filósofos gentiles, que hizo decir de ellos á San Gerónimo, *animales sedientos de gloria, y viles esclavos del aplauso popular (b)*. La modestia, y la humildad fueron virtudes desconocidas ó poco apreciadas en aquella escuela. Estos sublimes documentos estaban reservados para nuestro divino Maestro.

Pero sin embargo, soy de sentir, que por lo menos la sombra de estas virtudes se halla mas en Seneca, que en otro alguno de los filósofos gentiles. Y pues que su acusador pretende descubrir

(a) Tom. 2. pag. 151.

(b) Tom. 1. Edic. Vero. col. 307.

ya que los escritores antiguos le negaron este honor, se le procuró él mismo, contando en sus cartas las limosnas hechas á Marcial, y á las hijas de Quintiliano. Si Seneca hubiera hecho otro tanto, se le diría, como vamos á oír ahora: *que el contar sus propias virtudes, no es ciertamente el testimonio mas auténtico para confirmar la virtud de alguno (a)*. Pues de las mismas cartas de Plinio sacó el Señor Abate la noticia de sus limosnas.

Los Malignos eran solamente los que propalaban que Seneca era avaro, usurero, y ladrón, y á esto responde con mucha elegancia en el libro de *Vita beata*, donde dice por fin en boca de Sócrates: *Objicite Platoni, quod petierit pecuniam: Aristoteli, quod acceperit: Democrito, quod neglexerit. O vos usu maxime felices, cum primum vobis imitari vitia nostra contigerit! Quin potius mala vestra circumspectis, quæ vos omni parte confodiunt! Non eo loco res humanæ sunt, etiamsi statum vestrum parum nostis, ut vobis tantum otii supersit, ut in probra meliorum agitare linguam vacet (b)*.

§. VI.

(b) Tom. 2. pag. 151.

(a) Cap. 27.

§. VI.

Quarta acusacion: Fausto, y orgullo.

Hemos visto ya quanto desagradan á Tiraboschi la ingratitud, la adulacion, y las riquezas de Seneca. Con todo, lo que mas le irrita es una especie de presuncion, que se advierte en todos sus escritos, que parece quiere proponersenos como modelo, y dechado de todas las virtudes. En todos sus libros, y hasta en sus Epistolas reprehende siempre con tanta altanería, y orgullo, que es difícil se haga lugar con los lectores (a). No sería en verdad un crimen peculiar de Seneca, si se encontrase en él aquel fausto, y deseo de gloria común á todos los filósofos gentiles, que hizo decir de ellos á San Gerónimo, *animales sedientos de gloria, y viles esclavos del aplauso popular (b)*. La modestia, y la humildad fueron virtudes desconocidas ó poco apreciadas en aquella escuela. Estos sublimes documentos estaban reservados para nuestro divino Maestro.

Pero sin embargo, soy de sentir, que por lo menos la sombra de estas virtudes se halla mas en Seneca, que en otro alguno de los filósofos gentiles. Y pues que su acusador pretende descubrir

(a) Tom. 2. pag. 151.

(b) Tom. 1. Edic. Vero. col. 307.

brir el orgullo, y la altanería en todos sus escritos, y hasta en sus Epístolas, veamos si es cierto que en aquellos, y en éstas se proponga á sí mismo como exemplar de las virtudes. Hablando en la Epístola 27 con Lucilo, le dice: *Tu me, inquires, mones: jam enim te ipse monuisti jam correxisti? Non sum tam improbus, ut curationes æger obeam: sed tanquam in ædem valetudinario jaceam, de communi malo tecum colloquor, remedia communico. Sic itaque me audi tanquam mecum loquar: clamo mihi ipse numera annos tuos, & pudebit eadem velle, quæ volueras puer: hoc denique citra diem mortis præsta, moriantur ante te vitia.* Es este modo de reprender con orgullo, y altanería? En otra aconseja al mismo, que huya de los espectáculos, y de la concurrencia de gentes, y para esto le confiesa el daño que ha experimentado en sí: *Ego certe confiteor imbecillitatem meam: nunquam mores quos extuli refero. Aliquid ex eo, quod composui, turbatur; aliquid ex iis, quæ fugavi, redit (a).* Y después le dice en la siguiente: *Salutares admonitiones, velut medicamentorum utilium compositiones litteris mando; esse illas efficaces in meis ulceribus expertus: quæ etiam si persanata non sunt, serpente desierunt. Rectum iter, quod serò cognovi, & lassus errando, aliis monstro.* Respondiendo en el libro de *Vita beata (b)*, á los que como Tiraboschi le acusaban de que se hacia censor de los de-

(a) Epist. 7.

(b) Cap. 17.

litos de los demas, *siendo tan culpado como cualquiera otro*, les dice: *Non sum sapiens, & ut malevolentiam tuam pascam, nec erò; hoc mihi satis est, quotidie aliquid ex vitiis meis demere, & errores meos objurgare. Non perveni ad sanitatem, nec perveniam quidem; delinimenta magis quam remedia podagræ meæ compono.* No satisfecho con esto, añade: *hæc non pro me loquor. Ego enim in profundo vitiorum sum (a).* En verdad, que no se compone bien esto con verse en todos los escritos suyos, un hombre que lleno de presuncion, de altanería, y orgullo, se propone á sí mismo como modelo, y dechado de todas las virtudes. Confiesa sus imperfecciones, y sus vicios; protexta que tiene necesidad, como enfermo, de aquellos remedios que enseña á los demas: *lenguage nada altivo, y muy propio para hacer impresion en sus lectores.* Si alguna vez se propone á sí propio como exemplo de imitacion, al mismo tiempo da á entender que conoce sus defectos, y procura enmendarlos. Yo no descubro aquí el fausto, y orgullo que se grita; pues este modo de reprehender los vicios, y estimular á las virtudes, lo veo practicado por maestros de la perfeccion cristiana.

Pero Seneca, añade Tiraboschi, *habla frecuentemente de sí; de forma, que todas las virtudes heroicas que le atribuye Justo Lipsio, las ha sacado de sus mismas obras; y á la verdad que este no es*

(a) Epist. 18.

es un testimonio muy auténtico, para que se pueda producir en confirmacion de la virtud de alguno (a). No nos dirá el Señor Abate de dónde ha sacado las virtudes heroycas que nos refiere de Plinio? en las mismas obras de éste, leemos que los dias de fiestas, y juegos solemnes á que concurría todo Roma, eran para él dias de estudioso retiro: las quejas y lamentos que usa quando ha de arrimar los libros por cumplir con la amistad, la liberalidad que hizo con Marcial, y con las hijas de Quintiliano, y los servicios hechos á la patria. Todas estas particularidades se hallan en las cartas de Plinio (b); con que si el referir sus propias virtudes no es el testimonio mas auténtico que puede producirse á favor de alguno, por qué ha de servir en abono de Plinio, y en perjuicio de Seneca? Será porque éste tiene la desgracia de ser reprehensible, asi quando habla, como quando calla. Si cuenta sus virtudes es un hombre lleno de presuncion, soberbia, y altanería. Si calla sus liberalidades, se infiere de ello, que fué un aváro. Me parece que aquella resignacion estoica, que fué suficiente á nuestro filósofo para recibir con serenidad la muerte, no le bastaria para sufrir con paciencia á semejantes acusadores. En Seneca todo desagrade, nada se excusa, ni se perdona. No acabo de admirar el extraordinario disgusto de Tiraboschi, quando este filósofo habla alguna vez de

(a) Tom. 2. pag. 151.

(b) Tom. 2. pag. 105, 106.

si mismo: como si al tiempo que cuenta sus virtudes, no confesara tambien sus vicios, y fragilidades: como si cubriera sus defectos con el mentiroso velo de la hipocresía; y como si no los publicase con una laudable ingenuidad.

Quánto mas ha hecho el justificado filósofo Ciceron, para merecer este cargo del fausto, y vanagloria, y con todo, el autor de la historia literaria no se desazona de la arrogancia con que habla de sí, texiendose su propio panegirico con un orgullo repugnante. ¿Por ventura, ha encontrado este autor en Seneca aquel anhelo de ser aplaudido que se advierte en tantos lugares de los escritos de Ciceron? Veamos como se explica su modestia con Lucio Luceyo, quando éste escribia la historia de Roma. *Me consume, le dice, un deseo asombrado, y en mi concepto muy laudable de que quieras ilustrar mi nombre con la claridad de tus composiciones. Espero con ansia el gozar en vida de la grande satisfaccion de oir las alabanzas que me hagas. No es preciso que guardes el orden de los tiempos, sino que anticipes los sucesos, y hagas primero mencion de mis cosas. Ya que he empezado á pasar los límites de la modestia, es necesario vencer todos los reparos; y asi te pido que adornes mis acciones en mejor modo de lo que acaso corresponderá á su mérito, y que no mires á las leyes de la historia, sino al vínculo de nuestra amistad; la qual quisiera que pudiese contigo en esta materia algo mas que la verdad (a).*

(a) Lib. 5. Epist. 12.
Tom. I.

Así escribe el autor del Evangelio de la Ley natural (a), aconsejando á Luceyo, que falte á la verdad de la historia, y que sea un adulator declarado en la relacion de sus hechos. De este modo se abrasa en el fuego de la propia gloria este rígido filósofo, que reprehende en los otros como cosa muy vergonzosa el obrar bien por deseo de ser celebrado (b). Es constante que Seneca no llegó á tal extremo de presuncion y soberbia: ni se descubre en alguno de sus escritos, que perdiese enteramente la moderacion, y el respeto: pero esto no impide que el fausto de Seneca, y no el de Ciceron sea lo que mas disguste á Tiraboschi.

Aun la muerte misma de Seneca, prosigue este autor, nos ofrece otro nuevo testimonio de su soberbia, pues si parece digna de elogio la constancia con que la sufrió, me parece igualmente impropio de la modestia de un filósofo, el volverse á sus amigos, y dejarles como por herencia la memoria de sus virtudes (c). Por el contrario me atrevo á afirmar, que este pasage de las acusaciones nos presenta otro nuevo testimonio de la injusticia que hace á Seneca; porque no contento el Señor Abate con desacreditar su vida, quiere ahora despojarle de los elogios que ha merecido á todos los escritores, por la serenidad de ánimo con que sufrió la muerte.

No

(a) Aft. Lip. 1727. pag. 48.

(b) Tuscul. quæst. lib. 1.

(c) Tom. 2. pag. 151.

No le fué permitido hacer testamento, y por eso volviendose á sus amigos les dijo, penetrado de afecto, y gratitud, que no pudiendo dejarles otras pruebas de su amor, les dejaba lo mejor que tenia, que era la imagen de su vida. *Y esto les dijo*, escribe el P. Causino, *no por soberbia, sino con amor y sinceridad, y con autoridad casi de padre, que se despide por la última vez de sus hijos, encargandoles que le imiten en aquello que hubiere hecho de bueno. Así escribe San Pablo á sus discípulos: Sed imitadores míos (a).*

Estas últimas palabras de Seneca hacen ver claramente la falsedad de sus pretendidos delitos: porque si estaba manchado con todos los vicios, como quieren sus acusadores, no podian estar ocultos á sus amigos, y familiares: y si fué tan fino su artificio, que supo encubrir sus defectos, aun á los que le trataban mas de cerca, ¿cómo los conocieron sus enemigos, y los que vivieron despues de él, como Dion? Mas: si los amigos de Seneca sabian que era un hipócrita, que baxo el velo de aparentes virtudes ocultaba los vicios mas infames, no habian de reirse antes que llorar de ternura (b), al oír que un adúltero, un ingrato, un aváro, un ladrón, y un usurero les decia, lleno de amorosos afectos, que les dejaba sus virtudes como un don precioso?

Todas estas reflexiones me persuaden quan po-

(a) Corte Santa.

(b) Tacito Annal. lib. 15.

poca racon tiene Tiraboschi, para sospechar que Seneca era un hipócrita, que con capa de virtud encubria sobrados vicios, y para juzgarle tan digno de censura, como qualquiera de los que él mismo reprehende. No quiero persuadir que haya sido un hombre impecable, ni que deba colocarse sobre los altares: pero sí digo, que se debe proponer como un hombre honesto, dotado de una rectitud natural, y adornado de las virtudes morales, que enseña el buen uso de la razon. Este es el camino medio entre los dos extremos de panegirista, y censor de Seneca, y puntualmente el que no ha hallado Tiraboschi, ni ha creído que pudiera hallarse.

Encontró este camino Fabricio, quando en su Biblioteca discurre así: *yo no me persuado que Seneca fuera cristiano, pero tampoco le creo ateista: no le venero como santo, ni como angel, pero menos le tengo por hipócrita, que encubriera vicios infames. Miro á este filósofo como á un hombre de buen natural, que con el estudio de la filosofía estoica, y con la contemplacion de la providencia divina, supo en medio de la profusion, y bullicio de la corte de Roma, conocer la vanidad de la ambicion, y la necesidad de la avaricia, y de los placeres terrenos: hombre que no alteró su igualdad de vida, ni por las prosperidades, ni por las desgracias, y que llegó á considerar con heróica intrepidez la muerte: hombre en fin, que pudo gozar por mas tiempo sus honores, y aun la vida si hubiera querido conservar uno y otro, á costa de lisongear las desenfrenadas pasiones de Neron, y sus funestos designios contra la república.*

Per-

Perdoneseme esta apología, quizá sobrado larga, de Seneca, que me ha parecido debía hacer por el honor de un sugeto, que tanto ilustró la literatura Española, y tambien por dar una idéa del modo como escriben estos AA. modernos; quienes abrazan con demasiada voluntariedad toda ocasion de disminuir la fama de los literatos Españoles, que son las mismas palabras de que se vale Tiraboschi, contra los que han intentado disminuir la fama de algunos Italianos (*).

(*) Mucho convendria para vindicar á Seneca, y hacer manifestas las excelencias de este célebre filósofo, que no fuese tan raro el comentario que hizo á sus obras Erasmo Sixto, docto Médico Polaco, que publicó en Leopolo año 1627. en quarto, y es obra rarísima aun en Polonia.

DISERTACION CUARTA.

Sobre la pretendida causa de la corrupcion de la poesía Romana, despues de la muerte de Augusto.

Aquella misma Italia, que habia sido, y lo es actualmente, la madre, y la maestra de todas las naciones, en todo genero de literatura (a), muda de repente el buen gusto en poesía, y se deja llevar á ciegas de un muchacho de 23 años, versificador hueco, tan binchado, y tan presumido, que repugna fastidia, y de otro decidor de repente, pero sin naturalidad, cuyos versos se avergonzaria de leer en nuestros tiempos un buen poeta. Este retrato forma el Abate Tiraboschi de Lucano, y de Marcial, á quienes supone AA. de la corrupcion de la poesía Romana, despues de la muerte de Augusto. Pero esta docilidad se hace increíble en una capital como Roma, que era señora del universo, y que llamaba bárbaras á todas las naciones extrangeras, pretendiendo darles leyes, así en materia de literatura, como de gobierno. Los Romanos elevaron la poesía al mayor grado de perfeccion durante el imperio de Augusto; y si es cierto lo que dice un autor Italiano, de que en mate-

(a) Bianchini Apolog. de las Imprentas de Italia.

ria de poesía los Italianos han mantenido siempre con teson el partido que han abrazado una vez (a), no puede dejar de causar grande admiracion, que dos jóvenes extrangeros trastornasen de un golpe el gusto de la poesía Romana, y se hicieran sus maestros.

Por mas inverosimil que parezca este sistema, se ha de ceder á él antes que confesar que tuviera principio la corrupcion de la poesía en el privilegiado país de Italia; no obstante, á pesar de este privilegio, descubro muchas épocas de decadencia de la poesía en Italia, sin el menor influxo de otra causa extrangera, lo que no creo que se atreverá á negar el mismo autor, que con tanto zelo promueve las glorias de su nacion. Dante, dice el Abate Betineli, hizo mudar de semblante con sus versos el gusto universal::: fué el primero á quien se debe el mérito de haber elevado, y hermoseado la poesía: pero en verdad no tuvo sucesores que supiesen imitarle (b). ¿Y quiénes fueron estos sucesores, que no supieron imitarle? todos fueron Italianos::: siguióse á él formando nueva época el Petrarca, que habiendo pasado á Francia, le halló en la Provenza exemplo, y estimulo á sus poesías::: despues de una época tan gloriosa, todos creerán que baria admirables progresos la poesía Italiana: mas no fué así, porque la era que siguió á la del Petrarca degeneró totalmente::: Hubo muchos imitadores del Petrarca, pero todos lo tro-

(a) Carta 7. de Virg. á los Arcad.

(b) Betin. Restaur. parte 2. pag. 89.

baron barbaramente. Los *AA.* principales de este gusto depravado fueron Antonio Tibaldeo, Serafin Aquilano, Antonio Cornazaro, Cei, y Nocturno (a) (todos Italianos.) Apareció *el Taso*, y con él el suspirado Virgilio, pero luego alteró de nuevo Marini la poesía Toscana con su extragado gusto (b).

Luego si en todas estas épocas no bastó á Italia aquel privilegio del buen gusto, para impedir que salieran de su seno imitadores indignos de Dante, del Petrarca, y del Taso: sino fué necesario enviar á buscar poetas á España, ni á otras provincias extrangeras para que se viera degenerar totalmente el buen gusto, arruinar los mejores poetas, por querer imitarlos, y echar á perder toda la poesía Toscana, bien podremos presumir con bastante fundamento, que tambien Roma, la antigua, produciria por sí malos imitadores de Catulo, y de Virgilio, que con su mal gusto viciarían la poesía despues de la muerte del citado Emperador, sin que sea necesario llamar poetas Españoles, para atribuirles la causa de este estrago.

En efecto, hubo en Roma antes de Lucano, y Marcial, otros Tibaldeos, Aquilanos, y Marinis, que copiaron barbaramente á los poetas del siglo de oro, y dañaron con su mal gusto á los ingenios sublimes que España envió á Roma; los que no fueron sin duda los que causaron la ruina de la poesía Romana, despues de la muerte de Augusto.

(a) Pag. 100. (b) Pag. 114.

Decadencia de la poesía Romana anterior á Lucano, y Marcial.

Asi como la eloqüencia, que llegó á su mayor colmo en tiempo de Ciceron, comenzó á decaer en tiempo de Augusto :::: asi tambien la poesía fué perdiendo despues del reynado de dicho Emperador (a). Y como los Senecas fueron los que hicieron mayor daño á la eloqüencia Romana, Lucano, y Marcial lo causaron á la poesía (b). Por estas explicaciones del Abate Tiraboschi, se infiere, que España fué el unico manantial inficionado de donde dimanó la corrupcion de la literatura Romana, despues de la época de Augusto.

Mas yo pretendo con graves fundamentos, que es una preocupacion atribuir la culpa del perverso gusto, que se introdujo entonces en la poesía Romana á Lucano, ni á Marcial. Vemos que el Señor Abate establece la decadencia de la poesía despues de Augusto, y la de la eloqüencia despues de Ciceron. Este ensalzó la eloqüencia hasta lo sumo, pero en su tiempo ya empezó á perder, y sucesivamente fué caminando siempre á su ruina, conforme hemos dicho anteriormente.

(a) Tom. 2. cap. 2. pag. 47.

(b) Tom. 2. Disert. prelim.

baron barbaramente. Los *AA.* principales de este gusto depravado fueron Antonio Tibaldeo, Serafin Aquilano, Antonio Cornazaro, Cei, y Nocturno (a) (todos Italianos.) Apareció *el Taso*, y con él el suspirado Virgilio, pero luego alteró de nuevo Marini la poesía Toscana con su extragado gusto (b).

Luego si en todas estas épocas no bastó á Italia aquel privilegio del buen gusto, para impedir que salieran de su seno imitadores indignos de Dante, del Petrarca, y del Taso: sino fué necesario enviar á buscar poetas á España, ni á otras provincias extrangeras para que se viera degenerar totalmente el buen gusto, arruinar los mejores poetas, por querer imitarlos, y echar á perder toda la poesía Toscana, bien podremos presumir con bastante fundamento, que tambien Roma, la antigua, produciria por sí malos imitadores de Catulo, y de Virgilio, que con su mal gusto viciarían la poesía despues de la muerte del citado Emperador, sin que sea necesario llamar poetas Españoles, para atribuirles la causa de este estrago.

En efecto, hubo en Roma antes de Lucano, y Marcial, otros Tibaldeos, Aquilanos, y Marinis, que copiaron barbaramente á los poetas del siglo de oro, y dañaron con su mal gusto á los ingenios sublimes que España envió á Roma; los que no fueron sin duda los que causaron la ruina de la poesía Romana, despues de la muerte de Augusto.

(a) Pag. 100. (b) Pag. 114.

Decadencia de la poesía Romana anterior á Lucano, y Marcial.

Asi como la eloqüencia, que llegó á su mayor colmo en tiempo de Ciceron, comenzó á decaer en tiempo de Augusto :::: asi tambien la poesía fué perdiendo despues del reynado de dicho Emperador (a). Y como los Senecas fueron los que hicieron mayor daño á la eloqüencia Romana, Lucano, y Marcial lo causaron á la poesía (b). Por estas explicaciones del Abate Tiraboschi, se infiere, que España fué el unico manantial inficionado de donde dimanó la corrupcion de la literatura Romana, despues de la época de Augusto.

Mas yo pretendo con graves fundamentos, que es una preocupacion atribuir la culpa del perverso gusto, que se introdujo entonces en la poesía Romana á Lucano, ni á Marcial. Vemos que el Señor Abate establece la decadencia de la poesía despues de Augusto, y la de la eloqüencia despues de Ciceron. Este ensalzó la eloqüencia hasta lo sumo, pero en su tiempo ya empezó á perder, y sucesivamente fué caminando siempre á su ruina, conforme hemos dicho anteriormente.

(a) Tom. 2. cap. 2. pag. 47.

(b) Tom. 2. Disert. prelim.

te: mostrando tambien que los AA. principales de la corrupcion, ó fueron contemporaneos, ó muy inmediatos á Ciceron; porque Asinio Pollion, Mecenas, Cestio, y otros varios retóricos nombrados, florecieron en los primeros años de Augusto.

Lo mismo sucedió con la poesía. Catulo, Horacio, y Virgilio elevaron las musas Romanas al mayor grado de perfeccion, que forma la época gloriosa del Imperio de Augusto; pero ya en su tiempo perdió sobrado de su lustre el candor Catuliano, y Virgiliano, y desde entonces se fué desfigurando la poesía. Por tanto, es preciso buscar los AA. de este estrago en los últimos años del citado Emperador, y en la era próxima á su muerte: mas esto no convenia á Tiraboschi, porque en esa ocasion no habia en Roma poetas Españoles á quienes atribuirlo, y así ha tomado el partido de saltar desde Catulo, á Marcial, y desde Lucano, á Virgilio, como habia hecho antes con los oradores.

Así debia hacerse para mantener á Italia el privilegio de que no ha podido nunca inficionarse la poesía. Lucano, dice el expresado autor, es el primero que vemos desviarse del buen camino (a). Lucano, y Marcial quisieron, segun se infiere de sus mismas obras, adelantarse á Catulo, y Virgilio, y su exemplo se siguió ciegamente (b). Ya tenemos aqui

(a) Tom. 2. cap. 2.

(b) Tom. 2. Disert. prelim.

aqui los AA. del trastorno lastimoso de la poesía Romana. Pero si esto es verdad, ¿por qué señala como época de la decadencia la muerte de Augusto? Acaso florecieron en Roma Lucano, y Marcial en tiempo de Tiberio, de Caligula, y de Claudio, ó vieron éstos que se siguiese ciegamente el exemplo de aquellos? Si Lucano es el primero que se desvió del buen camino, es consiguiente que todos los poetas que vivieron durante estos tres Emperadores nombrados, siguieron rectamente el mismo que Catulo, y Virgilio; ó para decirlo mas claro, que todos los poetas que hubo por espacio de quarenta años fueron insignes, y escogidos. Luego no debe señalarse la muerte de Augusto por época de la ruina de la buena poesía.

Para manifestar con mas claridad lo inútiles que son los esfuerzos que hace Tiraboschi por convencer reos del mal gusto á Lucano, y Marcial, examinemos con fundamento las fechas de ambos poetas. Lucano murió el año 65 de la era cristiana, y á los 27 de su edad; compuso la Pharsalia tres ó quatro años antes de su muerte, es decir, el año 61, ó 62 de Christo. Augusto falleció el año 14 de la era cristiana; esto es, quarenta y seis años antes que Lucano se hiciera célebre en Roma con su poema. Marcial fué á Roma el año 64, ó 65 de Christo, y tardó algunos en hacerse famoso con sus epigramas. Con que desde el fin del Imperio de Augusto, hasta la época de Marcial, mediaron por lo menos cinquenta años. Cómo nos ha de persuadir el autor de

de la historia literaria, que la ruina de la poesía fué la muerte de este Emperador? y mucho menos atribuirle á los dos mencionados poetas, habiendo tardado desde este tiempo quarenta, ó cinquenta años á tener crédito en Roma? lo que vemos es, que quando se fixa la decadencia de la poesía Italiana á los fines del siglo XVI, no se busca por autor de ella á algun poeta que floreció quarenta años despues, sino á Marini, que vivió á fines de dicho siglo, y principios del XVII.

Otra prueba mas. Quiere Tiraboschi que Lucano, y Marcial hayan sido los primeros, que deseando hacerse superiores á Virgilio, y Catulo, abandonaron el camino recto señalado por estos ilustres poetas. Virgilio murió el año 735 de Roma, ó diez y siete, ó diez y nueve años antes de la era cristiana. Desde su muerte, hasta la Pharsalia de Lucano, compuesta el año 62 de Christo, hubo un intervalo de ochenta años, con que es forzoso decir, que todos los poetas epicos que hubo en ese largo espacio, siguieron el gusto, y las huellas del Príncipe de la poesía Romana. Catulo murió el año 707, ó 708 de Roma, quarenta y cinco, ó quarenta y seis años antes de la era cristiana. Marcial fué á Roma el año 46 de Christo; por consiguiente, pasaron desde la muerte de Catulo, hasta el tiempo de Marcial, no menos que ciento y diez años; que es lo mismo que decir, que en mas de un siglo ninguno de los poetas epigramatistas se apartó de las buenas reglas de Catulo.

Es preciso que así discurra el Señor Abate,
pa-

para dar á entender á sus lectores, que dichos Lucano, y Marcial fueron los primeros que se separaron del escogido gusto de Catulo, y Virgilio; pero tambien le será indispensable confesar, que en aquel largo tiempo, ó no hubo poetas en Roma, ó si los hubo escribieron todos ajustados á las leyes de estos dos hombres insignes; de manera, que ninguno antes de Lucano abandonase el camino recto de la poesía. Yo no encuentro otro medio para salvar la verdad, y justicia de la sentencia fulminada contra este poeta Español, condenado como caudillo de los que se extraviaron del buen gusto de la poesía. ¿Y cuál de estos dos partidos abrazará? Dirá acaso que desde Catulo á Marcial, desde Virgilio á Lucano, ó á lo menos desde la muerte de Augusto, hasta estos poetas Españoles, no hubo poetas en Roma? eso no, antes afirma lo contrario, diciendo: *el siglo de Augusto habia sido el siglo de los poetas: y así, manteniéndose aún despues de su muerte aquel ardor por los estudios que se habia excitado en su tiempo, se cultivó la poesía con preferencia á todo genero de literatura (a).* Y hablando en otro lugar del siglo posterior á la muerte de Augusto, dice: *No fué inferior este siglo al de Augusto en el número de poetas: y aun si damos crédito á los escritores de aquella edad, parece que jamas ha habido tantos. La prodigalidad de Augusto, y de Mecenas persuadió á los Romanos, que uno de los medios mas seguros para ser felices era hacer versos (b).* Con

(a) Tom. 2. lib. 1. pag. 47.

(b) Tom. 2. pag. 81.

Con que será preciso tomar el otro partido, y decir que en los quarenta años que mediaron entre la muerte de Augusto, Lucano y Marcial se cultivó en Roma la poesía conforme al gusto de Catulo, y Virgilio, sin que ninguno de los muchos poetas que florecieron entonces siguiese otro rumbo distinto. Pero cómo compondremos esto con la época señalada para la decadencia de la poesía? Vamos adelante. Hemos visto que jamas hubo tantos poetas en Roma como desde el fallecimiento de dicho Emperador, porque se creía que el hacer versos era el camino mas corto para ser venturoso. *Lucano es el primero que se desvia del buen camino*, luego todo aquel portentoso número de poetas que cultivaron la poesía desde el fin de Augusto hasta él, siguieron el bueno: luego estos poetas ocuparon distinguido lugar en la historia de Italia: pero es el caso, que si no se hace alguna adición á la escrita por Tiraboschi, quedará sepultada, y olvidada la gloria de tantos hombres insignes; pues siendo así que no se ha desdeñado este elegante escritor de hacer mención de Lucano, y Marcial, poetas Españoles, *y que causaron el mayor daño á la poesía Romana*, no hace la mas minima de tantos Italianos que por espacio de cincuenta años la cultivaron con lustre.

Empieza el Señor Abate la historia de los poetas posteriores á la muerte de Augusto, dando el primer lugar á Germanico, que correspondia mejor que lo tuviese entre los poetas contemporaneos de este Emperador, pues en su tiempo publicó sus poesías, y solamente sobrevivió seis años

años á Augusto. No basta decir que murió gobernando Tiberio, porque lo mismo sucedió á Ovidio, y con todo le cuenta entre los poetas del siglo de Augusto. Despues de Germanico no se cita ya otro que á Lucano, dejando un hueco de quarenta años, en cuyo tiempo *se cultivó la poesía con preferencia á todo genero de literatura*.

Esto debia hacer el autor para salir con su sistema, disponiendo de modo la historia literaria, que el primero que se apartase del buen camino fuese Lucano. Conducta semejante á la que ha observado con los oradores, para que los primeros que viciasen la eloquencia fueran los Senecas. Pero es pretender demasiado de los lectores, si éstos han de creer sin reflexion, que por espacio de quarenta años, en que hubo tanto número de poetas, ninguno se apartó de las reglas de Catulo, y Virgilio: no obstante, que escribiendo de proposito la historia de la poesía de aquellos tiempos con suma erudicion, y puntualidad, y con eficaz deseo de ensalzar la gloria literaria de Italia, no se nombran en ella esos poetas insignes.

Puede ser que se nos responda, que con el tiempo se han perdido sus obras, lo qual no impide haberse conservado la memoria de sus AA. Será posible que de tantas obras poeticas como se habian de escribir necesariamente en el discurso de quarenta años, en que fué grande el número de los poetas, no se haya conservado ninguna, ni aun la noticia de si estaban escritas con buen gusto? No sería de extrañar que algunas se hubieran extraviado ú perdido, como sucede con

las de otra clase; pero pretender que esta desgracia la hayan experimentado todas las obras poéticas del expresado tiempo, habiendose salvado las de los años antecedentes, y posteriores, es pretender una credulidad ciega.

Por el contrario, qualquiera sugeto imparcial deberá inferir el ningún mérito de las obras de aquellos poetas, por la razon de que han sido olvidadas hasta de los AA. antiguos. Tiraboschi deduce prudentemente el corto mérito de los versos de Ciceron, contra los que quieren suponerlo gran poeta; y se funda en esto, *que ninguno de los AA. antiguos ha hablado de Ciceron como de buen poeta, ni se ha tenido mucho cuidado en copiar, y guardar sus versos* (a). Es indubitable, que á pesar del tiempo, que todo lo destruye, se han salvado muchas obras antiguas muy apreciables, porque su misma excelencia hizo que se multiplicasen las copias. En verdad, que en tiempo de Augusto no florecieron solo los Horacios, los Virgilio, los Tibulos, los Propercios, y los Ovidios, porque su proteccion, y la de Mecenas, ácia los poetas, era un medio eficaz de aumentarlos. Y qué obras son las que han vencido contra tantos siglos? Las mejores de aquella edad; lo qual no puede ser efecto del acaso, sino premio del mérito que contenian, que obligó á multiplicar los exemplares, y conservarlos con el mayor esmero. Por tanto, no se hace creible, que si hubiera habido otros poetas superiores, ó

(a) Tom. I. pag. 135.

iguales á Virgilio, y á Horacio, no se hubieran mantenido del mismo modo sus obras, y sus nombres.

Lo mismo podemos pensar nosotros de los poetas inmediatos á la muerte de Augusto, puesto que en el término de quarenta años no se nombra sino á Lucano; pudiendo añadir, que llegó á tal punto de decadencia la poesia Romana con la muerte de aquel Emperador, que en un número tan considerable de poetas Romanos, no hubo uno cuyo mérito obligase á guardar sus poesías, ó á lo menos la noticia de su fama. Lo propio aconteció á tantos retóricos, muerto Ciceron, de los quales, apenas quedaria memoria si se hubieran perdido los libros de Seneca, que es en donde se halla el catalogo de los que viciaron la eloquencia Romana. Si hubiera hecho otro tanto alguno de los poetas, podriamos demostrar con mas facilidad el agravio que se hace á Lucano.

Tambien se encuentra en Seneca noticia de algunos poetas, y por ella se puede inferir el mérito de los otros. Nombra á Pedon Albino-vano, poeta epico, que floreció en tiempo de Augusto, y de Tiberio, y para dar á conocer el gusto de sus poesías, traslada algunos versos del poema que compuso sobre la navegacion de Germanico. Pondré estos para muestra.

*Jam pridem post terga diem, selemque relictum,
Jam pridem notis extorres finibus orbis
Per non concessas audaces ira tenebras,
Hesperii metas, extremaque littora mundi,*
Tom. I. N 3 Nunc

*Nunc illum pigris immania monstra sub undis.
Qui ferat Oceanum, qui sæbas undique pristis.
Æquoreosque canes ratibus consurgere prensis (a).*

Igualmente oscuros é hinchados son los demas versos que trae Seneca. Pedon vivió como hemos dicho en la era de Augusto. Quintiliano le nombra entre los poetas epicos. Ovidio le aplaude como poeta divino, *sidereusque Peto (b)*, y Marcial le cuenta por poeta epigramatista (c). Todos estos testimonios de los antiguos no han servido para que el autor de la historia literaria de Italia hiciese honrosa mencion, dandonos una idea de su mérito en la poesia epica. Yo creo que si volviese al mundo, se quejaria de que han logrado mas los poetas Españoles, sin embargo de haber corrompido la poesia Romana. Mas con misterio se ha omitido el mérito de este poeta, y no se le ha nombrado mas que de paso.

Era preciso que pareciese Lucano el primero que dejó la buena senda de la poesia, y esto no podia hacerse si habia otro poeta, que habia delinquido en este punto antes que él. Pero los versos epicos que acabamos de citar de Pedon, son por el gusto de los de Virgilio? podrá decirse que son mas hinchados, y oscuros los de

Lu-

(a) Sen. Suas. I.

(b) Eleg. ult. lib. 4. de Pento.

(c) Lib. 2. Ep. 77.

Lucano? confesemos, pues, que asi como la eloquencia empezó á decaer en los últimos años de Ciceron, y la poesia Toscana en los últimos del Taso; del mismo modo perdió mucho la poesia Romana de su pureza, y hermosura desde los últimos años de Virgilio, ó poco despues de su muerte, sin ser necesario saltar ochenta años desde éste hasta Lucano, para encontrar el primer extravio.

Fué Ovidio coetaneo, y amigo de Pedon. Este ingenioso poeta, sin embargo de las excelencias poeticas que reconoce en él Tiraboschi, y que yo no le niego, es de los primeros que contribuyeron á estragar el buen gusto de la poesia; siendo tanto mas culpable en esto, quanto tenia un ingenio singular, y un numen poetico, que segun su propia confesion, con una fuerza innata le separó de los demas estudios, por dedicarle todo á las musas. Pero asi los antiguos como los modernos, y entre éstos Tiraboschi, hallan en Ovidio bastantes defectos, que acreditan estuvo muy distante de imitar los buenos originales que tuvo á la vista en el Imperio de Augusto.

Marco An. Seneca, que conoció á Ovidio en Roma, advierte que su estilo es poco culto, y que se deja llevar demasiado de su ingenio; defectos que él mismo conocia, segun Seneca, y que no tuvo resolucion para corregirlos: *verbis, dice Seneca, minime licenter usus est, nisi in carminibus, in quibus non ignoravit vitia sua, sed amavit :: Ex quo apparet summi ingenii viro judicium non defuisse ad componendam licentiam carminum suo-*

rum, sed animum (a). Seneca, el filósofo, nota con finisima crítica, que este poeta falta al decoro de la materia que trata en la descripción del diluvio, donde después de aquellas expresiones sublimes, *omnia pontus erat; deerant quoque littora ponto*, cae en las menudencias pueriles: *Nat lupus inter oves; fulvos vebit unda leones* (b). También Quintiliano le reprehende la demasiada licencia de sus versos, y el dejarse llevar de su ingenio, y así dice: que solo es digno de alabanza por algunas cosas buenas que tiene: *lascivus in heroicis quoque Ovidius, & nimium amator ingenii sui: laudandus tamen in partibus* (c). De esta suerte se explican los antiguos en orden á las bellezas, y defectos de Ovidio en quanto poeta.

Tampoco se apartan de este sentir los críticos modernos. El P. Rapin (d) atribuye á Ovidio la invención del mal gusto en los epítetos extravagantes; y también cree, que en sus poesías, en particular las tristes, se excede en el uso de las comparaciones, cuyo defecto está denotando que no había madurado aun el juicio del poeta. El P. Briet (e), dice: que Ovidio está muy distante del gusto de Virgilio. Del mismo dictamen son Pedro

(a) Lib. 2. Controv. 10.

(b) Natur. Quæst. lib. 3. cap. 27.

(c) Lib. 10.

(d) Comparacion entre Homero, y Virgilio cap. 10. y 11.

(e) De Poet. Lat. Lib. 2. pag. 24.

dro Vitorio, Mureto, Escriverio, Vavaso, Buchero, y Barthio, como espresa Moroffio. Pero lo que hace mas á nuestro intento es, que el mismo Tiraboschi confiesa, que con razon se imputan dos defectos á Ovidio; uno la poca cultura en las expresiones, otro el extremado refinamiento. Se abandona á su ingenio, sigue los vuelos, y por seguirlos pierde á las veces el camino que le señala la naturaleza (a).

Hablando claro: un poeta de poca cultura en las expresiones; de extremado refinamiento. Un poeta, que por seguir los vuelos de su fantasía abandona el camino que le señala la naturaleza. Un poeta, que cae en rimiedades pueriles — autor del mal gusto en los epítetos extravagantes — y defectuoso en el uso inmoderado de las comparaciones; ¿seguirá este el camino recto que enseñaron Catulo, Virgilio, y Horacio? no es esto extraviarse manifiestamente? Si quarenta años antes de Lucano vemos en Ovidio todos estos defectos, con qué razon se dice, que el Español fué el primero que se apartó del buen camino?

Pero Ovidio, dice nuestro historiador, tiene mil gracias, y primores, muchas, y bellas pinturas. Sería tal vez el mejor de los poetas, si como advirtió discretamente Quintiliano, hubiera querido mas moderar su ingenio, que dexarse llevar de él. Sea así. Concedo, y admiro en Ovidio todas estas prendas singulares; mas no bastan á disculparle de

(a) Tom. 1. pag. 167.

de haber sido de los primeros que se separaron del camino recto. Marini tiene tambien mil gracias, y primores, y es fecundo en muchas, y bellas pinturas. Los que han escrito sobre la poesía Italiana, convienen en que sería tal vez el mejor de los poetas Italianos, si en lugar de dexarse arrebatar de la corriente de su ingenio, hubiera estudiado en moderarle. Sin embargo de esto, Marini fué el principal autor del mal gusto, que trastornó la poesía Toscana. Luego no será extraño contar á Ovidio entre los primeros que echaron á perder la poesía Romana, no obstante sus prendas poeticas.

No fueron estos poetas los unicos de aquellos tiempos, en quienes se conoce la decadencia del gusto escogido. Otros hubo que fueron Manilio, Cornelio Severo, y Marso. De Manilio dice Tiraboschi, *que su estilo no es digno por cierto de compararse con el de los buenos poetas del siglo de Augusto*. Esto mismo ha hecho creer á algunos, entre ellos á Vosio (a), que no floreció en tiempo de este Príncipe, como se supone generalmente, sino en el de Teodosio. Cornelio Severo fué imitador suyo, en concepto de Juan de Clerc (b). Suyo es el poema del Etna, que algunos han atribuido á Virgilio, pero en el dia son pocos los que dudan de su verdadero autor (c). No es mes-

(a) De Poet. Lat. cap. 2.

(b) Ad Etna pag. 90.

(c) Fabricio tom. 1. pag. 251.

nester mas que leerlo para conocer que no es obra correspondiente al Príncipe de los poetas. Quintiliano alaba á Severo, bien que diciendo al mismo tiempo, *que es mas versificador que poeta* (a). Dió principio á un poema con el título de *bello Siculo*, pero si la descripcion del etna que tenemos era parte de éste, como presume Nicolás Fabro (b), se deja conocer que Severo no solo fué muy inferior á Virgilio en la poesía épica, mas tambien á Lucano. Sin duda que la *Amazonide* de Marso no estaba escrita con mejor gusto, quando Marcial habla con tanto desprecio:

*Sæpius in libro memoratur Persius uno,
Quam Levis in tota Marsus Amazonide.*

De los defectos de estos poetas, que vivieron en los últimos años de Augusto, se podrá deducir muy bien quanto mas viciados, y remotos de la buena poesía estarían otros muchos que la cultivaron muerto este Emperador: mayormente si se atiende á lo que dice el Abate Betineli, *que la experiencia, y la razon enseñan constantemente, que á la perfección se camina á paso lento, y con grandes dificultades, pero á la decadencia con impetu acelerado* (c). Y supuesto que en el fin del imperio de Augusto comenzó ya á decaer la poesía,

(a) Lib. 10.

(b) In Suas. 2.

(c) Restaur. part. 2. pag. 148.

poesía, es muy natural que estubiese enteramente viciada en los tiempos de Tiberio, de Caligula, y de Claudio, y antes del Español Lucano; de quien con mas fundamento se dirá, que resucitó las musas latinas, que no que les causó el mayor perjuicio.

§. II.

No fueron ni Lucano, ni Marcial los que causaron el mayor daño á la poesía Romana.

El origen, y propagacion de la decadencia de la poesía, que acabamos de referir fielmente, debia ser suficiente para vindicar á los dos Españoles, Lucano, y Marcial, de la injusta nota de primeros corrompedores de la poesía Latina, sino tubieran tanta fuerza las preocupaciones aun con los escritores acreditados. Esto se ve en el autor de la historia literaria, que sin embargo que no puede ignorar el trastorno que padeció la poesía en la época anterior á Lucano, y Marcial, los acusa con todo de que *fueron los que causaron el mayor daño (a)*. Cargo tanto mas ofensivo, quanto mas claramente se prueba, que mantuvieron estos Españoles el honor de la poesía Romana en la era que sucedió á Augusto.

No se podrá negar, que el plazo de quarenta

(a) Tom. 2. Disert. prelim.

ó cincuenta años es suficientísimo para causar época en las letras. En efecto, no duró mas la época gloriosa de la eloquencia Romana en tiempo de Ciceron, y lo mismo aconteció en la de la poesía durante el Imperio de Augusto. Pues digo lo propio tocante á la decadencia. La que tanto se grita sucedida en el siglo XVI, no pasó casi de cincuenta años, puesto que á mediados del XVII. comenzó ya á renacer el buen gusto. En esta inteligencia, soy de sentir, que la época de total decadencia de la poesía, fué el espacio de cincuenta años, que corrieron desde los últimos de Augusto, hasta Lucano, y Marcial. Hemos visto, que durante su imperio empezó ya á perder, y que pasaron cincuenta años sin que hubiera en Roma entre un crecido número de poetas, ninguno cuyo mérito nos haya conservado sus obras, ni aun su nombre.

En el tiempo de esta suma decadencia llegaron á Roma los dos Españoles Lucano, y Marcial, los quales confiesa Tiraboschi, que *fueron los mejores poetas de su siglo*. Esta se puede considerar la era de la restauracion de la poesía latina, inferior sin duda á la dichosa de Augusto, pero superior á la de los cincuenta años referidos, y tambien á la que se siguió á la muerte de Trajano. Entonces tuvo Roma á Lucano, Marcial, Silio Italico, Persio, Juvenal, Estacio, y otros, que si no igualaron á Horacio, y á Virgilio, excedieron en mucho el desconocido mérito de la inmensa turba de poetas que hubo desde el fallecimiento de Augusto hasta su tiempo,

poesía, es muy natural que estubiese enteramente viciada en los tiempos de Tiberio, de Caligula, y de Claudio, y antes del Español Lucano; de quien con mas fundamento se dirá, que resucitó las musas latinas, que no que les causó el mayor perjuicio.

§. II.

No fueron ni Lucano, ni Marcial los que causaron el mayor daño á la poesía Romana.

El origen, y propagacion de la decadencia de la poesía, que acabamos de referir fielmente, debia ser suficiente para vindicar á los dos Españoles, Lucano, y Marcial, de la injusta nota de primeros corrompedores de la poesía Latina, sino tubieran tanta fuerza las preocupaciones aun con los escritores acreditados. Esto se ve en el autor de la historia literaria, que sin embargo que no puede ignorar el trastorno que padeció la poesía en la época anterior á Lucano, y Marcial, los acusa con todo de que *fueron los que causaron el mayor daño (a)*. Cargo tanto mas ofensivo, quanto mas claramente se prueba, que mantuvieron estos Españoles el honor de la poesía Romana en la era que sucedió á Augusto.

No se podrá negar, que el plazo de quarenta

(a) Tom. 2. Disert. prelim.

ó cincuenta años es suficientísimo para causar época en las letras. En efecto, no duró mas la época gloriosa de la eloquencia Romana en tiempo de Ciceron, y lo mismo aconteció en la de la poesía durante el Imperio de Augusto. Pues digo lo propio tocante á la decadencia. La que tanto se grita sucedida en el siglo XVI, no pasó casi de cincuenta años, puesto que á mediados del XVII. comenzó ya á renacer el buen gusto. En esta inteligencia, soy de sentir, que la época de total decadencia de la poesía, fué el espacio de cincuenta años, que corrieron desde los últimos de Augusto, hasta Lucano, y Marcial. Hemos visto, que durante su imperio empezó ya á perder, y que pasaron cincuenta años sin que hubiera en Roma entre un crecido número de poetas, ninguno cuyo mérito nos haya conservado sus obras, ni aun su nombre.

En el tiempo de esta suma decadencia llegaron á Roma los dos Españoles Lucano, y Marcial, los quales confiesa Tiraboschi, que *fueron los mejores poetas de su siglo*. Esta se puede considerar la era de la restauracion de la poesía latina, inferior sin duda á la dichosa de Augusto, pero superior á la de los cincuenta años referidos, y tambien á la que se siguió á la muerte de Trajano. Entonces tuvo Roma á Lucano, Marcial, Silio Italico, Persio, Juvenal, Estacio, y otros, que si no igualaron á Horacio, y á Virgilio, excedieron en mucho el desconocido mérito de la inmensa turba de poetas que hubo desde el fallecimiento de Augusto hasta su tiempo,

y la fama de los que les siguieron inmediatamente. Hablando Tiraboschi de la poesía, despues de la muerte de Adriano, escribe: *Tambien en esta época hubo poëtas, pero muy inferiores en número, y calidad, no solo á los del siglo de Augusto, sino á los que vivieron en el siguiente.*

Pregunto: no será mas razon decir que hicieron mayor daño los que en la era de Augusto comenzaron á desviarse del camino recto, y los que por espacio de cinquenta años conduxeron la poesía á una decadencia suma, que no aquellos Españoles, que criandose en Roma en el centro de tanta corrupcion, fueron no obstante los mejores que se vieron despues del siglo de oro? el haber sido inferiores á los Príncipes de la poesía Romana, no basta para disminuir la fama de nuestros poëtas, una vez que todas las épocas de la literatura comprueban, que despues de su ruina ó trastorno, es lento y dificultoso el restablecimiento á la perfeccion. Sirvales para su gloria que haya habido críticos delicados en materia de poesía, que descubran en Lucano primores parecidos á los de Virgilio, y en Marcial gracias superiores á las de Catulo. No pretendo tanto, contentándome con la confesion que hace el Señor Abate, de que fueron los mejores poëtas de su tiempo, y superiores á los que les sucedieron; aunque no tan excelentes como Catulo, Horacio, y Virgilio: talentos portentosos, que no ha producido otros semejantes la privilegiada Italia, que hace en esto ventaja á todas las naciones, menos á la Griega.

Pero Lucano, y Marcial, añade Tiraboschi, quisieron adelantarse á Catulo, y Virgilio, como se conoce de sus mismos versos, y en esto hicieron el mayor daño, porque su exemplo fué seguido ciegamente. ¿Y por qué no diremos que Lucano, y Marcial siguieron en esto el exemplo de sus antecesores, que fueron los que empezaron á corromper la poesía? El mismo autor establece por regla, que la corrupcion del buen gusto en materia de literatura, procede de la ambicion de aquellos que sucediendo á los buenos AA. quieren pasarles adelante. Luego si antes de nuestros dos Españoles, y por espacio de cinquenta años, fué decayendo el gusto de la poesía, será preciso confesar, que los primeros corrompedores Pedon, Cornelio Severo, Ovidio, y la demas multitud de poëtas que se siguieron, intentaron adelantarse á Virgilio, Horacio, y Catulo, y que por consiguiente causaron el mayor daño, porque Lucano, y Marcial los imitaron ciegamente.

Aun hay mas. Aulo Persio nació antes que Lucano, vivió mas años que éste, y murió primero, pues su muerte sucedió el año 62 de Christo, siendo de edad de veinte y ocho, ó veinte y nueve años. Tiraboschi nota en Persio el defecto de querer aventajarse á los poëtas del siglo de oro: *Persio es viciosamente obscuro é inferior á Horacio, porque quiso ser mejor (a), con que pudiera con mucha razon atribuir á éste la primera causa de la*

(a) Tom. 2. pag. 71.

daño; añadiendo que Lucano siguió ciegamente su exemplo, ya que en otra parte nos dice que este Español se asombraba tanto de oírlo, que casi no podía contener sus aplausos. También podría aumentar que le imitó en la hinchazón del estilo, y que por ello le critica Rapin (a). Mas no lo ha hecho, porque convenia que fuese Lucano el primero que se apartó del camino recto, por querer aventajarse á Virgilio. Celebraría que el Señor Abate nos dixese en qué versos de Lucano se vé claramente su deseo de la preferencia á Virgilio. Es verdad que pondera la hinchazón con que estudia en engrandecerse; pero antes que él pecaron sin duda en lo mismo Pedon, Cornelio Severo, y Persio, y otros de los poetas Romanos: á los quales reprehende Persio en la sátira primera, trayendo por exemplo estos retumbantes versos:

*Torva Mimallones implerunt cornua
bombis, &c.*

Desde el tiempo de Catulo, era ya comun este defecto en los poetas. Este mismo llama á Antimaco poeta hinchado (b). Mas esta hinchazón no basta para manifestar claramente la necia ambición de adelantarse á Virgilio. Se dirá acaso, que esto se infiere de aquellos versos de Lucano, en que se jacta de que en tanto que dure la fama de Ho-

(a) Reflex. sob. la poes. pag. 81.

(b) Epigram. de Cinnae poemat.

Homero, sus obras serán también leídas::: Que si pharsalia vivirá eternamente, y no será nunca olvidada. Pero ya se sabe que este lenguaje es peculiar de todos los poetas arrebatados de su entusiasmo. Oigamos sobre este punto al Abate Bettinelli: De aquí viene, con efecto, aquel lenguaje, poco acostumbrado, de presagios, de vaticinios, y de soberanía sobre las cosas y los tiempos; las alabanzas que se dan á sí propios, la fama inmortal para sus obras, gravada en monumentos mas duraderos que las columnas, y los bronce; cuyas frases en el estilo comun serian dignas de reprehension, y de risa. Pero nosotros mismos les hemos permitido este idioma, estimandole por un noble orgullo de gente mayor que nosotros (a).

Y si con todo lo dicho pretende Tiraboschi hacer cargo á Lucano por el noble orgullo, y ambición sobervia, lo habrá de hacer igualmente á Ovidio, diciendo, que de sus versos se infiere á las claras que quiere anteponerse á Virgilio, porque en verdad, no son mas modestas las expresiones con que pronostica la inmortalidad de sus libros de las Metamorfosis.

*Jamque opus exegi, quod nec Jovis ira, nec ignis
Nec poterit ferrum, nec edax abolere vetustas* (b)
Imitó pues Lucano el exemplo de Ovidio, y de Per-

(a) Entusiasmo pag. 63.

(b) Metamorf. lib. 15.

Persio, debiendo por tanto ser estos reprehendidos como los primeros que quisieron adelantarse á los otros poetas mejores, ocasionando de este modo gravísimo perjuicio á la poesía Romana.

No tiene mayor fundamento el citado autor, para asegurar que Marcial quiso aventajarse á Catulo, y que esto se conoce patentemente de sus versos. Parece no se infiere tal cosa de estos, quando por confesion de Tiraboschi *Marcial ha hecho la mejor crítica que cabe de sus mismos epigramas*: ni tampoco de otros, en donde con una ingenuidad no muy familiar á los poetas, hace ver los defectos que tienen.

*Ista tamen mala sunt (quasi nos manifesta negemus)
Hæc mala sunt: sed tu non meliora facis (a)*

De suerte, que con razon puede decirse, que ninguno de sus enemigos ha hecho juicio mas severo de sus poesías que él mismo:

*Non potes innugas dicere plura meas
Ipse ego quam dixi (b).*

Confesion muy admirable en este poeta, que logró la particularidad de ser aplaudido, no solo en Roma, sino en todo el Imperio Romano:

Sed

(a) Lib. 3.

(b) Lib. 13.

Sed toto legor orbe frequens, & dicitur:

Hic est.

Quodque cinis paucis, hoc mihi vita dedit (a).

Mucho menos se notará en sus versos la menor desestimacion de Catulo, de donde pueda pensarse que quisiera anteponersele: porque si bien se repara, se verá que siempre habla de él como de uno de los poetas mas sobresalientes: prueba de ello es lo que dice, que no será menos célebre Verona por Catulo, que Mantua por Virgilio:

*Tantum magna suo debet Verona Catullo,
Quantum parva suo Mantua Virgilio (b).*

Y no tan solo se conoce que no queria ser tenido por mejor, sino que expresamente se descubre que se creia inferior, pues á Macro le dice:

*Nec multos mihi præferas priores:
Uno sed tibi sim minor Catullo. (c).*

Esto es lo que hallo en los versos de Marcial, y no aquella ambicion que supone Tiraboschi. Hay bastantes críticos que admiran en sus

(a) Lib. 5.

(b) Lib. 14.

(c) Lib. 10.

sus epigramas gracias singulares, muy superiores á las de Catulo; entre otros Escaligero se explica así: *Epigramatis virtutes peculiares brevitatis, & argutia: hanc Catullus non semper est assecutus: Martialis poeta acutissimus nunquam omisit* (a) (*). Y con todo, no vemos que Marcial haga vanidad de estas gracias para solicitar la preferencia.

Esta fue la generosa propiedad que pudo admirar Roma en los Españoles, enemigos de la ambicion que les imputan los escritores modernos Italianos, definiendo á nuestra nacion con la nota de amante por naturaleza de precedencia. Hemos visto la estimacion que hicieron de Ciceron, Sextilio Hena, Seneca, y Quintiliano: no la hicieron menor de Catulo, y Virgilio, Lucano, y Marcial: pero excedió á todos el otro poeta Español Silio Itálico, pues refiere Plinio, que celebraba el día del nacimiento de Virgilio con mas solemnidad que el suyo, en especial quando estaba en Napoles, donde visitaba su se-

(a) Poet. lib. 3.

(*) Juan Nicolás Funcio en su excelente libro de *Imminenti lingua Latina senectute*, Marburgi Catorum 1736, en quarto, desde la pag. 210. trata largamente de Marcial, y recopila las opiniones de los famosos críticos acerca de este poeta: y se echa de ver, que para uno ó dos de genio extraño y descontentadizo que le tachan, se hallan ocho, ó diez que ensalzan las eminentes prendas, y mérito del poeta Bilibilitano. (3)

pulcro con la misma veneracion que si fuera un templo (a).

Se concluye de esto, que no fueron los Españoles los que quisieron adelantar su fama á los poetas del siglo de oro, ni los primeros estragadores de la poesía Romana, ó maestros del mal gusto: No los modelos que siguieron ciegamente los Romanos, y de consiguiente, tampoco los que causaron el mayor daño á la poesía. Fueron sí los mejores poetas de su tiempo, ventajosos á los que florecieron en Roma cincuenta años antes que ellos, y superiores á los que les sucedieron inmediatamente. Que si tienen defectos, son propios de la era en que escribieron; dignos, sin embargo, de mayor elogio, porque en medio de tanta corrupcion como hallaron en aquella capital, supieron mejorar sus poesías á las de los demas poetas Italianos, no siendo inferiores, sino á los mas sublimes, es decir, á los Príncipes de la poesía Romana. Y siendo esto tan cierto, no debian ser tratados con el rigor que vemos por los Italianos, al paso que dejan en paz la restante turba de poetas corrompedores del buen gusto. A no ser que esto mismo sea la razon de aquel tratamiento: quiero decir, el haber sido los mejores que vió Roma, despues de Augusto, para que se verifique lo que dice Marcial: *Nihil securius est mala poeta* (b).

§. III.

(a) Plin. lib. 3. Epist. 7.

(b) Lib. 12.

Otras preocupaciones del Abate Tiraboschi contra el mérito de Lucano.

No solo se prueba el mérito poco vulgar de Lucano por el número de sus distinguidos apologistas, y protectores, mas tambien por sus ilustres censores, si observamos que á pesar de tantos eruditos como han tachado su fama, logra aun al presente muchos insignes apreciadores que reimprimen, comentan, y traducen con mil elogios su pharsalia tan criticada. Por tanto, es de esperar, que no obstante el grande desprecio que hace de ésta obra el autor de la historia literaria de Italia

Vivet, & à nullo tenebris damnabitur ævo.

Me parece muy adecuada la observacion que hace á este intento Mr. Baillet. *El público no ha creído que debia disminuir la estimacion que ha hecho siempre de las historias de Salustio, por la opinion poco ventajosa que funda Quintiliano. Tampoco ha conseguido este ilustre orador desacreditar á muchos poetas que ha censurado. Los escritos de Ciceron, y de Seneca nada han perdido de su merecido aprecio por las calumnias de Dion. ¿Pues qué diremos de la autoridad de los críticos modernos,*

nos, que sin disputa, es menor que la de los antiguos? Es difícil señalar un autor tan solo que haya debido su crédito, ni el desprecio público al juicio que de él hicieron los Erasmos, los Escaligeros, los Lipsios, los Salmacios, y otros Censores de la república literaria. Añado, si las censuras de los impugnadores antiguos de Lucano no han podido estorvar que en el dia hagan estimacion de la pharsalia sugetos de delicado gusto en la poesia, ¿lo estorvará el autor de la historia literaria de Italia?

Sin embargo de que se manifiesta muy empeñado en desacreditar á este poeta, no alega razones sobre los grandes defectos de su poema, que sean nuevas, ni superiores á las dichas ya anteriormente, y que han refutado los defensores de Lucano. Lo que sí añade son exâgeraciones, que tanto menor daño hacen á la opinion del poeta, quanto mas exceden los límites de una justa crítica, sirviendo solamente para descubrir la equivocacion del acusador. Como me he propuesto unicamente hacer patentes las preocupaciones de estos autores modernos contra los sabios Españoles, ó impugnarlas, no me detendré en formar una larga apologia de la pharsalia; mucho menos pretenderé que no haya defectos en este poema, que lo hagan muy inferior á la Eneida. Basta advertir, que estan harto ponderadas las tales imperfecciones en la historia literaria, y que es sumamente extraño que asi procure obscurecer la fama de Lucano un escritor que presume proceder de tal manera en el curso

de su historia, que no se le pueda reconvenir de que ha escrito con preocupacion (a).

El primer defecto que reprehende en Lucano es la presuncion con que se atreve á decir, que su pharsalia será leida mientras Homero fuere estimado. A esto dice Tiraboschi; *si se hubiera de dar crédito á un autor en orden al mérito de sus obras, ningun poema ganaria al de Lucano (b)*. La misma reflexion pudiera haber hecho sobre otras obras de poetas, cuyos autores no son mas modestos. Ya hemos dicho como pensó Ovidio acerca de sus libros de las Metamorfosis. Sabemos la duracion que Horacio vaticinaba á sus versos. Aulo Gelio (c), nos ha conservado los epitafios que Plauto, y Nevio compusieron para colocarlos sobre sus sepulcros, en los que hablan de su mérito; de modo, que si hubieramos de creerlos en orden á sus poesías, ningunas ganarian á las de éstos dos; pero esta presuncion tan ordinaria en los poetas, solo en Lucano es del todo irremisible, en los demas se tiene por un raptó de entusiasmo.

Observo, que si se hubiera de medir el mérito de un poema por la verdad de estos presagios personales, ninguno se podria anteponer ciertamente á Lucano; pues habiendo pasado diez y siete siglos desde que dijo que su phar-

(a) Tirab. præf. pag. 14.

(b) Tom. 2. pag. 53.

(c) Lib. 1. cap. 24.

salia sería leida mientras Homero fuese estimado, y que no se olvidaria en ningun tiempo, hasta ahora se ha verificado la profecia. En todos estos siglos se ha leído, se ha ilustrado, se ha reimpresso, y se ha celebrado la pharsalia: y si ha vencido la fuerza de tantos años, en que era mucho mas difícil la conservacion de las obras por la falta de la Imprenta, no es de temer que perezca en los venideros, habiendo tantos exemplares impresos: sino que antes bien será leida mientras dure la fama de Homero.

Pero dirá Tiraboschi: Homero será estimado en tanto que se conserve el buen gusto en la poesía, y este mismo buen gusto hará olvidar la pharsalia. En suma; su dictamen es, que renovado en este siglo el buen gusto, ha perdido de su crédito Lucano: pero yo advierto, que éste comenzó en la poesía Latina despues de la restauracion de las ciencias en Italia, sucedida á fines del siglo XV. y se mantuvo en el XVI. En los escritores de aquel tiempo, vemos un nimio, y casi supersticioso cuido de imitar los mejores exemplares de la edad de Augusto. ¿Y qué suerte experimentó entonces la pharsalia? sirvan de respuesta las nueve ediciones que se hicieron de ella en Italia en los últimos veinte años del siglo XV, el haberse impreso en Roma primero que la Eneyda; las treinta ediciones que se hicieron en el siglo XVI. Y finalmente, las traducciones Italianas, Francesas, Inglesas, y Españolas, que dudo se cuenten otras tantas de la Iliada en aquellos tiempos. En el actual siglo XVIII se ha renovado el gusto

fino en la poesía como en las demas ciencias, y no por eso se ha olvidado Lucano. Asi lo confirma la magnífica edicion de Londres de 1719, la no menos brillante hecha en Leyden en 1728, y la del Burmano de 1740, la traduccion Francesa de Mr. Mason en 1765, reimpressa en Holanda el año siguiente, y la otra traduccion muy apreciable de Mr. Marmontel, que es tambien del mismo año. Con que en vano se querrá persuadirnos, que renovado el buen gusto, perdió de su estimacion Lucano, ni que dejará de leerse mientras Homero fuere apreciado; y si creemos que si aquel poëta es tan famoso como veridico en su profecia, no hay obra que pueda competir con la pharsalia.

Pasa el acusador á alistar los autores antiguos que elogian á Lucano, y nombra á Estacio el primero, el qual habla de nuestro poëta como que áninguno fue inferior, y si superior á muchos. Pero la ocurrencia de alabar á Lucano, le ha costado que diga Tiraboschi, *que como las poesías de Estacio son tan semejantes á las de Lucano, no es de admirar que le elogiase tanto.* Me parece que si Estacio volviera al mundo, estaria mas agradecido que quejoso de esta explicacion. Tambien Marcial alaba á Lucano; mas no sabemos si es en fuerza de la semejanza entre ambos. Podia haber aumentado, que el autor del Dialogo sobre la corrupcion de la eloqüencia, coloca á Lucano con Virgilio, y con Horacio: *Exigitur enim jam ab oratore etiam poeticus decor: ex Horatii, & Virgillii, & Lucani sacrario prolatus.* No ha-

habla con menos aprecio Tácito, asegurando que Lucano, y su padre Am. Mela, fueron *grande adjumentum claritudinis*. Y por cierto que ninguno de estos dos AA fueron parecidos á Lucano en la composicion poetica. Deberian bastar estos testimonios de los antiguos, para defender á nuestro Español del demasiado rigor con que le tratan los modernos, puesto que tiene dicho Tiraboschi, hablando de Persio, *que parece en verdad, que se debe dar mas fe en este punto á los antiguos, que á los modernos (a).*

Pero parece que se olvida luego de esta regla, quando dice, *que en Lucano todo es monstruoso, y desordenado, que no sabe hablar sin declamar, ni hacer descripciones sin abultarlas:* siendo aun mas gracioso el querer suponer, *que por estos defectos llama Quintiliano con toda propiedad á Lucano poëta ardiente é impetuoso: y que estaria mejor contado entre los oradores que entre los poëtas;* como si no fuera igualmente defecto en los unos que en los otros el ser monstruoso y desordenado, el no saber hablar sin declamar, ni hacer descripciones sin abultarlas.

No obstante, son muy diversos los juicios que forman Quintiliano y el Abate Tiraboschi del mérito poético de Lucano; porque el primero dice: *Lucanus ardens, & concitatus, & sententiis clarissimus:* y el segundo: *en Lucano todo es monstruoso y desordenado, no sabe hablar sin declamar,* ni

ni hacer descripciones sin abultarlas, y así es vana la pretension de querer conciliarlas. El ímpetu y ardor poetico definido por Quintiliano en aquel *ardens & concitatus*, es un verdadero elogio en un poeta, como efecto del númen ó entusiasmo. Por lo menos Ovidio que lo experimentó en sí lo expresa con el nombre de ímpetu y de ardor:

*Est Deus in nobis agitante calescimus illo,
Impetus hic sacrae semina mentis habet.*

Pero mas que otro alguno está en el caso de definirle aquel escritor moderno que ha tratado del entusiasmo con tanta energia, y que se halla bien copiado en sus mismas poesías. Este, despues de haber dicho, que segun Platon, los poetas suelen hablar mas por ímpetu de alma, que por razon; como asimismo que es mejor la poesía del furioso que la del sabio, prosigue: *de aquí procede la embriaguez, los delirios, los incendios interiores, las violencias, los ímpetus, &c (a)*. Estas son las señales claras del entusiasmo, como la elevacion y la velocidad. Por lo que podremos decir con razon, que aquel ímpetu y ardor que Quintiliano descubre en Lucano son efectos de este entusiasmo, que obra con mayor fuerza quando se apodera del ánimo en el hervor de la juventud.

Mas

(a) Betineli entus. pag. 27.

Mas dejando ya aparte los admiradores antiguos de Lucano, pasemos con el Señor Abate á los modernos, de los cuales confiesa que no han faltado elogiadores, y protectores á Lucano, dignos de consideracion por su instruccion y autoridad (a). Del célebre Hugo Grocio nos refiere, que estimaba y queria tanto á Lucano, que siempre lo llevaba consigo, y que algunas veces lo besaba arrebatado de afecto. ¿Será acaso porque Grocio fuera muy semejante en las poesías? No se dice esto, pero á lo menos se da á entender, que no tuvo gusto fino en sus versos. No piensa así Vavasor en la comparacion de Grocio con Escaligero; ni Baillet, que escribe: *Grocio fue poeta excelente en latin, y en griego, segun la opinion de los críticos, cuyos testimonios no he creído necesario trasladar, porque todos estan acordes, excepto el Padre Rapin, que no obstante eso conviene en que ha escrito con mucha elegancia en latin (b)*.

No hizo menor aprecio de Lucano el famoso Pedro Corneille, quien confesó á Huecio, que preferia á éste respecto de Virgilio. Pero le hubiera sido mejor no haber estimado ni leído á nuestro Español, porque quizá será este el origen de los defectos que tanto desagradan á Tiraboschi en Corneille. Dice así: *mas no podrá añadirse, que la grande estimacion que Corneille ha-*

cia

(a) Tom. 2. pag. 54.
(b) Tom. 4. part. 2. pag. 136.

cia de Lucano, será quizá la causa de los defectos que se advierten comunmente en sus obras, como son unas expresiones retumbantes en lugar de sublimes, y unos pensamientos sobrado refinados (a). ¿Y no se podrá añadir, replico, que de la estimacion que tuvo Corneille de Lucano nacieron aquellas excelencias que tanto se admiran en Corneille; es decir, aquella valentia y elevacion que sorprende, aquella soberanía que reina en todo, aquel hablar los Romanos como Romanos, y los Reyes como Reyes?

Para que se vea si la estimacion que hizo de Lucano éste insigne poëta echó á perder su fino gusto en la poesia, he aqui el juicio que forma de Corneille uno de los primeros hombres que pueden hacer opinion en la materia. *No es muy facil, dice Racine, hallar otro poëta que haya poseido unidas tantas qualidades, y recomendaciones, como son el arte, la energia, y el discernimiento. Es imposible admirar bastantemente la magestad, y distribucion de los asuntos, la vehemencia de los afectos, la gravedad de pensamientos, el decoro, y al mismo tiempo la prodigiosa variedad de imagenes, y retratos de los hombres. Siendo lo mas singular de todo una cierta valentia, una elevacion que sorprende, y que hace sus defectos (si alguno tiene) mas estimables que las perfecciones de otros (b).*

Vea-

(a) Tom. 2. cap. 2. pag. 64.

(b) Discurso pronunciado en la Acad. el 2. de Enero de 1685.

Vease cómo pudo Corneille tomar de Lucano aquella valentia y elevacion que en el segundo llama maravillosa Mr. de Marmontel, y hacer amables hasta sus defectos con estas perfecciones.

Sea poëta famoso Corneille, replica Tiraboschi, mas no por eso será buen juez de poesia, antes de esta opinion de Corneille en orden á Lucano se vale Mr. Huet para probar que son mas raros los buenos jueces de poesia que los poëtas perfectos (a). ¡Lindo modo, por la verdad, de defender las preocupaciones adoptadas! Quando se cita en favor de los poëtas Españoles el testimonio de Grocio, se responde, que éste puede juzgar en materias de derecho, pero no en poesia, porque no fue gran poëta. Quando se cita el testimonio de Corneille, se satisface con que no siempre los buenos poëtas son buenos jueces de poesia; y asi se descartan quantos no convienen con nuestras ideas. Enhorabuena: sean mas raros los jueces perfectos de poesia, que los perfectos poëtas; y aun asi, quién negará que es mas natural esos pocos jueces entre los buenos poëtas, que entre los que no han dado prueba alguna de su mérito poético? A lo menos no encuentro razon para hacer en esto diversa la poesia de las demas artes, y ciencias, de las quales dice San Gerónimo, citando á Quintiliano: *Felices essent artes si de illis soli artifices judicarent* (b). Por eso nos

(a) Tom. 2. cap. 2. pag. 54.

(b) De abitu Paulinæ ad Pummac.

nos atendremos al parecer de Corneille, entre tanto que Mr. Huet y Tiraboschi no nos dieran pruebas de su gusto, y habilidad poética, mayores que las que ha dado aquel insigne poeta.

No ha sido de menor gloria para Lucano, que Mr. Marmontel no se haya desdeñado de emplear su docta y elegante pluma en la traduccion de su poema, impresa 1766. Siente mucho el Abate Tiraboschi, *que un sugeto de tanto gusto y discernimiento en la poesia, haya traducido y celebrado á Lucano; y asi procura persuadir con habilidad, que no ha creído Mr. Marmontel que la pharsalia fuese mas digno que otros poemas de emplear en él sus fatigas. Si resucitasen, Homero, y Virgilio, dice Tiraboschi, se quejarian amistosamente á este ilustre escritor por haber concedido primero este honor á un poeta, de quien acaso ignoraban hasta el nombre.* La misma consideracion podria haber hecho quando trata de la traduccion de Estacio, hecha por el Cardenal Bentivoglio, sino es que haya creído mas digno este poeta que Lucano de una elegante traduccion, ó que Virgilio juzgase mas merecedora la Eneida de las fatigas de Mr. Marmontel, que de las del citado Cardenal.

Pero lo cierto es que si Virgilio volviese al mundo, tendria quejas mas antiguas, si habia de dirigirlas al Cardenal Monticelli, que concedió primero á Lucano la gloria de traducir su poema en octavas; cuya traduccion es del siglo XV. Se quejaria tambien de la Ciudad de Roma, porque luego que se descubrió la invencion de
al

la Imprenta imprimieron antes la Pharsalia (a), que la Eneyda, multiplicando las ediciones á porfia con las demas Ciudades de Italia. Mas yo entiendo que si Virgilio resucitase, no sería tan afecto á los suyos, que envidiase el honor debido á los escritores Extrangeros. Bien manifestó su imparcialidad quando concedió á otros países la preferencia en artes, y ciencias respecto de Roma, contentándose con asignar á los Romanos la ciencia del gobierno (b). Mas si hubiera sido testigo de los tiempos poco posteriores á su muerte, se hubiera arrepentido con razon de esta preferencia en materia de gobierno, viendo tan ignorantes en él á los Caligulas, los Claudios, los Neronos, y Domicianos, y por el contrario tan diestros á los Trajanos, Adrianos, y Teodosios.

No es prueba menos concluyente de preocupacion contra Lucano, el decir que Virgilio ignoraria quizá su nombre: ¿Pues es posible que entre tantos apasionados, y apologistas de aquel como habrán ido á hacer compañía á Virgilio, no ha habido uno que le haya llevado nuevas de un poeta que ha sido el unico que ha entrado en comparacion con él? Mas: un hombre de tan buen corazon como Virgilio, que no se desdeña de conocer, de hablar, y
de

(a) Lucano impreso en Roma en 1469. Virgilio en 1471.

(b) Virgil. Eneyda lib. 6.

de hacerse amigo de Dante, se habia de hacer él esquivo con Lucano? Le habria desfigurado éste como hizo aquel *con mil rodeos, y circunloquios, entre abismos y precipicios*? Le haria, *unas veces maestro de sagrada Teología, y otras doctor del gentilismo*? Le hubiera hecho decir aquellas tan corteses palabras á Pluton, *maldito lobo* (a), despues que éste le colocó en un solio Real? con que si no desconoció á Dante, sin embargo de haber sido un poëta de quien dice el autor de las cartas de Virgilio, por boca de Juvenal. *Desafio á todos los poëtas mas rudos, y barbaros de la Scitia, que hayan podido cantar en algun tiempo á las orillas del mar Glacial, á que usen de estilo mas baxo, mas duro, ni mas insulto que el que se advierte en Dante* (b): bien podremos creer que no ignoraria el nombre de Lucano, yá que nos dice Marmontel, cuya autoridad es de tanto peso en materia de poesía, que en *Lucano se hallan versos de sublime belleza, pinturas delineadas con una valentia igual á la de Homero, pensamientos de una profundidad, y elevacion asombrosa: un caudal de filosofía, que no tiene semejante en alguno de los otros poemas antiguos* (c).

No obstante esto, es de sentir Tiraboschi, que Marmontel querrá mas ser traductor, que autor

(a) Carta 2. de Virg. á los Arcad.

(b) Carta tercera.

(c) Tirab. tom. 2. cap. 2. pag. 55.

de semejante poema (a): aunque no deja de ser extraño que se haya tomado el trabajo de traducir una obra de tan corto mérito, que no quisiera haberla compuesto, y en que *todo es monstruoso, y desordenado* (b). Lo que hay de cierto es, que Mr. Marmontel opina distintamente con todo su fino discernimiento en materia de poesía, y que ademas del elogio arriba citado, dice que en la *Pharsalia* (en que todo es monstruoso, y desordenado segun Tiraboschi) *se debe admirar que un joven represente uno de los sucesos políticos mas grandes, con una magestad que causa respeto, y con una valentia que pasma*. Pero añade Tiraboschi; *otro diria; con una binchazon que fastidia, y una presuncion que repugna* (c). Notese si el que habla de este modo es sugeto de gusto delicado, y de fino discernimiento en el asunto, como se nos ha dicho de Marmontel.

Mas para disminuir la gloria que puede resultar al poëta Español de la traduccion de Marmontel, dice el Señor Abate. *Yo comparo á Lucano á un mal escultor, que á vista de una estatua griega, forma un coloso desproporcionado. Los rusticos, que solo admiran las cosas por su tamaño ó vulto, lo miran con asombro; pero los cultos apenas se dignan de volver los ojos. Asi me parece precisa-*

men-

(a) Tom. 2. pag. 56.

(b) Pag. 57.

(c) Tirab. tom. 2. pag. 55.

mente la *Pharsalia*, en comparacion de la *Eneyda* (a). Esto es lo mismo que decir, que quantos admiran, y defienden á Lucano son rusticos; y por el contrario cultos todos los que lo desprecian. Entre los segundos deberá llevar la vándera Tiraboschi, que se espanta como si viera una fantasma al considerar la *Pharsalia* tan monstruosa, y desordenada.

Contemos, pues, por rusticos en materia de poesia á todos los antiguos, que celebraron particularmente este poema, y dieron lugar á su autor con Virgilio, y con Horacio. Sea rustico Juan Sulpicio, que halló tantas excelencias en Lucano comparado con Virgilio (b). Farnabio, que contempla con asombro su eloquencia, su fuego, la sublimidad noble, y divina, la elevacion de pensamientos, su claridad, y pureza de language (c). Barthio, que llama á Lucano poeta de ingenio prodigioso, de erudicion singular, y de carácter heroyco (d). Da-Hamel, que asegura que Lucano guarda mejor la dignidad de su heroe, que Virgilio el del suyo (e). Jacobo Palmerio, que ha hecho una larga apología de Lucano, pretendiendo que es poco inferior á Virgilio, y que no es la menor gloria de éste el exceder en algo á aquel

(a) Tom. 2. pag. 57.

(b) Præf. edir Lucan.

(c) Epist. Præf.

(d) Adversus lib. 53. cap. 6.

(e) Disert. sobre las poesías de Mr. de Bredeuf.

aquel (a). Mr. de Voltaire, que halla en la *Pharsalia* gracias que no se encuentran en la *Ilyada*, y en la *Eneyda* (b). Finalmente, sean rusticos los Grocios, los Corneilles, los Masones, y los Marmonteles, sin embargo de su finísimo discernimiento, y buen gusto en la poesia: pero no se lleve á mal que nosotros nos agreguemos primero á estos hombres rusticos, que á los cultos que no se dignan volver los ojos á la *Pharsalia*.

De todo lo dicho se infiere la preocupacion de Tiraboschi contra el poeta Español, y que no está libre del defecto de la parcialidad en que han incurrido muchos escritores Italianos (c). Esta parcialidad le ha hecho exceder de tal manera los justos limites de la crítica, que jamas halla razon de disculpar los defectos de la *Pharsalia*. Si Lucano hubiera nacido en el privilegiado pais de Italia, hubiera hallado Tiraboschi disculpa poderosa, en la corta edad en que compuso esta obra, para disminuir sus errores, y alabar las excelencias que admiramos los imparciales, como lo ha hecho Mr. Godeau (d). Tambien le hubiera servido de mérito especial para su disculpa, que en el espacio de tres ó quatro años compuso un poema tan largo, y magestuoso, y en que están compensados los defectos con tantos,

(a) Apol. pro Lucan. 1704.

(b) Ensayo sobre el Poema epico.

(c) Præf. pag. 13.

(d) Histor. Ecclesiast. fin del siglo primero.

tos, ó mayores primores. Sabemos quantos años costó á Virgilio la Eneyda. El Abate Betineli, cuya censura es de tanto aprecio en asunto de poesía, dice que el Ariosto se hizo célebre por haber impreso la primera vez el *Orlando*, siendo de edad de quarenta años, porque la obra parecia digna de mas tiempo, y estudio. Añade que Trisino trabajó veinte años en la *Italia libertada* (a): y sin embargo, nota infinitos defectos en ambos poemas.

Mas que censura merece aplauso Lucano, por haber en tan corta edad y tiempo ordenado la *Pharsalia* sin defectos clasicos, quando no le dió lugar la muerte para poder retocarla ni corregirla. De Virgilio cuenta el filósofo Tavorino, que segun escribian sus familiares, acostumbraba á decir, que hacia los versos como la Osa pare los cachorros; esto es, feos é informes, y que despues puliendolos, y retocandolos les daba forma, y belleza. Añade, que los versos retocados por este insigne poëta, abundan de perfecciones poeticas; pero que aquellos á los quales no dió la última pincelada, no parecen obra suya, y para esto cita como exemplo los altisonantes con que forma la descripcion del Etna (b). El Abate Betineli dice que vió en Venecia una hoja grande de papel de letra de Ariosto, llena de borrados,

(a) Restaur. part. 2. pag. 112. y 113.

(b) Aulo Gelio lib. 7. cap. 10.

y de enmiendas, en que por fin salia la célebre octava que empieza: *Stendon le nubi un tenebroso velo*, &c. (a). Pero cuánto hubieran perdido de su hermosura los versos de Virgilio, y de Ariosto, si la muerte les hubiera estorvado el retocarlos? Quántos mas defectos tendrian sus poemas? Y quién se atreveria por eso á decir, que no conocieron la buena poesía? Por qué no diremos tambien, que los defectos de la *Pharsalia* no prueban falta de gusto en Lucano, sino que como tan mozo no tuvo tiempo de enmendarla ni corregirla? Sobrada gloria le resulta de que aun asi merezca entrar en competencia con la Eneyda, pulida, y retocada por tantos años. Oigamos lo que dice Ceva á este intento. *Yo creo que los grandes poemas de Homero, de Virgilio, y de Ariosto, se formaron como las grandes Ciudades, que en su principio fueron rusticas, y que despues se han ido poco á poco aumentando, bermoseando, y adornando, destruyendo en gran parte los primeros edificios, y labrando aqui, y alla otros nuevos de mas magnificencia* (b). La *Pharsalia* está conforme su primer nacimiento, y con todo, hay personas delicadas en la poesía, que le conceden cierto mérito superior á la *Ilyada*, y á la Eneyda.

Con quanto llevo dicho, no pretendo defen-

(a) Part. 2. pag. 112.

(b) Ceva 5. Lem.

fender todos los defectos que reprehenden algunos en la Pharsalia, ni hacer á Lucano superior á Virgilio: sino unicamente aclarar las preocupaciones de Tiraboschi, que nos pinta *monstruoso, y desordenado en todas sus partes* un poema, que han alabado, defendido, y admirado varios escritores, que tienen dadas mayores pruebas de su inteligencia en la poesía, que algunos de sus censores. Tampoco me detendré á exâminar si es cierto lo que supone dicho autor, *que Lucano ha llenado su poema de sucesos inverosimiles, solo por el deseo de engrandecerlo*. Pero sí digo, que si se tomara el trabajo de apuntar las inverosimilitudes que contienen los poemas de Homero, de Virgilio, y principalmente de el Ariosto, y el Taso, no encontraria menos que en Lucano. En quanto á los errores geograficos, y astronómicos, de que le hace cargo Escaligero, vease la apología de Francisco Isolano, impresa en 1582, pues nuestro autor cita muy gusto los cargos de Escaligero, mas no las defensas de Isolano.

Por último, conviene observar, que de tantos poemas como han salido á luz en el discurso de los tiempos, ninguno se ha librado de la crítica, y censura de AA. esclarecidos, sin que por eso sean menos celebrados. Horacio criticó á Homero, pero mas Escaligero con el fin de ensalzar á Virgilio. El célebre crítico Español Hygino, en vida de Augusto notó ya varios defectos que cometió Vir-

gilio, así en la historia Romana, como en la geografía, y no pocas inconexiones. El autor de las cartas de Virgilio á los Arcades, y de las otras sobre la literatura Italiana, advierte varias cosas reprehensibles en el Ariosto, y en el Taso. Y cuántas críticas no han hecho contra estos mismos poetas algunos Franceses? Luego que salió *el Parayso* de Milton, fué recibido con las mayores alabanzas, llamando á su autor el Homero Ingles. En medio de estos aplausos no faltaron doctos contrarios que pusieron á la vista sus errores, y defectos. Tales fueron el cavallero Ramsay (a), y Guillermo Lauder (b), quien intenta probar con la poetica de Aristoteles, que en el *Parayso perdido* faltan todas las calidades esenciales á la Epopeya. Los elogios que se han dado en nuestros dias á la *Henriada* de Voltaire, podrian bastar para igualarla con la Ilyada, y la Eneyda, como lo cree Mr. d' Argens; con todo eso, el Abate Desfontaines en el discurso preliminar á su traduccion de Virgilio, se atreve á apostar, que no hay ninguno que pueda leer de seguida dos cantos de la *Henriada* sin bostezar, y desmayarse de fastidio. Mas así como todas estas críticas no podran impedir que dichos poemas tengan su particular re-

(a) Carta á Mr. Rapin.

(b) Prueba del modo como imitó Milton á los AA. modernos.

recomendacion, lo mismo sucederá á la Pharsalia á pesar de sus rigidos censores.

§. IV.

*Preocupaciones del Abate Tiraboschi
acerca de Marcial.*

En quanto á Marcial, no habrá necesidad de detenernos tanto, respecto de la valiente defensa, que ha hecho de este insigne poëta el erudito Español Tomas Serrano; porque sobran los testimonios que ha alegado á su favor, para desvanecer las preocupaciones mas obstinadas contra su mérito, que es el unico fin que me he propuesto. Sin embargo, haré algunas reflexiones sobre lo que dice Tiraboschi, sirviendome de las mismas noticias que contiene la obra de Serrano.

Antes de exâminar el mérito, ó por mejor decir, el demérito de Marcial, entra el Señor Abate sentando esta proposicion, tan oportuna como cierta, *que no hay cosa mas inutil que tratar de desacreditar á un autor que goza opinion ventajosa* (a): con lo qual dá á entender, que su ánimo es desacreditar á este poëta, y por cierto que no tiene el mismo quando habla de los escritores Italianos: ¿Pero cómo se conse-

(a) Tom. 2. pag. 78.

guirá el descredito, quando las razones no tienen mas fundamentos que el odio personal? Mas si esto es dificil, no lo es menos persuadir á las gentes, que es digno de estimacion un sugeto de quien se ha formado juicio en contrario, porque asi lo uno como lo otro se funda en aquellos motivos, y testimonios que nos han hecho adoptar éste ó aquel concepto, y no nos parecen de igual eficacia los que lo contradicen ó repugnan.

De esto tenemos una prueba palpable en la historia literaria de Italia. Empieza su autor á hablar de Marcial con poco afecto, como se advierte desde luego en el discurso preliminar, sin hacer otras reflexiones para conocer su mérito ó demérito, que las que pueden confirmarle en el concepto que yá tiene, ni darnos otro testimonio á su favor, que el de Plinio, que de nada sirve para aquello de que se trata, como dice el mismo Tiraboschi. Alega lo que refieren Navagero, y Giraldi, creyendo triunfar con la autoridad de ambos, pero sin pararse á discurrir que estos escritores, dignos de aprecio por otra parte, exceden los limites de la moderacion, en el injusto desprecio que hacen de aquel poëta. No es de creer que ignorase las razones sólidas, y documentos de tantos hombres ilustres que acreditan el mérito singular de nuestro Español, porque sería agraviar su notoria erudicion el pensar que no tiene todas las noticias necesarias de un autor, cuyo mérito vá á exâminar. ¿Y por qué los

recomendacion, lo mismo sucederá á la Pharsalia á pesar de sus rigidos censores.

§. IV.

*Preocupaciones del Abate Tiraboschi
acerca de Marcial.*

En quanto á Marcial, no habrá necesidad de detenernos tanto, respecto de la valiente defensa, que ha hecho de este insigne poëta el erudito Español Tomas Serrano; porque sobran los testimonios que ha alegado á su favor, para desvanecer las preocupaciones mas obstinadas contra su mérito, que es el unico fin que me he propuesto. Sin embargo, haré algunas reflexiones sobre lo que dice Tiraboschi, sirviendome de las mismas noticias que contiene la obra de Serrano.

Antes de exâminar el mérito, ó por mejor decir, el demérito de Marcial, entra el Señor Abate sentando esta proposicion, tan oportuna como cierta, *que no hay cosa mas inutil que tratar de desacreditar á un autor que goza opinion ventajosa* (a): con lo qual dá á entender, que su ánimo es desacreditar á este poëta, y por cierto que no tiene el mismo quando habla de los escritores Italianos: ¿Pero cómo se conse-

(a) Tom. 2. pag. 78.

guirá el descrédito, quando las razones no tienen mas fundamentos que el odio personal? Mas si esto es difícil, no lo es menos persuadir á las gentes, que es digno de estimacion un sugeto de quien se ha formado juicio en contrario, porque así lo uno como lo otro se funda en aquellos motivos, y testimonios que nos han hecho adoptar éste ó aquel concepto, y no nos parecen de igual eficacia los que lo contradicen ó repugnan.

De esto tenemos una prueba palpable en la historia literaria de Italia. Empieza su autor á hablar de Marcial con poco afecto, como se advierte desde luego en el discurso preliminar, sin hacer otras reflexiones para conocer su mérito ó demérito, que las que pueden confirmarle en el concepto que ya tiene, ni darnos otro testimonio á su favor, que el de Plinio, que de nada sirve para aquello de que se trata, como dice el mismo Tiraboschi. Alega lo que refieren Navagero, y Giraldi, creyendo triunfar con la autoridad de ambos, pero sin pararse á discurrir que estos escritores, dignos de aprecio por otra parte, exceden los límites de la moderacion, en el injusto desprecio que hacen de aquel poëta. No es de creer que ignorase las razones sólidas, y documentos de tantos hombres ilustres que acreditan el mérito singular de nuestro Español, porque sería agraviar su notoria erudicion el pensar que no tiene todas las noticias necesarias de un autor, cuyo mérito vá á exâminar. ¿Y por qué los

calla? porque como dice un amigo suyo (a), escribió la historia literaria para los Italianos, y juzgandolos á todos igualmente preocupados contra Marcial, le ha parecido inutil persuadirles, que no merece estimacion este poëta.

La primera reflexion es esta: *que en el siglo XVI, quando en opinion comun reinaba en Italia el buen gusto, se hacia poco caso de Marcial, y apenas se creia digno de compararse con Catulo.* Pero es incierto, que en sentir comun reinase solo en Italia el buen gusto en el siglo XVI, pues reinaba del mismo modo en otros paises de la Europa. De nuestra España, dice el Abate Francisco Antonio Zaccarias: *esta illustre nacion produjo en el siglo XVI. muchos hombres doctos é inmortales en todo genero de ciencias* (b). Era menester, pues, exâminar si en las otras naciones donde reinaba igualmente el buen gusto, se hacia poco caso de Marcial, para inferir su corto mérito. Mas ya que se quiere apropiarse á la Italia la facultad de juzgar, ¿por qué no se observa si en el siglo XV. se hacia alli poco caso de este poëta? siendo positivo que no presidió mejor gusto en el XVI, que en los veinte años últimos del antecedente, en especial en punto á latinidad.

Llegando Tiraboschi con su historia literaria al siglo XV. dice asi: *Tâ hemos llegado finalmente*

(a) Vanetti carta sobre las poesías de Marcial.

(b) Ensayo de la Literat. Extrang. tom. I. pag. 116.

nalmente al siglo mas célebre en mi concepto, y mas glorioso para la literatura Italiana::: No hubiera sido tan fecundo, y ameno de buenos Escritores el siglo XVI. si las fatigas y desvelos de los que les precedieron, no hubieran allanado el camino, y preparado la senda (a). Pues pregunto, hubiera sido tan famoso el siglo XV. si no hubiera conocido el buen gusto? luego si este dominó en el siguiente, seria porque sus escritores siguieron el rumbo de los del anterior.

Pero lo que hace mas á nuestro proposito, es que en el siglo XV. reinó el buen gusto de la poesia latina. Hablando el mismo escritor de los últimos años de aquel siglo, dice: *En verdad es digna de particular elogio esta Ciudad de Napoles, de donde salieron primero tales poesías latinas, que por ellas pudo gloriarse Italia de volver en lo posible á la época de Augusto* (b). Hagamos aqui una observacion obvia, y es que Napoles en el tiempo que se llama la restauradora en Italia de la época de Augusto, hacia quarenta años que estaba sujeta al gobierno, y dominio Español; es decir, á aquel gobierno que en opinion de estos escritores modernos, lleva consigo el contagio del mal gusto.

Mas en este siglo XV. tan glorioso para la literatura Italiana, se hacia algun aprecio de Marcial? si se hubiera pensado entonces como

ah-

(a) Tom. 6. Præf.

(b) Tom. 5. part. 2. pag. 241.

ahora, cree Tiraboschi no se hubieran fatigado tanto en estender la noticia de las obras de nuestro poeta, hombres muy habiles, y de fino gusto en la latinidad, pues se cuentan hasta nueve ediciones en los últimos años del referido siglo, todas con comentarios, ilustraciones, y elogios de sugetos esclarecidos. Entre los que hicieron glorioso el referido, fueron sin duda Pomponio Leto, Pontano, Nicolás Peroto, y Domicio Calderino; y todos ellos consta que hicieron mucha estimacion de Marcial. Pomponio Leto fué de los primeros, segun dice Sabellic, que se dedicaron en Roma á comentar este poeta. Pontano manifestó su concepto llamandole *artificiosissimus epigrammatum scriptor* (a), de quien dice tambien Tiraboschi: *el gran Pontano fué el primero que merece con justa razon la gloria de haber imitado fielmente la gracia, y elegancia de los poetas antiguos* (b).

Aun fué mayor el aprecio que hizo de Marcial en el expresado siglo Nicolás Peroto, Arzobispo de Manfredonia, y de Siponto, conocido con el nombre de Sipontino, hombre de fino gusto, y escogida erudicion, al qual debe Italia en mucha parte la restauracion de la latinidad. Su cornucopia fué tan universalmente aplaudida, como su gramática, y arte métrica. Se exercitó en enseñar las humanidades en Roma,

y

(a) Dial. de ling. lat. repar.

(b) Tom. 5. part. 2. pag. 241.

y queriendo renovar el buen gusto de la latinidad, se aplicó á explicar los epigramas de Marcial, que comentó despues, con lo qual formó su célebre cornucopia. Dió la preferencia á Marcial, respecto de Catulo (*), dando la razon de esto en la vida que escribió del primer

(*) El hablar generalmente del respectivo mérito de Marcial, y de Catulo, y el formar cotejo quando no se descende á especificar las poesias, en que pueden compararse, es muy insuficiente para determinar lo que cada uno tiene de excelente, ó defectuoso. Las sales, chistes, y agudezas son tantas, y tan frecuentes en nuestro Marcial, que no sería acertado el parangonar á Catulo, con el poeta Bilbilitano en esta parte. En la fluidez, y cadencia del verso, le lleva el nuestro gran ventaja, si atendemos al concepto comun de los críticos que gradúan de duros los versos del Veronés. En los poemas lyricos, sobresale el genio de Catulo, si bien no tiene todo el mérito de original, que muchos le atribuyen. En el poema de las bodas de Peleo, y Tetis se descubren muchos indicios de imitacion de los poetas Griegos, sin contar el largo, y nada oportuno episodio de la fabula de Ariadne. El poema de *Coma Berenices*, que es lo mejor en este genero, confiesa el mismo Catulo, que lo tradujo del original de Calimaco. Como Marcial no se ocupó en el genero Lyrico, es escusada toda comparacion; pero cotejemos algunos epigramas de estos dos poetas, en que trataron materias, ú objetos semejantes, y vean los desapasionados si en el concepto, y agudeza es notable la ventaja que Marcial lleva á Catulo.

Mucho se celebra la gracia del epigrama de Catulo.

Sus

mero: *Excessit facundia, acumine, copia, suavitatem, salibus, omnes qui ante, & post eum carmina scripserunt, sin exceptuar á Catulo.*

Tam-

Sugete veneres cupidinesque.

Igual argumento trató Marcial en el Ep. 110. del lib. 1. sobre la gata de Publio.

Issa est passere nequior Catuli.

Catulo concluye su epigrama, con una maldición insulsa contra los Dioses infernales, que arrebataron el pajar de Lesbia. Quanto mas gracioso, y acomodados al intento son aquellos versos de Marcial.

Hanc ne lux rapiat suprema totam,

Picta publius exprimit tabella,

In qua tam similem videbis issam,

Ut sit tam similis sibi nec ipsa.

Issam denique pone cum tabella:

Aut utram putabis esse veram.

Aut utramque putabis esse pictam.

Convida Catulo á cenar á Fabulo, y acaba así:

Atque unguentum dabo,

Quod cum olfacies, Deos rogabis,

Totum ut te faciant, Fabulle, nasum.

Marcial lib. 11. Ep. 25. convida á cenar á Julio Cerealis, y acaba:

Plus ego pilliceor, nil recitabo tibi,

Ipsos tuos nobis relegas licet usque Gigantas,

Rura vel eterno proxima Virgilio.

Cotegese el pensamiento trivial de Catulo con la oportuna idea de Marcial, quien manifiesta la condescendencia que tendrá con su amigo, ofreciendo no leerle composicion alguna suya, como se acostumbraba en tales convites.

Tambien se declaró apasionado de Marcial Domicio Calderino, Profesor de humanidades en Roma, desde edad de veinte y quatro años, mozo de ingenio prodigioso, á quien Jovio llama

li-

Catulo cierra así su epigrama contra los amigos fingidos, é ingratos:

Ut mihi quem nemo gravius, nec acerbius, urget

Quam modo qui me unum, atque unicum amicum habuit.

Pensamiento muy vulgar, que equivale á lo que oímos frecuentemente aun en boca de ignorantes: *buen pago me ha dado, bien me corresponde, &c.*

Comparese el ep. 44. lib. 1. de Marcial: el 18 del lib. 8. y el 14. del mismo, que es sumamente gracioso, y se verá que en estos y otros que pudieran citarse, trata con novedad y chiste la mala correspondencia de los amigos. Tambien es notable sobre lo mismo el ep. 67 del lib. 4.

Tenemos de Catulo un epigrama contra el maldiciente Coninio, cuyo concepto se reduce á que los lobos, perros, y buytres despedacen su cuerpo. Comparese esta idea harto comun en el ep. 5. del lib. 10 de Marcial, que trata este asunto con mayor vehemencia, y variedad de pensamientos. Vease con qué fuerza pinta la miseria á que quisiera ver reducido el poeta maldiciente en estos versos:

Vocet beatos, clamitetque felices

Orciniana qui feruntur in sponda.

Tiene Catulo un epigrama contra Alpheno, que prometia mucho, y nunca daba; despues de referir esto acaba.

Si oblitus es, at Diis meminere, meminere fides

Quæ te ut pæniteat postmodo facti, faciet, tui.

Tom. I.

Q

Quién

literarii splendorii assertor, y Lucio Fosforo, restaurador de las letras, y uno de los triunviros literatos con Vala, y con Policiano. Este distinguido sabio, aunque Veronés, no se dejó ce-

¿Quién no reconoce la superioridad de Marcial, su agudeza, y hiel en solo aquel distico del lib. segundo?

Das numquam, semper promittis, Galla, roganti,

Si semper fallis, jam rogo, Galla, nega.

Tambien es muy gracioso el ep. 91 del lib. 7. que empieza.

Si quid opus fueris, scis me non esse rogandum.

Leese en Catulo un epigrama á Priapo, protector, y guardian de las heredades, cuyo concepto es el encargar á los pasajeros que lo respeten.

Proin viator hunc Deum vereberis

Manumque sorsum habebis: hoc tibi expedit.

Es incomparablemente mejor el de Marcial 40 del lib. 8. que acaba

Furaces moneo manus repellas

Et sylvam domini focus reserves.

Si defecerit hoc, & ipse lignum es.

En que hay una gracia, y agudeza poco comun.

En Catulo, y Marcial hay dos epigramas, cuyo objeto es hacer burla de un pobre, usando continuamente de la figura que llaman *extenuacio*: el de Catulo empieza.

Juri, cui neque servus est, neque arca.

El de Marcial, que es el 32 del lib. 12, pone en ridiculo la miseria de Vacerra, con extraordinaria sal y agudeza.

En el epigrama de Catulo contra un ladrón, que empieza: *Marrucine Asini*, y Marcial en el 29 del lib. 12.

hi-

cegar del amor de la patria para dar mejor lugar á su paisano Catulo, que al Español Marcial. A éste dió la primacia, é ilustrandole con doctos comentarios impresos en 1474, dedica-

hicieron una invectiva contra dos ladrones que acostumbraban hurtar los lienzo, y servilletas. Siendo el objeto tan uno, se hará manifiesto el superior mérito de Marcial copiando ambos epigramas, que son los siguientes:

CATULO.

Marrucine Asini, manu sinistra

Non belle uteris in soco, atque vino.

Tollis lintea negligentiorum.

Hoc falsum esse putas? fugit te, inepte,

Quamvis sordida res, & invenusta est,

Non credis mihi? crede Pollioni.

Eratri, qui tua furta vel talento

Mutari velit: est enim leporum

Disertus puer ac facetiarum.

Quare aut hendecasyllabos trecentos

Expecta, aut mihi linteam remitte

Quod me non movet aestimatione

Verum est mnemosynum mei sodalis.

Non sudaria setaba ex Hiberis

Miserunt mihi muneri Fabullus,

Et Verranius: hoc amen necesse est,

Et Verraniolum meum & Fabullum.

MARCIAL ep. 29. lib. 12.

Hermogenes tantus mapparum, Pontice, fur est

Quantus numerum vix, puto, Masia fuit.

Tu licet observes dextram, teneasque sinistram:

cados á Lorenzo de Medicis, á quien dice: *Nil tibi majus, quod quidem efficere valeam, præstari posse arbitratus sum, quam si M. V. Martialis epigramata interpretarer. Qui enim apud nostros, aut urbanus laudet, aut in eo genere scribat elegantius, est nemo plane.* No satisfecho con preferir á Mar-

*Inveniet mappam qua ratione trahat
Cervinus gelidum sorbet sic habilitas anguem:
Casuras alte sic rapit iris aquas.
Nuper cum Myrino peteretur missio læso:
Subdupit mappas quatuor Hermogenes.
Creturam prætor cum vellet mittere mappam
Prætori mappam surripit Hermogenes.
Attulerat mappam nemo, dum furta timentur:
Mantile é mensa surripit Hermogenes
Hoc quoque si deerit, medios dstringere lectos.
Mensarumque pedes non timet Hermogenes.
Quamvis non modico caleant spectacula sole
Vela reducuntur, cum venit Hermogenes.
Festinant trepidi substringere carbasa nautæ,
Ad portum quoties paruit Hermogenes.
Linigeri fugiunt Calvi, sistrataque turba
Inter adorantes cum stetit Hermogenes.
Ad cœnam Hermogenes mappam non attulit unquam
A cœna semper retulit Hermogenes.*

Es tambien mas gracioso y salado otro epigrama de Marcial contra un ladron tuerto, que no hallando que robar, quitaba las chinelas de su propio esclavo, que eran suyas.

*Si nihil invasit, puerum tunc arte dolosa
Circuit, & soleas surripit ipse suas.*

Marcial á todos los epigramatistas latinos, lo antepuso tambien á los griegos: pues tratando de las reglas del epigrama en la vida del mismo poëta dice asi: *Hæc ita à Martiale servata sunt ut & græcos superaverit.*

Sin embargo de esto, afirma Tiraboschi, que en el siglo XVI, quando reynaba el buen gusto en Italia, se hacia poco caso de Marcial, y apenas se creia digno de compararse con Catulo (a). Pero en el siglo XV, el mas glorioso para la literatura Italiana: siglo en que vió Italia tales poëtas latinas, que por ellas pudo gloriarse de haber renovado la época de Augusto: siglo que hizo fecundo, y ameno de hombres grandes al siguiente XVI, se hacia tanto caso de Marcial, que se proponia á la juventud como modelo de latinidad pura y elegante; se comentaba, ilustraba, y aplaudia por los primeros sabios y restauradores del buen gusto, y aun por aquellos que habian imitado fielmente la gracia y elegancia de los poëtas antiguos: y no solamente se juzgaba digno de compararse con Catulo, sino que era preferido á éste, y á quantos han escrito epigramas, asi en latin como en griego. No tengo por menos fundada esta reflexion que la que hace Tiraboschi, apoyada en el célebre sacrificio de Navagero, y en los figoneros (podia añadir en los Asnos) de Giraldi.

No hace esta consideracion el autor de la his-

(a) Tom. 2. cap. 2. pag. 76.

historia literaria, porque no puede persuadirse que haya logrado nunca estimacion un poëta de quien tiene tan bajo concepto. Unicamente se detiene en el testimonio de Giraldi, sin advertir que por grande que sea su mérito por otros títulos, desde que dijo *que Marcial no podia gustar sino á los Asnos*, ha perdido el derecho de ser escuchado por quien no se acomoda á contar entre los Asnos á los Pontanos, Perotos, Calderinos, Escaligeros, y otros muchos sabios que gustan de Marcial, y lo estiman. Tampoco merece atencion el célebre sacrificio de Navagero, que es una mera fabula, segun cree prudentemente el Abate Serrano; y dado caso que fuera cierto, resta determinar á qual de los dos ocasiona mas descredito, si á Navagero, ó á Marcial. La verdad es, que en el siglo XVI. en que dominaba en Italia el buen gusto, se recompensó ventajosamente el agravio hecho á nuestro poëta con el tal célebre sacrificio, haciendo hasta veinte y dos ediciones de sus obras. No sabemos si alguno de los amigos de Marcial hubiera querido vindicarlo con otro sacrificio igual de los escritos de Navagero, si tendria la Italia tantos exemplares de ellos, quantos tiene de los de aquél.

Por tanto son insuficientes los dos testimonios citados, para asegurar se hacia poco caso de Marcial en el siglo XVI. Siendo cierto, como dice el Señor Abate, que los buenos AA. del siglo XV. prepararon el camino para los excelentes que se siguieron en el inmediato, y que Pontano señaló la

la senda para la posteridad: no es natural que habiendo hecho tanto aprecio de Marcial los primeros, lo desechasen los segundos. El Abate tiene probado la estimacion que debió á Casa, á Sannazaro, y al Ariosto; y Escaligero, no obstante, que se contaba por Verones, prefirió á Marcial respecto de Catulo, como se ve en su poética.

Dice Tiraboschi, que en nuestros dias se avergonzaria un poëta si lo viesen con las obras de Marcial entre manos. Yo digo á esto, que un crítico que quiere pasar por desapasionado, debe avergonzarse de una censura tan injusta, como irregular, por la qual se pretende que sean preferidos en el gusto de la poesia latina los poëtas del tiempo presente á los del siglo XV. *que supieron imitar toda la gracia y elegancia de los poëtas antiguos*, y juntamente á otros varios de buen juicio en la materia, como son, Escaligero, Vavasor, Juvencio, Radero, y algunos mas que no se correrian de leer en público las poesías de Marcial. Mayormente quando el dicho autor no niega *que hay epigramas de singular hermosura*. Pudiera decir muchos como Escaligero: *multa esse Martialis epigrammata divina*: ademas de que Tiraboschi ha confesado que nadie ha hecho mejor crítica que el mismo poëta con aquel célebre verso:

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.

¿Pero por qué se habia de avergonzar ninguno

gun poeta de leer una obra en que hay epigramas de singular hermosura, muchos divinos, y otros medianos, aun quando hubiese algunos menos perfectos? Se le haría cargo de leer á Dante? Pues en verdad, que el autor de las cartas de Virgilio á los Arcades, que tiene voto decisivo en la poesía, dice que entre catorce mil versos de aquel poeta, con dificultad se hallarán mil que sean ajustados á las reglas del arte. ¿Y qué diremos del Petrarca? El mismo autor es de sentir, que para contar á éste entre los clásicos, se debia establecer primero un tribunal, que descartase de sus poesías los defectos, las frialdades, las inutilidades, los bailes, los festines, y los requiebros.

Convengamos, pues, en que el autor de la historia de Italia ha excedido los términos de una prudente crítica en ponderar quanto podía disminuir la fama de Marcial, y en callar las razones y documentos de personas acreditadas que le han concedido lugar honroso entre los poetas latinos. Quien quisiere enterarse mejor de su mérito, podrá leer las elegantes y eruditas cartas latinas del Abate Serrano á Vaneti, y verá en ellas quanto mas fundamento hay para vindicarlo, que el que han tenido algunos sabios Italianos para escribir libros enteros en defensa y explicacion de varios pasages muy ridiculos de las obras de Dante (a).

§. V.

(a) Velutelo, Landino, Benvenuto D' Imola, Daniel, Mazzoni, cart. 3. de Virg. pag. 47.

§. V.

No solo los literatos Italianos son los que pueden hacer juicio recto en la causa de Lucano, y Marcial, sino tambien los Ultramontanos.

La experiencia nos enseña constantemente, que aun los escritores mas doctos incurren en errores clasicos, siempre que se dejan llevar del amor indiscreto de la patria (a). Por no incurrir en el mismo error, hablando de los dos poetas Españoles Lucano, y Marcial, he puesto especial cuidado en no citar AA. nacionales, que hicieron la debida estimacion del mérito de sus poetas, y solo he querido defenderlos con la autoridad de literatos extrangeros, que no puedan tacharse por afectos; sin haberme ocurrido que los Italianos tendrian la pretension de ser los unicos jueces de la materia. Pero asi se explica en términos claros Vaneti, en la erudita carta que ha escrito en defensa del juicio formado por el Abate Tiraboschi, sobre las poesías de Marcial. Se inquieta éste docto Italiano, de que Serrano vindique á éste poeta con autoridades

de

(a) Tirab. præf.

gun poeta de leer una obra en que hay epigramas de singular hermosura, muchos divinos, y otros medianos, aun quando hubiese algunos menos perfectos? Se le haría cargo de leer á Dante? Pues en verdad, que el autor de las cartas de Virgilio á los Arcades, que tiene voto decisivo en la poesía, dice que entre catorce mil versos de aquel poeta, con dificultad se hallarán mil que sean ajustados á las reglas del arte. ¿Y qué diremos del Petrarca? El mismo autor es de sentir, que para contar á éste entre los clásicos, se debia establecer primero un tribunal, que descartase de sus poesías los defectos, las frialdades, las inutilidades, los bailes, los festines, y los requiebros.

Convengamos, pues, en que el autor de la historia de Italia ha excedido los términos de una prudente crítica en ponderar quanto podía disminuir la fama de Marcial, y en callar las razones y documentos de personas acreditadas que le han concedido lugar honroso entre los poetas latinos. Quien quisiere enterarse mejor de su mérito, podrá leer las elegantes y eruditas cartas latinas del Abate Serrano á Vaneti, y verá en ellas quanto mas fundamento hay para vindicarlo, que el que han tenido algunos sabios Italianos para escribir libros enteros en defensa y explicacion de varios pasages muy ridiculos de las obras de Dante (a).

§. V.

(a) Velutelo, Landino, Benvenuto D' Imola, Daniel, Mazzoni, cart. 3. de Virg. pag. 47.

§. V.

No solo los literatos Italianos son los que pueden hacer juicio recto en la causa de Lucano, y Marcial, sino tambien los Ultramontanos.

La experiencia nos enseña constantemente, que aun los escritores mas doctos incurren en errores clasicos, siempre que se dejan llevar del amor indiscreto de la patria (a). Por no incurrir en el mismo error, hablando de los dos poetas Españoles Lucano, y Marcial, he puesto especial cuidado en no citar AA. nacionales, que hicieron la debida estimacion del mérito de sus poetas, y solo he querido defenderlos con la autoridad de literatos extrangeros, que no puedan tacharse por afectos; sin haberme ocurrido que los Italianos tendrian la pretension de ser los unicos jueces de la materia. Pero asi se explica en términos claros Vaneti, en la erudita carta que ha escrito en defensa del juicio formado por el Abate Tiraboschi, sobre las poesías de Marcial. Se inquieta éste docto Italiano, de que Serrano vindique á éste poeta con autoridades

de

(a) Tirab. præf.

de Franceses, y de Alemanes, habiendo dicho positivamente el Abate Tiraboschi, que su historia literaria la ha escrito para solos los Italianos, y que así, han de ser éstos los jueces únicos del mérito, ó demérito de los AA. contenidos en ella.

Tengo por cierto, que aun quando la referida historia sea principalmente para los Italianos, no querrá su autor privar a los extranjeros de la lectura de obra tan preciosa: y antes bien, es de suponer tendrá interés en que sean universalmente conocidas las glorias literarias de su país. Pero aun concedido que solo se hubiera de leer allí, convenia fundarlas en autoridades extrangeras, para manifestar que se ha escrito sin partido ni pasión nacional, mucho mas expresando el mismo autor, que *varios escritores Italianos de los mas insignes, han tropezado en este escollo (a)*. De cuyo sentir es tambien el Abate Betineli, tanto en los antiguos, como en los modernos. No obstante esto, ha creído Vaneti, que debia disculpar á Tiraboschi, diciendo, que ha escrito para los Italianos. Pero á esto se podría replicar que las censuras de Giral-di, de Navagero, y de Tiraboschi, sobre Marcial, y Lucano, son tan impropias de una recta critica, que haria muy poco favor á los Italianos el que creyera que apoyan el juicio de éstos dos Poetas en *los Asnos de Giral-di, en el* sa-

(a) Præf. pag. 14.

sacrificio de Navagero, y en la proposicion del poëta, que se avergonzaria de que le hallasen leyendo á Marcial.

Convendré en que quando se trata de poesia Italiana, tengan los Italianos alguna razon para preferir el dictámen de sus literatos al de los extrangeros, y aun añadiré, que tienen sobrada razon para quejarse de los Franceses, porque sin entender el idioma, hacen critica rigurosa de los poëtas Italianos. La misma queja tenemos los Españoles de los Italianos, que entendiendo mucho menos el Español que los Franceses el Italiano, se hacen jueces del mérito de nuestros escritores. Pero si el asunto es de poesia latina, no sé por qué se han de desestimar los dictámenes de los literatos ultramontanos: á no ser que se tenga por ley lo que dice un crítico moderno Italiano, y es, *que la justa y verdadera inteligencia de la lengua latina, no es prenda muy comun en los ultramontanos (a)*. Proposicion que merecia por respuesta, lo que Muratori dijo de los Franceses, que creen que *lo demas del mundo está lleno de barbarie, y en desgracia de Apolo (b)*.

Que no sea tan infundado el juicio de los Franceses sobre las leyes de la poesia latina, lo acredita los muchos poëtas latinos muy cultos que ha producido la Francia. Dejando aparte

(a) Ensayo crítico de la literat. extrang. tom. I. pag. 500.

(b) Perfecta poesia lib. I. cap. 3.

te el juicio de Carlos Utenobio, de que los tres Franceses Miguél de L' Opital, Adriano Turnevó, y Juan Dorat, podrian vencer á los seis famosos Italianos Sannazaro, Vida, Fracastoro, Flaminio, Naugero, y Bembo, diré solamente que los seis Franceses, Vavassor, Petavio, Rapin, Vanniere, Marsi, y Doisin, no son inferiores á los citados Italianos en la viveza, y energía de las imagenes, en la pureza y elegancia del estilo, pero sobre todo en la inteligencia, y exáctitud de las reglas latinas.

Con que no tiene motivo Vaneti para quejarse de Serrano, porque ha dado lugar á algunos Franceses entre los jueces del mérito de Marcial. Aun siente mas que se extienda la gracia hasta los Alemanes, citandolos entre los censores de la poesia, siendo así que en su dictámen no pueden serlo de ninguna clase de literatura. Así ya no son solos los Franceses *los despreciados de las otras naciones, en particular de la Alemana* (a), como son reputados por lo general en opinion de un escritor Italiano; lo cierto es, que no faltan Franceses imparciales que han vindicado de este agravio á los Alemanes. Si Vaneti hubiera leído el discurso sobre la literatura de esta nacion, impreso en París en 1754, hubiera hallado entre los Alemanes poetas excelentes, que no ceden á los de otras partes en ninguna de las

(a) Ensayo de la literat. extrang. tom. 2. pag. 724.

las calidades de la buena poesia; y en el Diario Enciclopédico de Lieja (a), pudiera ver una carta en que se demuestra que la Alemania ha producido en todos tiempos infinito número de Juristas insignes, de Medicos, y Matematicos famosos, y tambien de poetas eminentes. Mas ya que en dictámen de éste autor solo los Italianos son los que pueden juzgar dignamente en asunto de poesia, oigamos como discurre del genio y gusto poético de los Alemanes otro Italiano, que puede hacer opinion en la materia, así por el mérito de sus poesias, como porque ha podido exáminar despacio los poetas Alemanes. Háblo de Juan Pedro Tagliazucchi, poeta del Rey de Prusia, el qual en la carta que precede á la bella traduccion Italiana del poema de Kleist, intitulado *la primavera*, que se imprimió en 1755, hace un elogio superior de los ingenios Alemanes por su mérito en la poesia, diciendo, que saben unir á la sencillez, gracia, é invencion de los Griegos, la energia, y viveza de los Latinos: cuyas prendas las cultivan con la constante lectura de los mejores poetas de todas las naciones, así antiguos como modernos, y que no hacen juicio superficial ni precipitado de los AA.

A la verdad, que la obra de Kleist es un documento convincente de la inteligencia de los Alemanes en la poesia. En ella hay descripcio-

(a) Tom. 1. part. 3. pag. 73.

ciones, y pinturas propias de una fantasía noble, y energética, dignas de competir con la edad de oro Latina, y Griega. Tambien Haller es otro de los poetas Alemanes que honran el siglo presente. Su poema, intitulado *Los Alpes*, es muy celebrado de quantos conocen lo bueno poético.

Tal es el mérito de la nacion Alemana en asunto de poesia, la que ciertamente no es acreedora al desprecio con que Vanetti la trata. Pero su desgracia consiste en haber hablado con estimacion de Marcial algun erudito Aleman, como ha sucedido con los Franceses, por haber elogiado la pharsalia. Esto ha sido bastante para hacer sospechoso su juicio, y para apelar de su sentencia al Tribunal Supremo de Italia: pero es el caso, que hasta en éste ha tenido varios votos favorables nuestro Español, como hemos hecho ver anteriormente, y nunca podrán faltarles á los poetas Españoles que sucedieron á la época de Augusto, siempre que se examine su causa por jueces íntegros, siendo tan eficaces las razones que acreditan, que no fueron estos poetas los que ocasionaron mayor perjuicio á la poesia Romana despues de la muerte de Augusto.

DIRECCION GENERAL DE B

INDICE.

Dedicatoria,
Prologo de la Traductora,
Advertencia de la Traductora,
Prologo.

DISERTACION I.

Idea general, origen, y breve impugnacion de las opiniones preocupadas contra la literatura de los Españoles, pag. 1.

- §. I. Noticia de algunas de las opiniones preocupadas de los escritores modernos Italianos contra la literatura Española, pag. 3.
- §. II. Critica injusta y desmesurada que hace de España otro escritor moderno, pag. 8.
- §. III. Primer origen de estas preocupaciones: el exemplo de otros A.A. que han escrito poco ventajosamente de España, pag. 20.
- §. IV. La ignorancia culpable de las noticias literarias de España, es otro origen de las preocupaciones referidas, pag. 29.
- §. V. Los escritores modernos Italianos abrazan las opiniones poco ventajosas de los otros extranjeros en orden á España, y omiten las favorables. Conducta opuesta de los Españoles con los Italianos, pag. 39.
- §. VI. Testimonios honrosos que han dado de la literatura Española algunos sabios Italianos, pag. 46.

DISERTACION II.

¿Si fueron los Españoles los que causaron el mayor daño á la eloquencia Romana despues de la muerte de Augusto? pag. 51.

- §. I. Exageracion de la decadencia de la literatura despues de la muerte de Augusto, pag. 53.
- §. II. Corrupcion de la eloquencia Romana en el Imperio de Augusto, y quales fueron las causas, pag. 60.
- §. III. Autores, y propagadores de la corrompida eloquencia desde la muerte de Ciceron hasta los Senecas, pag. 70.
- §. IV.

- §. IV. Los Senecas no fueron Autores, ni propagadores, sino antes bien censores de la corrompida eloquencia, pag. 69.
 §. V. Critica del juicio de Quintiliano sobre la eloquencia de Seneca.
 §. VI. Otros cargos contra el estilo de Seneca, pag. 104.

DISERTACION III.

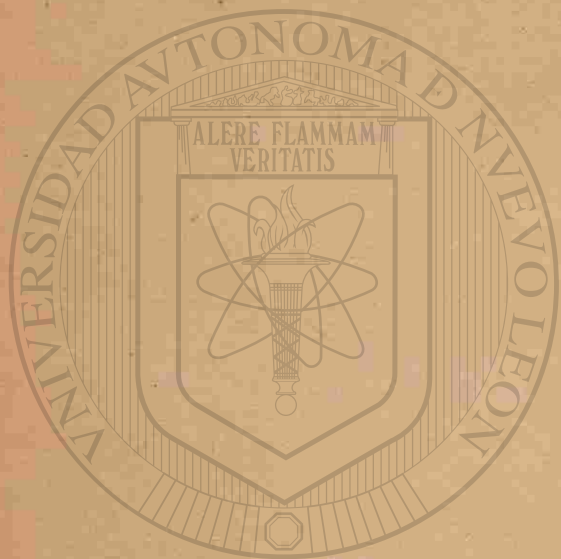
Se vindica el caracter moral de Lucio Anneo Seneca, de las acusaciones que contra él se acumulan y exageran en la Historia literaria de Italia, pag. 177.

- §. I. Se prueba ser fuera de lugar y tiempo el riguroso examen del caracter moral de Seneca, hecho por el autor de la historia literaria de Italia, pag. 119.
 §. II. Primer cargo contra Seneca, haber tenido parte en la muerte de Agripina, pag. 132.
 §. III. Parangon de Seneca con Casiodoro, pretendido reo de un delito semejante, y de los dos acusadores de entrambos personajes célebres, pag. 145.
 §. IV. Segunda acusacion: Seneca fue un adulator bajo y vil de Claudio, y de Neron, pag. 156.
 §. V. Tercera acusacion: Las grandes riquezas de Seneca, pag. 167.
 §. VI. Quarta acusacion: Fausto, y orgullo, pag. 177.

DISERTACION IV.

Sobre la pretendida causa de la corrupcion de la poesia Romana despues de la muerte de Augusto, pag. 186.

- §. I. Decadencia de la poesia Romana anterior á Lucano, y Marcial, pag. 189.
 §. II. No fueron ni Lucano, ni Marcial los que causaron el mayor daño á la poesia Romana, pag. 204.
 §. III. Otras preocupaciones del Abate Tiraboschi contra el mérito de Lucano, pag. 214.
 §. IV. Preocupaciones del Abate Tiraboschi acerca de Marcial, pag. 234.
 §. V. No solo los literatos Italianos son los que pueden hacer juicio recto en la causa de Lucano y Marcial, sino tambien los Ultramontanos, pag. 149.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ6031
L3
v.1

155492
FHRC

AUTOR
LAMPILLAS, Francisco Xavier

